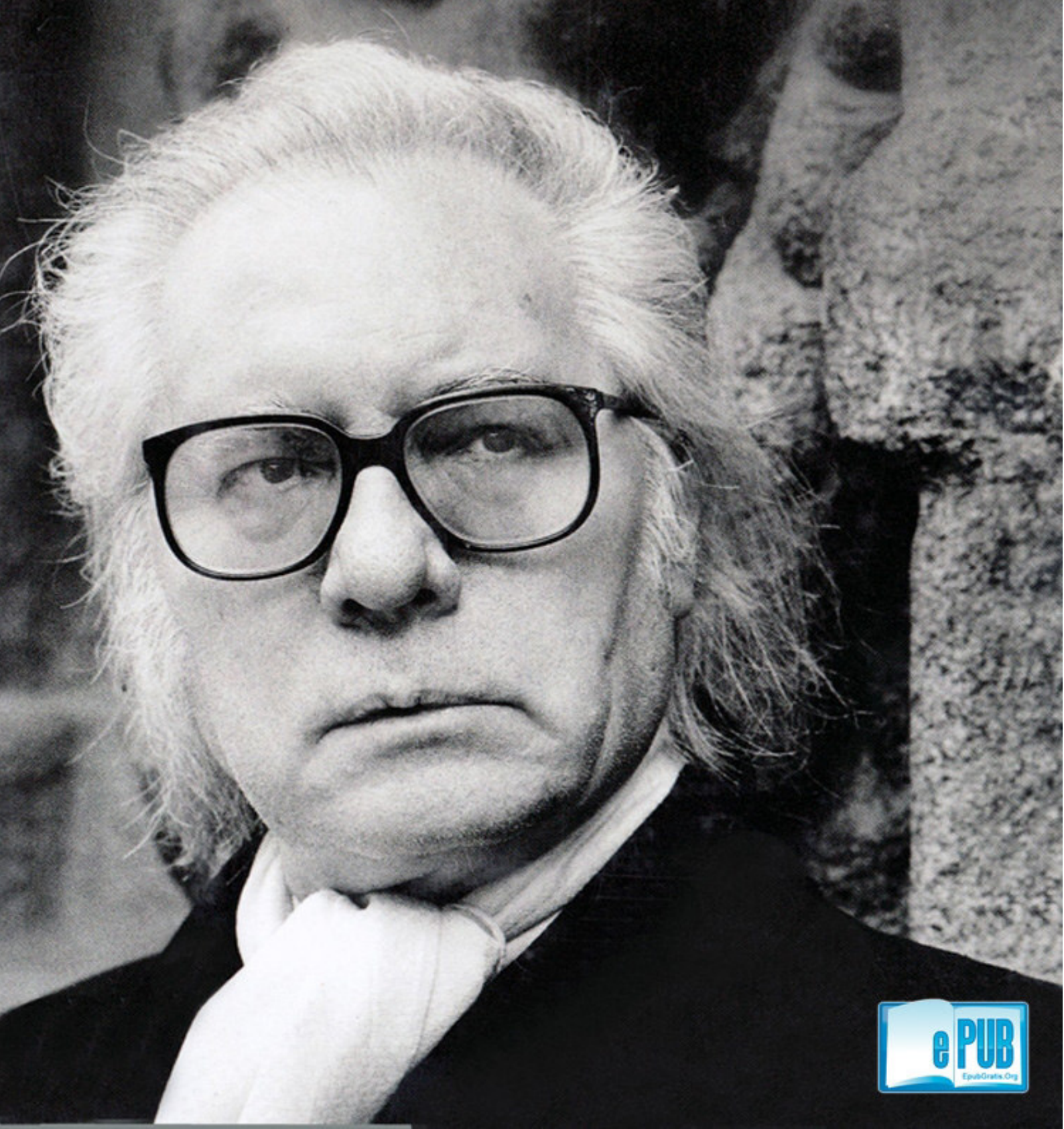


Francisco Umbral

Diario político y sentimental



Este *Diario político y sentimental* es un libro abierto al vivir de la gente, al correr de la vida, con muchas caras conocidas, casi todas ilustres o nobles, y por estas páginas vamos viendo, como en una novela, el pasar de gentes queridas o famosas, de la luminosa juventud a la decadencia y la muerte.

Francisco Umbral ha vuelto a hacer en este libro un prodigioso ejercicio de la memoria, la suya y la nuestra, paseándonos por delante personajes que son habituales, pero vistos a otro sesgo, y personajes que son queridos o significativos para el autor, elevando el género del *Diario* (cada vez más en auge en el mundo) a la categoría de gran género: Saint-Simon, Proust, Pla, Pavese, Kafka...

El propio Umbral, en notas entrañables, confesiones luminosas o malignas, se vuelve del revés en estas páginas como nunca lo había hecho, y así el escritor nos da su revés de hombre y el hombre su revés de escritor que, como *ser de lejanías* (Heidegger), mira la vida con la triple perspectiva del tiempo, la distancia y la lucidez, sin esperanza, pero con contagiosa y bella resignación.

Digamos que en el libro *ocurren* varias novelas –el devenir de distintos personajes– y palpita un interno hilo conductor, la propia vida de Umbral, tan volcada en la vida política, sentimental, íntima, pública, como en la de los demás, que sigue y nos acerca como el más eficaz novelista. La España de hoy y el Umbral de siempre quedan detenidos y vivos en estas densas y ágiles páginas.



Francisco Umbral

Diario político y sentimental

ePub r1.0
Titivillus 01.03.16

más libros en epubgratis.org

Título original: *Diario político y sentimental*
Francisco Umbral, 1999
Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

A Carmen Díez de Rivera

Andan días iguales
persiguiéndose.
PABLO NERUDA

SEPTIEMBRE

Lunes 22

Como el verano fue tormentoso, espectacular, frío y revuelto, el otoño está entrando como una modesta eternidad en la que vamos a vivir siempre, con tardes paradas, fuera de hora, y un sol callado y bueno, con algo de león en invierno.

En Madrid, y más aún en el campo —estoy en el campo—, septiembre y octubre suelen tener un esplendor como monárquico, lo cual quizá explica toda la pintura cortesana que aquí se ha hecho, dándole a la monarquía un oro que parece halago de la historia o del pintor, pero que es puro clima. Desde Goya hasta los últimos paisajistas manchegos, el oro bajo y la monarquía van como unidos metafóricamente en el cuadro. Así como el pintor suele representar la santidad con una luz blanca —un rayo suave— que baja del cielo, la monarquía la representa mejor a la luz tardía de un día de otoño, cuando también se comprende lo que es el barroquismo en Madrid: un exceso y desperdicio de tesoros religiosos o paganos que nos hacen a todos así como hidalgos de la mendicidad, pordioseros de la abundancia.

Como estar, yo estoy solo a medias, y por eso principio un diario más o menos íntimo, más o menos mundano: precisamente porque se va uno alejando del mundo, interpretando a mi manera al «ser de lejanías» de Heidegger.

Quiero decir que estoy débil, visitado de sudores, brutalmente desengañado del negocio literario, precisamente hoy (negocio que en realidad me ha dado mucho más de lo que esperaba), con una algia en el hombro izquierdo que despierta en cuanto escribo (por eso escribo ahora, para provocarla), más las consabidas enfermedades crónicas que son las que menos molestan, ni se notan, precisamente porque matan con sutileza y suelen durar más que la propia vida. Felipe González y los demás políticos reanudan la actividad insultiva que en realidad no abandonaron en todo el verano. González, desde que se fue de los cargos —que no de la política—, hace una labor marginal, provocadora, faltona. Digamos que no está a la altura de su fracaso. Llevar con elegancia y paciencia un fracaso es más difícil que llevar un triunfo. A mí no me decepcionaba tanto el Felipe que delinquiró en política, financiera, social y violentamente, como me decepciona este hombre impar, inteligente, político de raza, orador eficaz y raudo —andaluz—, que no tiene recursos para mantener la favorecedora figura del vencido. Los futbolistas brasileños adornan el fútbol español y se vacuna a los niños en majada, contra todo verdadero criterio científico (en este caso, meningitis). Así me asesinaron a mí un niño. La multinacional de las vacunas, claro. Me gusta empezar un diario cuando realmente empieza la temporada y quizá el año.

Pasé el verano escribiendo una novela a diez folios diarios (de ahí la algia del hombro, ya no estamos para nada), y ahora me apetece hacer algo más íntimo y más libre, sin la «odiosa premeditación de la novela», que dijo André Bretón. Amo los géneros literarios por donde corre el tiempo real, vivo, lozano: memorias, diarios íntimos, crónica periodística. El tiempo de la novela es un tiempo falso, convencional, parado, del que dispone el autor como de un capital, mezquinamente. El tiempo de las memorias, de la crónica, del diario íntimo o público supone escribir con los pies sumergidos en las aguas del pasar (también logran esto algunas biografías, incluso). Ningún tiempo tan manantío en todo Juan Ramón Jiménez (que no escribió de otra cosa) como el tiempo de *Platero*, que es el tiempo real, o casi, de un burro.

Ya le apetece a uno poco galvanizar lo viejo o inventar el asunto cuando la vida no es sino una confusión de asuntos. ¿Para qué añadirle uno más, siempre el mismo? Me sumerjo, pues, en la corriente del huidizo presente para dar mi inaprehensible vida, sacar a la gente recién duchada, en vivo, guapa de actualidad o fea de inactualidad, y que el clima, los días, las luces, el color de cada estación y cada siesta no se me escapen más, que ya van siendo lo único que me importa, o eso digo. La gata no volverá hasta la noche; la panameña, hoy triste y bella, medita en la cocina, lee cartas y

sueña con otros crepúsculos más intensos, más rojos, más perdidos.

Martes 23

Coincido en una televisión con Concha Velasco. Pasamos una hora de espera, solos, charlando. Ella whisky y yo ginebra. «Estoy en una mala edad, Umbral.» Comprendo lo que quiere decir. La actriz, la cómica —me gusta decir «cómica» y «cómicos», como dicen ellos, con viejo y entrañable autodesprecio— tiene unos años en que ya es vieja para damita joven y todavía es joven para madre vieja, para «característica». Concha, que ha triunfado casi excesivamente (entiéndaseme), está viviendo la incertidumbre de esa transición, que en cambio no se da en los actores porque el género masculino somos más favorecidos por la sociedad, el tiempo y la profesión, casi siempre. En la mujer —aunque sea gran artista, como ésta— siempre y sólo se busca la lozanía. El hombre puede madurar e incluso ennoblecerse con los años. Siempre hay un papel para el hombre en el teatro y, lo que es más importante, en la vida. Concha tiene una belleza tan española que su cara es casi un tópico. Un tópico con un lunar. Y la risa perdurable. Cuando la creemos y sabemos triunfadora, basta un rato de charla íntima para que se me ensombrezca la gran riente, después de tantos años (ella cree que somos paisanos de Valladolid, aunque no es verdad).

Concha, en su medio siglo, está en la madurez de sus plurales facultades, delgada en rojo y con unas piernas memorables, pero pienso que, aunque antes haya dicho lo contrario, todos los «triunfadores» (o sea, los que salimos en la tele, que es la manera actual de imponer la imagen cuando ya nadie pasea en landó) llegamos a esta edad en que empezamos a sentir que a nuestra vida le falta biografía. Y la vida sin biografía es una muerte con vistas a la vida, pero nada más. A Concha ya no le dan comedias los autores. A mí sí me dan encargos, artículos, libros, pero sé que hay en todo esto algo inercial. Uno está aquí porque ha estado siempre. Uno, sencillamente, ya no es novedad —Concha tampoco— y la novedad, nombre profesional de la juventud, es lo único que se busca y cotiza en el mundo de la creación. Fuimos nuevos al mismo tiempo, Concha, tú rodando películas madrileñas en una pescadería de Alcalá y yo haciéndote reportajes. Valías mucho, pero eso era casi lo de menos. Lo importante es que la actualidad estaba en ti, que la mañana de cada día eras tú.

Sáenz de Heredia te hizo yeyé y Juan Diego te hizo comunista. Qué mala novela acelerada es la vida, amor. Actualidad, ésa es la palabra. Allá en los sesenta fuimos la actualidad, el día iba a nacer con nosotros. Hoy sólo somos profesionalidad. Uno lleva ya algunos años practicando el papel de niño terrible envejecido, de viejo muchacho, y tú te resientes ahora —¿prematuramente?— de ese quiebro de la vida, de esa falla del tiempo en que no sabes cómo pasar al día siguiente.

—Tú eres ya insumergible, Concha —le digo tópicamente, pues la verdad es que los tópicos abrigan mucho en algunos casos.

Nos espera la pantalla, el colorín, el chillido de la música y la brillante vulgaridad del locutor. Tenemos un aparato de televisión a nuestro lado, mudo, y la pantalla es como un alegre incendio donde se quema la tarde del domingo. En esa hoguera la veré luego —va antes que yo— con su risa española que tanto gusta a los públicos, con su talle joven, con sus piernas largas y seguras, haciendo de Concha Velasco, luchando contra la otra, la que queda aquí, conmigo, dulcemente tronchada por un cansancio previo, por unos miedos profesionales que en realidad son los de cualquier ser vivo.

No es el tópico miedo a morir o envejecer. Es el miedo, más delicado y mundano, a perder la imagen antes que la vida, la máscara antes que la cara. Porque viviendo de cara al público —aunque sea detrás de una prosa— lo que amamos es nuestra máscara, que es nuestra creación. Los cómicos me dan miedo alguna vez —los frecuento mucho—, cuando se quitan la mentira de la cara, porque son atrocemente hombres, atrocemente mujeres, y quedan mucho más farsantes que en escena. Pero a Concha ya la han llamado a actuar. La veo en la pantalla, llenándolo todo de rojo

(alguna vez escribí que el pintor Pollock abrió la puerta de la jaula al color rojo): y el rojo se comía el mundo. La dama roja, la risa española, los ojos alegres con rímel de tristeza. Mi amiga la cómica está haciendo su número, su mejor papel, el de Concha Velasco. Sigamos muriendo bajo nuestro nombre artístico. Acabo la ginebra y pediría otra, pero ya es tarde.

Miércoles 24

A Felipe González, en el Supremo, el otro día, le perdió el ingenio (o le hubiera perdido si alguien estuviese dispuesto a sacar partido de sus frases). Dijo que también «Rodrigo Rato se enteró por la prensa de la subida del tabaco». El paralelismo —relativo— entre la mentira de Rato y la suya es revelador. Su ingenio rápido asoció en seguida la evasiva de Rato con la propia, y no supo evitar la tentación de inculpar a un ministro del PP que estaba haciendo *lo mismo* que hizo él: enterarse por la prensa. José Antonio Marina, en su matinal libro *Elogio y refutación del ingenio*, deja claro que ingenio es la asociación rápida de cosas distantes, pero afines o complementarias, y en esto el libro es muy aplicable a González. Sólo que el ingenio es traidor —lo sabemos los ingeniosos—, vertiginoso como un vino, y nos lleva a perder la vida —o la razón— por una frase. Ahí quedaba claro que el actual ministro estaba utilizando a la prensa como parapeto, al igual que lo hizo él. «Si lo hace Rato, ¿por qué no lo pude hacer yo?», sería la frase completa. Este espectáculo de ingeniosidades, violencias verbales e ignorancias cómicas es el que ha dado FG en el Supremo, quedando ya como un hombre que no está a la altura de su fracaso. Porque estar a la altura del propio fracaso es más difícil que estar a la altura del propio éxito. Después del doble espectáculo del lunes ya sabemos que el PSOE es un partido que se hunde y malogra a sí mismo.

Un partido que pudo cambiar y regenerar a España, pero lo intentó —si es que lo intentó— por los inciertos caminos de la extorsión, el fondo de reptiles, el amiguismo o camaradería mal entendida, los convolutos nacionales e internacionales, la mentira y la prepotencia. Hoy sólo les/nos queda la voz balbuciente de Almunia, siempre entre la indecisión y la discreción, casi como un rezo.

Al PSOE ya sólo lo mantienen el fanatismo y el capitalismo (una minoría). Hicieron de todo, menos socialismo. Incluso sus grandes realizaciones son grandes, sí, pero no son socialistas. Ahora les ha llegado —ya hace rato— el Juicio Final en vida, una puesta en cuestión que no es tanto cosa de los tribunales como de la sociedad. Josep Pía todavía encontraba en Madrid un rastro del barroco español. Todo un retablo de barroquismos, falsías, facecias, fingimientos, intereses, guardias, encadenados y coros infernales se erige en la plaza pública. En cuanto al ingenioso señor Glez., hemos sido los primeros en glosar su verba, porque la tiene, pero la verdad ya le come por do más pecado había: por la mentira. Hasta el último momento, un rasgo de ingenio y cinismo echa abajo toda la formidable y espantosa máquina de su mutismo y su amnesia: «¿Ustedes se imaginan al presidente del Gobierno hojeando todos los días el libro de contabilidad?» Eso se llama reduccionismo, arte de dejar su función en una caricatura para ganarse a la gente con una sonrisa, minimización de Filesa en un chiste. El exceso de ingenio erosiona el alto farallón de silencio.

Y ya ven que sólo estoy haciendo un examen de estilo. Como los modernos lingüistas, desprecio el asunto y paso a la construcción verbal. La ocurrencia y el silencio son sus líneas maestras. Glez. calló vez tras vez o soltó una viborilla ingeniosa cuando le convenía o le venía a las mientes. Una vez más, como hace ya tiempo, no estuvo a la altura de su fracaso, repito. Hubiéramos querido ver a Glez. grandioso en la adversidad —¿pero había alguien adverso?— y sólo hemos visto a un gracioso andaluz con broquel de silencio o mentira. Conociendo como cualquiera sus errores, confiábamos en su bizarría para enfrentarlos. Pero ni así.

Jueves 25

Calle de Santa Isabel, como una fina gumia en las traseras de Madrid. Cine Doré, hoy Filmoteca Nacional, aquel cine que parecía una desvariante de la Bauhaus, con sus letras gordas y su aspecto de gruta. Monjas de clausura, casa de Miguel Narros, palacio de Fernán Núñez, Colegio de Médicos donde una vez presenté un libro de Grande Covián. Y el mercado. Ese mercado de Santa Isabel que es la calle misma, lonja del besugo y la res, de la pomarada y el requesón, de la leche de burra y la carne todavía mugiente, con un careo de vecindario alegre y regateador, gentes que se saben escondidas en la vaina de Madrid, un pueblo muy costumbrista a espaldas de la gran ciudad. Un colegio donde estudió Paloma Rupérez —me llevaba a pasear por el solitario y ralo jardín—, el griterío del mercado trayendo la mañana, aquellos trolebuses de Antón Martín, el llamear de los pimientos como un alegre purgatorio de condenados bien comidos, que son los vecinos del barrio, los asiduos de Santa Isabel, los enterados de Madrid. Por la noche, Santa Isabel es un violín negro o el ataúd lustroso de una infanta que no ha muerto, un cofre de silencio, el forro de satén de un tiempo intemporal. En su ventana, bajando ya hacia Atocha, está Micaela, toda la noche, respirando la paz que al fin le ha dado la vida. Una paz herida de soledades, ay.

Micaela fue aquella progre de gafas a lo John Lenon, siempre entre la semiología y la revolución, chica de cuerpo fino y hermético, recuerdo su perfil prerrafaelista y su latente odio a casi todo, odio contenido en una personalidad quebradiza, delicada, de manos finas, como una pistola en una porcelana.

Este verano he pasado algunas noches en el solitario piso de Micaela. Libros y cuadros, todavía la vieja bohemia progre, pero de vuelta. Y la inteligencia finísima de esta mujer, inteligencia enredada en desprecios como lianas. Hemos empezado o terminado por el sexo oral. Hemos vivido todos los sexos a la sombra de una música azul y tenue que ella ha puesto. Entorna la ventana para que no nos vean las monjas de enfrente. Luego reposa entre mis muslos, que la aferran por la cintura, y sus senos, que han crecido con el tiempo, pero no decaído, son dos luces pálidas y frutales en lo nocturno de la casa.

Así desnudos, con el rumor del silencio llegando de la calle, Santa Isabel es un río de tiempo que nunca ha llevado agua —salvo el agua del mercado que chorrea cuesta abajo por las mañanas—, una ausencia de landós que quizá vinieran antaño al palacio de Fernán Núñez, donde recuerdo algunas fiestas. Ahora tengo un amor en Santa Isabel, o más bien un regreso que ella ha suscitado con su voz deshojada en el teléfono.

Cada verano tiene un par de noches únicas, o contiene las mil y una noches, de las que sólo se recuerda la una, y en ella está el perfil prerrafaelista de Micaela, sus agudas manos enredadas en el blanco vello de mi pecho y, sobre todo, el mágico, limpio y claro silencio de la noche, que tiene un cielo estrecho en esta calle, como un pasillo hacia el sarao de las estrellas. Creo, Micaela, que no podríamos reproducir uno de esos momentos mágicos que buscaba Françoise Sagan en sus tiempos, porque si se repitiesen no serían mágicos. Y a la salida de tu casa, ese caminar cuesta abajo, lento y silencioso, como un transeúnte dentro de un piano, sin ganas de salir a la gran plaza de Carlos V, donde una luz verde —taxi de estación— vendrá a mi encuentro sin ruido, como la primera o la última estrella del alba, que diría un novelista malo. (Incluso los buenos dicen estas cosas.)

Sábado 27

Gran exposición de Eduardo Úrculo en el Centro Colón. Úrculo vino a verme al café, hace ya muchos años, con una carta de recomendación que traía de Asturias y un cuaderno de dibujos expresionistas, violentos: pobres contra guardias civiles, antifranquismo. Pretendía que Camilo José Cela pusiese los textos. El libro nunca se hizo, pero Cela tiene ahora en su casa un cuadro de Úrculo, o dos.

Después de pasar por diversas escuelas, Úrculo se decide por el hiperrealismo

americano, Andy Warhol, el pop, el decorativismo y todo eso. Llega a ser un maestro en el arte de unos desnudos asépticos, de inspiración acrílica, pintando unos culos femeninos que no tienen biografía. El artista tiene que saber hacerse el encontradizo con su época y Úrculo ha propiciado eso muy bien. El estructuralismo, la deconstrucción, el pensamiento débil y Roland Barthes llegaron a promulgar un arte de superficies, la estética de los deslizamientos, que diría más o menos Barthes. Antes estaba *Contra la interpretación*, de Susan Sontag. Era —es— el crepúsculo de las ideologías, que no lo trajeron los políticos, como profetizaba Spengler, o Fernández de la Mora aquí en España. Lo trajeron los decorativistas, los gais y los conjuntos pop. Úrculo, que parecía un maqui montesino, amaneció de pronto lleno de alegría, ligereza, chicas desfloradas entre flores y desconocidos con sombrero, un sombrero más irónico que enigmático. Úrculo realiza en el mundo, mejor que muchos, ese sueño del pensamiento débil: la cosa sin su metacosa, la física sin su metafísica, el sexo menos la angustia, la vida menos la muerte. Y esto es lo que la gente quiere, busca, consume. Un gentío deshumanizado por la tele y las marcas puede comprar por un millón de pesetas un millón de tardes con arco iris y culos adolescentes. Úrculo ha entendido perfectamente que se enfrenta a unas generaciones suicidas y optimistas. Porque viene del compromiso, sabe que hoy nadie se compromete a nada. Es, así, el más fiel intérprete de la invisible conciencia colectiva: la falta de conciencia. Úrculo ha metido en nuestra vida una alegría insolente que estábamos esperando. La nueva clase tiene ya sus nuevos iconos efímeros. Qué lejos/viejos aquellos *Guernicas* en lito que hicieron de Sagrada Cena marxista. Se quedaron en la casa de renta antigua. Úrculo trabaja para el chalet adosado.

Voy al Capitol a ver el estreno de *Resultado final*, del gran Bardem. Expectación en la calle y en el cine por ver a la estrella. Esta peli consta de dos cosas: el talento de Bardem y el desnudo de Mar Flores o Flores Mar, que siempre me hago un lío con el nombre. Bardem nos cuenta la Santa Transición con el pulso y la lucidez con que él sabe hacer el cine político (y el otro). Mar Flores tiene un hermoso cuerpo, a lo que se ve, que no es todo, y una cara vulgar, impersonal, poco expresiva, que la desautoriza para la gran pantalla (y para la pequeña). Es algo así como lo que fue María José Cantudo en tiempos, pero en más grande y con menos originalidad de rasgos en rostro y silueta. Cayetano Martínez de Irujo, en la interminable espera, me dice que él se ha colado por cualquier puerta para no llegar con ella, pero luego se sientan juntos, detrás de Bardem. Tengo que hablar de la película antes de verla, como pasa siempre con las televisiones. A la salida, en la cola del parking, la gente no hablaba muy entusiasmada del filme. Quizá el magistral Bardem, que narra hasta la corrupción y la movida PP, ha malogrado una buena peli política por meter a una señorita que está de moda.

Domingo 28

Algún obispo o curato ha tenido la graciosa idea de que la infanta Cristina y su novio hagan un cursillo prematrimonial. Aquello de los cursillos prematrimoniales nos quedaba como los retiros espirituales y otros píos inventos del Opus Dei, el nacionalcatolicismo y el cura de la parroquia. Pero ahora vuelve todo eso y la Iglesia se lo impone a una infanta, para dar ejemplo o para decirle una palabra más alta que otra a esta alta criatura, por si acaso, que están saliendo ahora por el mundo muchos pecados heráldicos, no digamos los Windsor contra los Spencer, que eso es como los caballeros de la Tabla Redonda.

Examinemos el disparate eclesiástico. Lo primero, yo creo que se trata de juntar el trono y el altar, una vez más, según la fórmula tradicional que tanto daño ha hecho a España. Por otra parte, yo pienso que una infanta, desde que nace, vive en continuo cursillo prematrimonial, pues ha nacido para enlazar con otras familias reales —o no— y continuar la especie de la sangre azul. Y luego, viniendo al común de las cosas, ocurre que el noviazgo en sí es ya un cursillo prematrimonial sobre la marcha y por

experiencia. ¿Por qué las parejas no se casan el primer día y hale, a holgar? Precisamente porque se imponen unos plazos de conocimiento, acercamiento, contraste de caracteres, etc. (aparte inconvenientes materiales que no son del caso). Lo peor de los cursillos prematrimoniales es que son obvios, como casi todo lo que se le ocurre a la Iglesia posconciliar. Obvios porque para eso ya está el noviazgo.

Y, viniendo a lo que nos ocupa y preocupa directamente, la boda de la infanta, parece que ella ha tenido un largo noviazgo con el vasco, parece, asimismo, que es chica de mucho salir y que ha conversado con los hombres y las mujeres de su entorno, en Barcelona, como una particular, con lo que no puede considerársela una novicia que tenga que aprender de un célibe gordo los cuatro rudimentos que él ignora y que ella conoce bien, sin duda, para sacar adelante los primeros tiempos —los más difíciles, dicen las madres— de un matrimonio que se anticipa como afortunado sólo con ver a la pareja. Entra como la risa nerviosa cuando se le impone a la infanta Cristina, una infanta de la gente, la disciplina de un cursillo prematrimonial, ciudadana como es de una capital tan cosmopolita como Barcelona, e inserta como está en su generación y en su tiempo. Esta infanta se escapa del museo, como las de Manuel Hidalgo, y supongo que hasta baja al metro. De los hombres sabrá lo que cualquier chica/telva y de su novio en particular aquello que dijo Ramón: «Novia es la que mira al novio.» Las novias, en efecto, nos miraban mucho, ay, y creíamos que era amor, pero era un cursillo prematrimonial que estaban haciendo. A la Iglesia no le basta con casar infantas, sino que además quiere comerles el tarro con una catequesis tardía, cuando la catequesis se la podría dar Cristina a ellos, seguramente.

Lo que no saben los archiarzobispaes es que esta infanta baila, como en las novelas, y que la juventud ha cambiado mucho, incluso la juventud palaciega. Lo que digo, el trono y el altar ya tienen la Almudena junto a palacio, como me decía Tierno Galván, y quieren seguir estrechando lazos. A lo mejor quieren explicarle pudendamente a Cristina que los niños no vienen de París ni te los encuentras en un canastillo a la deriva de cualquier río, hoy Confederación Hidrográfica o Trasmarañón. ¿Por qué no dejan en paz a la infanta, que parece chica despierta y actual? El clérigo en cuestión —qué cuestión— que se limite a fumar un puro en el banquete de boda, como toda la vida.

Lunes 29

Salgo al jardín al atardecer. Muere septiembre. Estoy bajo el pinabeto más cercano, que levanta siete metros sobre mi cabeza. Si miro al cielo gris, el ramaje del árbol tiene arquitectura interior de catedral. Supongo que fue al revés, que el gótico y esas cosas nacieron a imitación de la naturaleza. Pero entre el templo y el árbol yo opto por el árbol. Está aquí, lo miro todos los días, lleno de sol de la mañana a la tarde, o respirando la calma, la nublada belleza del día. Huele al interior de algo, choza o pagoda, pero es todo exterioridad, y sus ramas se extienden como perpetuando la rapiña de sol que han hecho este verano.

Al pinabeto le han cortado las ramas más delgadas y ahí han quedado unas heridas redondas y blancas, como las llagas de un santo, de un mártir, con más aspecto curativo que mortuario. Si miro el cielo directamente, sólo veo la incertidumbre del espacio. Si miro a través del ramaje, el cielo está mucho más alto y todavía tiene luz de tarde, un lento azul que se resiste a desaparecer. La corteza del árbol tiene algo sagrado y salvaje, como el torso de un viejo animal muerto o la aspereza de un dios.

Cuando prefiero el árbol al hombre, cuando ya me quedaría para siempre entre la amistad macho de estos pinos y abetos, debe de ser que ya toda la humanidad ha pasado por mi puerta, o que yo he cruzado todas las puertas. A esto quizá lo llamen vejez, pero a mí me parece que es el sereno punto definitivo que venía buscando toda la vida. Anoto en este libro cosas de la ciudad, de la actualidad, porque quisiera dar el fragor de la época como fondo del conquistado silencio en que vivo.

O a la inversa. Cuando entro en ese fragor, ya llevo siempre conmigo, desde hace quince o veinte años, el silencio purísimo y elemental de estos árboles, como los comulgantes llevan a Dios en sí todo el día, o eso les parece. Esta mañana he escrito un par de artículos —hoy no tocaba política, afortunadamente—, he leído los periódicos, que son como grandes gaviotas de papel que todavía vienen a picotear mi carroña periodística. He hecho comidas ligeras y dormido una siesta derribada, siesta todavía como las del verano, pero el sol se me ha escapado mientras dormía.

A Cruz, la panameña, la enigmática, dulce y popular Cruz, que ha servido la mesa con los brazos desnudos, le he hecho alguna delicada alusión. Hermosos brazos de mujer del pueblo, laborales brazos que han nadado hasta España y tienen suave musculatura, dulce natación, poderío de raza, desde el hombro oval hasta la mano hecha o deshecha por el trabajo, mano trabajadora donde fracasa la feminidad de una piel de coraje y lejanía. Ella se ha ido a Madrid, con una muela que le dolía, a ver al médico y a divagar un poco en su clase, en su medio, en su gente, lejos de este santuario sin gracia que es mi casa, quizá demasiado abrumado para ella por el silencio denso de los libros, aunque parece que le gusta leer. «Política, sobre todo.» El comunismo todavía está vivo en el Tercer Mundo americano. Yo fui un joven comunista español y ahora soy un pequeñoburgués que se erige en ser de lejanías y mira la historia, el presente, desde la falsa distancia de una casa callada y un jardín sobre el que ahora, de pronto, ha caído la noche, o más bien ha llegado, con paso húmedo, como alguien que viene a pedir refugio.

No quisiera nada sino que me dejaran aquí, solo y rumoroso de trabajo, confesándome con mi Olivetti para nada, con cierto asco del pasado, un mal exceso de memoria, ninguna curiosidad ni ambición por el futuro y una atracción por el presente que no me hace más profundo sino más ligero y desde luego más real. Sólo somos presente. Lo demás es autoerudición o ese negocio sucio del futuro. *Loewe*, la gata, se pone muy siamesa a esta hora, como inquieta, enigmática y rondadora. Está al acecho de fantasmas porque los pájaros ya se han dormido. Luego leeré un rato, siempre dudando entre la deslumbrante y sospechosa actualidad y los viejos maestros a los que siempre vuelvo. Ya me deben más ellos a mí que yo a ellos. La algia del hombro me duele dulcemente, se va disipando. Lástima, porque ya empezaba a acostumbrarme.

Martes 30

Hay una frase de Voltaire que cada día se me hace más presente, y no sólo por su certeza, sino por su posible aplicación a mí mismo. Dice Voltaire: «Soy como don Quijote. Me invento pasiones sólo por *ejercitarme*». En primer lugar, estas breves líneas suponen la mejor lectura del *Quijote* que se ha hecho jamás. Alonso Quijano no estaba loco. Quijano es un hombre que, en la cincuentena, empieza a experimentar la ausencia o aminoración de todas las pasiones: la pasión de vivir, de cazar, de ejercer su hidalguía, etc. Lo que llamaríamos, en fin, la crisis de los cincuenta, común a todo hombre. Y, para contrarrestarla, decide «inventarse pasiones» con todo lo que tiene a mano: los libros de caballerías, un caballo, los caminos de La Mancha, un vago proyecto de amor olvidado y un afán de justicia más abstracto y literario que real y coherente. Sólo esta interpretación de Voltaire bastaría para eliminar todas las *militarizaciones* del libro que se han hecho a través del tiempo. Quijano no está nada loco, sino que toma una medida muy cuerda: obligarse a vivir cuando nos van faltando las ganas. Lo que recomiendan hoy los más modernos médicos.

Voltaire lo entiende así y se compara con don Quijote, pues él también está en una edad (me parece que más avanzada) en que o te inventas las pasiones o te van abandonando. Y yo a mi vez, ahora, me comparo con Voltaire, pues que llevo ya unos años inventándome las pasiones que me han abandonado: un libro, un viaje, un amor, un premio, una lucha política, etcétera.

Y es el momento de confesarse que, en el fondo, ya no nos interesa nada de eso (o no

nos interesa y apasiona como a los treinta), sino que forzamos nuestro entusiasmo por no quedarnos aquí herrumbrados de lecturas y relecturas (alarmante síntoma las relecturas, como en don Quijote). El mero hecho de bajar a Madrid desde este pueblo supone «inventarse una pasión». Me hubiera hecho mucha ilusión, cuando entonces, pasear por Alcalá seguido de un grupo de alguna televisión extranjera, con sus cámaras y sus señoritas guapas.

Hoy me defiendo con disculpas y mentiras, hasta que consigo fabricar en mí la *pasión* de la imagen y la propaganda. Así va saliendo todo: columnas, libros, conferencias, firmas, viajes. Pasiones inventadas para ejercitarse, para no dejarse morir de asco y desgana entre un álamo (que sería mi lanza de don Quijote) y un crepúsculo.

Evito que se me lentifique el pensamiento, que se me suma el cuerpo en el sueño invernal, invento pasiones que acaban siendo verdaderas, pues que, en verdad y a toda edad, las pasiones las inventamos nosotros y el hombre sin imaginación es un hombre pasivo. ¿Qué necesidad hay de escribir un libro o de encontrarse con una mujer, otra? El mundo está populoso de libros y mujeres, y nuestra biografía también.

Cuerdo como don Quijote, astuto como Voltaire, me engaño a mí mismo sabiendo que hay que ponerse en acción porque de la acción nace la realidad y las cosas van siendo ciertas por el mero hecho de que las hacemos. Por eso es por lo que estoy presente en la actualidad, en la calle, en la literatura y en el periodismo. No busco la gloria ni el poder ni el amor. Sólo pretendo «ejercitarme». Dicen que a estas alturas es sano.

OCTUBRE

Miércoles 1

Me llama Inés Oriol para invitarme a la inauguración del teatro Real, que va a ser un acto importante, presidido por los reyes y con un público muy seleccionado. Pero a fin de cuentas tocarán *El sombrero de tres picos*, de Falla, me parece, que ya lo oía yo con mi madre en los conciertos provincianos, siendo adolescente, y siempre me pareció que no tenía nada que ver conmigo.

Es lo que tiene la música, que siempre vuelve cuando menos falta hace y nos trastorna las épocas. A Inés, que es de una originalísima belleza a lo Meryl Streep, esa gran actriz de moda, la conocí en el cortejo de los Cela, luego volví a verla en una fiesta con los reyes y después en casa de Sisita Milans del Bosch, porque un viejo sentimiento —Sisita— puede traer enredado un sentimiento nuevo. El mundo sentimental es un fino entramado de estas cosas. Y no hay que cortar por ningún sitio, porque se deshace toda la trama y te quedas solo. El final de una historia sólo es el principio de otra, aunque me parece que aquí no ha empezado nada.

Inés Oriol nos ha dado varias cenas en su casa, donde siempre hay abogados como Liaño, escritores como el propio Cela, periodistas como Anson y Campmany, todo eso. Miguel Oriol es un arquitecto entre la tradición y la innovación, como su amigo Fernández Ordóñez, con el que tanto recuerdo a su hermano Paco, que también fue un hermano para mí. O sea, todo esto es lo que Valle-Inclán llamaría «una tertulia de antaño», y más bien de derechas. En los periódicos hasta creen que aquí conspiramos. Miguel diría yo que tiene un gran talento de restaurador, y su casa de Campomanes está entre club inglés y capilla de catedral gótica. Es de los Oriol de veta andaluza y hasta gitana, muy parecido a aquel torero que se llamó el Cordobés, con risa grande de mordisco y simpatía, y el pelo blanco peinado a lo loco y prolongado en unas patillas de bandido generoso o contrabandista gaditano de la Primera República. Encima escribe en *ABC* unos artículos barrocos que van mucho, en su manera de hacer la prosa, con su manera de hacer el barro y la piedra, la madera y la pintura.

Inés, lírica y catalana, revela este origen, o ambos, en unas pantorrillas de bailar la sardana que contrastan con su apasionante delgadez. Una vez se vino desde su finca de Toledo en un tractor, en invierno y de noche, a casa de Sisita, ella sola, a una fiesta donde recuerdo a la ministra Loyola de Palacio, de la que se enamoró Antonio López, también invitado, y que luego exclamaba: «Y la carnalidad de esa cara, y la carnalidad de esa cara.» Cuando la carnalidad más visible de Loyola no está precisamente en la cara. Lo primero que me sorprendió en Inés fue su falta de sentido del humor, o quizá sea que el humor catalán es otro. Lo que quiere decir que mis recursos en ese género raramente le funcionan. Hasta nuestra amistad queda ahí cortocircuitada. Pero me gusta su voz grave, su sensatez payesa (supongo que se dice así), su manera de vestir de rojo y nada y su manera de rallar el queso.

—Tú eres una mujer demasiado lírica para comer tanto queso.

Pero me hace una completa exposición gastronómica sobre el queso y sobre su cuerpo, que evidentemente no es de queso, y comprendo que ni el humor ni el lirismo, mis dos cuerdas, serán caminos para llegar a su amistad real (sólo tenemos una amistad social).

Inés, cuando llama alguna mañana, me acerca con su voz y su tono un mundo de grandes lienzos y arduas fincas, de silentes criados y elegante dinero que no se ve, y hasta me llega en la voz un poco de la distante cercanía de su cuerpo. Miguel trabaja en la reestructuración de la plaza de Oriente, obras municipales que tanto he criticado, pero el matrimonio, muy sutilmente, más que hablarme de eso me invitan a cosas, o me llama Inés para comentarme mi última columna. Me felicita por lo que escribo hasta cuando no escribo. En el mundo social siempre los intereses se hacen solubles en la verdadera amistad, y hasta el amor. En el mundo social hay que aceptar incluso el

soborno, porque a lo mejor en toda la deliciosa confusión se esconde un brillo de simpatía verdadera, de afinidad electiva, de cariño. Sólo tratamos de vencer a quien para nosotros vale la pena de ser vencido. Pero Inés sólo ha hablado de *El sombrero de tres picos*.

Jueves 2

Estreno de la película *Carne trémula*, de Pedro Almodóvar. Pedro fue la máxima consecución de aquella Movida que animó el Madrid de los ochenta. Con que un movimiento generacional dé un talento ya podemos sentirnos gratificados. Pedro es un chico manchego que sigue mirando y retratando Madrid con magia de descubrimiento. Aprovecha cosas que están ahí y los demás directores no ven, como las torres KIO o las olimpiadas de parapléjicos. Pedro ve la ciudad *en cine*, y esto le diferencia de otros directores.

El cine almodovariano principió siendo la crónica de una ciudad que se abría a la libertad y jugaba a Manhattan. Una vez que triunfó invasivamente, a Pedro le vino a ocurrir lo que a todo triunfador: que renunció a contar la vida de la gente para contarnos la suya propia, que ahora, sin duda, le parece más interesante. Esto lo ha hecho mediante una serie de filmes metafóricos, de calidad plástica creciente, y de gran imaginación visual, pero ese intimismo disimulado —intimismo multitudinario, diría yo— se le ha vuelto críptico, claustral, de modo que las claves últimas de *Carne trémula* sólo las tiene él, si es que hay claves, aparte las muy obvias del asunto.

Me interesa especialmente (me interesa el psicoanálisis del creador) esa tendencia a la introversión después del éxito definitivo. Digamos con cierta vulgaridad que un hombre llega a creerse su propio mito, el que con prisas le han urdido los demás, llega a sentirse *interesante*, y entonces se vuelve sobre sí y crea y recrea su vida —en cualquier arte, incluso en la filosofía—, lo cual suele llevarle a un solipsismo de niño autista que pierde todo interés y roza la pedantería.

Claro que estoy escribiendo todo esto en un diario íntimo, que es el libro de postrimerías por excelencia y donde sin duda el *yo* rebosa por todas partes, pero me he propuesto desde el principio hablar de los otros más que de mí, procurando no incurrir en la crónica mundana, como no sea deliberada e irónicamente.

Goethe y tantos otros —mi amado Voltaire— llegaron a un punto en que lo más interesante que encontraban en el mundo eran ellos mismos, y no escribían de otra cosa. Goethe, cuando herboriza, en realidad está herborizando su alma. Todos nos herborizamos a cierta edad, no sólo por vanidad de vanidades sino porque empezamos a sentir que nos falta el tiempo para decir nuestra última palabra: entonces soltamos miles de palabras, pero aquélla, la última y esencial, queda sin decir. El éxito del escritor lo convierte en tema literario para sí mismo. Podría poner docenas de ejemplos. García Lorca principia preocupándose por Mariana Pineda, como dramaturgo, para acabar vomitándonos toda su gastronomía sexual, sentimental, humana y artística en *El público*. Aunque tan discreto siempre, se encuentra al fin *interesante* e inunda el teatro con sus divertículos espirituales y de los otros.

Es el Greco retratándose a sí mismo en *El caballero de la mano en el pecho*, entre el incógnito y la duda, pero en versión lirificada. A esto tienen los creadores perfecto derecho, como a todo lo contrario. El problema está en que a veces uno no es tan interesante como su obra. Las confesiones literarias de muchos grandes nos decepcionan. Por otra parte, uno se confiesa más cuando cree que está hablando de otras cosas —incluso en la conversación— que cuando habla directamente sobre sí mismo: directamente, y por lo tanto con todo un sistema de defensas que se despliega sólo en batería de mentiras, exageraciones y silencios llenos de palabras.

El caso pertenece a la psicología del artista, que nunca haremos, y afecta tanto a Juan Ramón Jiménez como a este joven artista manchego, Pedro Almodóvar, que empezó haciendo cine pop y luego al pop le ha metido arte, gracia, misterio, crónica, psicología,

intimismo y mucho sexo.

Creo que, aparte de haber triunfado más bien poco, me libro de todo eso porque nunca he sido lo que se dice muy pop. Más bien todo lo contrario.

Viernes 3

El sexo tiene días de cuchillo, de violar a una virgen con un sable, de beber las entrañas a una mujer morena, de montar a una madre mientras reza a su hijo.

Hay días de cuchillo, una espada de sangre, el falo es asesino, quiere dejar un rastro de mujeres tronzadas como muebles o muertos. El sexo, sí, tiene días o noches de cuchillo, siempre el mejor amante es un criminal lento, hay que brutalizar un desnudo de Ingres y lavarse las manos pulcramente o pedir un gin-tonic pronunciando *bifiter*.

Sábado 4

Hoy se ha casado en Barcelona la infanta Cristina con un joven deportista vasco. Los medios y los media apestan a boda. La última vez que charlé con el rey fue esta pasada primavera, en palacio.

—Te he visto toda la tarde apoyado en la pared, Umbral.

—Estaba sosteniendo el palacio, majestad.

Era sólo un viejo chiste, porque cuando estás con un rey siempre te cortas un poco, pero Juan Carlos se me cabreó.

—El palacio no se cae.

Y en el color risueño de sus ojos hubo un momento de luz grave, porque le entraba por un ventanal el sol de la hora madura, esos oros y ocres y azules que tanto relaciona mi imaginación con los Borbones, con más memoria pictórica que histórica. Este rey, con fama de hombre abierto, y lo es, debió de aprender una cosa de pequeño: que lo primero para que la gente respete la monarquía es que la respete él mismo. Sobre eso no admite un chiste ni un equívoco. Le trato desde que es rey y nunca le había visto *en Rey*, a la luz tensa y extensa de la tarde. Se nos había acercado un periodista televisivo y le abrazó fuerte.

—A éste sí que le quiero yo —dijo, con lo que completaba el mensaje.

Juan Carlos exige juancarlistas y tolera republicanos, pero se pone la guerrera de rey, como el 23-F, en cuanto uno saca los tanques dialécticos a la calle.

Lo cierto es que yo había hecho un chiste malo e inocente, pero él había entendido otra cosa, o quizá uno, a veces, da lugar a que le entiendan más allá de donde quiere ir. Me refería, ya puestos a interpretar la frase, a las obras municipales (y a mi juicio equivocadas) que han trastornado la plaza de Oriente. He criticado mucho esas obras en los periódicos y sin duda el rey me lee y el recuerdo de mis artículos es lo que cargó inopinadamente de sentido un chiste tonto, porque Juan Carlos parece que siempre fue partidario de las obras. La confesión de amor al periodista casual rubricó su rechazo. La verdad es que yo no soy Saint-Simon, pero tampoco él es Luis XIV, de modo que no contribuí a mejorar las cosas cuando me preguntó, como dándome una última oportunidad:

—Voy a seguir saludando gente. ¿Crees que llegaré hasta el final?

—Imposible. Son demasiados. Y hay de todo.

Le debiera haber dicho: «Su Majestad llegará siempre adonde se proponga, como en los balandros», pero no me salió.

Este hombre se ha ganado casi todo lo que tiene. Primero alejó la memoria de Franco y luego su fantasma. Todo esto de muy joven, cuando sabemos de reyes que se han pasado una larga vida sin hacer nada, salvo cometer unos cuantos errores. Juan Carlos es el cigüeñal de esta monarquía, lo que ocurre es que pasaron sus días épicos, como los de todos nosotros —soy de la generación del rey—, y ahora se va desdorando el mito, aunque dura el hombre.

La imagen monárquica subsiste en Europa pese a democracias y repúblicas, sólo que ya no subsiste como estructura sino como espectáculo. El origen sentimental de la

realeza vuelve a la superficie pese a tanto tratado político, y las masas se cargan de sentimentalismo con bodas como la de hoy.

Hay toda una teoría de la realeza, o muchas, que parecen vigentes, pero la teoría mágica y antropológica será siempre la más sencilla y verdadera. La monarquía es un «poder entrañable», por decirlo a la manera de un viejo ensayista conservador, y esa entrañabilidad hacen bien en conservarla mediante eventos familiares muy potenciados, porque su protagonismo en la sociedad actual es un protagonismo amoroso (el que la gente busca) y no ya político ni guerrero. La Monarquía, la Iglesia y el Ejército son las tres «grandes narrativas» a las que a veces cita Lyotard, y las tres tienen la fascinación de la narrativa, de la saga (historia contada de viva voz), no pueden vivir sin su pasado porque sólo son memoria, y esa memoria es la que tienen que galvanizar en el pueblo mediante una boda o una coronación. A la manera heterodoxa/escandalosa de los Windsor o a la manera ortodoxa de nuestros Borbones —eso da igual, aunque tanto se debata hoy—, las masas democráticas esperan de sus monarcas emociones sentimentales, espurias o no, pues la monarquía es el margen de irracionalismo que una república puede y debe permitirse para no idealizarse ella a sí misma.

Lunes 6

A la gata, *Loewe*, la ha arañado algún gato y tiene el ojo derecho cerrado y tuerto. Me mira con un único ojo infinitamente triste, y no sé si me ve a medias o completo. Mira con resignación, como si ya no esperase volver jamás a recuperar ese ojo. Los animales se adaptan en seguida a sus manquedades. Y sus dolores. Siempre me ha conmovido la razonable tristeza con que un gato, un perro o un caballo se va a su rincón a sufrir y no molestar. Tienen la virtud de la aceptación, que a nosotros nos falta y que sólo se atribuye a algunos santos. Esta resignación me conmueve mucho más que la rebeldía humana frente al dolor o la desgracia. En estas cosas se ve que todas las especies están de acuerdo con el universo y sus leyes o arbitrios, menos la especie humana. Esto debe de ser el pecado original, pecado de rebeldía. «No puedo amar una creación donde los niños son torturados», dice Camus en *La peste*. Yo voy más allá: no puedo, me resisto a amar una creación donde los gatos son torturados.

Esta tarde, E. y yo hemos llevado la gata al veterinario (después de una fastuosa sesión de fotos con una belga, que yo he hecho por disciplina, pensando todo el tiempo en la gata). Dice el veterinario, un joven que es exactamente igual que el ciclista Indurain, con una sola ceja que le subraya toda la frente, que el arañazo se le ha infectado y que *Loewe* tiene el mal en la córnea, y le ha recetado un colirio. Ya le hemos dado el colirio. En estos últimos años se me ha desarrollado un latente y antiguo amor a los animales que me recuerda la frase de Schopenhauer: «Cada vez que ando entre los hombres quiero más a mi perro.»

Todas las especies son inocentes y ya está demostrado que ninguna es agresiva. Todas tienen la gracia original del paraíso y viven en una dulce infancia, hasta los longevos elefantes. A este amor por los bichos, que es, ya digo, de toda la vida, se añade ahora el amargor del desencanto por los hombres y las mujeres. La especie humana en general me parece fea, sucia, maligna y tediosa. Desde el gusano que viaja entre el vello de mi mano por las mañanas hasta esta siamesa dulce y solitaria, inteligente y perezosa, las pequeñas y grandes bestias tienen toda mi amistad.

No sé si se está desarrollando en mí una vieja histérica con perro o un Francisco de Asís, aunque yo no soy mínimo ni dulce. No creo que los animales sean nuestros hermanos, sino las criaturas naturales que habitan el presente absoluto, inmortal porque ignoran la muerte y melancólicas porque su dios es el hombre y saben que el hombre no es bueno. Hubiera cambiado toda mi literatura por dedicar la vida a la amistad de los bichos, de una lagartija, una tortuga o un viejo leopardo. Hay una pureza errante que va en todas las especies, menos en la nuestra. *Loewe* me sigue mirando

con su ojo único, confiado y bello. Pienso que ella también me aceptaría tuerto a mí.

Martes 7

El periódico en que ahora escribo, *El Mundo*, ha ganado mil millones en el primer trimestre de este año. Siento que de alguna manera yo he contribuido a ese éxito, que más que por razones económicas me interesa como signo sociológico y literario. A uno le compran porque le leen, a uno lo leen porque interesa. Tengo todavía el complejo adolescente de no servir para nada, de ser un perfecto inútil, un gamberro, un patán, un piernas, un paria, un frustrado, un completo bergante, y por eso los pequeños triunfos económicos, o los grandes de las empresas a las que he pertenecido, me llenan de satisfacción.

No es satisfacción capitalista, sino satisfacción sentimental. Me hubiera gustado que estas cosas las viese mi madre. Pues mira, parece que el chico servía para algo. El dinero no es sino la figura de la aceptación social, y por eso lo buscamos todos. El otro dinero, el que sólo se busca y se roba para comprar jamones o putas, es el verdadero dinero negro. Dijo Ortega que el hombre sólo tiene proyectos líricos. Mi proyecto más lírico ha sido siempre ganar dinero, y no por el dinero, claro (en seguida se llega a tener lo justo), sino por la ratificación social y personal que el dinero supone. No se ha inventado otra medida áurea del hombre que el oro puro. Quizá sea demoníaco, pero es así. Yo tenía el complejo de niño althusseriano, cuando entonces. Althusser cuenta que de chico se sentía transparente, invisible para las personas mayores, inexistente. Algo así me pasaba a mí, y mi manera de hacer gestos o vestir de bufón para llamar la atención de alguien era escribir. Creo que hoy, siglos más tarde, sigo escribiendo para que se me vea.

He tardado en superar la angustia de la invisibilidad. Lo único que de verdad se puede comprar con dinero, aunque sea poco, es la sensación de corporeidad, de corporalidad, de que a uno le miran, le ven, le tienen en cuenta (a veces demasiado, ay).

Resulta que mis pasiones líricas de adolescencia, Juan Ramón Jiménez, los románticos y todo eso, se confirmarían, en la madurez, no en la isla de oro de los poetas, sino en la Bolsa. La cultura existe y da dinero, la poesía lírica la vendo todos los días en el periódico. Mi pasión solitaria por leer y escribir ha resultado la más mundana de mis pasiones. Y esto no tiene nada que ver con la corrupción. Ni yo ni mis maestros estéticos hemos renunciado nunca a un adjetivo por resultar comerciales. Al final, lo que más vende es la pureza juanramoniana.

El hombre que ha hecho posible el éxito de *El Mundo* es Pedro J. Ramírez, con el que trabajo hace unos años, y que se ha convertido en el periodista nacional más controvertido, revolucionario y *peligroso*. Pedro J. a mí me parece que es un joven liberaldemócrata a la americana, un periodista que tiene la pasión de la verdad (la más peligrosa e intolerante de las pasiones, quizá).

Pedro hace su periódico (ha hecho varios) con la misma temperatura creadora que el novelista hace su novela y el arquitecto su casa. Pedro levanta una casa de papel todos los días, que es una casa de vecinos donde todos gritan, con muchos patios y corralas, periódico prodigioso de información e investigación, lo que no se había hecho nunca en España, salvo el falso bullicio de Emilio Romero con su *Pueblo* en los sesenta. Pedro busca y tiene el poder del periodista, que sabe más duradero y amenazante que el del político. Pedro no quiere ser Poder, sino la conciencia del Poder.

La pasión de Pedro por la verdad negra de las cosas es devoradora para él mismo, de modo que hoy es un hombre que no quiere amigos ni complicidades, salvo lo que pueda ocurrir antes de que se publique este libro mío. Está llegando a esa meseta decisiva del Poder que es la soledad. Se hace soluble en reuniones para que no le vea nadie, ni siquiera los de la reunión. Cara de colegial malo, inteligencia rauda, muy ayudada de astucia, fino conocimiento de los hombres, vive la urgencia como

inspiración, y la noticia le ilusiona como al poeta su última metáfora. El buen periodista llega a creer que las noticias se le ocurren a él. Las ama como el novelista ama sus historias. Por eso no puede caer en la noticia «inventada», como a veces se ha sugerido: porque ama demasiado la noticia/noticia. Este periodismo de Pedro, tan nuevo en España, unos lo llaman «amarillismo» y otros ambición y protagonismo desmedido. Pero toda la prensa va hoy a rastras de este chico insolente, sabio y urgentísimo. En esa J. como un anzuelo pesca las mejores noticias impublicables. Y las publica.

Sábado 11

Fiesta y homenaje por mi libro y premio *La forja de un ladrón*, en el Palace. Académicos, ex ministros, escritores, damas bellas de mediodía, mucha gente. Toda la metalería de estos actos. Lázaro Carreter en la presidencia, con su majestad sencilla de maestro del idioma. Siempre hay en Madrid (este libro procura no salir de Madrid) una especie de mandarín o sacristán de la catedral del castellano: Pidal, Dámaso Alonso, Fernando Lázaro... José Hierro, siempre con oreo de viaje a esas provincias poéticas donde se hace toda la bisutería, buena y mala, de la incesante poesía española, y adonde llega Pepe, con su cráneo de Rilke y su mirada de diablo irónico y trágico, como lo que es: el mayor poeta vivo de España.

Todo el trajineo y afán de estos actos. En mí habita un perfecto escepticismo, como si la cosa no fuera conmigo, y me parece que este tiempo irreal de los banquetes no tiene nada que ver con mi tiempo interior, sino que, de fiesta en fiesta, la vida nos va llevando a su final sencillo y mediocre. No creo que esto sea la gloria ni que la gloria —literaria o militar— sea otra cosa que una ceniza de erudición. La erudición es la forma duradera y gris que tiene el escritor de dejar sus cenizas a los empresarios de nuestros nombres. Unos cuantos banquetes en vida y un fichero después de muerto, en el archivo donde se hace la continua cremación de nuestros libros y nuestro cuerpo. Ya ven que uno tiene más bien una idea funeraria de la muerte. Parece obvio, pero no es frecuente. Mis colegas tienden a mirar la muerte, su muerte, como un largo resplandor de oro lleno de altares académicos donde vivirán, vivirán. Se me ocurre que en el gran salón del Palace renovado —mucho más claridad en la hermosa lucerna, como si le pagasen un canon de sol al ayuntamiento— no hay amigos ni enemigos, grandes ni tontos. Sólo hay contemporáneos. A estos sitios se viene a hacer de contemporáneo. Nadie ha venido en función de ministro o de académico, sino de contemporáneo. De contemporáneo mío, se entiende, que soy el elegido de/para la fiesta. Otros días me toca a mí hacer de contemporáneo de un premiado, un precadáver o un homosexual.

La generación del 98 y la del 27, más las intermedias, hicieron mejor las cosas. Antes o después del banquete se hacían aquellas grandes fotos en la fluyente y espaciosa escalera del hotel, formando a su vez una escalera de caras donde hoy buscamos la cara perdida de Azorín o de Manuel Bueno. Tenían más sentido generacional y contemporáneo que nosotros. Se sabían una generación y como tal querían pasar todos a la historia gráfica en torno de Unamuno o Valle-Inclán. A lo más que se llega en esta vida es a contemporáneo de algún famoso. Yo estoy ahora rodeado de contemporáneos, pero, en esa escalera ideal y recordada —la televisión, hoy, actúa por grupos, y el flash por personas—, no se sabe cuál será la cara que destacará de la pirámide humana ni cuál esa otra cara perdida y de poco dibujo —el Díez Canedo de ahora mismo— que los más auspiciadores intentarán diferenciar con una lupa. Ya no hay generaciones porque no se hacen fotos generacionales. El magnesio tenía más conciencia histórica que la televisión.

Pienso en estas cosas y escaleras mientras los demás dicen palabras muy bellas y generosas sobre mí, pero en el mareo de los camareros y al través del agua con gas, o del champán, veo, al otro lado del salón, la silueta roja y negra, esbelta, de Inés Oriol,

con pamelita que le va muy bien a su belleza afilada. La tengo de medio perfil y es una visión impresionista, entre las burbujas, el humo y las palabras. Me molesta que se cruce un camarero, un comensal inquieto, alguien o algo, una columna, que me tapa un momento ese cuadro impresionista que es ahora para mí Inés con su pamelita negra. Estoy pensando en pintor y no en escritor. No me entero de lo que dicen o me dicen porque además estoy algo sordo, y quisiera que me dejaran concentrarme en ese cuadro ideal y mínimo, en este Renoir que me deleita la mirada, el pensamiento, porque además conozco a la modelo y la quiero como amiga ideal. Desearía ser sólo uno cualquiera de los comensales para poder concentrarme en el cuadro vivo que ilumina el mediodía y colorea el contraste con los fondos crema del hotel. Al final tengo que decir unas palabras, me distraigo y, cuando vuelvo a mirar al sitio de Inés, Inés ya se ha ido. La mañana —siempre temperatura impresionista— pintó su cuadro y lo borró. Ahora ya es por la tarde y vuelvo a no ser nadie, o a ser de verdad yo, que es peor.

Domingo 12

Inauguración del teatro Real, al fin restaurado, con asistencia de los reyes, un público de gala y el buen pueblo de Madrid en la calle, acantonado para verlo todo, que marujan a los famosos con su cheli característico y siempre renovado, más escépticos que rencorosos. Así se hace.

Pilar Miró, Plácido Domingo (con el cabreo de no haber inaugurado él el teatro), Celia y Marina, Lázaro Carreter, Carlos Saura, Esperanza Aguirre, Emilio Ibarra, los Oriol, Beatriz Letellier y Alfonso de Salas, Pedro y Agatha, Natalia y Raphael, Federico Trillo, Manuel Vicent, Cándido, y en este plan. Nos echaron dos cosas de Falla: *El sombrero de tres picos* y *La vida breve*. Luis Alberto de Cuenca y yo nos confesamos mutuamente que a nosotros la música no nos dice nada, después de lo cual me paso la función meditando sobre una cierta constante del arte español que podríamos llamar la *estilización de la miseria*. Todo el asunto de Falla o de Alarcón está en presentar al pueblo bajo como un ballet. Y, hacia atrás, Celestina es la emperatriz de las más miserables meretrices. Dulcinea es la idealización de una ruda campesina. Mesonero Romanos, en su costumbrismo, beatifica a los pobres. Baroja los hace líricos o metafísicos. García Lorca, discípulo al fin de Falla, los lleva a una mitología personal y oscura. Después de la guerra, el socialrealismo también incurrió en la estilización del proletariado. Etcétera.

En primer lugar es indiscutible que nuestro pueblo, como ya sugería Stendhal, no carece de un gran carácter, y eso lo ve el artista y lo mimetiza el aristócrata. Ahí están los pobres de Gabriel y Galán o de Chamizo. Parece que tenemos muchos pobres y muy literarios. Los pobres piojean por toda nuestra literatura en cualquier época.

Pero hay más. La presentación del pobre zarzuelero, bien sea obrero del campo o menestral de Madrid, es algo que satisface, tranquiliza y sirve de coartada a la burguesía. A veces se lleva la desgracia del pobre hasta límites casi reales, pero en seguida se da un paso atrás y el desenlace de la cosa queda sublime. Somos país de mucho proletariado, que desborda la vida y se mete en el arte. Valle-Inclán lirifica a los menesterosos galaicos, sobre esto he meditado mucho últimamente. Primero lo hace por estética (la «miseria» que fascinaba a Picasso) y luego porque toma conciencia social y ya saca al pueblo, en el teatro y la novela, como depositario de la revolución. Insisto: la gran constante de nuestra literatura, y en buena parte de nuestra música, es la lirificación de la miseria, lo que nos denuncia como tal país mísero. Ni siquiera la música es inocente en esto, desde Falla hasta la zarzuela. Los hispanistas tienen la idea de que España está llena de chusma inspirada, cojos y bailarinas. Luego vienen al Palacio y comprenden que el país es otra cosa. Yo aconsejo visitar el Museo del Prado buscando pobres y sale un censo impresionante, entre Goya, Solana (que no está en el Prado), los pintores meridionales y del sur, cierto Velázquez, etcétera.

El arte es la conciencia de un país y nuestro país tiene mala conciencia cuando exhibe tanto sus llagas y hordas. Eso es lo que vimos la otra noche, pasando por Picasso, Lorca, Goya, José Hernández, Paco Nieva, Falla, Alarcón y los demás. Hemos estilado tanto la metalería de la cochambre nacional que hoy llegamos a pensar en nuestros pobres como decorados picassianos. Sólo falta que alguien escriba la ópera de los parados.

Lunes 13

Un ser de lejanías. Titularía este libro con cita y florón de Heidegger. «El hombre es un ser de lejanías.» Interpreto sus misteriosas palabras trayéndolas a un nivel doméstico. Todos somos de lejanías porque no sabemos de dónde venimos. Todos somos de lejanías porque no sabemos adónde vamos. Nuestra muerte no tiene fecha y por lo tanto no existe.

Otra interpretación. Nuestra memoria viene de los manantíos del pasado, un pasado anterior a nosotros, un pasado genético. Y nuestra memoria del futuro va siempre muy lejos, echa hacia atrás la muerte, sitúa nuestra felicidad siempre en un futuro dorado e incógnito, venidero. Cerrando aún más el círculo personal, me atrevere a decir que soy ser de lejanías porque he elegido un apartamento del mundo más imaginario que geográfico, pero suficiente como para juzgar la vida y la muerte con el escepticismo que creo subyace en este libro. No quisiera caer en el ensayismo ni en la crónica social, pero tampoco convertir mi diario en unos ejercicios espirituales o en un repertorio pascaliano, aparte de que uno no es Pascal, ni siquiera pascaliano. Sí quisiera, en cambio, que el libro tuviera un poco de todas estas cosas, que es la manera de que unas se ayuden a las otras o de que unas bloqueen las otras, no dejándolas invadir de modo absoluto y absolutista mis páginas.

Lejanía de la edad, que se acentúa y como inverniza si a esto lo llamamos vejez. Lejanía de la indiferencia (las *pasiones* que pongo en las cosas son volterianas, quijotescas, artificiales, voluntariosas, como ya se ha advertido más atrás).

Éste ya no es un libro del vivir, sino del *ejercitarse* para no morir. Pero sin patetismos. Lejanía de mi cuerpo: lo malo de la enfermedad, y todos tenemos alguna, es que nos aleja de nuestro propio cuerpo. Se produce un distanciamiento entre el cuerpo y no sé qué, ese *no-sequé* que soy yo. El cuerpo es un animal doméstico que se adapta bien a todo. Lo malo del dolor es que nos aleja del yo. Lo malo del yo es que no hay yo. Así, las lejanías sólo son relativas. En un libro reciente veo citada una frase mía que tenía olvidada: «La vida interior no existe.» ¿Y no creyendo en la vida interior, cómo se puede iniciar un diario íntimo? Porque uno no es Amiel ni Pavese ni Kafka. Porque uno cree que la vida íntima o interior son todas esas exterioridades que venimos reseñando aquí. Cuando nos reclinamos a pensar en nosotros mismos sólo pensamos, como mucho, en nuestras cosas. Lo malo de pensar es que no hay pensamientos, sino cosas. Una manera de concentrarse y relajarse es pensar única y largamente en el contacto del calcetín de hilo contra mi piel. Mi cerebro y mis músculos se relajan, se identifican ciegamente con el calcetín, que donde más se experimenta es en el talón (sin zapatos). Pero una vez que hemos transigido con el calcetín puedo decir que esa prenda es tan ajena a mí como el corpiño de Inés Oriol, por ejemplo, y sin duda estimo y añoro más ese corpiño que mi calcetín. Luego estamos ya otra vez en lo exterior. Nuestra interioridad se caracteriza por estar populosa de exterioridades, constituida por ellas.

La vida interior no existe, en efecto. Los místicos y los filósofos mienten o se equivocan. Un diario íntimo (y éste no lo es, o no sé) debe cuidar mucho las exterioridades, que es donde realmente está el yo. Mi alma es como el alma de una gran ciudad —¿Madrid?—. El alma de las ciudades, ese tópico baudeleriano, no está en ningún sitio y está en todos, paseos, bancos, barrios, cabarets, iglesias, casas de prostitución, torres y palomas. No somos los hombres más que un aglomerado, y lo que

hay que procurar es que el aglomerado no resulte demasiado mediocre.

¿Ser de lejanías? Cuando las cosas en que consisto vienen a disgregarse unas de otras aparece la lejanía. Lejanía de las cosas entre sí, del hígado respecto del cerebro, y lejanía de mí respecto de las cosas. Puedo identificar cierto malhumor, cierta ironía, cierta voluntariedad, cierto egoísmo, como las constantes de mi yo. Pero todo eso es bien poca cosa. Soy un ser de lejanías porque las lejanías me constituyen y orean. Sólo eso. De modo que *no soy*, y esta libertad de *no ser* es la que agiliza mis movimientos, mi escritura. Finalmente, consisto en esa agilidad de no ser. Soy.

Martes 14

Mañanas de un octubre barroco (hay un barroquismo del clima). Sol y viento. Última cura al ojo de la gata, que me araña un poco, como despedida del tratamiento. Cielo absoluto: el absoluto es azul. El universo se columpia en el tiempo. Teléfonos que no atienden. La panameña afanea por el fondo de la casa, ignorante de las mitologías de su cuerpo, humilladas absurdamente al servicio de la fregona. Calor y frío. Cartas y remesas de whisky de malta (ya no bebo whisky ni casi nada). El tiempo empieza más allá de mi jardín.

Pero no quiero entrar en el tiempo, sino mantenerme intemporal en mi escritura. La escritura no es una manera de pasar el tiempo, salvo para los aficionados, sino de hacer que el tiempo no pase. El tiempo, ese prófugo, se enreda siempre en los espinos y alambres de una prosa bien trabada.

Día absoluto, Dios de una semana. El sol saca pecho contra las olas del viento. Es la una y cuarto por mi viejo reloj infatigable, memoria de un amor desmemoriado. Los periódicos de hoy mismo han perdido actualidad antes de llegar. Hoy es un día inactual y eterno. Ya no recuerdo nada de lo que he escrito esta mañana. Esto me mantiene más puro, limpio de política y tinta de imprenta. Los dolores no duelen. La luz llega hasta el fondo de los hondos jarrones enterrados.

Miércoles 15

María, en la dacha, abre todas las esclusas de la luz y me llena de sol. María, en la dacha, me trae un caracol con los periódicos, lleva al colegio a la gata, se pone en el triángulo matinal de todos los mensajes, sale a mirar las flores que han nacido, corta una rosa como capitular de la mañana, lleva a pastar los rebaños del agua, se lava la cabeza con resoles, usa corona de urracas, lava el coche, habla con la vecina de lo que dice el cielo esta mañana, trae la temperatura de los pinos, y se araña las manos con las primeras espinas del otoño, les reparte monedas a otros gatos, maneja los cuchillos de Paco el jardinero, va a mirar el buzón, toma café, me trae la sementera de la correspondencia, usa máquinas negras que le hablan a distancia, se va en coche.

María, en la dacha, ordena y desordena el baúl de las manzanas y ventila los libros y aspira de muy lejos el perfume de sombra y de salud del gran oso invernal que está viniendo.

Jueves 16

La princesa Beatriz de Orleans (cuya bellísima hija suena para novia del príncipe Felipe) nos da una cena con música en el restaurante del teatro Real. Hay otros actos a la vista en este mismo sitio, que presiento va a ser el lugar de moda durante la temporada. Las alfombras tienen un espesor de nevada, los cuadros tienen calidad y pátina (mucho más difícil de conseguir la pátina que la calidad), pero todo se tira un aire bancario y marmóreo que te enfría el alma. Hubiéramos preferido recobrar un teatro realmente antiguo.

En la fiesta, Sisita Milans del Bosch, con quien tanto quiero. Viene como de Venus de las Pieles, confortable de visones y descotada hasta el esternón. Me gustan las mujeres sin pechos, o que los disimulan bien, porque lo que más deseo de una mujer es besarle en el esternón, que sería como besar el crucifijo de su esqueleto (también amo el ancla de barco de su pubis). Hay la época Sisita como hay la época Esperanza

Ridruejo (ahora me parece que estoy en la época Inés Oriol).

El calendario interior de mi vida va por épocas femeninas. Es interesante y emocionante observar cómo una mujer puede perfumar toda una época de nuestra vida, época corta o larga, acotarla, resumirla, metaforizarla. La época Sisita fueron jardines, noches de El Viso, humor y complicidad, *El País* y el golpe. La época Ridruejo fueron embajadas y palacio de Liria. La época Marisa, la época Carmen, en fin. La mujer es buena conductora de la electricidad estática del tiempo pasado.

Ceno con Marisa Borbón. Marisa está en la galaxia Sisita. Ella misma me lo recuerda:

—Somos amigos hace más de veinte años, Paco.

Pero está igual de bella —morena de ojos claros y hermosas manos grandes— y se ha puesto el último modelo de Givenchy, que me la muestra/oculta entre gasas, tules, satenes y otras evanescencias. En torno nuestro, todo el pequeño mundo de Guermantes madrileño en un reducto de rojos desatados y espejos todavía sin misterio. Me lo dice Sisita:

—A los espejos hay que domesticarlos, Paco. Yo en mi casa los tengo todos domesticados. No te puedes poner de pronto frente a un espejo desconocido o que no te conoce.

Enseñanzas de la edad, pienso, pero me lo callo. Plurales marquesitas, modelos y desconocidas. Numerosas Juncal Rivero y Siruelita.

La belle époque del otro fin de siglo yo no sé quién la pagó. *La belle époque* de este fin de siglo la están pagando las marcas. Siempre que nos reúnen a la pomada es para anunciar un perfume, un whisky, unos puros (Rafael Anson), unos vestidos, unas joyas. La vida social y el gran mundo ya no son aquel antiguo sarao europeo donde el dinero se iba como champán, y viceversa, sino una operación de marketing a la que todos nos prestamos (luego nuestra cara en las revistas) porque se ha creado como una aristocracia comercial que es la que hace de mecenas y alquila nuestra firma o nuestra imagen, durante unas horas, para pasearnos por el mundo, los medios y los media, como una sociedad ociosa que consume todo eso (yo la verdad es que no consumo nada y ni siquiera he cenado).

La belle époque se repite, pero ya como farsa comercial, querido Marx adolescente. Entre unas cosas y otras, llevo una semana sin quitarme el smoking ni para dormir, que son pocas horas. Yo creo que venimos a todo esto porque en casa es más aburrido. Y por la vanidad de haber sido elegidos por Givenchy, firma de la que no sé nada. El smoking, decía. Extraña prenda cuyo origen ignoro, ni lo voy a mirar ahora. A mí, con pajarita blanca y melena, me rejuvenece, como dicen ellas, y me hace un poco violinista, como me dice Manuel Vicent.

Extraña prenda entre hostelera y funeraria. El smoking es vestirse de luto para la alegría. Es el gerundio de fumar en inglés, y es sobre todo la prueba definitiva para catar a un hombre. Llevar bien el smoking, sin ser camarero, es como haber nacido marqués, aunque los marqueses lo suelen llevar mal. Hay grandes de España que con smoking parecen su vinculero del pueblo. El smoking es pájaro nocturno que amortaja a los famosos y les corona de champán.

Ya hemos matado otra noche.

Viernes 17

La fotógrafo Christine Rennotte viene a hacerme un amplio reportaje gráfico para una revista femenina. Se ha pasado uno la vida posando casi tanto como Amparo Rivelles, de modo que Christine me lo dice en seguida:

—Tú te crees que lo haces bien porque sabes posar. CR es una mujer afilada, rubia, de ojos claros, grandes, entre graves y tristes, a veces ojos de loca, y en seguida se advierte que tiene mucha seguridad en su oficio, que «me ha visto», aunque ella luego dirá que es muy insegura. La dacha está otoñal, roja de parras locas, solemne de crepúsculos, en silencio y sombra, con altos plumeros como corceles del otoño y una

caligrafía china de hojas y pequeñas ramas encima de las mesas blancas del verano. Ella se toma su trabajo con calma y consigue comunicarme sosiego, «meterme» en su trabajo, aunque tengo frío o más bien acuso en seguida los cuchillos elegantísimos de la humedad. Christine o Cristina me pone contra una pared llovida que es ya un Tapies y me hace unas fotos tristes y bellísimas, envuelto en mi Burberrys azul/negro, con el cuello muy alto, como Napoleón en Santa Elena.

Me sale una melena de artista, una mirada melancólica, que yo quisiera más dura, y una boca algo sensual y algo hermética. En otras fotos (las he visto en seguida) quedo decididamente entregado, sentimental o renunciativo, aunque con una última energía muerta en el rostro rejuvenecido por octubre. En conjunto, quedo «muy intelectual», muy en escritor solitario, con una ironía seria, cansado y viejo, pero con algo que dice «aquí estoy yo».

La belga tiene un cuerpo esbelto, aunque no es muy alta, y una como nobleza común europea que sólo se le traiciona en las manos —tan activas durante este trabajo—, como manos de herencia campesina o laboral. Su «cartesianismo», tan europeo, me parece a mí que no la salva de frías tormentas interiores. Luego me confesará que es psicóloga de niños y que a su vez la psicologiza una profesional. Ya está.

La serie ha quedado muy completa, mientras la luz de la dacha iba perdiendo sus últimos entusiasmos crepusculares.

—Tienes una cabeza fuerte y eso es lo que quisiera sacar.

Creo que es una de las mejores series gráficas que me han hecho en mi vida. Esta mujer conocía mi imagen de lejos o ha descubierto en seguida la imagen interior, de manera que quedo entre desafiante e íntimo. Christine maneja el blanco y negro con sensibilidad de arpista de las sombras. Y, como psicóloga, pilla a la gente. Pienso luego, a solas, que ésta es la imagen que me gustaría dar de mí ahora mismo, de vuelta de la provocación, el reto, el duelo o la agresión estética. Una imagen de melena blanca, una imagen «de vuelta», pero sin pose. Una imagen donde, me reconozcan o no los demás, yo me reconozca, por fin, a mí mismo.

Domingo 19

Cena en El Bodegón con Camilo José Cela, Rafael Anson y otros amigos y amigas. Camilo me va a pasar el manuscrito de su obra teatral *Bosco II*. Es un hombre con más de ochenta años que sigue inventando cosas. Como él dice, «tengo muchos años pero no soy viejo». ¿Cuál es la clave, el resorte último de este gran personaje que es Cela, algo así como un 98 con dinero?

Una vez lo dijo su antigua mujer: «Camilo sólo vive para ser Cela, sólo le importa Cela, siempre está en Cela, y hace bien, sólo así se llega adonde él.» Sus dos grandes pasiones son la literatura y el lujo, pero luego el lujo le aburre y vuelve a la literatura. Un crítico dijo hace años que «Cela no ama a sus personajes». Yo creo que es lo único que ama. Cela se parece a todo el 98 en la prosa, en la pasión de España y en la pasión de sí mismo. Es, como aquéllos, una individualidad infartada, monstruorizada, absoluta, un hombre que jamás podría salir de sí mismo. Le gustan mucho las cosas, los animales, las palabras. Lo que no le gusta son las personas. Ama más, ya digo, a sus personajes. Siempre cree que hay más Cela por descubrir o explotar, y a veces tiene razón. Está tan atareado con el filón Cela que a las cenas sólo va a comer, y a los viajes y los doctorados honoris causa. Su humorismo, vigente en la conversación y la edad, sólo es un indicio bonancible de su entendimiento del mundo como broma. Desprecia cuanto sabe del hombre. Por eso no hace novela canónica —y no por razones técnicas—, con dramas consuetudinarios, como Galdós. No cree en la seriedad de las pasiones humanas, en la gravedad de los asuntos, sino que su visión de la novela y del mundo es estética e irónica.

Es asombroso lo que sabe Camilo de todo, y mayormente de lo minutísimo, ya digo, pero estas sabidurías manifiestan por el otro lado un digno desinterés hacia los

grandes casos. Todo estilista es un autista. Se hace estilo para halagarse uno a sí mismo, y ésta me parece la clave última de la literatura, pues que se escribe para *ser* y no para contar el caso del príncipe Hamlet o del navegante Ulises. Homero y Shakespeare también querían *ser*.

En Cela, el lujo traiciona el discurso y el discurso traiciona el lujo. Éste es el dinamismo, ésta es la dialéctica de su vida. Ahora está grande, comilón y gracioso, pero tiene algo de gran patache desgonzado que anda por las fiestas de premio Nobel. Su gran obra registra las mismas irregularidades que su persona, aunque él se tiene por un caballero inglés que jamás mira escaparates. Hubiera querido ser un Baroja follador —Baroja no folla—, o un Valle-Inclán que cenase todos los días, pero escribe mucho mejor que Baroja y cena varias veces cada noche.

Rafansón nos ha dado una cena exquisita, yo diría que filarmónica, pero se la contesto tomando sólo dos zumos de tomate. Hago dieta porque me da la gana y porque quiero parecerme a las fotos de la señorita belga.

Lunes 20

Viaje a Chinchón para tomar las lentejas de Piluca Jalón, mi falsa paisana de Valladolid, y participar en la fiesta del ajo. Piluca y Pepe Stampa han puesto aquí una casa rural deliciosamente falsa, de un buen gusto que traiciona todo ruralismo. Las vigas y todo el maderamen tienen algo de decorado para una obra de Lope de Vega. Todo tan «español» y tan tocado de fino esnobismo. Stampa es un genio del Derecho —le he oído discursos dignos de un Senado romano— y un esnob muy sabio y divertido en todo lo demás. María y yo. Inés Oriol y, luego, Miquelo Oriol, que viene de cazar. Sisita Milans. Los Cela. Las señoras se presentan todas de gafas negras, que es la gala y la mentira matutina de las elegantes. Le pregunto a Inés:

—¿Es que me vas a tener todo el día sin mirarte los ojos?

Ella alega una conjuntivitis sentimental. Me invitan a salir a un patio para ver unos patos y resulta que son unas becasidas negras, muertas, que ha traído Miquelo de su cacería. Me vuelvo atrás rápido porque no soporto los animales muertos, y menos asesinados. Sisita, que está esta temporada como un poco solitaria y deprimida, me insiste en el tema de la pérdida de las pasiones, y como no tengo ganas de explicarle lo de don Quijote y Voltaire, o sea, las pasiones «inventadas» para ejercitarse, que ya he tratado en este libro, improviso otra teoría, la de la entropía aplicada a lo autobiográfico, o sea, Einstein observando la materia en su funcionamiento monótono y cómo, de pronto, hay un átomo que pega el salto cualitativo e inicia una nueva serie. Con esto le estoy sugiriendo, claro, que la única respuesta a la entropía es un cambio brusco, un amor, un viaje, una nueva profesión, etc. Ella lo entiende en seguida:

—Eso que me estás diciendo es interesantísimo, Paco.

Hacia el final de la tarde, Stampa me pregunta por la cosa política y, cuando termino mi explicación, que todos escuchan con visible interés —Cela ya se ha ido—, Inés me hace una propuesta privada de invitarme a cenar a su casa con el presidente Aznar. Le digo que Aznar y yo tenemos muchos amigos comunes, y si ese encuentro no se ha producido ya es que Aznar lo rehúye, y lo comprendo y seguramente me alegro. Luego considero la propuesta de Inés y de las mujeres en general, y me digo lo de Pitigrilli: cuando uno todavía se está preguntando por el color de sus ojos —aparte las gafas negras de hoy—, ella está ya calculando nuestra cuenta corriente. Inés no calcula mi cuenta, pero calcula en general. Luego me despedirá con una corta y gentil carrera por el pueblo, hasta mi coche, y eso —muy cinematográfico en un día de mucho viento, como éste— me hace olvidar la propuesta política.

Por la noche, estreno de la ópera *Divinas palabras* en el Real. Voy con unas entradas que me ha dado Inés. Don Ramón siempre soñó con operizar esta gran función, porque estaba en su hora wagneriana, que la tuvo, pese a las proclamas contra el teutón. Aquel tópico romántico de la integración —más bien acumulación— de las artes. Valle

quería meter ahí el cine, el teatro, la música, la ópera, y hasta al Greco. Afortunadamente, ni él ni su amigo Rivas Cherif tenían un duro, pero ahora son otros tiempos y se operiza uno de los grandes textos teatrales del cada vez más vigente/valiente don Ramón.

Tengo que llamar a la editorial para que metan la reseña de este estreno en mi inminente *Valle-Inclán*. José Carlos Plaza, Paco Nieva, García Abril, Ros Marbá, Plácido Domingo, etc., han montado esta formidable y espantosa máquina con dinero oficial. Prefiero la música verbal de Valle a todas las músicas que nacen de los fosos marchitos de las orquestas. *Divinas palabras* es en esencia el triunfo del latín sobre la ignorancia, de Roma sobre el paganismo, del rito sobre el instinto. Pero nada de esto nos llega, naturalmente, con el estorbo de una música que interrumpe o abrevia la acción y la palabra. La ópera siempre me ha parecido un género absurdo, ni siquiera híbrido porque nunca llegan a hibridarse los diálogos y la música, que van cada cosa por su lado, como el toro y el torero, por más que digan los gacetilleros. Pero Valle dijo que «la obra nace del decorado» y los decorados de Plaza son gloriosamente excesivos, triunfales, vivos, mágicos. *Divinas palabras* es una Galicia vista como dentro de un río, y eso a veces lo consigue Plaza. Plácido Domingo canta bien, pero es como un camionero que viene de fuera y corta las rosas del amor y sigue adelante sin recordar su oloor.

La ópera sirvió para que Stendhal ligase contesinas en Italia y para que los Hermanos Marx hicieran *Una noche en la ópera*, y ya está bien. La ópera incurrió en las minorías estúpidas del XVIII y en la burguesía pretenciosa del XIX, pero en nuestro siglo ya está muerta. A Valle le llegó soplada por Wagner, a quien a su vez soplaban Nietzsche, que ése sí que está en don Ramón.

Vuelvo a la dacha agotado y tardío y me quedo un rato leyendo el original que me ha entregado Cela. Trata del 98. Estamos ya, culturalmente, periodísticamente, en el 98. También leo un boletín y una carta que me envía Anna Caballé, de la Universidad de Barcelona, especialista en literatura memorial: diarios, dietarios (que no es la misma cosa), memorias, biografías, autobiografías, todo eso. Le diré que estoy precisamente escribiendo este libro, metido muy en serio en la literatura de la memoria, porque aquí se trabaja con el tiempo real de nuestra vida y no con el tiempo virtual y tacaño de la novela, tan convencional y falso. Lo curioso del diario es que hay que contar en él una vida donde no pase nada, sólo lo cotidiano, porque si yo mato con un cuchillo a mi mujer eso ya es una novela, no cabe en el diario. En los buenos diarios no pasa nada o pasan estas cosas que yo cuento. Si emprendiese un gran amor, por ejemplo, eso ya sería asimismo una novela, aunque le diese forma de diario. Este género, como las memorias, es literatura en estado puro. El exceso de asunto lo estropea.

Son géneros de madurez, entre Amiel y Pascal. Yo he leído siempre con mucho interés a Saint-Simon, el *Journal* de André Gide, los diarios de Ruano, Pavese, Pessoa, Proust, Pía, etc. (Proust es mucho más memorialista que otra cosa).

La gente cree que la literatura es el asunto. Pero a cierta edad los escritores estamos hastiados de asuntos y ejercitamos el escribir por escribir, el escribir sobre nada, que es fatalmente escribir sobre uno mismo.

El diario es bueno que se ciña a unos límites en el tiempo y en el espacio. Quiero decir que tenga una continuidad, la continuidad sencilla de la vida (y no la ortopédica continuidad de la novela). Quiero decir que no se salga de un espacio definido —Madrid en este caso—, para no caer en el cosmopolitismo y la nota de viaje. El diario es importante, sobre todo, que maneje siempre una misma gente, y no mucha, para que el lector se haga conocido de todos ellos, pues la gran amenaza del diario es la dispersión de la novela.

El diario tiene dos enemigos fundamentales: el ensayismo y el esnobismo. El ensayismo autista lleva a veces a divagaciones gratuitas (Amiel o Rousseau, aunque

esto escandalice). El esnobismo deja el diario en crónica social. Sin embargo, hay que bordear ambos géneros para que el diario tenga interioridad y exterioridad.

Me duermo, al fin, tras este larguísimo día, recordando la plaza mayor de Chinchón, que quizá sea la plaza mayor de España. Rueda de siglos, piedra de molino, corro de soportales, banderas y granito, hay un ángel de anís en el cielo festivo. Banderas nacionales porque hay toros. Emoción seca de estos pueblos de La Mancha. Tejares y campanas, todo mirado desde la ventana de Stampa, ventana con cuarterones de madera que tienen la vejez y la solidez del chocolate de antes. Gente en la plaza, viento y globos, el pueblo está desierto toda la semana, hasta que vienen fiestas y vecinos de otros pueblos. Pepe Sacristán, que es de aquí, restauró el teatro. Lo inauguramos Rodero y yo, hace años, siglos. Emocionante redondel de viejos, plazuela de Castilla, automóviles incoherentes, aquí se entiende España como pueblo y no como nación, que es una idea política. Pero uno ya no tiene emociones sentimentales, sino sólo emociones literarias, que son más decentes.

Martes 21

Ha muerto Pilar Miró. Con un corazón de viejo hierro nos querías, con un corazón de hierro viejo nos detestabas, con un corazón de hierro viejo y unos pelos de chico y una cara enfadada nos saludabas o no nos saludabas, como directora general de la muerte o directora general de Televisión. Con toda la metalería sentimental de tu corazón sencillo, provinciano, complicado, político y poético, Pilar.

Te lo dije una vez:

—Me podías haber dicho que estabas enferma, Pilar.

—Yo es que necesito que me adivinen.

Adivinada Pilar, cómo te adiviné luego. Cabeza de chico, mano de niña ladrona, novia de Súmmsers, beata de Gary Cooper, y un amigo mío que te iba a por los yogures. «Es que Pilar está mala y le he bajado por unos yogures.» Otro que estaba enamorado de ti o desdefñado por ti, chica mala de las noches de Oliver, mirabas a los hombres, amazona de la progresía de los sesenta, como a pobres delincuentes castrados con quienes se desea dormir. *El crimen de Cuenca*, toda España era un crimen de Cuenca, acudimos al estreno, en Fuencarral, y volaban las hostias y los grises porque el viejo romance negro y español, que tú tallaste en cine sabiamente, estaba lleno de pobres sangrientos, enverdecido de guardias civiles.

De *El crimen de Cuenca* a la boda de la infanta, del hijo/protesta a la boda de la otra infanta, generación entregada, como todas, adivinada Pilar, cómo te adivino ahora, cómo me suena aquella ferralla de tu corazón absurdo, aquel talento tuyo de mala ortografía, aquel flequillo que te soplabas para arriba como sólo se lo soplan las adolescentes.

Adivinada Pilar, «a mí me gusta que me adivinen», cómo te adivinaba en tus cargos y menesteres, Festival de San Sebastián, «¿y tú, Umbral, por qué no saludas a la seño?», manifestación antimilitarista de Cuatro Caminos, tú y yo con una pancarta y Aranguren y el pintor Viola y el gentío, todos bajo un sol de domingo rojo, «se va acabá, se va acabá la dictadura militar», bodas de reyes y de infantas, los dos cogidos a la pancarta, cuando entonces, como a una misma sábana «tú, Umbral, es que nunca me has visto como una mujer», qué necesitada de cariño, de atención, de hombre, no necesitaba un padre para su hijo, lo necesitaba para ella misma, niña mala, mano párvula y ladrona, entrañable Pilar que no se dejaba querer, adivinada Pilar, Pilar Miró que estás en los cielos.

Paseo de Rosales, aguaducho, yo es que necesito que me adivinen, Umbral. Anoche, en el teatro Real, ejecutiva de inauguraciones, chica terrible del sistema, de todos los sistemas, yo te había criticado «la Boda», de acuerdo contigo en todo, Paco, de acuerdo contigo, me tirabas de la manga y te fuiste, hija de militar, a tu prisa o tu disciplina, con el corazón de chapistería en la mano, a morirte en la cama sin dar un

ruido, tan callando.

Cuánto he amado aquella generación de chicas, las primeras feministas españolas con braga de esparto, lleno de Marx el corazón y tiernas. Adivinada amiga, Pilar, cuánto hicimos siempre todos por adivinarte, dejás dos obras maestras, dos bodas reales, que el destino del arte es irónico y a veces se triunfa y queda donde no se sabe. Nunca te criticaría yo eso, adivinada Pilar, siempre he tenido que adivinarte, por décadas, no adiviné tu muerte, pero en el Real tenías mala cara, ahora te escribo urgente, la muerte es la estafeta que más apremia, ahora empieza mi amor tardío, adivinada Pilar, parque del Oeste, a mí, Paco, es que me gusta que me adivinen.

Miércoles 22

La política se ha salido de la política. Los vídeos envenenados, las inútiles requisitorias guerracivilistas de Galicia, la falsa investigación fiscal a quien conviene, por cierto inútil, el ulular sobre nuestros ancestros para que pierdan la fe en nosotros, la minorización de ciertos escritores, con visitas personales o farsas periodísticas de aliño, todo esto responde más a la caza del zorro que a la política, por no decir a la caza del hombre.

La tríada judea de Julio Anguita o contra Julio Anguita se pegó el jaulazo contra ese último hombre de la Atapuerca galaica que es Fraga. La izquierda traiciona a la izquierda, ya no somos hombres políticos, somos mujeres al borde de un ataque de nervios, el PSOE lamentablemente escindido en los que hablan y los que callan —entre los que hablan demasiado y los que callan demasiado—, la muerte de Pilar Miró, populosa de gentes que violaron a Pilar Miró políticamente, moralmente, amistosamente, los periodistas que me llaman con el último artículo kamikaze a punto de entrar en máquinas, los cafés en llamas de polémica y bisbiseo, el mundo de las ideas y las palabras se está envileciendo gloriosamente, ha llegado la hora de saber de quién cobra cada uno, y ya se sabe, el espectáculo ferial de los premios literarios, los ancianos de la tribu premiándose a sí mismos, y todo esto para dejarle el campus libre a la derecha, que tira de chequera, orienta la economía y se lo apunta todo, desde la temporada de ópera hasta la subida de sueldos en las Cortes a algunos cortesanos.

La política es turbia y heroica por tradición, pero es que no estamos ya en la política, sino en el gangsterismo virtual, el todos contra todos, lo que falta por saber de Vera y Barrionuevo, la profanación de los cementerios de la guerra, el español saltatumbas, que se da a derecha/izquierda, y la degollación de los inocentes, que somos los de siempre desde Herodes.

Miro a la gente de todos los días y hoy no tiene cara de política o de jodienda, sino que tienen todos la cara verde y afilada de la caza del zorro, ese espectáculo de la granputa, cínico y cruel, donde el zorro es el único hombre honesto, coherente, bravo, inteligente, honrado y escapadizo, que a veces se quedan con las ganas. España se salió de la política con Fernando VII, con Napoleón, con José Antonio Primo de Rivera y los fascismos, con Franco y unos cuantos legionarios apócrifos que vivían de follarse la cabra/insignia. España ha vuelto a salirse de política y de madre en este otoño de vientos húmedos que barroquizan la noche de los cuchillos hambrientos. La democracia sólo fue un sueño que trajeron Suárez y Juan Carlos, una leve siesta española de concordia. Agotada nuestra débil democracia, violada por todos, emparedada la justicia y amonedado el dinero en arsenal de balas perdidas, estamos de nuevo en la atroz realidad española, el poder caiga quien caiga, una izquierda que no es la buena y una derecha que recupera el yugo, las flechas, la camisa sin detergente de Isabel la Católica, las fincas que les dio Dios y las sobras del banquete de boda de la infanta.

Bajo a comprar el pan y le encuentro al gentío cara de guerra civil. Aquí nadie está a la altura de su derrota ni de su victoria. ¿Dónde estamos aquellos que levantamos el puño ha tantos años? Yo es que no nos veo. Hay que irse hasta Chinchón, como yo el otro día, para ver una bandera española, hay que joderse. Plaza de Chinchón, plaza mayor

de España, con un ángel de anís cruzando el cielo. Españoles quedan por La Mancha de Pepe Díaz y Pepe Sacristán. Lo que no queda es España.

Viernes 24

Me pasa Camilo José Cela el original de una función que ha escrito, *Homenaje al Bosco II. La extracción de la piedra de la locura o el inventor del garrote*. Se trata de un texto apasionante, original, riquísimo, donde la prosa de Cela alcanza registros muy altos y la imaginación sugerida es nada menos que la historia de nuestros cien años de soledad, este siglo XX español que ahora termina. Un gran esperpento verbal con enorme fuerza plástica, un discurso crítico que quema por todas partes y del que no se salva nadie (nombres y apellidos, a más de las descripciones metamorfoseantes que el autor les aplica: de ahí este segundo homenaje al Bosco, ya hizo otro Cela, que todos recordamos, y anuncia un tercero).

Del 98 para acá, CJC pone en pie a todo el mundo, cuidando muy teatralmente, en la mejor escuela del esperpento, de que Pío Baroja, un suponer, se vea claro que es sólo un actor haciendo de Baroja. Y así todos. La intertextualidad es continua en todo el largo discurso, y por debajo corre una verba briosa y viva que presta tanta vibración a las citas como a la voz tan singular de Cela. No se me diga que eso pudiera carecer de acción, porque siempre hay en Madrid, y ahora también, unos cuantos monólogos femeninos (y algunos masculinos) que triunfan ante el público y nadie osa decir que no sean teatro.

Hay más plástica teatral en lo de Cela que en muchas de las cosas profesionalmente teatrales que vemos, y una cualidad tectónica que siempre ha caracterizado la prosa de este escritor, pero que ahora cobra temperatura y violencia con la puesta en pie de la historia de España, no sin repuntes de ironía y sobre todo sarcasmo, que el sarcasmo es la fría carcajada barroca del esperpento.

La pieza en sí (le va a poner música Cristóbal Halfter) tiene un honrado y valiente precio literario, pero no se trata sólo de una lección de historia para adultos, sino de algo valedero para hoy mismo, ya que Cela, que siempre fue el último nieto del 98, asume y resume aquí la crítica noventayochista de plurales voces, incluida la crítica a aquellos críticos —«el ajedrecista con anillo», Benavente—, que le presta una cuarta dimensión al espectáculo. No sólo hacen falta hoy textos como éste, de enceguedora verdad crítica, siempre más irónica que apasionada, nunca fanática, a efectos políticos y sociales, sino que también le está haciendo falta al teatro que vemos, nacional y extranjero, un airón de libertad, grandeza verbal y contundencia de pensamiento, lejos de la comedia neoburguesa o la melancólica retrovanguardia. Como no soy crítico, a lo mejor me he alucinado con lo que no sería sino «teatro para leer», pero la revulsión estética e histórica que en mí ha promovido el discurso celiano me parece contagiosa y extensible a cualquier vicioso del teatro.

En esta hora de España, cuando los intelectuales se amamantan con el pensamiento débil y los creadores andan en minimalismos y otras inhibiciones políticamente correctas, el texto teatral de Cela —el hecho teatral, diríamos— es de grande e intencionada oportunidad, ya que aquí se ha explayado y difundido por cada párrafo o recitado, con fuerte saña, un CJC joven y crítico, amargo, exasperado ante la triste España, millonario de imágenes y restallante de verdades, que no de moralejas (aquí no las hay). Nuestro teatro y nuestro público se merecen la hermosa desmesura de este discurso.

(Me llama Camilo para preguntarme qué me ha parecido. Debo decir aquí, y decírselo a él, que la cosa tenía un final convencional que no me gusta.

—Me parece muy inteligente lo que me dices, Paco. Entonces ¿qué hacemos?

Le sugiero una solución fácil.

—Voy a pensarlo.

Veremos.)

Sábado 25

Cruz, la panameña, madruga mucho y abre la casa al nuevo día, como poniéndole al barco del hogar nuevo rumbo hacia los mares que ella ha navegado hasta venir a España.

Así, cuando me levanto, todo huele a moza y rocío, el sol pasa su lanza entre la niebla y ya tengo una rosa roja sobre la mesa, quizá la penúltima del otoño, al costado rubio de la miel y la cuartilla purísima donde voy a escribir. Cruz, la panameña, pone la casa vueltabajo, nos hace a todos un poco antillanos, o lo que sea, con el campanil leve de su voz, y luego ella se va a las traseras a lavar ropa con sus brazos de mujer fuerte, torneados por el trabajo y orificados por el nuevo día. Cómo luce siempre una mujer entre la ropa blanca, entre la ropa alegre. La sábana es la vela del velero femenino, ese cuerpo, y la gata anda por ahí queriendo participar en tanto juego.

Cruz hace la comida pronto, una comida española que ella acentúa de sabores un poco exóticos, y que siempre es demasiada para mí. Procura que almorcemos temprano, llevada por la inercia de sus horarios americanos, o por el mareo del tiempo, que no es igual en ningún sitio, pero a mí me gusta esta novedad del almuerzo temprano porque es la hora de los albañiles y los mineros, y me agrada la idea de estar comiendo —bastante menos que ellos, ay la salud y la figura— al unísono, en unanimidad con esas clases trabajadoras sobre las que tanto he escrito en vano.

Después de la comida y el fregado, Cruz, la panameña, se queda como sin misión y se mete en su cuarto norteño, más que a dormir la siesta a repasar hojas que recorta de los periódicos, nunca sé si políticas o poéticas, a leer libros que van del pobre humor de su tierra —humor de pobres— a los libros que yo le presto.

Cruz, la panameña, tiene sus mentiras, sus estrategias de cocina, sus humildes cautelas, sus inocentes conjuros —es más bien de izquierdas—, que el pobre tiene que defenderse del rico, aunque yo no lo sea. A veces, después de traerme una rosa me pide un favor. Todo esto me hace sonreír hacia dentro y me siento yo culpable de su sencilla culpa.

Atiende la puerta y el teléfono, es fuerte como un hombre y huidiza como una ave. Sirve una merienda por la tarde, a las visitas. No la humillo con el uniforme porque la ropa de hoy nos integra a todos en todos y es mejor. Cruz es precisa como un notario y respetuosa como una camarista de reina. El pelo negro se lo tiñe de rubio y se lo estira. Lucha contra la mulata que no es. ¿Y qué si lo fuese? En todo caso tiene un pelo como crin de caballo, una juventud de treinta años y un porvenir familiar y político complicado. Pero es naturalmente alegre, sólo cuando ríe le sale la niña, y ve la televisión, de noche en silencio hermético, pero con mirada crítica. Nunca sabré lo que piensa de este mundo nuestro de colorín y vistosas enfermedades. Algún día se va a Madrid, a su mundo hispano, que no español, allá por Cuatro Caminos o por Atocha, entre bares y peluquerías de su raza, y cuando vuelve, callada, frontal, de ojos claros, sé que trae un secreto en su ceja levantada, casi impertinente, pero siempre puntual.

Nunca come delante de nosotros y eso me parece como de una cortesía virreinal, delicada, pero me inquieta como un servilismo no deseado por ella ni por mí. Acaba de dejarme una rosa roja sobre la mesa, como punto y aparte de mi pertinaz, obsesiva y urgente mecanografía.

El día que se lava la cabeza la gran hoguera de pelo no cabe en la casa, llena a luz y desborda su pequeño mundo.

Sin fecha

Sucesión carmesí de monarquías, inmóvil catarata de crepúsculos, las óperas en llamas del otoño. La parra virgen, siete metros hacia el cielo azul, se viste todos los años de cantatriz operística, es como la cola interminable de una *prima donna*. Hojas de un rojo brillante, una representación de mil Marías Callas sangrientas en mi jardín.

Siempre me ha inquietado tanta belleza no atendida. Siempre he dejado para luego la

belleza inédita del mundo, la poesía pura, y ahora soy viejo, algo se aclara mal dentro de mí, me duele el muerto que llevo dentro, me despierto a veces mordiéndome la calavera, necesito vestirme de sarao para tapar la ruina sentimental y física que es ya uno.

Tenía razón el viejo Marx cuando decía o pensaba que el arte de una generación está también determinado por la época, la política, la economía, etc. De una generación y de un individuo, diría yo. Había nacido poeta lírico y lo puse todo en prosa para vivir, para no ser un «lírico menesteroso», como dice mi amigo Cela (a él me parece que le pasó algo semejante).

En verso o prosa, supongo que algo de mi lirismo heredado se transparenta en todo lo que escribo. Y el lirismo no es sino la manera más aguda, dolorosa y sensible de *sentir* el mundo, que es más que entenderlo o descifrarlo. No hay otra cosa que la belleza errante e inmensa, la hermosura desatendida que he procurado reunir en mi casa, del gato al árbol gigante, porque ella perfume transidamente todo lo que digo. No hay otra cosa que valga la pena.

Hasta los escritores (no digamos el resto) pasan por el mundo sin enterarse de que es sólo belleza sin destino. Poetas, pintores, músicos acaban amando más su obra que la naturaleza que la ha inspirado. Por eso yo hubiera sido un poeta en blanco, lírico del silencio, dueño horizontal de las infinitas gracias, luces y formas en que hemos sido depositados quizá por error. La parra roja dura unos días, la brillante representación la barre luego el jardinero, y quizá eso es lo que nos devuelve a nuestros asuntos, o a la tarea vana de darle una perennidad instantánea a lo que sabemos fugaz. Todos los años me visita esta cantante muda que sólo da notas rojas, esta monarquía monocolor, ahora por octubre, con su río vertical de vino y otoño. Y cada año me duele más alegremente en el cuerpo porque voy siendo más alma, que es como decir más nada. Vibrátil nada, umbrátil nada en la que de pronto alumbraba este lujo del tiempo, este rojo unánime que yo comparo a todos los rojos y no se parece a ninguno. Todos los años hago el propósito de ser más poeta y menos zascandil, pero de un día para otro las hojas se caen, se secan, olvido mi proyecto, me siento como liberado o condenado y sigo escribiendo como un borracho de vinos derramados, numerosos y fugaces. Pero termino este folio y me asomo por última vez a la aparición en rojo de una virgen selvática, brillante y verdadera. Es la una y cinco por el sol del mediodía.

Domingo 26

Me llama desde Estrasburgo Carmen Díez de Rivera. A veces lo hace. Carmen es una vieja amiga de los tiempos de la transición. Formábamos grupo con Tierno Galván, Santiago Carrillo, Llanos, el cura comunista, gente así. Carmen era rubia, de ojos claros y duros, con una belleza recortada, concreta, precisa, un poco fría. En los paseos con Llanos o en las cenas con Tierno, o en las tabernas de Chinchón con Carrillo, Carmen iba de abanico y vaqueros. Era la progre de las progres y siempre estuvo aureolada por la leyenda de ser hija natural, o como se diga, de algún famoso político de Franco. En cualquier caso, era una niña bien incluso en su acendrado comunismo.

Creo que nunca estuve enamorado de ella, pero me hubiera gustado tener algo con ella. Carmen tenía y tiene una cabeza política de mucho valor, y esto al principio me fascinaba, pero después de toda una tarde o toda una noche se hacía mareante. No hablaba de otra cosa. Yo procuraba literaturizarla regalándole libros de Jean Cocteau y cosas así, pero luego no me los comentaba nunca, y si le preguntaba yo, decía de pasada:

—Sí, magnífico, muy interesante.

Más que por la literatura, yo lo hacía por «cultivarla», por endulzar un poco de metáforas su hermético politicismo, pero nada. Fue ayudante de Adolfo Suárez mientras éste estuvo en la Moncloa, y luego rompió con él «por razones políticas»,

según dijo, pero yo creo que estaba enamorada de este hombre singular, y la ruptura fue más sentimental que política. Nunca supe ni me importó si la leyenda del origen de Carmen —hija de una marquesa— era realidad, pero lo cierto es que, muerto pronto su padre militar, ella andaba por la vida, sin saberlo, a la busca de un padre: Tierno, Carrillo, Llanos... Siempre hombres mayores y con prestigio político. Una sustitución demasiado evidente del padre que le atribuían.

Siempre he pensado que la política no puede ser sólo política, como ninguna cosa, y que donde Carmen creía buscar un líder más bien buscaba un padre. Cuando la democracia se estabilizó (o sea, que empezó a degenerar), Carmen se hizo del PSOE y Felipe González la mandó a Estrasburgo, ya que Carmen tiene idiomas. En plena juventud había tenido enfermedades de matriz, operaciones, y yo me recuerdo a los pies de su cama, velando sus tranquilas y casi secretas convalecencias con sol, y cogiéndole a veces los pies por encima de la colcha, para apretarlos con amor o con un simulacro de amor. Como pugnaz feminista que era, me decía:

—Los hombres no tenéis estas cosas. Me van a cortar hasta no sé dónde. Sois unos privilegiados.

A mí me parece que el cáncer no es machista ni lo contrario, y que hay muchos varones cancerosos que no por eso maldicen del otro sexo. Desaparecida en Estrasburgo, alguna vez ha venido a España y nos hemos visto, una Carmen todavía bella y con el rubio del pelo como un ensalmo de sol sobre las secretas canas.

Carmen había vivido en El Viso, como en la copa de un árbol, solitaria y siempre algo misteriosa. Cuando murió su madre se pasó a la casa de ésta, que tiene la entrada por Serrano pero viene a ser lo mismo: ventanales a El Viso, a la altura de las copas de los árboles. La casa de la madre es como una enorme góndola cargada de esos restos de riqueza y buen gusto, piedras y metales, cueros y oros que son como el rastro de una antigua grandeza no extinguida sino estilizada por el tiempo, consumida y elegantizada. A veces he pensado, estando en esa casa —donde ella sólo ofrece agua—, que estamos muy marcados por la clase social, aunque esto parezca obvio, y que no se puede ser comunista viviendo entre los gloriosos despojos de una estirpe de lujo y perfume propio, familiar. Esto me corrobora en la idea de que Carmen, más que un líder político, buscaba una cosa sentimental, un padre.

Esta primavera me llamó como de costumbre, pero peor:

—Tengo un tumor de mama y voy a operarme a Madrid.

Estuvo en el Ruber y maldijo de los médicos, hombres al fin, porque es mujer de mucha voluntad, nacida para el mando, y no soportaba verse movida como una muñeca por los grandes cirujanos. Una vez le pregunté por qué no me quería un poco. «Por no sufrir.»

Entre monja africana y primer ministro, el cáncer me la ha dejado desguazada y con el brazo izquierdo como sin vida. Lo mete en el bolsillo de la cazadora y como si nada. Sigue fija en el tema político; lleva algo ecológico en Estrasburgo y una vez me dijo una frase que le robé y he utilizado mucho: «La verdadera ecología empieza en el minero silicótico.»

Nuestras tardes en la góndola de mamá, solitaria, luminosa y taraceada de recuerdos, no han sido como aquellas convalecencias de antaño, sino que el tiempo nos ha separado y ahilado, de manera que estamos como recordándonos a nosotros mismos, o repitiéndonos melancólicamente. Pero he dicho más arriba que sigue fija en lo político. Ahora me parece que lo hace por huir de las ideas de muerte. Antes, la política sustituía en ella una orfandad. Ahora sustituye la vida que no tiene.

Sigo sin creer, en fin, que debajo de la política, ni de nada, haya sólo lo que se ve.

Volvió a Estrasburgo. Me dice esta tarde, con voz más viva que en las últimas llamadas, que tiene que venir a revisión en diciembre, que siente mucho miedo, y en seguida se pone a hablar de los señores de Estrasburgo, como una niña que canta

siempre la misma canción para ahuyentar el miedo del bosque. Vive en el límite justo de la alarma. Ahora mucho a Felipe González en Europa, tan deslumbrante, y no le gusta Aznar, «que sólo habla castellano». Lo previsible.

Hago humor telefónico, procuro estar de acuerdo con ella en lo político y pego saltos de ingenio que la hacen reír. Nos tiramos una hora al teléfono. En Estrasburgo el tiempo debe funcionar de otra forma. Pero mientras hablo con ella, venidera hacia la sentencia de los médicos, estoy viendo en la imaginación a la Carmen rubia y encofrada de juventud que todavía vive en su voz. Me olvido de que mi amiga es una anciana de melena blanca, cuerpo desaparecido, ojos de metal frío y un azul nada lírico. Somos dos supervivientes contándonos chistes por no hablar de la vida ni de la muerte, que viene a ser lo mismo.

—Anda, vete a dormir tu siesta —se despide.

Miércoles 29

Inauguración en el Reina Sofía de una gran muestra pictórica de Fernand Léger, con asistencia de la infanta Elena y la ministra de Cultura, Esperanza Aguirre. Léger fue aquel artesano del cubismo, aquel contagiado del surrealismo, amigo de Cendrars y de Braque. De este último tiene algo, en los bodegones, como también del inevitable Picasso. Léger, comunista lírico, hizo la poética del trabajo, logró, mediante un gigantismo optimista, dar al proletariado sin demagogia, con sus hermosas y grandes mujeres, como diosas populares y fabriles.

Léger, pese a utilizar mucho el negro, es pintor del optimismo revolucionario, lleno de aquella alegría de las vanguardias y los años veinte. Jugando a una especie de naïf de lo monumental, lo que consigue son unas intimidades porveniristas o unas figuras que tienen rigor romano, porque Léger le otorga al pueblo la dignidad de un senador de Roma, que él deposita en la cabeza de un albañil.

Me cuenta Úrculo, en la exposición, que Picasso se hizo comunista de carnet el día en que los nazis entraban en París. Así fue la biografía irreplicable y numerosa de aquellos grupos de vanguardia, y en Léger encontramos el optimismo matinal del siglo que empezaba, la fe ingenua y futurista en la máquina, que le lleva a representar los muslos femeninos y los músculos masculinos con cierta cualidad de émbolos.

Cada vez que me asomo a un poeta o un pintor de entreguerras, o incluso músicos como Erik Satie o John Cage, vivo la nostalgia literaria de un siglo que nació imaginativo, solar, apollineriano, lleno de plurales fes en el progreso comunista/capitalista. Un siglo que ahora se nos está muriendo —1997— sombrío, repetitivo, feo, más mercantil que creador, en esto del arte, más infantiloides que realmente joven.

Miramos Úrculo y yo los lienzos de Léger y pienso que aquí empezó todo, en este magma común —todos se alimentaban de lo mismo, y unos de otros, en feliz comunión antropofágica—. Luego, el siglo y las generaciones no han hecho más que variaciones afortunadas o infortunadas sobre aquella locura matemática, sobre aquel lirismo geométrico de las vanguardias.

Los hombres y las mujeres de Léger tienen consistencia y ternura de figuras de pan, lo cual no malogra su colosalismo mañanero y nada gratuito, como hoy el de Botero, por ejemplo. La alegría murió con estos hombres y la trepanación de Apollinaire, que fue la guerra del 14, primera trepanación del siglo xx. Aquello era una peste de inspiración, una epidemia de felicidad, un Renacimiento golfo. No somos sino los nietos melancólicos y sin ganas de tan formidable entusiasmo creador. No lo hacemos como ellos porque el siglo ya no acompaña.

Jueves 30

Ya han empezado a salir cosas sobre la generación del 98 en su centenario. Quizá lo más madrugador el libro de Andrés Trapiello, *Los nietos del Cid*. De acuerdo con el penúltimo rebrote romántico, los del 98 fueron unos formidables tipos humanos,

literarios, unos españolazos de cuerpo entero, todos individualistas, todos autistas líricos que, pese a su personalismo, constituyeron un verdadero grupo generacional, y la charnela que los enlaza, y por la que tanto nos hemos preguntado siempre, se reduce a una palabra: España.

Incluso los que no quieren ser 98, como Baroja, resultan atrocemente españoles, de confesión o de comunión con las cosas de España, los pueblos, la Historia, la gente, las costumbres, el agonismo de este país, que cuando degenera en costumbrismo se llama esperpento. Si algo tenemos que aprender del 98, aparte la plural lección literaria, es a interesarnos por el país no sólo en lo económico, en la dependencia financiera de Europa, en lo técnico, sino en el *ser/estar* mismo de España, porque el hombre es él y su circunstancia, según el inminente Ortega, que les venía detrás, y negar España, hoy, en la enseñanza, la política o el pasaporte, es dejarle a uno sin *circunstancia*. El hombre, y menos el intelectual, no es planta de secano, sino que necesita echar raíces, se nutre de su entorno y de su subsuelo, medita sobre *lo que hay*, actúa —porque el intelectual *actúa*— sobre lo que tenemos.

Así hicieron crítica de España los noventayochistas, Azorín, Unamuno, Baroja, Valle-Inclán, Antonio Machado, con amor y visita de lo pequeño, con sentir paradójico y existencial, con rebeldía y amor por los miserables, con conocimiento lírico de los penetrales de Castilla, con pasión política creciente y enriquecimiento del castellano hasta atmósferas de un oro imposible sólo previsto por Góngora.

Nada de esto encontramos hoy en nuestros intelectuales y pensadores, y menos en los novelistas, sino una duda poco metódica entre los modelos extranjeros, el esnobismo sexual y ese falso científicismo impersonal que, según Sartre, es la ideología de los tecnócratas. Los del 98 no eran patriotas ni patrioteros. Eran sencillamente españoles, aunque todos venían de la periferia, porque no habían caído en esa confusión interesada de mezclar España con la meseta castellana y su secular «militarismo». ¿Qué rayos de militarismo entre un tiempo de adobe, un burro blas y unas becasas enfermas? Cuando Camilo José Cela, el último nieto del 98, entra por primera vez en Castilla, todavía niño, en tren, confiesa que las desoladas extensiones de un sol seco «le saltaron las lágrimas». Al 98 se le aparece el Greco como al 27 se le aparecería Góngora. Y, efectivamente, el gótico castellano, el bizantinismo del cretense y su sentido ascensional del tiempo y el espacio (sobre todo esto) determinan al 98 para elevar la vida y la idea, desde Castilla, lejos de casticismos, mercantilismos o galdosianismos a pie de obra.

Nosotros no somos 98 porque hemos perdido esa voluntad/egolatría de elevar la vida nacional, de vivir en la cuarta dimensión —empezando por la propia vida—, de galvanizar los viejos cuchillos intelectuales que tiritan bajo el polvo. Todo se nos ha quedado en europeseta y transferencia. Ha mejorado la calidad de la vida y se ha deteriorado escandalosamente la calidad del vivir, que es otra cosa. La revolución del 98 se cumple con la generación de Ortega, o sea, que aquellos bohemios, panaderos y profesores de pueblo no perdieron el tiempo. A este país sólo podría salvarlo, dignificarlo, otro 98. Desde luego, quien no lo va a salvar es Kohl.

NOVIEMBRE

Sábado 1

Raphael celebra su 35 aniversario como artista con un álbum y un *tour* mundial, que hoy me comunica. El Rapa es viejo amigo desde que sólo compraba cuadros a Tino Grandío, como doña Carmen Polo de Franco. Tenía el estudio de soltero lleno de fotos de doña Carmen y cuadros de Grandío, el gallego que murió de cáncer de picha.

Con el Rapa hemos sido amigos guardando las distancias. Natalia, que andaba muy distanciada de mí, ahora también es buena amiga, pero son un matrimonio con el que nunca sabes si irte o quedarte. Las amistades que nacen ambiguas nunca se enderezan. Pero me ha gustado, en el periodismo, defender la voz del Rapa, muy superior a la de Julio Iglesias, ese Sinatra de los vestuarios que era como el yerno ideal de todas las mamás.

El Rapa ha llegado a ser una afortunada imitación de sí mismo, pero voz y resistencia tiene como nadie. Lástima que cuando se mete en política grite viva Franco. Lo hace porque no sabe por donde van las cosas —vive en Miami— ni le importa. El pasado verano, cenando en Puerta de Hierro con Arthur Miller, en un jardín bello y frío, el Rapa me trajo una ginebra casi caliente que le agradecí mucho.

Alberti se ha venido desde El Puerto a un homenaje de la Casa de América, con casi cien años y embalsamado como el hombre de Orce. ¿Es que la sed de gloria oficial no se acaba nunca? Me recuerdo con Alberti en Italia, en el partido comunista, en las juergas de flamenco y percebes. Siempre ha tenido una sonrisa amarga, la sonrisa de la broma pesada que le han hecho, la broma de quedarse de viuda de García Lorca. Con Lorca vivo, Alberti no sería ni la cuarta parte. Alberti es como Góngora y Quevedo juntos cuando rima, pero su verso libre y su prosa —*La arboleda perdida*— son desastrosos. No tienen más que música, que no es poco, y ha hecho mal cuando la ha abandonado.

Como nuestra guerra civil fue un juego goyesco de la gallina ciega, mataron a Lorca, que era un señorito, y dejaron a Alberti, que era el comunista. He vivido mucho a Alberti, pero hoy asisto —asistimos todos— al espectáculo de cómo un hombre es devorado por su biografía. Alberti ya no existe. Existe un muerto llamado Alberti del que su prodigiosa biografía política y poética va comiendo todos los días. La longevidad es eso: una momificación sagrada y una canibalización.

Wilde es una película inglesa y reciente de Brian Gilbert en la que me encuentro con la fascinante y envejecida Vanessa Redgrave. El actor que hace de Wilde, creo que Stephen Fry, se parece bastante a aquel Oscar gigantón, mujerizado, dandy y madraza. Buen cine inglés, sólido de oros y elocuente de sombras. Pero yo iba buscando al dandy, al escritor, y me encuentro solamente con el homosexual y su proceso. Reiterándome, asimismo, en la vieja decepción wildeana. Este autor que amo no era en realidad un cínico. Era solamente un cínico verbal. El cínico radical no se enamora jamás y Wilde se enamoró. Ahí principia su calamidad y su derrota. Más que esa calamidad y esa derrota me duele la decepción del personaje. El dandy profundo no se enamora. Aunque nunca se sabe. ¿Estoy yo enamorado calladamente de Inés Oriol?

No la saco continuamente en este libro para que no parezca que sí.

(Sospecho que *Wilde*, aparte calidades y el libro biográfico y magnífico que hay detrás, es o fue una orgía de homosexuales en el rodaje. Demasiados jovencitos culones de una ordinariez isabelina. Así, la cinta sería un panfleto, y uno ya está muy mayor para panfletos.)

El periodismo prohibido de Larra sale a la luz. Me ha sido dado ver algunos artículos. Carnavales y conventos son su tema. Edición crítica del filólogo Alejandro Pérez Vidal donde se desvelan textos mutilados por la censura de la época. De Wilde a Larra. De dandy a dandy. Lo que más revelan estos artículos (para quien no hubiera recibido

antes la revelación) es que Larra no era ese «a la pata la llana», odioso, a que quiere reducirse, sino una cabeza y una prosa casi tan complicadas como las de Voltaire: el origen de Larra, lo tengo muy escrito, lo encontraremos en las prosas cortas de Voltaire, que fue un genial escritor de periódicos sin saberlo.

Mi *Larra* lo escribí en la primavera de 1965, por las tardes, en esta misma máquina que ahora fuerzo, con urgencia, como siempre, y para una editorial de Ceta, Alfaguara, porque uno ha sido autor fundador de Alfaguara, qué cosas. Trabajaba yo en una buhardilla del barrio de Salamanca, donde vivía. Grandes críticos que no me conocían de nada —primer libro, ya saben— me hicieron muy buenas críticas. Hoy que me conocen del todo y hasta me tienen amistad, seguramente harían otra clase de crítica. Ya se sabe.

Cuando escribí mi primer libro, éste, yo apenas conocía a Larra, y sin embargo la cosa funcionó y funciona. No conocía a Larra, sino que lo *adivinaba*.

Como debe ser.

Miércoles 5

Un día de éstos se ha entregado en el teatro Real (esta temporada me parece que todo lo vamos a celebrar en el teatro Real) un importante premio de pintura, que se concede anualmente, a Mariví Nebreda, que es buena amiga y buena pintora, entre Tino Grandío y Pepe Díaz, en cuanto a influencias. Mariví tiene una belleza de morena antigua, de samaritana en grabado tenebrista, con unos ojos grandes, negros, pensativos, entre mujer fatal y niña que mira el mundo asombrada. Esta belleza suya no coincide nada con lo que pinta, que es un mundo empaldecido, unos colores soñados que no llegan a colores, una figuración como el revés de una abstracción, todo lleno de biseles mate y líricas abstenciones. Contribuí un poco a lanzarla y me tiene un cuadro, que elegí yo, reservado en su estudio.

Hay luego un centón de pintores con medalla de plata y la reina Sofía les va dando la mano a todos con su sonrisa, que ella hace personal en cada caso. Se ha dicho demasiado que la reina no es simpática, pero su simpatía, aunque sea sólo oficial, a mí me parece evidente, eficaz y un punto más allá o más acá del protocolo. No es que la reina no hable, sino que le gusta hablar despacio y escuchar, todo más en serio que la simpatía urgente e inevitable del rey.

Si los grandes fueron mecenas de las artes, estos reyes modernos ejercen un mecenazgo más moral que económico, y desde luego muy democrático. Yo diría que a estas alturas la reina Sofía conoce ya personalmente, de cara y nombre, a muchas poetisas de provincias, muchos escritores fuera de hora y muchos buenos y medianos pintores. Doña Sofía es mujer de un rubio triste, encenizado, de una cultura que no se atreve a decir su nombre y de un encanto personal que me hace ver jilgueros detrás de su hermetismo femenino y real. Tengo la sensación, y seguramente ella también, de que no hemos hablado lo suficiente. La recuerdo en su palco solitario del Campoamor de Oviedo, el año pasado, escuchando mi discurso inaugural, que se hacía íntimo, así (siendo tan público), como discurso para ella.

Los españoles hemos visto encenizarse a esta mujer que es ya muy de aquí, a través de los años, como naípe ilustre, en la hora prerrepública, cuando las hijas se le casan y la monarquía es ya una costumbre de los nacionales. Cuidó su casa real e hiló en oros democráticos la continuidad de una Corona que pudiera quedarse en meramente sentimental, y entonces se veía el protagonismo mudo de esta mujer cabal, callada e inteligente, que dulcemente nos juzga.

Después se nos ofrece un recital Lorca, música y verso, y me parece que la reina se va a la mitad. No me gusta nada esta costumbre de que un gran poeta universal como Lorca se haya quedado para los fines de fiesta.

Entre los almuerzos y las cenas del Ritz, entre los poetas y las universidades, entre los últimos o primeros «salones» literarios de Madrid, entre las conferencias y las prisas,

ha aparecido Oriana, de la que nada sé en realidad, y la llamo Oriana, naturalmente, porque su verdadero nombre no dice nada y como homenaje al maravilloso personaje femenino de Marcel Proust.

Oriana de elegancias insistentes, Oriana de belleza grave y fina, Oriana de manos frías que beso como poniendo anillos de amor en cada dedo, uno por uno, Oriana en la tarde herida y madrileña, entre el frío y la noche, Oriana de perfil o perfiles, sólo perfil, Oriana de sabia y lenta autoridad femenina, entre el juego y la promesa, gran dama de la intemperie y las esquinas, cintura que cabe muy bien en mi brazo y no puede deslizarse, ni lo pretende, como en un rapto pactado que no lleva a ninguna parte. ¿De dónde ha salido Oriana? Se parece un poco a la de Guermantes, pero he conseguido traerla a mitad de la calle, apearla de su carroza, pasearla por Madrid.

Sus manos son sólo de frío y perfume. Creo que la amo o no sé, pero me despierta la inquietud de lo imposible y la zozobra de lo que de pronto se revela como posible.

Oriana.

Voy a la Universidad Carlos III, a Getafe, a hablar a los estudiantes, y me fumo un puro con el rector, mi querido Gregorio Peces-Barba (ahora la Iglesia le quiere meter una capilla católica en esta universidad técnica y laica). Gregorio es hombre de una solidez moral y humana que impresiona un poco. Grande y seguro, es como un ángel de la Biblia que ha engordado algo, como un espíritu puro embarnecido por la cultura. Más que un socialista de este PSOE renovado parece un socialista histórico, de la raza de Besteiro, pero Felipe González le apartó de las cercanías del poder, le transterró en Getafe con rango de rector, pero sin fuerza política. Esto lo hizo el PSOE con sus mejores intelectuales: Tierno, Gómez Llorente, Castellano y el socialista puro: Nicolás Redondo. Luego hemos comprendido que para el gran proyecto felipista todos estos hombres eran inservibles o molestos. El último, Gregorio, está joven también a la manera bíblica y prefiero hablarle de política otro día, de modo que quedamos para una cena universitaria. El socialista utópico, como uno mismo, lamenta para siempre la deserción, voluntaria o impuesta, de una generación de intelectuales republicanos que en algunos casos es superior a los de la Segunda República.

En Bellas Artes, con mucha gente, doy una conferencia sobre Lorca y, nada más ponerme a hablar, comprendo que no en vano escribí hace veinte años un libro sobre Federico. Hay en mí un trasfondo de saberes lorquianos y de la época que ha madurado desde entonces, de modo que la charla me va saliendo densa y trabada, con ayuda de una ginebra, porque vengo muy cansado de todo un día cultural. La cultura es una cosa que tunde los músculos tanto o más que la albañilería. Creo que la cosa ha gustado bastante, pero las manos siguen oliéndome a Oriana, ay.

Me satisface, sobre todo, haber orillado a ese Lorca de fin de fiesta de que hablaba más arriba. Lorca es nuestro Rimbaud y de ahí no hay que salirse. Ahora escribo en casa, solitario, mientras llueve noviembre en el jardín y la parra roja es ya sólo el harapo de un rey shakesperiano o el fantasma de una Salambó otoñal y muerta.

Viernes 7. (Postal)

Entre sombrillas, entre fogoneros, en la acuarela plomo de la hora, llegas con tu pamelita de turista, pájaro parisino que vive en tu cabeza. Tienes cara de Virgen de provincias, despintada de soles ciudadanos, pureza de tu carne legendaria de cuando fuiste joven en Bizancio.

Eres hija del día, te trae la geografía como una rosa, eres el resultado de los mares, la consecuencia de tres mil hoteles, eres cosmopolita e ignorada, heroína de novela interminada, perfil de arma judía, el metal aterido de tus manos, y lloro en tu cintura de couché lo legendario que eres, tu pamelita de espía del 14, o la esposa burguesa que me sirve un pez vivo o la voz que adelgazas hasta hacerla perfume, y derrotarme.

Domingo 9

En el estreno de una película coincido con Sara Montiel, mi querida Antonia, a la que

encuentro como un poco perdida, llevando muy bien su soledad.

—Mi hija te lee mucho y además es una chica muy estudiosa.

Dos cosas que me parecen incompatibles, pero esto no se lo digo a Antonia. Hay unas cuantas mujeres de esa generación de posguerra a cuya decadencia estoy asistiendo en un silencio respetuoso, cariñoso, íntimo y condolido, aunque a lo mejor a ellas no les duela.

¿Qué ha sido Antonia, o más bien Sara, en la vida española? Una muñecona antifranquista y manchega de la que se quiso hacer una estrella a la manera de Hollywood. De una manera o de otra, muchos hombres importantes han pasado por su vida: Herreros, Mihura, Anthony Mann, Alberti, León Felipe, Severo Ochoa, etc. No le han dejado ningún rastro, y ésta es la grandeza y la originalidad de Antonia, Dama de Elche de nuestras *varietés*, siempre inmutable, integrada en sí misma, aculotada, sin caer nunca en el avellanamiento, pero insensible a la cultura que hubiera podido despersonalizarla, pues no hay nada más destructivo para la personalidad que una cultura a medias. Antonia se sabe cultura popular en sí misma. Ella no tiene nada que estudiar. Es a ella a quien hay que estudiarla, como a la Tirana o la Fornarina. Es verdadera y llana como una porcelana de Talavera o una rocalla del Ebro.

Antonia ha sabido siempre que el monumento histórico era ella, y por eso no se ha molestado nunca en visitar monumentos.

Su ciencia no ha sido otra que el conocer su papel, su cualidad de esfinge maragata o manchega. Un duro y quieta. Antonia es esa belleza que da el pueblo por una misteriosa conjunción de estilizaciones, sangres y razas. La Mancha es mora, los Campos de Montiel son sarracenos (aunque los redimiese don Quijote con su paso de cristiano viejo). Y eso es Sara Montiel: una bella mora de tetas blanquísimas que ha servido de referente a varias generaciones en cuanto a la llana cultura.

Pero a Sara los hombres se le mueren o se le van.

Y llega a una madurez prefinal con el pelo estirado, el escote que ya sólo miran los curiosos, sola de todos, incluso de los travestís de vocación que veían en ella un modelo a imitar, como en Marilyn.

Siempre me ha conmovido la soledad de la mujer de muchos hombres. El miedo a estas noches de estreno sin un hombre del que cogerse del brazo es lo que explica largos matrimonios, matrimonios de toda una vida, fieles o infieles, que dan seguridad a la muerte y una convencional confianza en la vida. Hace poco me llamó Antonia por teléfono:

—Paco, estoy más sola que la una.

Era inevitable en ella la frase hecha, que por una vez me sonó a verdad, con fuerte grafismo y recuerdo de Góngora: «Las horas ya, de números vestidas.»

Más sola que la una. Las horas de Antonia no se visten de números gongorinos. El reloj se le ha parado en la una, esa una enteca que se adivina una de la madrugada. Y la noche de Madrid, donde reinó, vacía ya para ella, hostil, huidiza en taxis remotos.

Mis queridas mujeres solas, mis queridas mujeres bellas de corazón anciano y pecador. Veo a unas cuantas, ya digo, famosas otrora, perdidas por las noches de la ciudad, buscando no sé qué, como gallinas sin sueño, buscándose a sí mismas donde ya no están, porque ya no hay un «donde», sino sólo un «dónde» interrogativo y angustioso. Mis queridas mujeres solas, mi querida Antonia, colgadas de cualquier brazo amigo, madres coraje sin hijos, pero todavía con coraje.

—¿En qué barrio estamos, Paco?

—En Chamberí, amor.

Pero ellas ya son del otro barrio. Mis queridas muertas vivas.

Lunes 10

El príncipe dicen que se casa. Las bodas reales, o casi, triunfan tanto porque la gente no es feliz. Y esto no es un cuento de pobres y ricos. Ni siquiera un cuento de

princesas, hadas o infantas, sino un tema vagamente sociológico. Digo que el pueblo no es feliz, que la humanidad no es feliz, que el mundo no es feliz, y por eso hay que casar una infanta de vez en cuando, o montar una Expo o robar un Picasso, porque estas cosas ponen argumento a la vida, que no lo tiene.

El efecto social de las bodas reales, y lo que venga, no es sólo ese que dicen los analistas: difundir la monarquía, fingirle una función que no tiene, etc. El efecto social de estas cosas, para uno, está en la euforia ambiente, en la paz eucarística y laica que reparten por el mundo (televisión), en el Acontecimiento, un acontecimiento blanco en esta España de acontecimientos negros: terrorismo, corrupción, banalidad. Bodas tardías con la Historia, que de jóvenes desamamos a diario, porque ahora ya comprende uno que la vida es rito, que el rito tiene una función, desde la sexual hasta la diplomática, y que los reyes y grandes tampoco son felices, salvo que tienen la capacidad de efluir felicidad hacia los demás, esa felicidad vicaria, vacante y errática que es la estela del poder y la gloria, del dinero y el amor entre cuerpos de oro.

«Los hombres no son felices y mueren», dijo Albert Camus en una época de grandes profesionales del pesimismo. Pero es tan ocioso negar la muerte como negar la felicidad, que tiene momentos luminosos y decisivos en nuestra vida, vida siempre drapeada de tardes de un oro bajo y amaneceres de una plata nada meneses.

Y cuando la gente cae en la monotonía, la grisalla y la repetición, vienen estas eras de bodas dinásticas, prensa sexual y mujeres como inventadas que difunden una felicidad que está en algún sitio, en Marbella o en Marte. La felicidad sólo es cierta a distancia. Cierta a cierta distancia. Por eso la felicidad de los otros nos parece más y mejor, y por eso la propia felicidad es una cosa que sucede siempre en la memoria.

El poeta sabe que no todas las infancias —y menos la suya— transcurren en patios de Sevilla, entre limoneros, pero ésa es la infancia que le condecora el pecho toda la vida, y escribe de ella. Una boda heráldica puede ser la poesía de los que no son poetas. Toda ruptura del tiempo convencional —«las horas ya, de números vestidas», Góngora— es un desgarrón hacia la felicidad. Esto lo vieron bien los surrealistas, y por eso metían mujeres desnudas e impasibles en las estaciones (Delvaux). Sólo que la ruptura surrealista solía ser amarga, hostil, y la ruptura del tiempo que supone una boda real es blanca, alegre, dulce, venialmente convencional.

Tras el surrealismo vino el happening. El happening también es un esfuerzo por romper el tiempo (este tiempo convenido de nuestra vida laboral y doméstica). Las bodas de infantas son un happening de tul desilusión que de momento ilusionan a la gente porque la sacan de sus casillas, esas casillas de peón caminero de la oficina diaria.

Lo que más vale de una boda así no lo saben ni los protagonistas. Contra lo que dicen los periódicos, no se trata de la ceremonia de la continuidad, sino de una ceremonia de ruptura. El pueblo rompe con su rutina (y los propios reyes), se inventa un acontecimiento, participa en lo que no existe y tanta voluntad de participación acaba por crear un hecho que racionalmente *no es*.

Para un buen surrealista debiera ser tan rompedora la boda de una infanta como la quema de una bruja (según las cuenta Michelet). Todo lo que altera el orden de los astros es bueno, es subversión y enriquece la vida o la cambia de día. Los primitivos y Nietzsche creían en la rutina, el orden del cielo, el retorno de los ríos, la costumbre como eternidad. El hombre moderno, desde Rimbaud, sabe que su caos es sagrado y necesita romper el calendario, en el que ya no cree, con una boda o un crimen, con un incesto o una misa negra. ¿Irracionalismo? Pues claro. Nada tan irracional como una boda de Estado. Por eso, en un siglo funcional, nos fascina la gratuidad del rito. Del grito.

Martes 11

De vez en cuando dicen que conviene hacerse un chequeo. La glucosa reptante por mi sangre como bella serpiente de azúcar, el ácido úrico es un tigre fluvial con las uñas

cortadas, los colesteroles arropan mis inviernos sin pisar la zona de peligro, como osos blancos en la nieve, las bilirrubinas, con nombre de bailarina rusa, bailan en mi ser/estar con gracia de insectos o de cisnes, las fosfatasas alcalinas están en sus andamios, como material de albañiles, edificando cada uno de mis días durante la noche, para cubrir aguas por la mañana, y ya me siento bien alicatado.

Las prolactinas son como el desayuno de un colegio y todas las poblaciones de mi sangre acuden a desayunarse como a través de un campo de amapolas submarinas. La testosterona libre fragua en mi entrepierna la flecha azul de una penetración, la alegría belicosa de un orgasmo, la imagen de una mujer que dibuja el deseo, y que luego será otra, erigiendo el falo en cuchillo de piedra para sacrificar hembras y niñas en la fiesta crepuscular de la sangre. Y la verbena de los hematíes, los globos de la hemoglobina, la tribu de los hematocritos, como unos primeros pobladores, los volúmenes corpusculares, galaxia interior que me habita, la anisocitosis, como una diosa griega o reina egipcia, paseando su belleza arqueológica entre las plaquetas, la majestad del plaquetocrito, sedimentaciones de mi existencia, velocidades lentísimas que me recorren urgentes, los leucocitos con bata de médico, los eosinófilos como esclavos romanos, los basófilos que los fustigan con el látigo, los cayados como la tribu de Moisés, los segmentados, con algo de ejecutivos que negocian mi vida, los linfocitos o pequeños poetas románticos y enfermizos que me habitan, tocando la siringa, los monocitos, colegiales que salen con muda escandalera de la clínica.

Rangos de mi cuerpo. Soy un panal de rica miel donde todas estas abejas del vivir trabajan sin cesar creándome vida. Soy la abeja reina de los amarillos y alegres panales de la salud. Es costumbre en un diario íntimo, como éste, desfibrar el alma de uno, aventar las cenizas sentimentales, contar el espíritu y explicar la llamada vida interior (mintiendo siempre y haciendo que el espíritu ponga poses). A mí me parece más sencillo, más honesto, más mecanicista, en fin, dar los análisis clínicos y, sobre todo, lo que importa más que los resultados, que es la fauna y la flora real de un hombre que trabaja, folla y existe.

—Ya puede irse a casa, caballero.

—¿Vivo o muerto, doctor?

—Como prefiera.

Prefiero vivo y el cuerpo ayuda. A lo mejor tenemos memorialista para rato. Este largo libro es un mojón que pongo entre la muerte y yo.

Viernes 14

A mediodía, cuando estoy almorzando, me llama Adolfo Suárez para agradecerme el artículo que publico hoy sobre él en *El Mundo*. Suárez, la otra tarde, nos emocionó en un acto público rememorando a su gran amigo e ilustre militar Gutiérrez Mellado. Él mismo estuvo a punto de llorar.

Esto me dio lugar para hacer una columna, «El hidalgo», que es como Suárez definió al general, y explico cómo, entre el hidalgo y el duque pudieron poner España vueltabajo, como de hecho lo lograron con el Ejército, ese coloso triste al que devolvieron a su función de servir dentro de una democracia que se prometía libérrima.

—Nos emocionaste a todos, Adolfo.

—Y tú a mí.

De nuevo su voz tan suya, que suena como un revólver envuelto en terciopelo. Yo creo que aquel Suárez anterior a Tejero había descubierto la fascinación de la izquierda, e iba cada vez más lejos en esa dirección. Por eso le abandonaron tantos, en silencio, entre la escandalera de otros.

Pero el Pentágono y la socialdemocracia europea, Washington y Bonn, tenían otros planes. Hicieron de todo para traer a Felipe González, que también parecía una solución muy brillante, pero luego ya se ha visto. A Adolfo, en cambio, no le dieron tiempo de fracasar, y por eso su imagen ha quedado clásica y mutilada, precisamente

como están hoy las imágenes clásicas.

Es asombrosa la riqueza de hombres que dio la transición, nada más morir Franco, y en este libro he anotado algunos. Espero que los historiadores acertarán con una fecha o nombre de generación, que entonces tenían en torno a los cuarenta años, identificados todos —aunque tan dispares— en la liberación de España, con el almenado de la generación anterior, Tierno o Carrillo, y hasta, escandalosamente, los «fascistas humanistas», como se llamaron a sí mismos, grupo que yo resumí en «los laínes», en una novela mía que cuenta y recuenta. Hasta estos marañonianos de derechas se pusieron la camisa de cuadros socialista.

¿Pero es que siempre van a estar ensombreciendo por arriba la vida española los que ya eran fascistas blancos antes de la guerra y luego se volverían azules para siempre?

De Adolfo me he ocupado en este libro con ocasión de Carmen Díez de Rivera. Pero hay que decir que Adolfo supo ir «de la ley a la ley», como lo gestaba y resumía certeramente Fernández Miranda, y cuando ya estuvo al otro lado de la nueva frontera, Adolfo empezó a dejarse tentar por una idea de izquierda que no hubiera sido tan subsidiaria de Alemania como la del PSOE. Es cuando la Marina, los vaqueros Marlboro, los nibelungos del euromarco y sus antiguos camaradas de aquí dentro le ponen cerco, muralla nada abulense, hasta que él y Gutiérrez Mellado se marchan o «los marcharon». Suárez luchó cuerpo a cuerpo con los guardias de Tejero mientras González estaba puerilmente escondido debajo de su escaño. El PSOE ganó las elecciones el 23-F gracias a un guardia civil oportuno, porque el pueblo vio plásticamente por televisión que el golpismo franquista estaba vivo. Diez millones de votos.

Esos diez millones pudieron ser también para Suárez, pero el presidente estaba ya descatalogado. Un trasunto de lo que hubiera hecho Suárez en cuatro, ocho o diez años más lo tenemos en cómo ha llevado la derrota, la soledad, el dolor, el ducado. Sigue siendo el hombre de tortilla francesa y café negro.

Adolfo dijo que se iba y se fue. González ha dicho hace poco que se iba y todos los días vuelve, trastornando un gran partido que tiene ahora dos secretarios generales. Suárez supo estar a la altura de su fracaso. González no, siendo tan gran político y tan mal perdedor.

Cuando uno ha vivido mucho la política, siquiera desde el periodismo, como yo, puede permitirse pasar alguna vez de lo general a lo emocional. Suárez generaba en los españoles —y en mí—, genera todavía el respeto poético de un Doncel de Sigüenza y la bizarría de un Juan de Austria. Somos conscientes de que no le dieron tiempo a fracasar, como ya he dicho, pero, así y todo, de Suárez efluye una emoción fundacional, un heroísmo civil que Felipe González tuvo y ha perdido. Hombres jóvenes de la transición con los que España pegó el estirón, más los padres procesales que he citado, y el propio Gutiérrez Mellado, hidalgo cervantino «inventándose pasiones» ya de viejo. Adolfo se deja ver poco en la vida nacional, pero de pronto nos lo topamos a la vuelta de la esquina de un aniversario, de una efemérides, de una cena, y nos da todo el perfume del tiempo políticamente perdido y nos conforta con la varonía de lo que hizo. «Por ti no hubiera quedado», le he dicho esta mañana.

Sábado 15

El falo es la prehistoria que nos queda. Digo falo y no pene porque pene, del latín *penis*, es palabra corta y fea, con dos *es* cacofónicas. Falo tiene resonancias poéticas, falo/falúa, y mejores derivaciones, como fálico. Digo que el falo es la prehistoria que nos queda y lo digo porque nuestro cuerpo, nuestra piel, han ido siendo culturizados, colonizados por la medicina, el deporte, la educación, las buenas maneras, el sol y el mar. Pero el falo es irreductible (la vagina no cuenta en esto por oculta), el falo se erige como el eslabón perdido entre el hombre y la bestia, el falo es cultísimamente obsceno, como si siempre fuese un falo de mono o de fósil de Grossetto. El falo es un cuchillo de

piedra para sacrificar hembras y niñas en las noches de luna grande (la luna es otro hueso prehistórico, legendario, que han roído todos los canes de la astronomía, y ahí sigue).

Y digo «otro hueso» porque los primitivos creían que el falo tenía un hueso dentro, un hueso como un émbolo, que entraba y salía en el cuerpo del hombre. Cuando mi falo (que poco tiene que ver conmigo) decide levantar su puño como amenazando a un hombre o llamando a una mujer, su salvajismo me asusta y me hace comprender, irónicamente, que estamos siempre a dos pasos de una prehistoria que creemos tan superada. El falo está maldito, oculto, callado, en el arte y la vida (no así el pudendo vello femenino) porque nos avergüenza con su primitivismo, deja ver al primate que somos, o al mono, y nadie quiere recordar eso en sociedad. El sexo femenino, interior, ha sido objeto de mucha pintura y literatura. Y no es que la mujer sea más exhibicionista, sino que su sexo es razonable anatómicamente y no grita tanto con ese grito de selva sangrienta al atardecer que tiene el falo.

El falo es un delincuente, un depredador, y me siento satisfecho de mi falo, que es símbolo, como cualquier otro, de la falocracia universal, cosa que hoy suena rara y como reaccionaria, pero lo cierto es que hay en la religión femenina del falo un callado culto y una desazón por ese *hueso* mágico que preña las flores, cambia el alma de las niñas y mata en figura de cuchillo o revólver, estilete de barro en el corral de los gallos cromañones.

Mi falo se ha enhebrado al cuerpo de muy descosidas mujeres, viajando esa costura dulce, ese costurón de sangre que llevan ellas entre las piernas. El falo es la aguja que enhebra la vida a más vida, hasta lograr el tejido vividero, rosa y extenso de lo humano. Por muy *after shave* que vayamos, llega un momento de la tarde o de la noche en que hay que sacar el falo como sacando el arma antigua, selvática, de ese cazador milenario que es el macho. No valen corbatas ni perfumes, no valen espejos ni peines de jade. El falo no casa con nada. Desgarra sábanas vírgenes y galas de altanoche. Es el arma final que me queda para sentirme seguro, pariente cercano de los rebaños y del agua, por lo que tiene de pez de sangre viajando submarino y oculto a favor de las generaciones.

Mi falo ha vuelto a hacer sangre, a cobrar perfumantes reos femeninos, y me huele, todavía erecto, al despintado fantasma rosa de una mujer que ya no está.

Sin fecha

«Sólo la metáfora hace perdurable un estilo», escribió Marcel Proust, que tanto meditaría siempre sobre la escritura. No se trata, pues, de la metáfora como adorno (que así lo entienden todavía algunos recios realistas), sino de la sorpresa constante de una imagen, una sinestesia, una semejanza, a lo largo de un texto, preferentemente narrativo, que es el que mejor acoge el dibujo y la imagen.

Marcel Proust, que puso las bases teóricas de la novela del siglo XX, y luego o al mismo tiempo las llevó a la práctica, nunca nos da una persona, un paisaje, una situación, un color o sabor, un sonido, sin su correspondencia metafórica, sin su imagen clónica, digamos, pero clónica a un nivel puramente lírico (a veces humorístico o descriptivo). Azorín escribió que «escribir con metáforas es hacer trampa», pero esto sólo certifica y documenta sobre la incapacidad de Azorín para crear una sola imagen metafórica. Se estaba defendiendo. Lo cierto es que la prosa llana con el tiempo se queda pálida, y la prosa enojada, de una belleza gratuita y bisutera, se pudre pronto por su ociosidad. La metáfora es la acuñación poética de una cosa real y directa, el encofrado que puede resumir un párrafo. La metáfora de Baudelaire es sintética y la de Proust es analítica, como conviene al prosista y al poeta respectivamente. Pero la metáfora lograda, a nivel simbolista o surrealista, que ambos siguen vigentes, así como la metáfora barroca, es la dimensión platónica de lo metaforizado, que ya nunca perderá gracia, eficacia, sorpresa, *durée*.

Martes 18

«Pedro J., víctima de un vídeo porno» (de los periódicos).

Bienaventurados los que incurren en sus pasiones, caprichos, trampas, pecados y otras cosas de poco momento. Bienaventurados los que se dejan llevar hasta el final de sí mismos para conocer sus límites o lo que hay más allá, bienaventurados quienes dicen con el Pentarca «mis límites son mi riqueza», bienaventurados quienes dicen con Claudio y Robert Graves «debemos entregarnos a todos los venenos que nos acechan en el fango», bienaventurados Rimbaud, Oscar Wilde, Baudelaire y Louchette, su judía tuberculosa, bienaventurados Maldoror y Dylan Thomas y santa Teresa de Jesús y Virginia Woolf y Marcel Proust y todos los cínicos y todos los sofistas y todos los empadronados en Sodoma y Gomorra, bienaventuradas las brujas de Michelet y las cenobitas desnudas de los gineceos y falansterios de Fourier. Bienaventurados quienes acuden a purgar su vida en las aguas de sueño de las grandes desvencijadas, porque ellos quedarán puros de sí mismos, con el alma templada como una espada de luna.

Malaventurados los que comercian, calumnian, enfadan, coaccionan, difaman con la libertad de los otros, espían su soledad o la inventan, lapidan a un hombre con su propia imagen o violentan a una mujer con su lengua ácida. Malaventurados los funcionarios de la sospecha, los profesionales de lo ajeno, los muñidores de pecados con órgano, los incendiarios de Juana de Arco, los inquisidores con vídeo, los burladores de Walter Patter, siempre a la sombra de generales con nombre de calle, malaventurados los ingenieros del runrún, los inversores del culo ajeno, los policías de ingle y los sombrones, manuses y burócratas de la sangre y el semen. Teníamos un periodista demasiado aceptable y muy aceptado ya: ahora tenemos un *maudit* que hace cierta la marginalidad con buenos modales de sus primeros tiempos. Yo siempre me he entendido mejor con los malditos que con los gerentes.

Salón Ketty. Crisol de Hitler para tener y saber el catálogo íntimo de sus generales. Conocer los caprichos de un hombre es más importante que conocer sus virtudes y valores. España se está convirtiendo en un salón Ketty donde los espejos biselan el alma pecadora de cada uno. Del rey abajo, todos tenemos la conciencia en el ojo de la cerradura, antes del GAL y después del GAL. Lo ha dicho César Alonso de los Ríos: «Eso es fascismo.» Celestinas del poder y celestinajes del contrapoder: pecado es no desclasificar unos papeles a tiempo, pactando así con el mal, pecado es inventarle la intimidad a un hombre, para manufacturarla, pecado y crimen fascista es canallear la medicina del viejo, la fiesta de los cuerpos jóvenes, el braguero de los importantes y la cicatriz inguinal del enemigo. Salón Ketty, España, dictadura de espejos donde se ha confundido la transparencia con el fisgüe y la libertad se ha convertido en la bandera paradójica de los carcelarios.

En esto viene a quedar toda una progresía ilustrada que de pronto se ha vuelto moralista de derechas y beata de los coños ajenos. Salón Ketty, el déspota de todos los espejos, el dueño de las cornucopias indiscretas manda (sin existir) en el salón. Bienaventurados los que eligen su cuerpo, el cuerpo del amor de Norman Brown, bienaventurados los que se convierten en una catedral de pecados que un día glosará Ruskin, bienaventurada la Biblia homosexual de Amiens, bienaventurados, en fin, los que purgan su ácida leche en el vaso idóneo y las copulaciones no filmadas, porque ellos quedarán pálidos de sinceridad, como el ángel y como yo mismo.

Miércoles 19

Suena el teléfono por la mañana, poco más de las doce, cuando ya estoy escribiendo mi columna. Me han concedido el Gran Premio Nacional de las Letras Españolas. Es un premio importante que sólo se le da a escritores consagrados por el tiempo, lo que quiere decir claramente que uno se va convirtiendo en esa cosa de mérito y escayola, de decoro municipal, que es un viejo. Aquí la literatura nadie la toma en serio y sólo la edad, más que la obra, nos hace respetables. Las televisiones y los reporteros ya han

hecho sus campamentos en la dacha y escribo la columna del periódico —no me gusta fallar—, entre flashes, fax y teléfonos, sobre un tema que nada tiene que ver con el premio: me aburre glosarme, aunque a lo mejor en este libro me glosó demasiado, no sé. Lo más conmovedor y melancólico de estos acontecimientos es cómo las edades de una vida, las capas de terreno humano, las generaciones por las que he pasado, se ponen todas en pie y llama la antigua novia y el viejo amigo olvidado y el muerto que no tenía por qué llamar y la amante que ya no recuerdo si lo fue, de modo que voy saltando de época en época, telefónicamente, y esto obliga a una gimnasia del corazón y la memoria que acaba agotándome. Casi todo el mundo coincide en que a mí los premios me los están dando tarde, cosa en la que nunca había pensado, y además me da igual y además no es verdad. La gente me damnifica con su mala memoria. En noviembre del año pasado me entregaban el Príncipe de Asturias. De noviembre a noviembre he recolectado varios importantes premios, entre comerciales y oficiales. Llama Inés, ambigua como siempre. Me emociono.

Me aburro, naturalmente, de contestar lo mismo a las mismas preguntas, de modo que a veces varío, incluso contradiciéndome, porque es más distraído improvisar que repetir. Por eso nunca me refrío. Salgo en la tele de cualquier manera, olvidando mi teórico dandismo, que siempre había reservado para estas ocasiones. Hay como cierta unanimidad nacional en que uno es un genio, y como yo eso no me lo creo, porque es imposible, deduzco que se trata de un malentendido monumental. Conozco un poco la psicología de masas y creo que estas cosas pasan por contagio, tanto en el jurado como en el público. El amor es contagioso, como el odio, y si yo fuera un político tendría una manifestación con banderas delante de mi casa. ¿Por qué? Por nada, sino por el mimetismo natural de la especie. Ahora esa cálida ola de mimetismo me ha cogido a mí. Me llama Ymelda de Planeta:

—¿Qué flor te envió?

—La berza, que luego se come.

He almorzado, por huir un poco de todo esto, con Juanito Van-Halen, que es uno de los viejos amigos que más quiero en esta vida (aunque él se conserva joven tenemos recuerdos comunes e incesantes). Con nosotros, Isabel Tocino, la ministra de Medio Ambiente. Isabel, franquista, fraguista, opusdeísta, con ocho hijos, minifalda, melena yanqui y no mal cuerpo. Estamos en el palacio de la Comunidad.

—Mira, Isabel, una ministra de Medio Ambiente no puede usar abrigo de visón como tú, es una contradicción.

—¿Y por qué?

Bueno, si hay que explicarle esto, mejor dejarlo. Le digo que tiene un ministerio de nueva creación que supone una tarea fascinante y actual: la ecología. Isabel está haciendo cosas, pero podría hacer muchas más. Ha venido, sin duda, en plan de «reconciliarse» conmigo, pues se supone que me he metido mucho con ella en la prensa. Es el chantaje de la amistad. Pero esta mujer, con sus ojos claros y sus mechuras, no acaba de tener simpatía, encanto, *glamour*, profundidad de palabra. Es una de esas pocas mujeres que no efluyen feminidad, al menos para mí, que suelo captar eso en seguida.

De vuelta a casa en un coche de la Comunidad, me llaman Cela y Delibes, dos grandes amigos, dos grandes escritores y dos grandes hombres. Ya no sé si son maestros o hermanos. Con ambos llego a unos entendimientos bastante claros, secretos y tácitos, pero por separado siempre: quiero decir que ellos entre sí no se entienden mucho. Yo tengo el don de hacerme estimar por dos o más personas que entre sí se odian. No sé si esto mío es ductilidad o mera hipocresía. Lo que sé es que los dos, Miguel y Camilón, se alegran de que uno vaya haciendo su carrera sin prisa y sin más pausas de las necesarias. Los premios —ellos los tienen todos— ya saben, como grandes profesionales, que sólo son el síntoma de que uno hace camino al andar. Los premios

no tienen otra trascendencia. Periódicos, telegramas, radios, televisiones y entrevistas. Es curioso lo pronto que se satura uno de su propia imagen, tan cuidada todo el año, cuando nadie me mira. Ahora, con el éxito asegurado, me olvido de la imagen.

La gloria, la fama, la unanimidad es un espejismo. Siempre parecen más brillantes en otro. En este sentido, los grandes premios, y los pequeños, le hacen cierto daño al escritor, pues se tiene la sensación de haber cruzado la borrasca humana, de haberse salvado de ella y de seguir escribiendo después de terminada la representación, a teatro vacío, para nada y para nadie.

Seguramente es verdad.

Cenamos con Pedro J. Ramírez, Ágatha, Raúl del Pozo, Pablo Sebastián, Martín Prieto y las chicas. Ya he escrito ayer aquí sobre la trampa política que se le ha tendido a Pedro con un vídeo porno. Más que un caso personal me parece un síntoma de la degradación absoluta de esta democracia. Los chicos del GAL, condenados algunos a cárcel, han dado su último golpe, como dice el propio Pedro. Pero el otro capitalismo, el de enfrente (esto ya no es más que la guerra a muerte entre dos enormes grupos de presión, en uno de los cuales está el Gobierno, como antes con el PSOE, sólo que a la inversa), está utilizando y utilizará ese vídeo criminal para hundir a Pedro y, sobre todo, al periódico. Pedro, tan periodista, tan moderno, ha olvidado que una imagen vale más que mil palabras. Todas sus palabras son informativas y razonables, han acorralado a los culpables en muy poco tiempo, pero en el imaginario colectivo queda y quedará la imagen insólita e inconfesable del vídeo. Es difícil para un hombre superar eso, aquí y en Estados Unidos.

Le prometo a Pedro para mañana una columna de fuego que ponga a los muertos en pie, tratando el caso por elevación, que me parece la salida eficaz por desconcertante, sin embarullarme, como todos, con fechas, datos, cifras, insultos y bromas. Ágatha, Raúl, Pablo y otros de la cena están conmigo. Pedro acaba entendiendo mi teoría, cediendo a ella, pero yo sé que lo suyo es la guerra de guerrillas, la bayoneta calada, el tejer y destejer de Penélope.

Pedro es un hombre duro que se salva siempre hacia adelante, pero esta noche le veo palideces repentinas que me evidencian la tragedia interior. Ahora puede pasar todo. Que se hunda el periódico con su director, que juguemos a mártires o corramos en desbandada. Hasta los obispos y buena parte de la izquierda han condenado la sucia maniobra de los patanes o patones, pero ese naípe que ellos han conseguido, esa imagen infame que no tendría ni el valor de un vídeo barato entre seres anónimos, detiene el corazón cuando reconocemos una cara o una voz. Quizá han ganado sucio, pero han ganado de momento. A costa de envilecer la democracia que trajeron. Y esto es lo que más lamento: que entre unos y otros están devolviendo esta sociedad democrática a los peores albañales de la dictadura. Acabo de hablar con Pedro por teléfono, una vez más, y está directo, vivo y seguro como siempre, pero hay una opacidad en su voz. Quizá, una opacidad en su conciencia. De madrugada, Carmen Díez de Rivera para felicitarme por el premio. «Me ha hecho mucha ilusión.» Le pregunto por lo suyo, el cáncer. Va igual, o sea, mal.

Viernes 21

El vídeo de Pedro J. Ramírez, donde aparece siendo sodomizado por una negra vieja mediante un pene artificial, nos proporciona, con torpes manipulaciones, la epifanía del Desconocido. El Desconocido no sé si ha sido muy estudiado por los psiquiatras o médicos del alma, pero el Desconocido es mucho más «desconocido» —perdón— que el Otro, del que ya se ha ocupado todo el mundo, desde Freud a la filosofía. El Otro está tan presente como el Yo. Es su reverso. Pero el Desconocido sólo lo han tratado con fortuna, que yo recuerde, Stevenson y Oscar Wilde, banalizándolo un poco, en *El retrato de Dorian Gray*.

El Desconocido —supongo que todos lo llevamos dentro— es mucho más demoníaco

que el Otro, simple recambio del Yo. De ahí el diabolismo de los gales —o quienes sean— que han urdido esta trampa a Pedro J. Ramírez: ellos han sido tan hábiles o tan inhábiles que han propiciado la epifanía del Desconocido. A quienes conocemos mucho al director de *El Mundo* no nos ha estremecido en absoluto, naturalmente, la tórpida manipulación de una vieja sobre el cuerpo de su víctima, cuya cara reconocemos en seguida. Lo que sí nos ha estremecido —a mí especialmente— es ver de pronto al doctor transformarse en el lobo, vampiro o criatura delirante que flota errática en su pecado. El Desconocido no es ya nuestro amigo, sino un ser distinto que nos sorprende y espanta como cuando, en sueños, nuestra madre vuelve la cabeza y es otra. El efecto inmediato de esto es que Pedro, con quien cené la otra noche, como aquí he anotado, desaparece bajo la alucinación del Desconocido.

Ya no se trata, para mí, de un problema político/policíaco (que no sabemos cómo ni cuándo terminará), sino de un problema de psicología profunda —que ya no es psicología— sobre la entidad del Desconocido, que casi siempre es el que mata, viola o dice lo indecible en cada persona. Pedro, un hombre extravertido, un luchador por el poder social, lleva dentro, como casi todos, ya digo, al Desconocido.

Por poca que haya sido su colaboración en este vídeo, ha sido la suficiente como para propiciar la epifanía del Desconocido, que a lo mejor ni él mismo sospechaba. La profunda extorsión de los muñidores del vídeo va mucho más allá de lo político. Mucho más allá de ellos mismos. Sin saberlo ni quererlo, propiciando sólo un trance sexual, han conseguido que en su grabación, como en la peor misa negra, descubramos el rostro del Desconocido, porque el rostro que conocemos de Pedro —y de cualquiera— no es sino la máscara del Desconocido. Por eso son satánicos los depredadores de este vídeo. Porque de su torpe maniobra ha salido una verdad que estremece, conturba y nos devuelve a los tiempos en que el misterio era verdad. Si han asesinado para siempre a Pedro, esto no se debe a que el vídeo le desacredite socialmente, sino a que el Desconocido mata siempre al conocido. La gente, sin saberlo, no dejará de ver en este hombre al Desconocido. Nunca más podrán ver al que conocían. El Desconocido no se muestra nunca, pero cuando se le hace surgir ya no hay manera de borrarlo. Insisto: todos tenemos nuestro Desconocido, quizá sin saberlo, y si un día aparece o se le hace aparecer, nuestro ser exterior ha muerto y el Desconocido regirá todos nuestros actos.

A veces tenemos vislumbres momentáneos e hirientes del Desconocido en un espejo —a todos nos ha ocurrido—, pero nos retiramos en seguida o no volvemos a mirarnos en ese espejo. Nada de lo que aquí digo me atrevería a publicarlo hoy en un periódico, y no por escandaloso, sino porque no iban a entenderme. Ni los propios delincuentes saben lo que han hecho. Es bueno por eso, entre otras razones, claro, escribir un diario íntimo donde contar estas cosas y otras. Aunque nunca se sabe si estamos llevando el diario del Desconocido. Alguna vez en mi vida (le pasa a todo el mundo) he sentido que el Desconocido avanzaba hacia mí desde el fondo de mí. No sé si el Desconocido es una creación del cerebro reptiliano. Pero es como un cataclismo frío, un grosor invasivo de cierta serpiente que vive dentro de nosotros, como una tenia monstruosa. A Pedro le salva la exterioridad. Está metido de lleno en la aventura de capturar a sus verdugos, y hace bien, por la captura y porque eso le salva momentáneamente del Desconocido.

También estas memorias, este diario, aunque íntimo, puede que sea una huida hacia afuera, porque cuando nos quedamos a solas es cuando más cerca sentimos al Desconocido. Esto no es terror, esto no es Stevenson ni Wilde. Esto es mero costumbrismo del ser interior que se pasea, domesticado, por esa estancia cerrada que es el cuerpo de todo hombre.

Martes 25

La vieja amante. Firmo libros en una tienda elegante y espaciosa. El comercio de mi mano con la mano gastada de una vieja marquesa, de un embajador *blasé*, de una

joven que es como un árbol, o una Virgen cargada de ofrendas, pero todo es maquinal y consabido mientras bebo mi ginebra y pongo mi firma, con una U curva y grande, como una embarcación. Me gusta el contacto con esta gente bien del barrio de Salamanca, que no son sino la última consecuencia de usadas aristocracias sin otra vida ya que esta supuesta vida cultural. Sus antepasados protegían a los escritores y ellos nos rinden un tributo de admiración convencional a tres mil pesetas el ejemplar de la última novela.

A media tarde aparece la vieja amante con un conjunto marrón, en ocres y cremas, con sombrero, bufanda larga y falda más abajo de las rodillas, o quizá sea pantalón. No la esperaba ni la recordaba, pero tampoco me sorprende su presencia, muy adecuada al lugar y a estos momentos menores y mundanos de mi vida. Pronto se sienta a mi lado, fuma y bebe, la firma de los libros me evita hablar con ella. Curiosamente, a su morenez cenceña le va bien el marrón. Sigue teniendo, claro, cara de gitana pasada por Loewe y cuerpo de modelo que no ha entrado en carnes, pero se le ha pasado el momento. Las gentes vienen, miran, nos observan, nos reconocen o no, comentan, compran o no compran, se van, pero vuelven en otras gentes iguales. Regla, la vieja amante, fuma con sus manos de morenez y temblor, manos que amé un día, no sé, pasa la madre del rey en silla de ruedas, con la cabeza torcida para un lado, incrustada sobre un hombro más que caída, como una gran reina ofreciendo el cuello al verdugo con un gesto de eterno sesgo, de mirarnos ladeados, súbditos, lejanísimos.

—Bonito sombrero, Regla.

—Me lo regaló Umbral, él ya ni se acuerda.

Ni me acuerdo del sombrero ni de habérselo regalado, pero le va bien el ala caída, sombreando la sombra de sus ojos negros, grandes y pueriles, de un dramatismo convenido. Fuma y bebe. Separada de su marido, un fabricante catalán, ha venido a eso, a esto, a que la gente siga pensando que somos amantes, a lucirse junto al escritor. Continuamente emite signos de su propiedad sobre mí:

—Trae, hija, que te lea la dedicatoria, porque la letra de Umbral sólo la entiendo yo.

Fueron unos años felices, locos y cercanos, pero su único lenguaje, la mentira, me costaba hablarlo a todas horas. Era como un dialecto suyo, personal, con el que siempre nos estaba engañando a todos. Si el mismo talento lo hubiese aplicado a la verdad sería adorable. Me gustaba su cuerpo de modelo negra, su culo breve, sus grandes pechos (luego se los arregló en Estados Unidos y besé las cicatrices hasta que mi pasión se hartó de silicona. No puede uno perder toda una vida chupando silicona).

La primera vez fue en su coche azul, en la Casa de Campo, una tarde de junio, con el asiento tendido y colocada ella sobre mí. Se nos hizo de noche en aquel juego y al fin la lluvia primaveral se estrellaba en el parabrisas, como en una película americana. No sé si alguna vez estuve enamorado. Me gustaba su frivolidad, su inteligencia ligera y falsa, su esnobismo, su gracia como andaluza, sin serlo para nada, su respuesta rápida a cualquier primor sexual.

Grandes hoteles, viajes, un amor de recorrido corto, alcohol y mentiras.

—Muchas gracias, señora, nos volveremos a ver, se lleva usted un buen libro, pese a que se lo digo yo, que soy el autor.

El pequeño ingenio que esperan. Regla fuma y hace como que lee, hojea revistas, cruza las piernas, comprende que ha venido aquí para nada, que yo no le voy a hacer mucho caso y quizá no se lleve ni una foto conmigo, ni salga mañana en los periódicos. Me gustaría ahora, entre Regla y yo, el sexo puro, el puro sexo, limpio como un duelo a espada, sin el fango de las mentiras, el alcantarillado de la vida interior, los celos, los reproches, el odio que crece entre un hombre y una mujer, en el terreno fértil de la pareja, sin que ninguno de los dos odie nada, o quizá sí. El odio es una seta venenosa que bebe la sombra del árbol femenino o masculino, pero no nos damos cuenta. Lo mío

ya ni siquiera es odio, sino una indiferencia sin gracia, sin elegancia, algo soso y ni siquiera triste. A ella, en cambio, le gusta más que el sexo este juego del adulterio social, a ojos vistas, la indignidad llevada como un minué, sin perder estilo ni clase ni sonrisa ni soltar jamás una lágrima de sus ojos rientes, salvo cuando la desesperación los hace un poco viles, con patas de araña más que patas de gallo (eso no supieron resolverlo en Estados Unidos).

Mientras firmo libros y varío discretamente las dedicatorias, ella se levanta, alterna, pasea su pecado o su conjunto, es una hermosa criatura que nunca ha sabido qué hacer con su hermosura, salvo subastarla como un naipe de corazones. El sexo, bueno. La intimidad, la maraña de historias, el novelismo malo de su intimidad, jamás. Mientras escribo estoy pensando ya en la manera de irme sin que se venga conmigo, seguro que tiene el coche a la puerta y me va a proponer «una cenita», como dice ella. Es criatura nocturna, como todas las de su edad, que acaban en la clausura de la noche porque el sol las delata, ilumina su alma vieja o su piel usada. La vieja amante no sabe si irse, la conozco muy bien, hay una intimidad entre nosotros que no puede morir, el odio es una forma definitiva e inesperada de conocimiento, cómo la conozco gracias a que la odio, cómo recuerdo su cuerpo precisamente porque ya no lo deseo o al menos no me es necesario como antaño, un antaño de hace dos años más o menos. Finjo una salida para saludar a alguien, barzoneo por el amplio espacio, entre la gente, una pareja de periodistas jóvenes se ofrece a llevarme a casa, ya de lejos me vuelvo y veo allí a la vieja amante, consciente de que me he ido, de que he huido, hojeando una revista que ya tiene hojeadísima hasta la última receta hidratante.

Más que el amor le gusta la farsa social del amor, como a todas las de su clase. Fueron años que sólo añoro sexualmente, sin ningún cariño por Regla, años de grandes hoteles, inconfesables moteles, años en que se enclavijaba como un Cristo hembra encima de mí. Demasiado hermoso para su cabeza ligera, transeúnte, boba. No me duele nada dejarla así «plantada», como dirá ella. Y lamento que no me duela. Las viejas amantes son siempre la misma. No saben abandonar ni ser abandonadas. Prefieren que el amor muerto se prolongue como rito y teatro. Estamos ya muy lejos de la librería. Mis jóvenes amigos hablan y hablan, me gusta y me distrae lo que dicen, sin duda ella me admira más que él. Regla, recuerdo, tenía un ombligo mal atado, que siempre me han parecido muy eróticos. Es lo último que recuerdo de Regla.

Viernes 28

La despensa, capilla de mi infancia. Todavía la visito algunas tardes, un bodegón de sol en la despensa y un confundido aroma de meriendas. Paso de largo, en la feraz cocina, en los reinos de Cruz con su radio, paso delante, en fin, de la nevera y su polar rugido de gran ogra. Prefiero la estrechez de la despensa que huele a aquella infancia, otra despensa, y tiembla como carne de membrillo y se difunde en marcas y legumbres, y los postres caseros que se posan en la memoria antigua de la abuela.

Lo que de verdad busco, lo que muerdo es chocolate rancio, ah del pasado, el desorden *cocotte* de las verduras, los tarros de aceitunas como ojos y las tortas de Alcázar, el sabor cande de las viejas tardes, nada de eso respira en la nevera, un paralelepípedo de hielo, sino que hay que venir a esta despensa, al rincón más aldeano de la casa, para probar licores como sangre de vírgenes antiguas, el dulzor verdelís de las manzanas y ese sabor dormido del anís.

Me salvo de lo electro y lo doméstico, me refugio en la paz de la despensa abrigada de tardes ya remotas, y descubro el laurel, vieja moneda, un humilde tesoro de garbanzos, el café, tan mulato y penetrante, es un aventurero de ultramar, y las galletas tontas, tan redondas, como su virginal circunferencia, mi infancia es alfabeto de sabores, y ahora recurro a veces, ya tan viejo, a la urna o santoral de la despensa.

Domingo 30

Gran exposición de Cristina Rennotte en la *factory* de un amigo. Enormes fotografías

con una paloma muerta, cuyo plumaje se convierte en una selva hostil, y un tratamiento de lo gráfico que lirifica hasta la exasperación un niño negro, unas formas ya ilegibles, con alumbramientos y epifanías de la materia que nos llevan más allá de las técnicas —fotografía, pintura, qué más da—, hasta el contacto de una alma de piel sensible con la verdad tectónica de las cosas o su fiebre fría de mera pulsación visual. Saludo a buenos amigos como Gonzalo Suárez, Sádaba, etcétera.

El mundo de Cristina es un mundo de camareros como demasiado decorativos y unas muchachas bellísimas, inesperadas, elegantes en plan contestación, con la barbilla muy dibujada, la boca simia y una elegancia anoréxica que me gusta mucho.

Cristina, rubísimas, con los ojos de un azul alegre y penetrante —¿cocaína?— y la boca en un trazo rojo e incisivo. De pronto viene a mí y de pronto se la lleva el vaivén del cóctel; con su pelo corto y sus guirnaldas por el cuerpo ha llegado a una belleza tan literaria y suya que se me aparece como la amante ideal, si no estuvieran en la fiesta, ay, algunos de sus novios más evidentes, que naturalmente conozco y ella nunca me ha ocultado.

Reencuentro en un almuerzo con Fernando Fernán-Gómez, que vuelve a Madrid después de rodar una película por el norte, con Garci. Conserva la gran barba blanca de abuelo galdosiano, pero como este hombre todo lo engrandece, parece más bien el conde León Tolstói. Nos damos un corpulento abrazo.

Fernando es, con Cela (aunque me parece que se desdeñan mutuamente), el personaje más profundo, original y extenso de la vida madrileña. Fernando tiene todavía vivos en sí —setenta y cinco años— al adolescente de la guerra, hijo de cómica soltera, al actor genial a quien no siempre han permitido estar a la altura europea que se merece: de hecho es desconocido en Europa, mientras otros rostros del cine español se hacen famosos en el extranjero. Aquí es que guardamos muy bien a nuestros genios. Quizá demasiado. En Fernando vive asimismo un gigante cordial, un caballero educadísimo, un usado golfo madriles, con una biografía bordada de mujeres, y, finalmente, un viejo exaltado, bebedor y conversante que de pronto arde en whisky y madrugada con su palabra surrealista, sus invenciones paradójicas y profundas —que luego nunca filmará—, sus ojos de diablo verde, lanceolados, y una como maldad o crueldad de hombre que necesita vengarse de la vida, no sabe cómo ni por qué. Los jóvenes actores y actrices le decoran siempre ascendiéndole a un magisterio que los ennoblece a ellos y a él. En la literatura no se da eso. ¿Cuál es la clave de este «Leonardo» impar, de este Cyrano de Chamberí?

Quizá la clave sea precisamente ésa: el cruce de Leonardo y Cyrano en un feo genial, en un pelirrojo calvo, en un bebedor que escribe como el loco que ya no recuerda la última palabra que tenía que decir. Fernando escribe buscando esa palabra, que está entre su siempre novísimo maestro Jardiel y su siempre clásico maestro Galdós.

Hoy domingo ha salido en *El Mundo* la lista de los cien españoles, con foto, que hemos firmado contra el vídeo de Pedro J. Ramírez, contra la trampa para elefantes que le han tendido, contra la política negra de los cazarrecompensas, contra la izquierda nominal y el gangsterismo tecnificado. Es una hermosura y un gozo confortable, que da seguridad, el ver este centón de hombres y mujeres que, liminares a periódicos y partidos de uno u otro signo, avanzan su decoro personal y se constituyen en la izquierda civil de España: Cela, Chillida, Fernán-Gómez, Vázquez Montalbán, Arrabal, Alfonso Sastre, Bardem, Gimferrer, Marcelino Camacho, Nicolás Redondo, Paco Ibáñez, Victoria Vera, Ladoire, Aberasturi, Krahe, Muguerza y Gustavo Bueno, Lledó y los demás. La *izquierda liberal* principiará a represaliarlos en seguida.

Los dos frentes de esta guerra madrileña se dibujan cada día más claros y ominosos. El PSOE sigue equivocándose, el Gobierno no cuenta y la izquierda real somos los de siempre, los del manifiesto anti-OTAN, los hombres libres, los que viven por sus manos, los que se sienten abrigados en su pobreza o claros en su fortuna, los que

hemos elegido el propio decoro y la fidelidad al nombre y la verdad.

Los otros, los partidistas del sobre a fin de mes, los partidarios, los fanáticos, los inseguros, los nominales de ideología y de nómina, callan como putas o argumentan en falso, con el dolor interno y la hipocresía de la que comen, sabiendo que sus palabras se borran en el aire ominoso de noviembre y con ellas se borra su persona, su firma, su prestigio de calderilla.

Este manifiesto de los cien ha sido como un test para aclarar lo que ya sabíamos: que hay una falsa izquierda corrupta o acojonada, que hay una izquierda cotidiana y eterna, frente a la otra, fija siempre en las palabras esenciales del hombre posrevolucionario y creador de su propia alma de insolencia e intemperie, sin jefes a quien desacordonar los zapatos ni señor que se nos pueda morir.

Uno es el señor de sí mismo y de su honra y su modesto prestigio civil.

DICIEMBRE

Martes 2

Barcelona. Conferencia en la universidad. En plena y fragorosa guerra del catalán, todavía puede un castellano de palabra sensata y sensible llenar de estudiantes una Aula Magna. Quedar entre los jóvenes es ya dar un paso dentro del futuro. Hablo del diario íntimo como género literario. Es decir, hablo de este libro cuya existencia y crecimiento no sé si he justificado ya en estas páginas, pero voy a hacerlo ahora con un resumen exigente y en corto de lo que prediqué ayer en Barcelona.

Empiezo por no soportar esos diarios de intención clínica que recomiendan los médicos a veces, o que escribe el —¿enfermo?— por propia iniciativa. Tiene todo eso un olor clínico que en nada emparenta con la literatura. Claro que toda literatura puede que sea catarsis, y más visiblemente la intimista, pero el énfasis clínico, ya digo, de lo extraliterario me produce cierto odio, pues cada día creo más en la divina inutilidad de la literatura. Me irrita todo lo que sea entendimiento y rendimiento, utilitarismo del libro o de cualquier arte. Ya pasamos esa enfermedad cuando la literatura política. Ese utilitarismo es burgués, viene de Manchester y por eso resulta aún más equivocado y traidor en un hombre de izquierdas. Se hace un diario íntimo para recoger la pluralidad instantánea de la vida, ese exceso de belleza no atendida que anda errante por el mundo, la dispersión de las emociones, notas de color que no caben en la novela en marcha ni en ningún otro libro.

Esto no convierte el diario íntimo en un cubo de basura o baúl de los desvanes emocionales, sino que, muy al contrario, el diario será el álbum de las emociones más agudas y urgentes, de las pulsaciones más inmediatas y cálidas del día. Así lo entendieron André Gide o su discípulo Roland Barthes, que muere atropellado por un taxi en París, pues cruzaba la calle escribiendo en su diario, según la manía gideana que había heredado. Digamos que Barthes fue el primer mártir de un género que así se consagra. Estoy leyendo casi todo lo que se ha escrito sobre este género, pero aún puedo añadir modalidades de diario íntimo que no se han estudiado: así, el diario con pivote, que no otra cosa que un diario de adolescencia (sin fechas) es el *Platero* de JRJ, cuyo pivote es el burro.

O *Los alimentos terrestres* del citado Gide, que tiene como pivote a Natanael, el ángel que acompaña a Gide en su aventura por el desierto africano, con todo el encanto del libro en segunda persona, encanto con el peligro de sentimentalismo consiguiente a un género que parece epistolar.

El diario íntimo está hecho para contar todo lo que pasa en una vida, a condición de que no pase nada. Quiero decir que en el diario personal suenan los pianos mecánicos de lo cotidiano, pero si yo asesino a mi mujer con el cuchillo del pescado, eso ya no cabe en este diario, pues todo suceso clamoroso crea en el lector una expectación de novela, hacia atrás y hacia adelante. Se corta el hilo del diario, se trastocan los azorinianos/orteguianos primores de lo vulgar.

Todo trastorno fuerte en la cotidianidad que recoge el diario viene a quebrar este género tan delicado y lo transforma en una novela monstruosa: así, un gran amor, una muerte o una guerra. Queda claro con el ejemplo, me parece, el límite delgado y seguro del diario, con lo que ya podemos asegurar que es un género autónomo, aunque uno no sea muy respetuoso con los géneros, pero éste lo necesita por inclasificado hasta ahora. Releo a los escritores de la memoria: Gide, Pavese, Ruano, Pía, Azaña, Pessoa, tantos. Y, sobre todo, de la memoria simultánea. Se trata aquí de anotar por la mañana lo que se ha vivido la noche anterior, como muy tarde.

Los límites del género son, por una parte, la frivolidad, el diario de vanidades, que es un poco el de los Goncourt, y, por la otra punta, el ensayismo, e incluso el lirismo. De todo esto creo yo que debe participar el diario íntimo, pero siempre en un delicado equilibrio con el carácter ascético del contar el Yo.

Aunque el intimismo no existe y nuestra verdadera intimidad la manifestamos involuntariamente hablando de los demás o con los demás. Somos seres sociales, claro. Me gusta que el diario respete un tiempo y un espacio acotados, una época del alma, un clima de unos años, para que el lector se sienta en el interior profundo del diario como en lo más corazonal de una novela.

Soy partidario de no manejar muchos personajes —la mayoría no lo merecen—, para que el lector encuentre en el libro caras conocidas. Detesto los diarios de viaje porque son diarios turísticos, de anotaciones pintorescas y superficiales. Al final sale un libro de postales, puach. El destino del diario, prodigio de la memoria simultánea, es convertirse en memorias. Cuando escribimos la última página de un diario grueso, la primera ya es historia. Por eso se llama memorias a muchos diarios, como los de Azaña, que ahora vuelven a estar de actualidad con la publicación de los cuadernos de don Manuel que tenía secuestrados la familia Franco. Se llaman memorias y lo son.

El diarista trabaja con el tiempo manantial y actualísimo de cada día. El diario es el único género que recoge el tiempo en sus penetrales y manantíos del luminoso presente, y por eso equivale a la literatura en estado puro, a la pura literatura, ya que el poeta lírico, por ejemplo, se mueve en un tiempo hueco y convencional que es el que le conviene. En cuanto al tiempo de la novela, es convencional y de diseño, un falso tiempo, como en el teatro, el tiempo que necesita tomarse el autor. La novela consagra y mata el tiempo.

La novela es una estructura previa invadida por la prosa. El diario es una prosa lentamente invadida por las inopinadas estructuras del vivir. El diario acaba teniendo argumento, asunto, porque la vida cristaliza en él. Así, yo he presentado aquí una Carmen Díez de Rivera saludable y hermosa. Hoy es una mujer trabajada por el cáncer. Este retorno del personaje, traído por la vida o la muerte, es un retorno balzaquiano que le da al diario una mansa condición de novela, aunque en absoluto tiene esto que ver con el caso que he citado de cataclismo vital, crimen o guerra, etc., que hacen descarrilar cualquier diario. El diario, sobre todo, carece de «la odiosa deliberación de la novela» (André Bretón), y sin embargo el lector acaba leyéndolo como una novela.

En cuanto a la supuesta sinceridad del diario, uno diría que siempre será una sinceridad «literaria». No hay arte sin manipulación, pero mi manipulación también me revela. En un baile de disfraces, cada uno se disfraza de quien realmente es. No se puede no ser sincero. El hombre miente con las palabras, pero se desmiente con la mera gestualidad. Como decía Oscar Wilde, convencen menos varias razones que una sola. Después de la mentira sincerísima, sólo tenemos que dejar al mentiroso que siga hablando. Sus siguientes palabras acabarán por decir lo que él necesita decir. Así, el escritor. Hay que manipular, porque eso es el arte, pero esa manipulación tendrá nuestro estilo propio, nunca será la de otro, de modo que la manipulación también nos descubre, y, además, sin ella no hay libro.

Así como he dicho que el diario acaba constituyéndose en una mansa novela, diré que detesto la novela en forma de diario (y he incurrido en alguna). ¿Supone el diario íntimo desdoblamiento, esquizofrenia? ¿Es uno el que escribe y otro el que vive? Así parece, pero creo, por el contrario, que esta forma de escritura supone una comunión con la vida, la favorece más que la novela o la poesía, nos permite tomar posesión de nuestro tiempo individual.

Recordar, etimológicamente, es volver a pasar una cosa por el corazón. El diario, las memorias, todos los géneros moralistas, como la autobiografía o el autorretrato (todos los he practicado), consisten en esa gimnasia cordial. Uno, ser de lejanías, es ya más del tiempo que de la vida (son distinta cosa). Uno, a favor del tiempo que se lo lleva, se siente cada día más proclive a escribir con el tiempo, a escribir del tiempo —incluso en su acepción de clima—. Y el tiempo, que no existe, no son sino las cosas y personas

que nos frecuentan. Entiendo el tiempo como figura más que como categoría. El tiempo sólo es lo que nosotros hacemos con el tiempo.

Por ejemplo, este libro.

Viernes 5

Tras la danza del fuego de la parra roja, la página en blanco de la nieve, poesía pura. El jardín es como una cuartilla de Paul Valéry antes de levantarse Paul Valéry. Loewe, la gata, se acerca a inspeccionar la nieve, pero vuelve a mí, me mira con sus ojos iluminados y parece decirme: «No es interesante.»

Los cronistas que yo leía en la infancia y la provincia repetían todos los años lo del «blanco sudario» de la nieve. Aquella repetición de una imagen nada deslumbrante me dio ya una noción de estilo: aquello era lo que no había que hacer. Pero sobre la nieve se ha dicho todo. Ahora, por la mañana, escribo con la nieve ya en calma, cuando el sol deja sus lanzas de oro junto a los blanquísimos muertos de la batalla de ángeles que era ayer el cielo y el viento. Estuve tarde y noche en Madrid, paseando por la nieve, con sombrero y bufanda, y recibía en el rostro los vivos alfileres de la cellisca. El taxista, por cierto, no sabe lo que es cellisca y tengo que explicárselo. Quizá habla uno como un clásico, sin saberlo.

Las molduras de nieve barroquizan la ciudad y yo recibía esta guerra blanca con sed de frescor, con ansia de beber lo blanco, dejando la cabeza limpia y el pecho despejado. Una pureza que traspasa como una espada del cielo sin ideologías ni metáforas. Qué alivio. Pisar nieve es pisar infancia, sobre todo aquí en el campo. Me paso días enteros y hermosos, soleados, sin levantar la vista del libro, en casa, y en estos otros días aciagos, desafiantes, populosos de los demonios cándidos de la tormenta, me echo a la calle sin saber adónde voy, atraído por la violencia casta del aire. Me hacía falta, después de meses, esta refriega de luz pura. Luego la nieve va tomando las formas tranquilas y caprichosas de la paz universal.

Pero a la tarde tengo una conferencia y una fiesta. «Ojalá no nieve», me dice alguien. Yo prefiero que vuelva a nevar y me gusta absurdamente (o no tanto) la idea de ir hacia Madrid, hacia la literatura y los amigos, enfrentando los batallones del agua, las divisiones arcangélicas de la nieve. Lo blanco es el color que más me estimula. Quizá la nieve despierta en nosotros la nostalgia del ángel que fuimos alguna vez.

Sábado 6

Cena/sorpresa en casa de Sisita Milans del Bosch. Inés y Miquel Oriol, la ministra Loyola de Palacio, Ana Rosa, José Antonio Marina, Pablete, el hijo de Sisita, y un entrañable perro sin raza. Los Mingote, algún juez, etc., entre los que recuerdo.

Sisita está llegando a unas depuraciones interiores de gracia, escepticismo sonriente, belleza hecha y amistad larga que la convierten en una de las personas más gratas de mi pequeño mundo íntimo. Ahora anda mucho con ese perro prestado y feo, un perro sin ningún esnobismo, porque ella nunca ha cultivado ninguna de las formas del esnobismo, aunque eso va en la raza. Donde más se nota la raza es en la aristocracia española y en los perros.

Inés Oriol sin maquillaje, con la melena lírica, los ojos desnudos y el rostro de un oro pálido o un bronce claro. Su hermosa y grave sonrisa se me pierde en el alfabeto de las sonrisas. Quiero decir que hay en esa boca ironía, amistad, reserva, sensualidad, discreción y hasta un mohín o punta de secreto. Está cada día más delgada, en una línea exigentísima de esqueleto bello, elegante, apurado por ropas negras de larga caída. Le sujeto las manos, en el saludo, un punto más de lo debido. Luego cenamos juntos. La elegancia de esta mujer, su encanto callado, que la ciudad ignora, tiene toda la dignidad de la que se arregla para unos pocos, o para ella misma.

Miquel Oriol me habla del Guggenheim de Bilbao, que le tiene preocupado como arquitecto. Comentamos su artículo en *ABC* sobre el tema. Creo que Miquel, tan noble, ama ese museo y lo odia porque no lo ha hecho él. Así se lo digo. Aunque quizá

ama tan formidable fábrica porque no quiere odiarla: sabe que el odio es autodestructivo.

A mí, el Guggenheim me parece de una belleza última, moderna y vasca, un canto del hierro al hierro, de lo ario a lo ario, donde poderosos metales vibran en su quietud solemne por gracia del creador, de la luz y el paisaje. Miquelo es optimista y eso le salva. Dado a prestigiar lo antiguo con su mano sabia que pone en pie el pasado, este logro del museo, sorpresa de su mentalidad avizor, yo diría que le crea problemas interiores de creación y concepción. He aquí un hombre que ama con la cabeza algo que su corazón rechaza geoméricamente.

Luego, Miquelo me dice, o me viene a decir más o menos, que yo ya no asusto a nadie porque tanto premio (estamos celebrando uno) me ha integrado en el sistema. Le explico que el domingo voy a ir a la asamblea de Izquierda Unida, como un presenten armas ante el viejo marxismo, y hoy mismo publico una columna sobre eso. Pero Miquelo ya tiene su teoría sobre mí: me han corrompido o purificado con los premios, la fama, el éxito social, todo eso, y mis críticas ya no le afectan a nadie, y menos a él, que dice que le endurecen la piel. Cuando un hombre inteligente no consigue *cazar* a otro, le encierra en un sistema, en una matemática simplista, esquemática, y se queda tranquilo. Esto del reduccionismo —porque es un reduccionismo— me lo aplican también Alberto Portera y otros. Yo la verdad es que lo llevo muy bien, más divertido que otra cosa. Me reducen a un esquema simpático porque no quieren odiarme. Y eso es muy de agradecer. Quizá la relación con el poeta Carlos Bousoño responda a ese mismo esquema. Prefiero esto a los que odian tórpidamente, abruptos o halagüeños.

A Loyola de Palacio la está llevando la política del misticismo a la feminidad, que tenía un poco abandonada. Hoy se ha puesto en la boca un brochazo rojo —es la moda— que me recuerda a esas niñas malas que se ponen el maquillaje de mamá y quedan más guapas que mamá, claro. También se ha acortado la falda, de modo que le veo unas piernas jóvenes, de media negra, transparente, donde canta prisionera una carnalidad que ya una vez enamoró a Antonio López. Quedamos en que Loyola haría una buena presidenta del Gobierno y ella se ruboriza como si hablásemos de casarla. (Sospecho en ella un voto de castidad.)

—Serías una señora Thatcher más joven, más guapa y menos bruja —le digo.

Estas reuniones con la derecha política y social también son una trampa cálida y cordial de las buenas amigas que pretenden llevarme a su terreno. Yo estoy en ese mundo porque soy el cronista interior y perpetuo de lo que pasa y lo que me pasa. Con los ricos hasta la muerte, pero ni un paso más allá, como dijo Bergamín de los comunistas. Juegan conmigo y juego con ellos.

A estas alturas, un hombre no cambia de corazón, y lo mío es corazonal. Me conmueve la fe ingenua con que quieren salvarme en la derecha estas buenas amigas, cuando estoy tan salvado como hombre de izquierdas. Antaño la amante quería salvar al hombre ateo o relapso para el cielo. Ahora, la propia gente bien se preocupa más de mi salvación política que de la religiosa. Y es que lo religioso ha dejado de preocuparles incluso a ellos.

Pero la mujer que quiere un poco a un hombre siempre piensa que debe salvarle de algo. De otra mujer, por ejemplo.

Ana Rosa, compañera que fue de Garci, mi querido Garci (y al que añora), es una de las pocas presentadoras de televisión que convierte ese medio en un medio cálido, contra todo macluhanismo. Ana Rosa tiene una manera de comunicación que me llega mucho. Es sencilla y segura, femenina y autónoma, con una belleza directamente sexual y un carácter tranquilo —cierta ironía triste— que lo arregla todo. Me gusta esta mujer porque respiro a su lado todo ese viento de lo mediático, la urgencia de la imagen, que es mucho más fuerte que la del periódico. Su belleza consuetudinaria me llega como un bandazo de actualidad, guerra digital y amazonía de la noticia. A más de

su malvado y plácido escote, claro, que me inquieta toda la noche.

Antonio Mingote me ha hecho un dibujo y una cosa disparatada que él mismo llama «soneto». Antonio es, a más del humorista crítico y cotidiano, un dibujante de época como los de antaño, Penagos, Baldrich, Rivas, toda aquella hermosa gente. Como la mayoría de los grandes humoristas que he conocido —Mihura—, Antonio parece siempre triste, aburrido, cansado, lejano. Ocurre que el humor es, como el misticismo, por ejemplo, una situación límite del alma, y el humorista interior (más que el famoso) está siempre cortando amarras con la vida, desenganchándose de todo, viendo el revés de nuestro derecho, el lado menos interesante de lo ininteresante, el costado muerto de la vida. Humor y ascetismo me parecen situaciones muy semejantes. El humorista hace sonreír, pero él no sonríe nunca porque lo suyo, en realidad, es una tristeza elegante, un clariver donde la urgencia de la vida/muerte no tiene vuelta.

El humorismo es una manera encantadora de decir que no a la vida.

José Antonio Marina, nuestro filósofo más actual, más total, ha publicado *El misterio de la voluntad perdida*, gran libro donde denuncia —mediante la ciencia y el pensamiento— la sustitución de la idea de *voluntad* por la idea de *motivación*. La voluntad era así como metafísica y la motivación es empresarial. Lo que pasa es que, visto biográficamente, la voluntad no es sino una constelación afortunada de motivaciones. Antaño, estas motivaciones eran interiores, tenía que inventárselas uno como Voltaire se inventaba «pasiones» (es lo mismo). Hoy, por el contrario, la motivación es exterior, mediática, social, consumista, colectiva. El hombre que antes estaba decepcionado ahora está *desmotivado*.

El cambio de voluntad por motivación me parece un episodio más del abandono del humanismo por el tecnicismo y el comercio. Dice Almodóvar que hemos sustituido las ideologías por las marcas. En efecto, la ideología era una forma de la voluntad. La marca incentiva y la ideología *voluntarizaba*. Todo esto lo hablamos con el resto de los invitados hasta hacerlo soluble en la conversación general y banalizarlo un poco, pues no es nuestra hora de pensar. Marina es un hombre joven de aspecto grave, y yo diría que está siempre en filósofo, no por pose, naturalmente, sino porque observo sus ojos tranquilos, graves, y siempre están como interrogando al otro, a las cosas, a las palabras. Su gran potencia teorizante me impresiona, y su presencia también. El caso es que casi nunca rechaza una invitación al vals, quiero decir a la frivolidad. Vive en La Moraleja entre gallinas y coliflores azules, porque este hombre experimenta con todo. Tiene o finge una colaboradora yanqui que se llama Anjelica. Ella es la inteligencia robótica y él el pensamiento «clásico», con reservas y matizaciones. También los griegos se apoyaban en una estatua adolescente para pensar.

Adolescente y ¿desnuda?

Martes 9

Tarde en casa de Pedro J. Ramírez. Niños y perros. Pedro llega de la calle con prisa y periódicos, oliendo a tinta y urgencia. Tenemos una conversación abierta, la más profunda hasta ahora, sobre el tema del vídeo. «Yo he tenido que tomar una decisión muy fuerte, Paco. Podía haberme defendido, haber mentido, “ése no soy yo”, etc. Han dicho que la chica era una puta pagada por mí, lo que es falso. Pero lo mío no es delito. Quienes han delinquido son ellos. ¿Por qué voy yo a ocultarme? Decidí defenderme hasta el final, buscarlos, denunciarlos, demostrar que son los gales, volver la hazaña contra ellos, encarcelarlos si es posible. Haro Tecglen y Leguina han escrito cosas infames contra mí. La izquierda se ha vuelto puritana y quiere castigarme por eso. Incluso contra Ágatha han pegado. Pero la empresa bien, los italianos bien, los anunciantes bien, Aznar bien (tres horas de conversación). No tengo más que dedicarme a perseguirlos y lo estoy haciendo.» Pero ha perdido el color y la sonrisa. Está blanco y le cuesta mucho sonreír, o ni lo intenta. Yo diría que va a ganar la batalla en comisaría, pero lleva el puntazo en el sentimiento.

Lo que más le ha gustado, el manifiesto de los cien intelectuales, de Cela y Fernán-Gómez a Paco Ibáñez, el cantautor comunista. «La verdadera izquierda», me dice. Si hay algo irónico en este asunto es el susto puritano de la izquierda, su inesperada beatería, y la aceptación democrática de la derecha, incluida la Conferencia Episcopal. España es peligrosa, más que por dura, por desconcertante.

Cena en la nueva casa de Cela, un chalet en Puerta de Hierro. Lo de Guadalajara era lejano, solitario y triste. Camilo se ha pasado la vida buscándose refugios cartujanos para escribir, pero luego se aburre y sale corriendo. Es un ser muy social, aunque también trabaja mucho. Como toda personalidad excesiva, necesita ratificarse en los demás todos los días.

Marina ha llevado toda la mudanza, otra (es la tercera que les conozco), y esto sí que parece y es una casa grande y acogedora al mismo tiempo, con espacios para escribir y silencios para pensar. Más o menos como la dacha, pero en más espectacular. Como mañana se falla el Cervantes y Camilo es jurado, después de cenar saca una libretita donde lo tiene todo apuntado y echamos cuentas. Contertulios, Raúl del Pozo, Pablo Sebastián y las chicas. Siempre me ha hecho gracia, en este oso gramático que es Camilo, la afición a la minucia y el detalle: letra pequeña, anotaciones diminutas, puntualidad en el trabajo y la vida social y los viajes. Es como un oso jugando con hormigas. Ochenta y un años y está divertido como siempre. Acaba de tener una larga entrevista en televisión que fue un prodigio de repentización e ironía. A Camilón le gusta mucho la política literaria y, ahora que él ya lo ha ganado todo, se entretiene haciendo el crucigrama de los demás. Esto me manifiesta que siempre ha sido un gallego jugador y sabio, recastado en inglés que juega limpio como un *gentleman*. Quiero decir que, en literatura, apuesta siempre por la calidad. Y tiene buen ojo. Habría hecho bien la crítica literaria. Eso puede verse en algunos de sus ensayos.

Cuando nos vamos, de madrugada, le veo muy encastrado en su chalet de Puerta de Hierro, ese forro abrigador de Madrid. Pienso que podría pasarse ahí otros ochenta años escribiendo, haciendo política literaria, ironizando con los amigos, leyendo a los clásicos y dialogando con los pájaros del jardín.

He aquí un hombre logrado, maduro, completo, doblado en su prosa, tan suya, alguien que ha igualado con la vida el pensamiento. Profesor de energía, como le definí hace mucho. Conoce bien sus límites y jamás se sale de ellos. Esta cuestión de los límites es la que le convierte a uno en estatua. Camilo José Cela tenía una empresa en la vida: ser Camilo José Cela. Lo es y parece que lo va a seguir siendo muchos años. Si todos estuviésemos tan centrados en el Yo no andaríamos por ahí pegando pingaletas. Camilo ha sido para mí un maestro remoto y ahora es un amigo inmediato. Vivimos ya a diez minutos de coche uno de otro y eso, aunque nos veamos poco, me alegra y conforta. La luz de la casa, cuando nos despide en la puerta, le recorta gigante, fuerte, geométrico, ancho. Conozco sus debilidades, pero todavía me fascinan sus potencias.

Miércoles 10

La cultura de la imagen nos está haciendo perder el gusto por la figura. La imagen masiva —televisión y grandes revistas— no tiene otra fuerza que la unanimidad ni otra poesía que la fugacidad. La imagen multitudinaria, que no existiría sin el cine y todo lo posterior, ha acabado con la civilización de la figura. La figura siempre es significativa y la imagen sólo es repetitiva.

La imagen es la televisión y la figura es el dibujo. Hoy, la mayoría de los pintores no saben dibujar y se han entregado a las multitudes del color, como los grandes abstractos y expresionistas americanos: Pollock, Motherwell, etc. En ellos está la estética del siglo xx, pero también la brutalidad del siglo xx. Volver al dibujo sería volver al enigma de la imagen, que siempre es cifra de algo, como en Ingres. Todo desnudo de mujer es dibujo y todo dibujo es laberinto que debemos recorrer. Hoy, el dibujo también lo han corrompido con el desnudo masivo de las playas. Ver mil mujeres

desnudas es no ver ninguna.

La misma frecuencia y accesibilidad del desnudo hace que ya no veamos el dibujo en que vive clausurada toda mujer, o la serie cinética de dibujos que va produciendo su cuerpo a medida que ella camina, baila o se tiende. El hombre se ha acostumbrado a ver a la mujer desnuda, a la mujer desconocida, quiero decir, y esta costumbre le quita conocimiento. Dibujar las cosas, siquiera sea mentalmente, es entenderlas.

La imagen fugaz, múltiple, violenta de nuestro tiempo ha agotado la sensibilidad del espectador para la figura. Figura es el número, la letra, el seno, la flor, el diseño del gato. La figura es inteligencia y la imagen (queda claro a qué imagen me refiero) es periodismo, información, propaganda.

De muy joven quise ser dibujante. Siempre me ha fascinado la línea. Veo muy bien el dibujo de las cosas y a veces descifro el sentido de las figuras. Pero el turbión de las imágenes ha anulado en mí aquellos talentos incipientes, si es que lo eran. Salgo a la calle y vivo inmerso en el mundo de la imagen, más informado que enterado. Me quedo en casa, en soledad, me recluyo, y lentamente va renaciendo ante mí, en silencio, el reino de las figuras, el perfil de un mueble, de un libro, de un animal, de una hoja, el dibujo, incluso, de mis manos cuando trabajo, cuando escribo. Imagen y figura son ya conceptos contrapuestos, aunque la gente crea que son lo mismo. Este diario no quiere evitar el tornado luminoso de las imágenes, porque un diario tiene compromiso de actualidad, pero procuro aliviarlo con la frecuencia de las figuras: el retrato de un hombre, de una mujer, de un árbol del jardín. Sólo se salva uno, hoy, de ser multitud perdiendo el tiempo en descifrar figuras. Que mi libro se cargue como una barcaza con la mercadería actualísima de las imágenes, pero que mi libro se ilustre como un códice con los apartes dibujados (aquel dibujante juvenil, hoy dibujante literario) de las figuras.

Viernes 12

Abandonando toda otra lectura (dos o tres libros abiertos), me entrego a los diarios de Azaña, esos cuadernos robados que la hija de Franco ha entregado a la ministra de Cultura y que ya están en la calle como un solo volumen que viene a completar todo lo que teníamos de don Manuel.

Imagino que el libro se está vendiendo mucho y todo el mundo alude a él como «memorias», lo que me confirma en mi teoría de que el destino de todo diario íntimo es convertirse en memorial público. Lo que hoy es actualidad mañana es memoria. El diario íntimo es el cuerpo a cuerpo del escritor con su tiempo, pero luego todo eso se reposa y depura en memoria, en Historia.

Estos cuadernos corresponden a los años 1932 y 1933, es decir, al tiempo alto de la República. Azaña escribe casi a diario y pasa de la anotación política —la sanjurjada— a la nota de color y paisaje, el esbozo psicológico de un personaje, la burla de una situación o una entrevista con generales o curas, que él narra con una ironía fina y seca, fugazmente cruel. Aquí está todo Azaña para quienes le conocemos y lo hemos leído entero. Es el mayor político que ha tenido España en este siglo. Frío, fino, fuerte (aunque la derecha le dejase por cobarde y flojo). Literario, austero, erguido, con un dandismo de hombre feo y algo de príncipe de las clases medias.

La derecha le llamaba «pasantillo» y resentido. Pues claro que tenía el alto resentimiento de España.

Azaña o el resentimiento ilustrado, diría yo. El largo y culto resentimiento de esas clases medias que a este país se lo han dado todo. Aquí la aristocracia no da nada, porque es montuna, y el proletariado tampoco, porque ha sido mantenido en el gremialismo o la agricultura salvaje. Aquí todo lo han dado las clases medias, de la ciencia a los nacionalismos, del pensamiento a la mejor política.

La República «burguesa» de Azaña uno diría que es el partido natural de España, de modo que este hombre está incrustado en nuestra historia como la pepita de oro en la tierra. Su republicanismo se iba hacia la izquierda, que es lo bueno, pero no le dejaron

unos ni otros. Azaña es el paso del hidalgo español al dandy francés. En Francia aprende ciencia militar y galantería europea. En las verbenas madrileñas y en La Bombi era «el señorito Manolo», que iba por allí a meter mano a las criadas, enamorado del percal dominical del pueblo. Ya en el trono circular de la República, su viejo amigo ateneísta es Valle-Inclán y no ningún otro, pues Azaña sabe el talento de Valle, le deslumbra su prosa y hasta le da algún cargo más estético que otra cosa, para que no se muera de hambre. Puede que Azaña sea el ministro que sale en *Luces de bohemia*, añorante de sus años jóvenes y golfos, y que ayuda a Max/Valle, le «corrompe» con unas monedas y al final se hace un gorro de papel con el periódico de la noche y se queda dormido, momento muy del sueño fácil y ligero de Azaña, que trabajó siempre mucho y fuerte.

La inteligencia de Azaña es la de un ángel caído, su sentido crítico le lleva a burlarse, al menos en el diario, de unos y de otros. Se sabe muy superior a toda la clase política —y a los militares, por supuesto—, de modo que este clariver le quita ganas, pues cuando los otros están penosamente de ida él ya está ligero y de vuelta. Tiene que arrastrar el fardo republicano, lleno de torpes, como siempre lo está la política, ser más general que los generales y más presidente que los presidentes.

Cuando todo esto le llena de adumbración, huye de la corte y sus figureros, hacia Cremos o el Guadarrama, con su mujer o algún amigo, para mirar y escribir la España de piedra y cielo:

*Ya habrá cigüeñas al sol,
mirando la tarde roja
entre Moncayo y Urbión.*

Este fuerte apunte de Antonio Machado resume bien toda la prosa paisajística de Azaña, con quien tan mal quedan los literatos e intelectuales. Unamuno dice que es un escritor sin lectores, capaz de hacer una guerra por conseguirlos. De la cobardía a la homosexualidad, se le atribuyen cosas. Todo Madrid, menos los intelectuales, se vuelca con Azaña después de la sanjurjada. Pero don Manuel los va fusilando uno por uno: «Azorín no coordina, no hila dos ideas.» «Una cosa es pensar y otra tener ocurrencias: Ortega tiene ocurrencias.» Etc. Tenía el mal de la genialidad, o la genialidad para el mal. Su pasión por la República es más mental que corazonal. Ama la racionalidad republicana.

Él no puede evitar ver a los hombres al trasluz y aquilatar, con su mirada de gordo miope, la mentira, la traición o la torpidez de cada uno. Durante los años de mando hace mucha vida social, casi popular, de los frontones a las embajadas, sin miedo al atentado que se emboza de esquinas: él, el *cobarde* que decía la prensa. Está casado con una de las morenas más guapas de Madrid, doña Lolita. Escribe como un clásico depurado por la actualidad y su «jardín de los frailes» —gran novela de iniciación— le tira una y otra vez hacia El Escorial, en tardes de fatiga política y arranque lírico.

Es el madrileño gordo que se sienta en Las Rozas a tomarse una sangría mientras fulge agosto como un inmenso oeste. Todos se portaron mal con él y él no quiso nunca a ninguno. Un amigo, una mujer, una vocación, o quizá dos, el poder y la literatura. A los catalanes los comprende, los admira y desconcierta. Cuando toda España quiere fusilar a Sanjurjo, Azaña se niega a brindar un mártir a la derecha. Le visitan unos generales indignados porque les ha quitado unas borlas del fajín.

«Les he devuelto las borlas y se van tan contentos», anota.

Sábado 13

Me levanto temprano para escribir. Sol y nieve en el jardín. El columnismo es el cuerpo a cuerpo del escritor con la actualidad. Del escritor con el tiempo. El tiempo hay que cogerlo vivo y coleante, muy de mañana, como el pescado.

Decía Borges que todo amanecer nos promete un principio. Nos lo promete, pero nada más. En realidad, parece que empieza el mundo pero no empieza nada. ¿No empieza

nada? No nos dejemos llevar por nuestro escepticismo de hombres que le han dado la vuelta al tiempo. Empieza lo evidente: un día, un sol, una luz, un clima, un impulso nuevo o renovado de la sangre, un nuevo sendero por donde marcha hoy la imaginación, sin que sepamos por qué. Sigue siendo verdad que el mundo principia cada mañana. Vivimos de principios. Quisiéramos para nuestra vida la continuidad armoniosa de un libro logrado o una música total. Pero qué difícil el salto de hoy a mañana (JRJ). El animal se alía mejor con el tiempo y el tiempo le acompaña cuando duerme. Nosotros dormimos mal, dormimos contra el tiempo. Sólo tengo que observar el sueño larguísimo y profundo de mi gata para comprender que el hombre es una especie atormentada. Nuestro conflicto con el tiempo se manifiesta en el despertar nocturno cuando el orbe gira sin nosotros. El primitivo temía la noche y nosotros la seguimos temiendo (de ahí, quizá, más que del sexo, los emparejamientos nocturnos). Azorín escribía al alba y la primera virtud de su prosa, la más evidente, la innegable para quienes a veces le negamos, es ese relente de madrugada que tiene toda página azoriniana, esa nitidez de cada letra y de cada cosa. Hay una plata reciente y matinal en su página, que no sabemos por qué nos sujeta, sin interesarnos demasiado. Y nos sujeta por eso.

Cela acostumbra a mirar lo primero el color de la mañana, que nunca es el mismo. A mí el color de las mañanas me influye mucho, y en un día frío de sol, como este sábado, me parece que voy a escribir mejor. Vivimos de principios, sí, y hay que aprovechar el principio del sábado, el principio del mundo, la primera mañana de la creación, para hacer una columna viva, con las palabras como calderilla recién acuñada, con las ideas nuevas, porque durante el sueño se cambia mucho de idea y de ideas. Generalmente nos despertamos siendo el enemigo del que éramos ayer. A uno, esto le parece bien porque evita las repeticiones, las insistencias, las manías. El principio de un amor, el principio de una lectura (el periódico), el principio de una amistad, el principio de una obra propia o ajena son siempre lo mejor.

No creo en los escritores que empiezan premiosamente con descripciones geológicas. El principio de una novela tiene que ser el arranque de una sinfonía, aunque luego no haya sinfonía. El principio de un amor es todo descubrimiento. Hay amor cuando se empiezan a descubrir las cosas —siquiera el nombre— todos los días. Cuando en el amor ya todo se hace previsible quizá vivimos más tranquilos, pero ya no hay amor.

Leo la prensa, repaso la última página leída anoche en el libro abierto (Azaña, como creo que explicaba ayer). Al final de la mañana, o antes, he terminado mi escritura. «Ya estoy escrito.» Si lo que he hecho son artículos, éstos vuelan a su actualidad porque el artículo no se nutre de la actualidad sino que la crea. Una de las cosas fascinantes del columnismo es que me da el poder —como a todo verdadero profesional de este género— de crear actualidad, la que yo quiera: un libro, una actriz, un político, una ciudad, un nombre del pasado o del futuro. Con una columna oportuna ponemos «en valor», como se dice ahora, aquello que misteriosamente ha ascendido a la superficie interior, o a las altas ruedas del mecanismo mental/emocional con que se escribe. Yo puedo crear la actualidad de mañana y de la mañana. Esto se siente muy vivo cuando se madruga, y es poder.

Después, los teléfonos, las correspondencias, la tediosa burocracia de la que no se libra ni el escritor. Si he escrito varias páginas de un nuevo libro, seguro que volveré a ellas durante todo el día, varias veces, temiendo encontrar unos folios en blanco o una escritura absurda, desechable. Es el terror al propio libro. Un peligro que puede paralizar a un escritor. De joven, eso me hizo sufrir mucho. Ahora no es que esté más seguro, sino que me importa menos, aunque esto suene un poco cínico cuando es puro altruismo.

El resto del día, almuerzos, lecturas, fiestas, viajes cortos en coche, señoritas, taxis, asuntos literarios, amigos, ascensores, literatura, hoteles, estrenos, la novela de la

ciudad que nunca sabremos a qué género de novela pertenece. Pero Madrid, para mí, es un género literario.

Mejor, casi, quedarse en el pueblo, ver mucho cielo, respirar el aire quebrado del invierno, la pureza frágil del mundo, el perfume quieto de los árboles, rehenes de la escarcha. Pero estamos ya muy lejos del principio. Cenamos pescado podrido. El gran pez del día se va descomponiendo. Prolongamos la comedia diurna más adentro de la noche, mediante conversaciones o lecturas, pero es mejor irse a la cama, dormir (doce erecciones nocturnas e inadvertidas, según los médicos, doce rebeldías contra el sueño), madrugar mucho mañana para aprovechar el principio prodigioso del día, de la biografía, de las cosas. La mañana —ésta— se redondea como una vasija en el alfar. Vivimos de principios, somos menesterosos de principios, de orígenes, de amaneceres, de deslumbrantes comienzos. Somos unos primitivos con ordenador.

Domingo 14

Fernando Fernán-Gómez, en su tercera de *ABC*, hablando del «gozo de escribir» (que considera muy raro o infrecuente), me cita hoy como «un soberbio ejemplar de esos escritores gozosos».

Fernando es, a su vez, de esos raros amigos que le estudian a uno, aparte de estimarle. Porque hay amigos que nos estiman aún más o mujeres que hasta nos quieren, pero no tienen idea de cómo somos. Dice Robert Bresson, en su gran libro breve sobre el cine (y sobre todas las cosas), que dos amantes que se miran a los ojos no ven sus ojos «sino sus miradas». De ahí que muchas veces no sepamos decir el color de los ojos de la mujer que amamos. Yo observo que Fernando me observa y ahora ha llegado a la conclusión —o ahora lo escribe— de que soy un escritor gozoso.

¿Realmente lo soy?

Bueno, empecemos por aclarar lo obvio: un escritor que goza escribiendo —lejos de sufrir, como tantos— no tiene nada que ver con un escritor feliz (o puede no tener nada que ver). Nos referimos aquí, Fernando y yo, al profesional o creador en alguna de las artes conocidas que disfruta ejerciendo su oficio. Tampoco esto tiene que ver con la vanidad del creador ni con el dinero que gana. Se refiere —nos referimos, porque estoy en todo de acuerdo con él— al creador, artista o pensador que disfruta la manualidad del hacer, el contacto de la pintura, el instrumento de música, la pluma y el papel, incluso el ordenador, etc. O el gozo del actor (independiente del gozo o dolor del personaje), ejemplo que no podía faltar tratándose de Fernando.

Insisto: ¿realmente soy yo un escritor gozoso, cuando este hombre de fama legendaria me pone como ejemplo casi único de tal, añadiéndose en cierto modo él mismo? Más que un escritor gozoso creo que soy un escritor doloroso que se cura escribiendo. El ser gozoso o desgraciado en el trabajo, como una parturienta, no quiere decir que uno sea mejor o peor en los resultados, sino que pertenece a una raza o variante especial de la literatura.

De muy pequeño, fijo ya en la idea de escribir, no me importaban las eternas desgracias de la infancia o del hogar o del colegio: paseaba solitario por un parque, escribiendo mentalmente algo que me parecía bueno, un poema, una greguería, un arranque de novela o cuento, y sentía cómo me iba llenando de una seguridad, un optimismo, una euforia plena y total. El mundo desaparecía con sus adumbraciones y durante bastante tiempo yo me encontraba fuerte. Estaba haciendo una terapia propia o muy común, pero no lo sabía. Quizá ya he dicho en este libro que no creo en la escritura como cura de nada, en la escritura con finalidad clínica, pero lo que cuento ahora no supone una contradicción, pues, como ha quedado probado incluso con exceso, la escritura era mi oficio natural y en aquel parque yo no hacía sino reencontrarme con el yo, lo cual siempre es bueno y gratificante. Nada como en casa. La satisfacción de lo logrado (bueno o malo, no sé, y en seguida lo olvidaba) me infundía confianza en mí mismo, poder. Yo tenía una arma contra el mundo, una fuerza,

como sin duda lo es la escritura en todas sus modalidades. Yo tenía la escritura como una panoplia de palabras. Yo ya sabía quién era, o no lo sabía ni lo sé, pero estaba seguro de que era escritor o lo iba a ser.

Se comprende que esta «terapia» me haya funcionado toda la vida. Escribir me calma los nervios, me aclara la cabeza, me enseña muchas cosas que yo no creía saber sobre el tema que estoy tratando, espontáneo o dictado por la actualidad o la Historia. Pero vengamos con Fernando a la pura manualidad. Siempre me fue dificultoso escribir a mano. Siempre, en cambio, me fue casi lujurioso trabajar con la máquina de escribir (he reventado muchas). La mera manualidad del tecleo, sí, me pone en forma física y mentalmente. A la mala literatura, Truman Capote la llamaba «mecnografía». Bien, pues yo creo incluso en la mecnografía como gimnasia, como actividad saludable del cerebro, como ordenación del mundo mediante el alfabeto, pues que la mecnografía o el manuscrito no son sino un tanteo a las posibilidades infinitas del lenguaje, un cuerpo a cuerpo con el idioma.

Después de más de medio siglo de producir cosas a máquina, la mecnografía me rejuvenece y la corriente del idioma fluye a través de mí con toda su grandeza, gracia, suavidad, energía, urgencia o deliciosa demora. El sonido de cada letra, la cadencia de un párrafo, el asomar de una idea, como una ardilla coqueta en ese bosque de los idiomas: todo eso es mi mayor felicidad mental y corporal, hoy como ayer.

Se ha dicho mucho que soy un escritor fecundo, pero sólo Fernando ha dicho o visto que soy un escritor gozoso, pues que a más de la gozosa manualidad está el ejercicio de la inteligencia, poca o mucha, y, lo que es más importante en mí, el vuelo de la imaginación, que es siempre imaginación verbal, al menos en parte: un argumento no es verbal y también me divierte mucho urdirlo. El mito del escritor que sufre el parto de cada página a mí me parece una cosa romántica, pedante o equivocada. Si alguien sufre escribiendo, que lo deje. Escribir tiene que ser un placer gimnástico de la mente, porque eso, esa «gozosidad» la nota luego el lector y participa de ella. Por el contrario, lo que está escrito a encontronazos suena luego descalabrante y es incómodo de leer.

La poesía se mide y se rima no por nada sino porque es la forma más lujuriosa de la escritura. No importa que el tema sea fúnebre: las *Coplas* de Manrique. La suntuosidad del verso traiciona el sentimiento, es cierto, pero así he podido yo escribir libros como *Mortal y rosa*. De modo que el gozo de escribir no hay que confundirlo con el gozo del tema, porque a veces el tema es duro o siniestro o muy doloroso, pero la prosa o el verso en que lo vamos haciendo soluble es como un bálsamo que no arregla nada, salvo que le arregla a uno por dentro. Aparte mis escritores preferidos y reincididos, casi todo lo que leo está escrito con esfuerzo, con malestar, con desgana, y eso se nota mucho en una novela, en un poema, en todo.

Para el pianista no hay mayor placer —ni una mujer ni una droga— que tocar el piano. Las aguas fluyentes del piano son las aguas fluyentes de la prosa. Si a un pianista no le toleraríamos torpezas, tropiezos, dificultades, brusquedades, ¿por qué hemos de tolerárselas a un novelista —y no digamos a un poeta—, aunque los críticos insistan en que es bueno?

A veces hay que disculparse o avergonzarse de ser un escritor «fácil» (pero quizá difícil y original pensando), porque he advertido que la gente perdona menos la facilidad que el talento. Y no perdonan la facilidad porque a ellos les cuesta mucho. Son escritores a propósito, nada más. Incluso utilizan la facilidad y el gozo de uno como argumento contra la calidad de uno. Pero aquí entramos en los mecanismos del resentimiento. Con o sin aprendizaje, hay que alcanzar la facilidad y el gozo incluso para comunicar dolor. Sin eso no hay arte, no hay literatura. Algunos románticos y malditos utilizaron las drogas y el alcohol para llegar, no a la «inspiración», como dice el tópico, sino a la facilidad. Porque el sueño secreto del escritor es la facilidad/felicidad que Fernando resume en «gozo».

Lunes 15

Llama Inés desde el móvil. Conduce y comunica al mismo tiempo. Creo que la alegría de oírla me ha iluminado la voz. Ya sabe ella que me alegra si me llama. Hacemos planes para estas Navidades. Me gusta imaginarla sola en la carretera, conduciendo con una mano y sujetando el móvil con la otra. Veo como en una película su perfil de diosa veneciana (que no sé lo que es) cruzando el paisaje.

—Voy a Aravaca.

—De modo que vienes hacia acá...

—Sí, pero me paro antes.

He estado a punto de pedirle que haga unos kilómetros más y se venga a casa, pero soy muy tímido con Inés. Luego me he quedado con la duda, todo el día, de si habría aceptado la invitación. A lo mejor le ha parecido mal que no la invitase. Cuando uno se mete solo en estos líos mentales es que debe de andar como un poco enamorado. Me invita a pasar la Nochevieja en su finca de Toledo. También irán los Cela.

—Pero con noche incluida —le digo.

Me asusta el regreso a Madrid de madrugada, por carreteras dudosas, en esa fecha beoda del primero de año.

—Yo doy cama, Paco.

—Es igual. Aunque sea debajo de un olivo. Con una manta y un olivo yo me arreglo.

Pero ella ríe poco con estas cosas, aunque sé que las reconoce como mías. Prefiere insistir en su hospitalidad. Una vez, en casa de Stampa, en Chinchón, me propuso cenar con el presidente Aznar.

—A mí, como periodista, no deja de interesarme conocer personalmente al presidente. Sólo le saludé una vez en las Cortes, cuando él no era nada. Pero no creas que a mi edad, Inés, voy a cambiar de camisa por una cena con el presidente.

Hace poco me lo repitió en casa de Sisita, casi como una conspiración:

—Que ya está arreglado lo de Aznar, Paco.

Esto en su tono más tenue.

Me quedo pensando, hoy, si en la amistad que me tiene Inés entra un mucho por ciento de interés político. ¿Y para qué querría ella hacerme a mí de derechas, cosa que por otra parte sabe imposible? Intereses inmediatos no veo. ¿Será por el placer de tenerme en su bando? Eso ya sería casi amor. ¿O quizá queda uno tan *derechona* que alguien puede pensar en convertirme con una sonrisa adorable y un almuerzo o una cena?

Pero sé por experiencia, y por la literatura, que las mujeres, además de la cosa que buscan —¿qué cosa?—, siempre buscan otra cosa. Una vez me lo decía Luis Berlanga, con su enorme sabiduría de la vida:

—A las mujeres no les gusta la cama, Umbral.

Era yo todavía joven y no pude entenderle. Hoy comprendo de sobra que, si bien no es que repudien la cama, les atrae mucho más todo lo que hay en torno a la cama: conspiraciones, enredos, confidencias, planes, recuerdos, astucias, cosas. Pero prefiero no pensar en nada y quedarme con la dulce llamada de Inés. Inés ha terminado la conversación preguntándome cuándo voy a dar mi conferencia en Toledo, porque un día le conté que me han invitado a hablar en un instituto toledano, y todo lo toledano tiene para mí cierta magia últimamente.

—Bueno, ya, después de Navidades, cuando los chicos vuelvan a clase.

Pero me alegra que se acuerde. Me prometió estar ese día en Toledo.

Recibo un cuadro de Úrculo, cariñosamente dedicado. Es una de sus cosas más eróticas. Una mujer en cuclillas con un pie entre las nalgas, masturbándose con el talón (zapato de gran alzada, que es la nota cosmopolita y perversa de Úrculo). Recuerdo haber leído que las prisioneras maniatadas y jóvenes, ahora o siempre, se masturban con los talones. Esta imagen me excitó mucho en su día. Úrculo, consciente del oscuro erotismo del tema, ha *ensuciado* un poco el dibujo, digamos, en contraste con sus

desnudos matinales. Y me lo envía a mí, sabedor de que uno entiende esas claves. Qué mala fama voy a dejar un día, entre mi pobre fama.

La mujer disfrutando de sí misma, o de otra, siempre nos ha inquietado/deleitado a los «muy machos». Un homosexual literario me acusaba una vez de rechazar la homosexualidad masculina y deleitarme con escenas de lesbianismo. Pues claro, hombre, de eso se trata. La mujer siempre y más. Úrculo ha acertado plenamente. El insondable erotismo femenino es una cosa vertiginosa para el hombre. Hasta cuando ellas llaman por el móvil desde la carretera.

Martes 16

Días oscuros, lóbregos, con el oso polar de la nieve rondando en los ventisqueros de diciembre. Aquí donde vivo, a la vista de la sierra, el invierno parece gravitar sobre nosotros como un ogro antiguo, eterno, de gañido largo y profundo, como el del viento. ¿Por qué nos acongoja tanto el clima? No es, desde luego, por los peligros de accidente o enfermedad, tan evidentes. Es como si el tiempo/clima expresase el tiempo/existencia. Donde sopla y aúlla algo es dentro de nosotros mismos.

¿No será el meteoro la única forma de manifestarse que tiene el tiempo, el Tiempo, metafísico o existencial? Hay un profundo hallazgo semántico en la utilización de una misma palabra para el clima y para nuestra biografía. El mal tiempo es algo así como una rebelión en el yo biográfico.

El mal tiempo trae una angustia que es más interior que meteorológica. El buen tiempo, los veranos que tanto amo, traen una edad de oro a nuestra edad. «Lentos veranos de la infancia, horas tendidas como playas.» El estío expresa el don de la vida, en el estío se hace espeso y lento el paso de nuestra vida, de nuestra sangre, de nuestro tiempo interior y personal. Ahora, en invierno, la menesterosidad del vivir es mucho más que un accidente de carretera. Quizá no exista el tiempo, sino sólo el clima.

Nuestro tiempo íntimo está hecho de exterioridades.

Somos criaturas meteorológicas. Tenemos alma porque cambia el tiempo. Tenemos tiempo porque cambia el clima. No hay mejor manera de expresar el tiempo de uno que hablar del tiempo que hace. El pueblo habla mucho del tiempo, en función de los campos o las cosechas, pero también en la ciudad, quizá por inercia del agricultor salvaje que fuimos. Del tiempo hablan los labradores y los filósofos. Parece que están hablando de tiempos distintos, pero hablan del mismo tiempo. No hay otro.

De modo que los adumbramientos de la montaña quizá no están en la montaña, sino en mí. Los poetas han jugado mucho con los dos tiempos, el verano/pasión, por ejemplo, y la vejez/invierno. Creían que estaban metaforizando, pero hablaban en realidad de un solo y mismo tiempo, que es «el tiempo que tenemos», como dice la gente.

Con este tiempo hago vida de oso polar, de oso gramático, por decirlo casi como Octavio Paz. No hay vejez, sino vejeces. Envejecemos para siempre todos los inviernos y resucitamos al verano siguiente, o en la primavera, Lázaros sin milagro. La vida social se recrudece en invierno. Es una manera de luchar contra el «mal tiempo». Es, en realidad, una manera de darle tiempo al tiempo. Me conmueve la mundanidad temporal de esta vida social de invierno. Qué esfuerzo común, elegante y llevado con sonrisa, por hacer como que el tiempo/clima es una cosa exterior que nada tiene que ver con nuestro tiempo.

Me disculpo de una cita por el mal tiempo.

—¿Y qué más da eso del tiempo?

Lo dicen como si tuviéramos otro tiempo.

—El tiempo no importa, señor Umbral.

—Es lo único que importa, hija.

El tiempo metafísico sólo se hace visible en el clima. El tiempo existencial (en el que creo más que en el metafísico) no es otra cosa que clima. Nosotros mismos no somos

mucho más que el tiempo que hace. Claro que cada hombre genera su *clima*. El mío, hoy, es este que queda explicado. O inexplicable.

Los pueblos primitivos y los agricultores hablan de un tiempo único, existencia y clima. Nosotros somos esquizoides porque vivimos simultáneamente dos tiempos: el clima y la existencia, cuando en realidad son el mismo. Tiempos sólo heterogéneos por la dualidad de nuestra conciencia.

Viernes 19

Varios días en casa, con faringitis y febrícula, que es lo mío. La calle, por otra parte, me parece hostil de lluvia y frío. Madrid debe de estar viviendo su más glorioso caos. Pero hoy tenía yo que presentar en Bellas Artes un libro de Antonio Colinas, al que estimo mucho como amigo y como poeta. Escribo dos folios para enviarlos por fax y que los lea alguien. Cuando se los doy a María, mi mujer, para que los pase, me dice:

—Deja, que iré a leerlos yo.

De María no hablo mucho aquí por no caer en el diario doméstico, que es otro de los peligros del género. Su propuesta me ha sorprendido y creo que agradado. Hace un año, en un homenaje al doctor Portera en el Casino de Madrid, yo estaba enfermo como ahora y con lo mismo, que es lo único que me puede retener en casa. Le había hecho un soneto a Portera y no sé cómo fue la cosa que acabó leyéndolo ella en el Casino. Gustó mucho su lectura, incluso a Carlos Bousoño, y supongo que este éxito de entonces es lo que irreflexivamente la ha animado a repetir. Le advierto que ahora no se trata de cogerle la musiquilla a un soneto, sino de leer dos folios casi ensayísticos. Pero ella se pone a lavarse la cabeza, lo que es señal segura de que está decidida. Hemos comunicado este cambio a Colinas y los organizadores. Están todos encantados y les parece una solución «muy elegante». María es tímida en general, con esos arranques inesperados de los tímidos, y rehúye todo exhibicionismo, para el que no se cree dotada. Por eso su decisión es así como sensacional. Ni siquiera recuerda a Colinas. Después del almuerzo ensayamos la lectura. Le digo que se queda, como el rey al principio, por debajo del texto.

—Lees como una niña ante la maestra. Prueba a leer como la maestra ante las niñas. Con autoridad.

Y la segunda lectura ya es mejor. Luego le explico algo sobre los contenidos. Le coge afición al tema. Pero el fracaso de la primera lectura la ha hecho dudar.

—Lo mejor es que vayas tú. No te va a pasar nada. Te arreglas y vamos.

Le doy a entender que no voy a ir, que no estoy mejor y que lo hemos solucionado muy bien con su «segundo debut». Así es ella: abandona a la primera dificultad, como la mona de la fábula. Lo que le he dado es una lección completa de cómo se lee un texto ante un auditorio. No hago sino aplicar mis propias normas. Autoridad, seguridad, pero no demasiada, para relajar los nervios y relajar a la gente. Estar siempre por encima del texto. Y por encima del auditorio. Los auditorios son masoquistas. Hay que fustigarlos con las palabras, y luego una broma para que solacen un poco, como tirando caramelos. María ha hecho una siesta breve (sospecho que no ha dormido nada) y se ha ido muy temprano, bien arreglada de tarde, a leer sus dos folios (ya son suyos) en Madrid. Naturalmente, la recibirán mucho mejor que a mí, que ya debo de tener un poco cansada a la gente con tanto protagonismo. Cuando vuelva, y según haya resultado la cosa, terminaré aquí este cuento real. Le digo que si la invitan a cenar, acepte. No sé. En cualquier caso, si se lo hubiera pedido yo (que nunca me habría atrevido), me hubiera mandado a paseo. Así son ellas.

Son las ocho y estará empezando a leer. La lección que he tenido que darle me lleva a reflexionar sobre el arte de hablar o leer en público, que llevo medio siglo ejerciendo. Creo que ya lo domino bastante. Mi discurso más difícil y más logrado fue el del Príncipe de Asturias, hace un año. Buena voz, buen vocabulario, una ginebra o un valium (o ambas cosas) ayudan mucho.

Y un cierto desprecio por los oyentes, que han ido a verle a uno más que a escucharle, más que a entenderle.

Decía Romanones que para ser político basta con ser alto, tener buena voz y ser abogado. Yo no soy abogado. Quizá por eso no estoy en la política. Me conmueve, me gusta y me inquieta la decisión de María. Yo sé bien dónde es fuerte y dónde es débil. Podría programarla mucho mejor, si yo fuese un programador de mujeres. Pero he aprendido esta mañana una cosa que ya sabía: cuando una mujer se lava la cabeza es que por fin está dispuesta a todo. En este caso, sólo dispuesta a leer dos folios en público sobre un tema que no conoce demasiado.

(Conviene aclararlo, porque si luego lee esto a lo mejor lo rompe, por insinuante o avieso. No hay mejor sí que verlas lavarse la cabeza. Ya no es preciso insistir más. Aviso.)

Vuelve María. Todo ha ido bien.

—No sé por qué os ponéis tan nerviosos los escritores. Es facilísimo.

Domingo 21

Leopardi. En mis artículos más antiguos, en mi autohemeroteca se encuentran artículos sobre Leopardi. Fue el escritor quebrado entre el XVIII —la Razón— y el XIX, el Romanticismo, el irracionalismo.

Leo completo a Leopardi en estos días, en traducciones de Colinas. La Razón es el cáncer del XVIII, que llega de Leopardi hasta Voltaire. Sobre todo Voltaire. En Leopardi hay mucha obra muerta —la Razón—, mal de ese siglo pedante. Pero Leopardi es ya el primer romántico italiano del XIX y a veces escapa de la Razón hacia la «contemplación». Vemos desesperadamente cómo la *contemplación* —una apertura total al mundo por los cinco sentidos y más— sucumbe una y otra vez acosada por la Razón, ese tabú exquisito del XVIII. No sólo hay que gozar el mundo, sino explicarlo.

Me interesa este conflicto de Leopardi porque me interesa el conflicto intelectual del siglo XX: ¿razón o irracionalidad? La razón queda quebrantada en cuanto que renuncia a una de las vías de conocimiento más profundas del hombre: el irracionalismo. Tenía que venir el Romanticismo como una manera de corregir eso. Leopardi, entre dos siglos, tiene arranques románticos admirables, pero en seguida le coarta la Razón. Hay que dar razón de todo. Entender y explicar las emociones. Ahí se frustra el poema. Leopardi es una víctima estrangulada entre dos tiempos, hijo de la Enciclopedia y padre del irracionalismo. Nunca se entrega definitivamente a la *contemplación*, que es como él llamaba a la invasión de los sentidos por el mundo.

Esto es importante porque afecta a todos los artistas de nuestro tiempo. Este final del siglo XX sabe demasiado como para dejarse extasiar por los espejismos nítidos de la Razón, tan convencional (hay que escribirlo siempre con mayúscula). Todo el siglo XX ha sido una controversia entre la razón y la sinrazón, desde el fascismo hasta el comunismo, desde el arte abstracto hasta el arte convencional. El impulso naturalmente novedoso de los tiempos —de todos los tiempos— favorece el imperio de los sentidos, pero la herencia recibida, que toma el nombre de «sentido común», nos devuelve, más que a la Razón, a *lo razonable*, que es su excipiente burgués.

Así quedan como malditos, entre el Romanticismo y la modernidad, los artistas del irracionalismo, desde Baudelaire —tan lúcido— hasta el arte abstracto. Y quedan como hijos tardíos de la Razón enciclopédica, luego burguesa, los artistas académicos y convencionales. Hay muchos que se mueven entre lo uno y lo otro. Pero la conquista de la libertad incluye la libertad *fou*. Sin eso no hay libertad completa. En Francia lo entienden pronto. En la provinciana Italia de Leopardi tardan más en entenderlo, y de ahí la tragedia de nuestro héroe.

La Razón ha traído la ciencia y su preocupante derivado, la técnica. El irracionalismo se refugia en el rock, la juventud, el pop art, la improvisación y el arte y ensayo. La Razón progresista del XVIII la entendemos hoy como burguesa. La Razón está siempre

a favor de los bancos. Hay que ir contra ella. Leopardi lo intuyó, hizo lo que pudo, pero era débil y sucumbió en el trance. Por eso se merece hoy una prosa sencilla, trenzada de las flores oscuras de diciembre.

Lunes 22

Cada siglo ha tenido sus mecenas. El arte ha vivido siempre de la calderilla de los grandes. Antes eran los papas viciosillos y ahora los barones de la industria. Lo que los Thyssen vienen haciendo por la cultura artística en España —presente y pasado, modernidad y clasicismo— no tiene precedentes y es ejemplar por su programación, sistematización y cadencia expositiva. No sé si el arte es un negocio en el mundo, también el arte de los Thyssen, pero uno prefiere quienes negocian paseando la esbeltez por el mundo —*Las tres Gracias* de Canova— a quienes negocian paseando dictadores muertos o vivos. Juby Bustamante me abruma jubilosamente de información sobre esta obra maestra del XVIII, que ya ha sido considerada desde todas las perspectivas estéticas, y por eso yo, ahora, la voy a considerar desde la perspectiva erótica. Las tres señoritas son muy bellas, pero poco eréctiles. La de la derecha no tiene cuello y la de la izquierda tiene el lomo plano. La del centro es la más grácil, con sus pechos recientes, su dulce doblar la nuca y sus largos muslos, pero tiene los tobillos gordos. En cuanto al mensaje, puede que no sea sino un canto al lesbianismo. Ninguna de las tres sería contratada hoy para pasar modelos. No hay color con Naomi Campbell. Lo cual que nunca se han esculpido ni pintado las tres Gracias negras, cuando hay hasta un Orfeo negro. Eso me parece racismo o miedo a las comparaciones.

A mí cualquiera de las tres señoritas de Canova me serviría para pasar este invierno, pero observo cómo ha cambiado la moda erótica y, de acuerdo con ella, el cuerpo femenino. Me lo decía una vez el gran Fernando Fernán-Gómez: «Las mujeres llevan las tetas altas o bajas según la moda, Paco. ¿Cómo lo hacen?» Hablaba, por supuesto, de mujeres desnudas. En este *Triunfo de Venus* hay un apunte de modernidad, y es que todas tienen el seno breve. Pero buenas, lo que se dice buenas, demasiado buenas no están. Se aprecia más en ellas la sabiduría del artista que el morbo, ya que son unas señoritas deserotizadas, algo así como nuestras bisabuelas en bolas. Dejo el museo, salgo a la calle y la primera gachililla que pasa me motiva más, incluso estéticamente. Porque la belleza femenina requiere una condición última o primera: estar viva. Y el XVIII no sacaba gente viva.

Martes 23

Llama Inés a media tarde. Me ofrece pasar el 30 de diciembre en Toledo, o el 31, Nochevieja, asimismo en Toledo, en casa de unos amigos. Extraña propuesta, extraña disyuntiva, y extraña sobre todo teniendo en cuenta lo que me propuso en su anterior llamada, de la que aquí he dado cuenta. Inés, como algunas otras mujeres, tiene en la frente el Laberinto del Minotauro.

¿Soy yo el Minotauro?

Le digo que pensaré tan rara disyuntiva. Advierte mi extrañeza y me propone arreglarlo todo para el 31.

—Te advierto que a mí estos días no me gustan nada. En Nochebuena ceno en camisón y me voy a la cama.

Qué cosas dicen a veces las mujeres, sin saberlo. Qué imágenes nos brindan. Ella cenando en camisón, con la punta de hueso del hombro en adorable pico. Y sola a la cama. Algo así como un Zurbarán erótico. Inconcebible. Quedamos en que me vuelve a llamar con lo definitivo. Lo definitivo será, seguramente, que no nos veremos. Toledo, que está a una hora, me parece hoy inencontrable y mágico como el Toboso de Dulcinea.

Carmen Gurruchaga es una compañera del periódico. Alta, vasca, esbelta, separada con dos hijos, mandaba crónicas desde San Sebastián, su pueblo, sobre las

actividades de ETA. Andaba tan perseguida por ETA que Pedro se la trajo aquí, al periódico, a vivir en Madrid. Y es cuando nos encontrábamos en la redacción y me contaba horrores de esa guerra torpe del norte. Me gusta su belleza un poco dura, como de un hombre guapo que fuese una mujer. Yo me entiendo. Y sus manos fuertes, de hueso y urgencia, y sus vestidos amarillos y su voz.

Pero su tema es ETA y ahora ha descubierto a Otegi en Cuba. Anoche estaba en su casa de San Sebastián, ciudad de donde trae toda su información, cuando unas bombas de los violentos han estallado en el piso como una decisión urgente de matar a Carmen.

—Eran las dos de la mañana. Estaba en la cama, sin sueño, leyendo a Álvaro Cunqueiro, cuando pasó todo. Mi hijo el mayor, el de diecisiete, me ha abrazado y me ha dicho en vasco que esté tranquila.

(Ese momento sincerísimo en que el niño se vuelve padre de su madre, o esposo.)

Carmen buscaba en Cunqueiro, verso o prosa, la paz, la evasión, el rumor galaico de su palabra dulce, irónica, feliz. Una manera, sin duda, de aliviar terrores y coger el sueño. Ha podido ser la penúltima víctima de ETA. Me asombra la decisión total que las mujeres ponen sólo en los hijos y en la guerra. Carmen, vascongada, está luchando por la paz y la palabra de su país, como dijera el poeta vasco Blas de Otero.

Escribo columna sobre Carmen para mañana.

Alfonso Guerra presenta en un hotel madrileño su revista *Temas*, donde colaboro, y todo un proyecto socialista contra el neoliberalismo, que considera en crisis. Alfonso está como enlutado, viene siempre como del entierro de la democracia, aunque ante los periodistas procura superarse con su palabra fácil y agresiva. Alfonso es el verdadero líder de un posible socialismo no encastrado en Felipe González, sino más progresista que el de González, pero todos hacen como que se olvidan de él y andan buscando líderes absurdos sin ninguna voluntad de encontrarlos. Almunia no tiene voz de líder ni audacia ni ideas nuevas. Es un funcionario continuista, supongo que de buena voluntad, y lo digo así porque esto no es un diario político ni quiero que lo sea.

Alfonso está como adumbrado, un poco funeral, ya digo, con el humor amargo, porque su humor de antes, contra lo que parezca, era alegre y revolucionario (estoy hablando de la utopía cuatrocaminera de los ochenta). Salimos del hotel con el vago convencimiento de que todavía queda izquierda.

Jueves 25

Anoche estuve viendo y oyendo por televisión a Plácido Domingo, que cantaba villancicos en Viena. Domingo, con su cara de panadero y su gestualidad de cantante italiano, a mí no me ha gustado nunca. Eleva mucho la voz, pero eso es como el que levanta piedras: ejercicios físicos que jamás me han interesado. Con él había dos cantantes europeos (uno parecía una repetición de los Beatles o un *beatle* supernumerario) que trabajaban en el estilo bajo y suasorio que a mí me gusta.

Es lo que dijo Sinatra y que tanto he repetido, casi como lema personal: «Yo no vendo voz; vendo estilo.» Domingo no tiene estilo o tiene un estilo de camionero marchoso, como creo que ya apunté en este diario cuando el estreno de la ópera *Divinas palabras*, de Valle-Inclán. Las toneladas de voz de los españoles y los italianos no me conmueven, sino que me dañan el oído interno, y no digamos el cuchillo damasquinado de las sopranos o las tiples. En música soy anglosajón, desde Sinatra hasta las baladas vaqueras, o este *beatle* de anoche que cantó *Noche de amor* con una dulzura macho, íntima, como diciéndolo todo hacia dentro, como llenándose él de música, en vez de escupir su música a los espectadores, según el estilo de Plácido Domingo. Es, ya digo, un lema de toda mi vida y toda mi escritura. El estilo antes que la potencia y antes que toda cosa. Creo que en mi prosa esto es evidente. Yo, en el periódico, no voceo los acontecimientos, como los chicos voceaban antes los periódicos por la calle.

De cada columna, y de cada página de un libro, me gusta hacer una miniatura de estilo. He comprobado que hasta los crímenes más sangrientos pueden contarse estilísticamente en una novela, mía o de otro. El que pierde el estilo pierde los papeles, que es lo que le pasa al españolazo Plácido.

También en la vida es más importante la figura que el ímpetu, la línea que el brochazo de color bilis. Ya de chico me aficioné en el cine al estilo Sinatra, confidencial, ronco de intimidad. El cantante de anoche, el anti-Plácido, me trajo la emoción de aquellas Navidades blancas de la infancia, cuando yo, mientras lloraba en mi cama de enfermo, me pasé una noche encajando un poema de Juan Ramón Jiménez en la música de *Noche de amor* o de paz o como quieran ustedes traducirlo. Recuerdo el verso juanramoniano que más musicado quedaba:

Vagos ángeles malva...

Habría un ensayo que hacer (también huyo aquí del ensayismo, salvo rápidas concesiones) sobre la voz (la fuerza) y el estilo (la intimidad). La fuerza es exterioridad y el estilo es intimidad. Los tres tenores, que hoy están muy de moda, Pavarotti, Carreras y Domingo, me interesan poco por lo operísticos que son y por los gritos que pegan. La música es una confidencia o no es nada. Y las confidencias hay que hacerlas en voz baja. Algo así como decir poesía lírica.

Prefiero el dibujo de Leonardo a las moles de Miguel Angel. Prefiero y gusto el amor íntimo, la mujer de línea y sugerencia a la mulata en blanco de las atletas de la cama. Es curioso cómo los gustos de adolescencia insisten en nosotros toda la vida, aunque sé que hay gente que cambia. Sin duda es alguien más lábil que yo. A lo mejor estoy encerrado en unos gustos y afinidades que son mera reminiscencia.

Pero cuando una cosa me gusta, me gusta para toda la vida. Hay un modelo de mujer, parecido al que he esbozado poco más arriba, que es del que me vuelvo a enamorar siempre, y que llegó a ser algo así como la materialización de aquella Françoise Hardy que triunfaba en los sesenta.

Los franceses también han sabido cantar así, algunos, más los hombres que las mujeres. Soy pariente del violín y enemigo del wagneriano trombón. En el violín moscardonea el tiempo y en el trombón explota, estalla la música haciendo víctimas en los palcos, mujeres que caen muertas y blancas al patio de butacas. Veo más color en el blanco que en todos los colores. Veo más mujer en una delgada que en todas las gordas. Y hago este catálogo de preferencias porque no hay que avergonzarse de la propia subjetividad, aunque sea limitada. Todo menos andar por la vida con los gustos cambiados.

Domingo 28

Salgo al jardín, me siento junto a la piscina y dejo perder una mano en el agua. Ya es de noche. Estoy solo en la casa, solo en el jardín, solo en el mundo. Lunas de hielo y noches yertas me atraviesan la mano, me la cortan, y ahí queda, a merced del agua o de la nada. Soy solo como siempre quise serlo, desde niño, soy malignamente solo, porque el universo entero es convencional y ahora me siento ese ser de lejanías que tantas veces quise ser. Solo como un criminal o un ángel aplazado. Soy un vivo aplazado, las lejanías parten de mí y llegan como desprecio, soledad o indiferencia a los demás, a la ciudad, a los vacíos sucesivos que llamamos plenitud. Angel aplazado, nunca ya seré uno de ellos, uno más, sino que lo que tengo de angelical es lo que tengo de ausente. La propia ausencia siempre nos torna ángeles. El que falta siempre es el ángel.

Noche fina y fría de diciembre, alguna luz morada a lo lejos, que duda si ser estrella o ser farola. Hay hogueras de frío entre los árboles, a la luz de la luna. Está hermosa la noche de silencios. Por cada hombre que calla crece un astro, se inaugura un arbusto. Mi silencio es un silencio creador, no el silencio estéril de los que hablan a todas horas. Fiestas de silencio en el cielo. Asisto, ser de lejanías, a todo lo que he renunciado. No

sé si esto es una prosa sonámbula o un ejercicio de redacción después de muerto. Recojo mi mano helada del agua como quien recoge un guante impar, que no es de nadie, en la corriente del río, en la corriente del tiempo. Soy yo menos mi mano. El silencio se ha hecho tan profundo que suena casi histórico. Morir solo en una noche así, sin morir. ¿Por qué nuestro final no es desaparecer? Como un hueco de luz o de sombra. Angel aplazado que por fin se realiza no siendo. ¿Por qué, además de morir, ese almacén de la muerte, ese bulto del cuerpo, ese entrar en otra vida aún peor, *la otra vida*, ese acarreo de cuerpos, maletas, cajones, esqueletos y ramos yertos? O el escándalo casi teatral de la sangre. No tengo ganas ni fuerzas para morir, pero ahora mismo estaría dispuesto a desaparecer, a hacerme soluble, ser de lejanías, en la lejanía, en el grito del perro, en la dulce necedad de la luna, en el ruido mudo y helado del agua que golpea cemento como si golpease un cerebro. Ser todo yo, todo el cuerpo, el guante impar de nadie que se lleva el agua. Ser todo yo mi mano que se ha ido al fondo. Pero ya la tengo aquí, me la calzo como un guante y entro a escribir esto. El momento, el milagro ya ha pasado. El ángel sigue aplazado en mí.

Martes 30

Silencio hermético de Inés. Ya me he apuntado a otro guateque para mañana. Adiós a Toledo. No sé lo que ha pasado y creo que lo más elegante será ignorarlo. Después de casi un mes curándome la faringitis resulta que lo que tengo en la garganta son hongos, o sea, la *candida albicans*, que me es en cierto modo familiar, flora característica de la vagina.

Sé por experiencia que se trata de unos hongos banales y ya estoy en tratamiento. Prefiero esto al frío recurrente e innominado. De algún polen femenino vendrá la cosa, de modo que no me molesta nada. Pienso que estaría bien llamar a una mujer Candida Albicans. Queda atractivo como título de novela. La protagonista —Candida Albicans— sería una mujer internacional, cándida, pero albicans, o sea, de apellido bello y confuso. Yo la veo con pamelas y galgos en la portada de un libro.

La *candida* es una vieja amiga que me trae recuerdos de distintas mujeres, de veranos ambiguos, de amores orales. Casi me rejuvenecen estos hongos del bosque profundo de la caperucita sexual, de la blancanieves menstrual.

Pero, en cuanto a novelas, se me ha ocurrido una cosa mejor leyendo los cuadernos de Azaña. El libro se llamaría *La sanjurjada*, con algo de episodio nacional de Galdós. Lázaro Carreter dijo una vez que yo soy un antigaldosiano que escribe episodios nacionales. En torno a aquel golpe militar de 1932, con gran protagonismo de Azaña durante unos días en que la República fue él solo, el Madrid y la Europa de los años treinta.

La pareja protagonista podrían ser un periodista del *Heraldo de Madrid*, gran periódico izquierdista de la época, y la esposa adúltera de un coronel de Sanjurjo, enamorada del periodista. En círculos concéntricos, la Europa de las vanguardias y los primeros fascismos, viajes a Munich, Roma, Lisboa, Amsterdam, toda la Europa convulsa de la preguerra metaforizada en el «pequeño» incidente español. Me gustaría que la novela tuviese algo de las novelas de entonces, con mucha inquietud viajera, estética y política, y un cogollo madrileño y azañista: don Manuel sería el verdadero protagonista del libro. De modo que el «episodio nacional» haría de nudo central y vena loca que nos trae o nos lleva a una época crucial del mundo —el mundo es Europa—, de la historia y de la cultura.

A lo mejor cuando se publique este largo diario ya estoy trabajando en mi novela *La sanjurjada*. Llevo todo el día en bata, dándole vueltas al libro, no sé cómo se me ha ocurrido, y eso es bueno, aunque la lectura de Azaña es fundamental, claro. Entre hongos, cándidas, monilias, silencios telefónicos y llamadas rehuidas (no me pongo ni cuando llaman del periódico) llevo un día creativo y enfermo en el que he hecho dos

artículos y ahora trabajo en esto, más una letrilla navideña para una niña amiga. He dormido buena siesta, de modo que me acostaré tarde. He previsto lectura variada. La *candida* parece que ya no da fiebre. Casi la echo de menos. Si no salgo de casa, ¿qué fantasma de mujer me ha visitado, me ha acosado dulce y sexualmente?

Miércoles 31

Llega un momento en la vida del escritor (ese momento que algunos llaman plenitud) en el que uno se encuentra frente a frente con su escritura, con su oficio, con el vacío que hay entre el autor y su obra. El escritor es libre, puede escribir lo que quiera (puede no escribir, que sería lo más sensato), cualquier cosa le va a ser celebrada, al fin va a escribir sin sujeciones, sin temores, sin cálculos, sin el dinero o el éxito de otro mordiéndole los talones. Es lo que había soñado toda la vida. Y ocurre que no tiene nada que escribir.

Esto lo entiendo yo como el peligro de encararse al absoluto, a lo absoluto. Aquí te juegas la posteridad, el haber dicho siquiera una palabra necesaria o no haber hecho más que mecanografía. La cumbre no es el sitio ideal para escribir, sino para tirarse abajo y suicidarse como escritor. Y es que hay un error de origen en el plantear las cosas en términos absolutos. Un error y una falsedad. La inmensidad se diferencia de la amapola en que la inmensidad no existe. La eternidad se diferencia de hoy miércoles en que la eternidad no existe. Lo Absoluto no es más que una mayúscula. Lo absoluto no es sino su diversa y continua encarnación en las pequeñas cosas: la flor, el pez, el ave. Lo absoluto necesita encarnar continuamente en lo limitado para ser. Entre la brizna y la mariposa, si el absoluto no encarna en algo mínimo, el absoluto deja de existir, como si el horizonte dejase de respirar.

Los jóvenes y los pueblos viven de absolutos. El absoluto del filósofo es estéril. Sólo muy tarde, en la vida (o instintivamente algún poeta), se aprende a contar con lo pequeño, a contar lo pequeño. Se aprende que la trascendencia es sencillez: la flecha, la hoja. Oficio de escritor es contar cosas concretas, menudas, y contarlas por lo menudo. El pensador, el profesional de las abstracciones, quisiera de pronto ser novelista, o pintor, tratar con lo real, ir repasando el repertorio continuo y renovado del mundo. Newton añora la manzana de su descubrimiento. Hubiera dado su descubrimiento por la manzana. Por una manzana real, inmediata, perfumante, madura, comestible, única. Por eso decía al principio que el escritor, enfrentado en la madurez o la vejez a la posibilidad de lo absoluto, pasa de la consternación al retraimiento. Se retrae, sí, a sus pequeñas cosas, al menudeo del tiempo, a lo que ha pasado hoy en el día de su vida o en el día de su novela.

Un diario íntimo es una forma literaria de salvación frente al vértigo tentador de los absolutos, que claman en silencio y sólo dentro de nosotros. Comprobamos la fecha del día, escribimos la fecha del día y ya estamos salvados. Hemos conjurado la tentación de eternidad con una fecha cualquiera. Hay que escribir de lo que pasa hoy, y, mejor aún, de lo que nos pasa. En la novela, en cambio (ya hemos dado por olvidada y peligrosa la filosofía), el tiempo lo marca el novelista, no el calendario, y eso supone otra tentación de crear absolutos, tiempos o espacios ambiciosos y vanos.

Ayer mismo creo que he anunciado aquí un proyecto de novela. Y también explicaba que será una novela de época, los años treinta europeos, de Historia, la República española y los fascismos europeos. Tiempo, espacio y tema acotados, como los griegos. Novela política. El gran descubrimiento de Grecia fueron los límites. La ética de Sócrates no es sino un intento por limitar la conciencia caótica del hombre.

Contaba Eugenio d'Ors que al entrar en una catedral, un museo o cualquier otra gran fábrica, lo primero que hacía era cruzarlo de parte a parte hasta tocar la pared del fondo. Necesitaba conocer sus límites en ese momento, con lo cual ya quedaba tranquilo y podía entregarse al desvarío como el *flanneur* que era. Pero conociendo la geometría del lugar. Esta prosa mía no puede salirse del día de hoy. Esa novela que

digo no saldrá de un tiempo y un espacio vastos, pero limitados.

Miércoles 31

Final de un año. Esta satisfacción de lo concreto es un confort que sólo puede dar el dietario, el diario íntimo. Como si efectivamente fuese un dietario comercial. Soy libre de manuscibir la eternidad, pero sin salirme de este miércoles. Renuncio a mi momento wagneriano de sublimidades y me voy a cenar con unos amigos. Para, mañana u otro día, contarlo sencillamente. Sencillamente.

ENERO

Jueves 1

Cruz, la panameña, andaba triste estos días por las fechas que son, la patria lejana, la familia no vista y el sentimentalismo ambiente. Cruz la panameña tenía los ojos rojos de llorar, según ella, la cara blanca y el pisar quedo. Ha ido haciendo su hatillo, reuniendo sus cosas, ordenando las tres pequeñas habitaciones donde reina, más la cocina. Ha dejado en esa parte de la casa una soledad de máquina de coser muerta, de carta cerrada con llave, de cama nevada y armarios con ropa clara y violenta del eterno verano de su país.

La he visto irse bajo su paraguas verde, de cuadros, con su bulto de cosas, tras dar a su despedida un trascendentalismo que sólo ponía ella, porque los seres estamos lejos de los seres y para mí es casi una abstracción entender un drama mínimo que está ocurriendo o no ocurriendo al otro lado del mundo, confundido con el drama general del vivir. El dolor humano debe de ser muy poco importante cuando la distancia lo borra tan fácilmente. Somos sentimentales, sensibles y sensitivos hasta un radio de tres metros en torno a nosotros. Un poco más allá es la Patagonia. El dolor de Cruz la panameña, que lo tengo cerca todos los días, viene confundido con su alegría, su juventud, su actividad, su risa clara de unas mañanas de otro sitio. Tampoco es un dolor neto como para percibirlo y compartirlo bien (ella es hermética a su manera).

Y en cuanto a la raíz de su dolor, está, ya digo, al otro lado del mundo. Lo entiendo mejor periodísticamente, por las noticias, que directamente, por una víctima de aquello. Sus compatriotas son un bloque puro de dolor, a veces, en los periódicos. Ella y su dolor concreto son una aleación de cola rubia de yegua, pequeños secretos gozosos, huidas hacia Madrid, con su familia de aquí, como ahora, fiestas nocturnas que ignoro, en una América improvisada y breve de algún sótano, allá por Atocha o Cuatro Caminos.

Hacia allá se ha ido Cruz la panameña con su silencio que nos hace culpables, bajo la eterna lluvia de los pobres, porque el destierro es peor que la muerte, según los clásicos, y yo puedo entender a una criada a través de un clásico, pero cuando Cruz la panameña está en casa, viviendo como dentro de un televisor iluminado, coloreado y banal, sé que es más feliz que yo o es algo feliz, porque toda ella es existencia ciega, con los ojos abiertos al milagro de vivir.

Con qué fe en la vida viven los pobres. Eso es lo que hemos perdido para siempre quienes, sin ser en absoluto ricos (tampoco nos valdría de nada), no creemos en nuestra propia existencia, un convencionalismo que vivimos con desgana. La verdadera pérdida de la fe no es la que se refiere a la fe en el cielo, como decían los inefables curas, sino la pérdida de la fe en la tierra.

El infierno no es dejar de creer en Dios, sino dejar de creer en uno mismo. Y Cruz la panameña cree ferozmente en sí, en su maleta reventona, en su ropa sucia y en su ropa limpia, en su autobús y su paraguas, en su raza y su *allá*. Ese *allá* común a todos los americanos, que distancia infinitamente su patria, porque sus padres y sus hijos no están allí, sino *allá*, y *allá* es algo que queda mucho más allá. Esa vocal repetida y abierta es como un eco de ecos insondables que se van llenando de las pampas del sonido.

Cruz la panameña, aunque sólo esté en el autobús hacia Madrid, ya está *allá*. *Allá*.

Domingo 4

Anoche vinieron a cenar Fernando Fernán-Gómez, Emma, Eduardo Haro, Concha, Cándido y Aida, y, por libre, José Luis Garci. Fernando sigue con su barba leonardesca —cosas de la película—, él que tanto tiene de Leonardo en la multiplicación de sus saberes y quehaceres, en la madurez como bíblica y eterna de su persona, que tanto quiero.

Emma está reflectante por temporadas, llena anoche de un brillo joven y una gracia

naïf que ella cultiva con ironía. Como le dice Concha, «tú has tenido los ojos más bonitos del cine español». Lo que no entiendo es el pretérito. Eduardo está cada día —mejor cada noche— más agrio, más irónico en triste, más contradictorio, más rebelde en vencido. Ha conseguido el milagro fáustico de inventarse una forma nueva de columnismo para él solo, ya muy mayor, pero esta columna, como me dice Cándido, no nace de la alegría, sino «de la desesperación». En cualquier caso es muy leído. Cada día es más inteligente, pero su inteligencia trabaja a favor de la muerte. La alegre Concha vive algo ensombrecida. Es al mismo tiempo la más joven y la más señora del grupo, esta Barral. Cándido, sin renunciar a su socialismo felipista, ha vuelto al *ABC* con una columna municipal.

—Así empecé en *ABC* hace cuarenta años, Paco.

Pero Cándido, que ejerce una autoironía finísima que no siempre llega a los lectores, es un espíritu burlón e intrigante que pronto se hará dueño de medio periódico. Lo suyo es la conspiración.

Aunque no me lo dice, sospecho que codicia la columna de Campmany. Y sospecho, asimismo, que el público de *ABC*, que es muy suyo, prefiere a Campmany. Aida está en crisis matrimonial, me parece. Cándido me habla de los maridos que andan por toda España plantando fuego a sus esposas.

—Espero que lo vuestro no será tan fuerte —digo.

José Luis Garci, que es un genio del cine y un fan de la vida, me incluye a mí en el variado lote de sus preferencias y me habla de mi última novela. A Garci le envidio la eterna juventud, que me recuerda un verso muy querido de no sé quién:

... y regresaba siempre adolescente.

Siempre adolescente, Garci viene de ver un partido por televisión con Michel, el futbolista que vive al lado de mi casa. Un hombre que aprovecha una tarde para hacer dos visitas se comprende que es un hombre activo que puede hacerlo todo, cine, cómic, televisión, radio, boxeo, erudición y mucho más. A Garci le envidio asimismo las novias. Ana Rosa la última, con la que ya ha terminado. Garci a veces me lleva a televisión a comentar películas. Mis ideas no tienen mucho que ver con el cine. Son una tertulia de eruditos del celuloide que le dejan sin conversación a cualquiera. Garci, como quizá ya he contado aquí, ha dirigido a Fernando en *El abuelo* de Galdós. De ahí la barba del actor. En esta barba unos vemos a Tolstói o Leonardo, otros a Marx, otros a Papá Noel, etcétera.

Una barba así es un test —todo es un test— y por esta barba se puede conocer la cultura de la gente. Fernando, Eduardo y Cándido somos cuatro viejos mosqueteros de la amistad. Todavía perdemos una tarde o una noche hablando de literatura, de teatro, de mujeres. Los tres venimos de aquellas viejas tertulias de café, que ya se han perdido, pero la tertulia la llevamos con nosotros, dentro, con velador y todo. Cuando Fernando va por el segundo whisky, su natural racionalismo se torna o trastorna hacia el humor absurdo y genial de su maestro Jardiel, y entonces es ese ser surreal, ni viejo ni joven, que está ahí, como un genio del lugar, dando el disparate de la vida con un bisel de risa que jamás es macabro. Fernando es un pelirrojo de ojos verdes que siempre está mirando la vida como los viejos miraban a Susana, pero con menos lujuria y más cachondeo. Fernando tiene toda la pinta de ir a vivir cien años. La muerte, que es lo que más acecha en el hombre maduro, no aporta en él ni siquiera la sombra pálida de la melancolía.

Esta mañana me encuentro en *ABC* con una tercera de Fernando, «El gozo de escribir», dedicada enteramente a mí. Por sobre la lucidez del análisis, el texto se sobredora con un efluvio de amistad, de cariño, de compadreo sincero, que me lo hace valiosísimo. Llamo a Fernando para agradecerle la sorpresa y, por no caer en floristerías impropias de nuestra condición, le hago dos salvedades: que el verbo agredir no admite la conjugación *agrede*, que él utiliza, pero yo no sé si ha cambiado la

gramática y quedamos en consultarlo para educación de los dos.

La otra salvedad es que este artículo, que él tenía entregado hace mucho tiempo, según me dice, seguramente le ha sido «puenteado» hasta hoy no por su culpa, sino por la mía. Giménez Alemán, al que admiro mucho, parece que está reticente conmigo por el mero hecho de que Anson, el anterior director, me profesaba amistad y atención constante. Así vivimos los escritores en los periódicos, a merced del humor de un empresario, un director u otro colaborador con más influencia, al que uno, sin saberlo ni quererlo, «estorba». Pero estoy muy cansado de tantos años de este trajín de la política periodística y me limito a aprovechar la ocasión, aunque no la pinten de ninguna manera, y a no insistir ni perder el tiempo allí donde no tengo nada que hacer. Como dijo alguien, nos vengaremos escribiendo cada día mejor. Aunque, según el artículo de Fernando, mejor no se puede escribir. Fernando, en su crítica, que es más bien glosa, habla más de palabras que de ideas. ¿Le reprocharía yo esto? A quienes sólo me hablan de mis ideas, como José Antonio Marina, le reprocharía que se olvida de mis palabras. Lo cual que nunca está uno contento. Como mi propia vanidad me da asco, reacciono amando a todo el mundo, ignorándome como ignoraría a un amante maricón y llorona. Leo a Carpentier, a Kerouac, a Burroughs, a los viejos maestros de los setenta. De Carpentier hasta fui amigo aquí y en París.

Lunes 5

Las primeras copas a los escritores nos las daba el rey Juan Carlos I en La Zarzuela, lo cual suponía un desplazamiento en caravana con periodistas y marqueses, bajo el sol o la lluvia. Recuerdo a Pedro J. Ramírez (a quien no trataba personalmente) radiando el evento desde su coche, que iba al lado del mío. Este despliegue informático me hizo comprender por primera vez (uno necesita ver para creer) que eso de la monarquía era una formidable y espantosa máquina que estaba entre la democracia y las metralletas. Esta condición ambigua de las monarquías parlamentarias es lo que las hace interesantes de seguir y estudiar, pues casi siempre toca democracia y unos representantes del Alto Aragón, pero una noche tocó Tejero, y ahí comprendía yo que el rey es un ser doble —el pijama y la guerrera— que tiene que tener siempre a mano el pijama de la familiaridad y, en el mismo armario, la guerrera de los motines, pronunciamientos y asonadas, porque España es puro siglo XIX (los que hablan del 98 no se han enterado) y nunca se sabe por dónde puede tronar Dios o tronar un rey: éste tronó bien claro por la democracia, y era ya la madrugada, cuando allá en las Europas su cuñado griego salía a buscar la leche para el desayuno. Juan Carlos se salvó a sí mismo de las lecheras. También llamábamos «lecheras», que yo recuerde, a los lóbregos autobuses de la madera.

Por los grandes pasillos de La Zarzuela se moría un escritor hoy olvidado y chancleteaba don Antonio Díaz-Cañabate, gran costumbrista y cronista de toros, que se pisaba los contrafuertes porque ya se le hinchaban los pies. Y estaba yo en un rincón de la cosa, entre Luis Rosales y Claudio Rodríguez, emboscado siempre de poetas, cuando se me acercó el rey, tal cual, vestido de lo mismo, qué impresión, oyes: —Tú a éstos los conocerás a todos, ¿eh, Umbral?

Y me señalaba a la masa de los literatos.

—A todos, majestad, aunque me esté mal el decirlo. Algunos, hasta los he leído.

El gran Luis Rosales, monárquico, en vista de mi amistad (recién nacida) con el soberano, mandó a por una coca-cola para mí. Aprendía yo que el poder es una cosa erizada de compuertas y rifles, de interrogaciones y papeles, pero al otro lado de esa alambrada estaba eso que un escritor canario y conservador, amigo mío y de los Oriol, llamó en un libro «el poder entrañable». ¿Ha sido, es esta monarquía un poder entrañable?, es lo que nos preguntamos cuando el jefe cumple sesenta de vellón. En buena medida, sí. Hoy tenemos más demócratas que palaciegos, más socialistas que títulos pontificios y más Baqueira que barco.

Trasladada la copa al palacio Real, toda nuestra literatura jacobina holló las alfombras por las que don Manuel Azaña andaba en puntas de pie, y, apoyado yo en uno de los grandes tibores, me trajo el rey a la infantita Elena para que la conociese. Adolescente, la niña dijo algo que no era, y uno, olvidado de protocolos, la redarguyó paternalmente:

—Mira, amor...

Y el rey:

—Uy, uy, qué peligro tiene éste, no lo sabes tú, hija, acaba de conocerte y ya te llama amor.

Y se la llevó. Hoy es casada joven y pugnaz, de cuerpo y raza borbónica, rama castiza, algo así como una estilización parisina y democrática de su bisabuela. Y en estas cosas, majestad, se nos han pasado sesenta años. El rey se ha ido haciendo centro/izquierda, si la vista no me engaña, y por momentos ha presidido la Tercera República española. Este rey manda poco y consiente mucho. Aprendió en seguida que es mejor consentir que mandar, porque así la autoridad no se desgasta. Los culpables hablan de una conspiración entre los periodistas y los jueces, con tal de no ir al trullo. El Gobierno habla de pasar la página, porque les interesa más la *durée* que la *liberté*. Y en esta tesitura o brete ¿quién se atreve a pedir para mañana una República asamblearia y destrozona, con el ejemplo que están dando los republicanos teóricos? Juan Carlos fue el motor del cambio —Areilza— y ahora es la figura en el tiempo, cuando los gales, los moderantistas y los talibanes periféricos quieren dejarnos sin tiempo y sin figura. Yo no he perdido la esperanza, en otros sesenta años, de irle haciendo al rey un poco republicano. Le llaman abuelo sin tener nietos. Es el abuelo bizarro y enigmático de esta democracia.

Martes 6

Ayer llamó Inés:

—Que yo no voy a Baqueira.

(Alusión a una broma mía en el periódico.) Ni una palabra, como yo suponía, sobre el día 31. Es la elegancia del silencio. O el silencio de la elegancia. Tiene una tos que parece algo más que diplomática.

—Os echamos mucho de menos el día 30. Para el día siguiente ya te dije que yo no tenía autoridad.

No me dijo eso, pero es igual. Quiere saber dónde pasé la Nochevieja, o a lo mejor no quiere, pero siempre es un tema de conversación.

—He llegado hoy mismo de Toledo.

Supongo que ha venido al concierto de los tres tenores, pero tampoco le pregunto. Con esa tos me temo que acabarán echándola del Real. Tampoco se lo digo. Trenzamos así una conversación de vacíos y ausencias, como un encadenamiento de lagunas o de islas, según se mire. Parece que le interesa mucho saber cuándo voy al instituto de Toledo. Imagino que cuando se reanude el curso. Me promete estar en Toledo ese día. Ya veremos. Luego me pregunta por unos Oriol que yo citaba en una columna, y un escritor que ellos protegían.

—Ni Miquelo ni yo sabemos a quién te refieres.

Se lo explico todo. Es una historia de los sesenta. No tiene mayor interés. Lucas María es el último que queda de aquella generación de Orioles. «Sabe muchísimo latín», me dice Inés. Yo le hablo de Íñigo/Iberdrola. Sé más que ella de la familia de su marido.

—Tú eras muy joven entonces, Inés.

—Aparte de eso...

Tenía que haber dicho «no tan joven» o algo así. Pero es de una sinceridad que parece castellana. Queda en organizar algo para que nos veamos en seguida. Tan amigos.

Vuelvo a la lectura. Un tomo de glosas a personas seleccionado por los descendientes del maestro Eugenio d'Ors. Estos señores confiesan haber elegido capítulos elogiosos, porque el genio ya pegó bastantes «portazos». Se equivocan. Los

descendientes y herederos se equivocan siempre. Prefieren darnos un escritor simpático, mutilando así uno de los grandes talentos del maestro, la ironía, la crítica. Incluso se hubiera vendido mucho más el libro haciendo la antología contraria a ésta.

Todo derechohabiente de un escritor tiene tendencia a hacer de su ancestro, además de un sabio, un santo. Pasa también con los médicos y los políticos. La familia y eso que llamamos «posteridad», con precisa imprecisión, consideran que a un hombre no le basta con haber escrito o esculpido genialmente, sino que además tiene que quedar como modelo de virtudes cívicas, humanas, familiares, caritativas (ignorando que caridad viene de *caricia*). En realidad, lo que pasa es que no entienden la obra de su pariente y quieren añadirle valores comunes, urbanos, para redondear la imagen. Lo que ha hecho, en el fondo les parece poco. Que quede, al menos, como buena persona.

En cuanto a los políticos y alcaldes de provincias, consideran que glorificar a un señor sólo porque ponía bien las comas es una manera de perder el tiempo. Tampoco le han leído. De modo que derivan hacia la gloria cívica, de clase o de partido, hacia las virtudes ciudadanas. Yo he tenido pleitos con familiares de grandes hombres por atribuirles biográficamente cosas que, aparte de no tener ninguna importancia, fueron verdad, pero no encajan en el esquema familiar de los deudos.

Porque es destino del gran hombre dejar unos deudos imbéciles. Tengo toda la obra de Eugenio d'Ors, completa, y en ella hay muchas cosas olvidables, pero no precisamente el talento literario, el estilo personalismo, la ironía elegante, la burla dieciochesca, la crítica lacónica. Todo eso que aprendieron en él escritores tan sutiles como Jesús Aguirre (de cuya salud nada sé), Valverde o Aranguren.

Ya digo que el Estado tampoco ofrece muchas garantías de fidelidad a la estatua. Ortega confesaba que, en un minuto de silencio por un muerto ilustre, él no dedicó ni una décima de segundo a pensar en el muerto. El D'Ors de las novelas no han podido mutilarlo. Hubiera sido brutal. Pero el escritor fragmentario de las glosas se presta a que cualquier antologizador seleccione a su gusto.

Que siempre será malo.

Miércoles 7

Anoche fui al Real al concierto de «los tres tenores», que otros años se llamaba Concierto de Reyes o cosa así, un homenaje al cumpleaños del rey. El rey, que anoche venía de pasar el día en Bosnia (buena manera de cumplir los sesenta, buena estrategia de quien sea, desmintiendo la vejez que quizá anuncia esa cifra), el rey, que presidió la gala real. Los tres tenores —Pavarotti, Carreras, Domingo— se equivocaron un poco, como casi siempre. Luego explicaré esto.

En la fiesta, el todo Madrid (no veo a Inés, pero sí a Cela, que no es lo mismo). Como este concierto anual no es solemne, sino festivo, y como se sabe o sospecha que el rey no es muy melómano, entre las arias de ópera se meten muñequitas lindas y zarzuelas y amapolas (que yo, como el rey, es lo que mejor entiendo, porque me suena). Y aquí digo que se equivocan los tenores, como lo dije de Plácido en Nochebuena (en este diario quedó anotado). *Noche de paz* es un villancico para cantarlo como lo cantó cierto europeo, con recogimiento y sentimiento: nuestro tenor sólo hizo una demostración de facultades. Error semejante cometieron ayer los tres tenores, lo que me prueba que la cosa no es casual, sino que la voz de un tenor es desproporcionada a la confesión amorosa, queda, de *Muñequita linda* (*Escuela de sirenas*, creo, suramericanismo estilizado/utilizado por Hollywood). Como es desproporcionada a la miniatura de *Amapola*. Bueno, pues los tres salieron a lucir facultades, marcando paquete vocal, y esto me recordó una ocurrencia del gran Mihura: «Pianista es el que llega con el piano a cuestas y después de tocar vuelve a llevarse el piano a hombros. Eso sí que tiene mérito y es dominar un piano.»

Nuestros tres tenores no hicieron sino levantar en vilo el piano, tanto el delicado

Carreras como el artesano Domingo y el barroquizado Pavarotti. Son genios internacionales y nadie les ha explicado que la delicadeza de una música es más importante que el mero esfuerzo físico de sus cuerdas. Hasta rancheras y chotis le cantaron al rey. Tienen facultades boxísticas, pero carecen de sensibilidad. Hay grandes poetas épicos que jamás acertaron con la miniatura frágil de un soneto.

Hacer lo pequeño no requiere menos esfuerzo que lo grande, sino más. Es vergonzoso que a esos tres reyes magos y operísticos nadie les haya explicado esto. No me emociona la mera exhibición física de facultades, como no me emociona en el torero. Siempre tendrá más facultades el toro. El señor que cantó *Noche de paz* el otro día sí sabía cómo hay que hacerlo. Plácido Domingo no sabe.

Estamos otra vez en la vieja pugna entre voz y estilo, entre sensibilidad y fuerza. Lo dijo André Gide: «Beethoven me da más música; Chopin me da mejor música.» De acuerdo con Gide, como en casi todo. Pero los tres tenores no lo han leído, y la observación se hace extensiva a Montserrat Caballé, que es, como ellos, una «forzada».

Pero al público le gustan los números de fuerza y las olimpiadas. Y estos juicios son desplazables a la pintura, a la literatura, a la vida misma. Prefiero una mujer leve y sensible a una gran mujer dotada e insensible. El amor también está hecho de amapolas y noches de paz. No sé si me estoy repitiendo con respecto a lo dicho en Nochebuena. En todo caso se repite la vida. El diario no debe temer a la repetición, que en este caso es veracidad.

La media voz del jazz y el romanticismo norteamericano es la pronunciación justa y tenue de la noche y el tiempo. El grito, aunque sea de Pavarotti, pertenece más al Escándalo que al Arte. Las óperas no suelen ser otra cosa que una antología de gritos, una bronca.

Me volví a casa, en fin (sin haber visto a Inés ni saber si estaba), y puse para mí solo un poco de Sinatra, un poco de jazz, un poco de Gershwin, un poco de Colé Porter. Y hasta John Cage y Erik Satie. Música mala y pobre, en fin, pero música que me da cuerda al corazón.

Jueves 8

Leo que ha muerto, ya muy viejo, un futurista italiano, discípulo de Marinetti y descubridor de Totó. El futurismo fue el vanguardismo italiano y Marinetti acabó condecorado por Mussolini. La máxima expresión del futurismo es el primer De Chirico, con sus plazas de geometría imposible. Luego, De Chirico se hizo artista clásico y retratista social.

Este futurista que ahora ha muerto se había comprado hace tiempo una parcelita en el cementerio y todos los días se llevaba flores a sí mismo. Era un gesto de humor negro. Creo que yo mismo —y todos los que escribimos a diario— me llevo flores cada mañana. Una columna, aunque sea política, es un ramo de palabras que en principio tejemos en nuestro propio honor y memoria. Escribimos para que se nos recuerde, aunque escribamos olvidando o para olvidar algo. La columna puede ser frívola, mundana, pasajera, humorística, política, grave, crítica, pero en principio no es sino eso: una corona de palabras, alegre o triste, que trenzamos cada día para que alguna vez se nos recuerde por ella. Yo he frecuentado el cinismo de decir que escribo por dinero, pero más cínico —y más verdad— es decir que se escribe para que no le olviden a uno. Mi cotidiano ramo de palabras lo llevo al periódico, pero sé que los plurales cementerios de las hemerotecas, los archivos, los ordenadores, los papeles, todos los medios de reproducción de la obra de arte —tan oportunamente estudiados por Walter Benjamín—, no sólo conservarán la esquelatura de mi prosa, sino que la multiplicarán.

Un columnista no es sino un hombre que se lleva flores a sí mismo todos los días, pues sabe que primero —en seguida— morirá su columna, y luego morirá él, si antes no

muere su memoria. Nadie tan obstinado por perdurar, ni siquiera el poeta puro. Pero se trata de una obstinación modesta, gacetillera, laboral. Casi quisiera uno que sólo le recordasen a medias, como el que dijo tal cosa, entre tantas cosas como decimos los escritores de periódicos. Se trata, sí, de quedar un poco, sin panteón de hombres ilustres; sólo en el pequeño nicho de un recuadro —ya la columna tiene hechura de tumba sencilla—, perpetuado por un solo artículo, habiendo escrito tantos, ese recuadro que sale una mañana con tintas casi fúnebres de esquila mortuoria, por azares de taller.

Todas las mañanas buscamos nuestra columna en el periódico como ratificación de que estamos —de que seguimos— vivos, y lo que encontramos es una esquila urgente que a la noche estará muerta y al día siguiente olvidada. Con el pequeño dinero que nos pagan en el periódico vamos comprando ese ramillete de cada día, cambiando de humor y estilo y tema todos los días, pues alguna de las columnas, vaya usted a saber cuál, es la que quedará en la memoria de esos grandes desmemoriados de hemeroteca o de casino que leen a los muertos con más placer que a los vivos, pues gustan de comprobar, con cierta dulce crueldad, que el muerto se equivocó en el cambio de ministros, mientras que con el vivo nunca se sabe.

Me gusta que la ocurrencia de las flores sea futurista, vanguardista, surrealista, porque uno empezó en esas cosas, hizo su bachillerato clandestino en esas escuelas, que estudié como nacientes cuando ya estaban muertas. Hay teatro del absurdo y poema surrealista en eso de llevarse uno flores a sí mismo todos los días. Yo lo venía haciendo durante muchos años sin saber por qué ni para qué. Y hasta creía que el artículo era por ganarme la vida. Y era por ganarme la muerte.

Sábado 10

Alfonso Guerra, buen amigo e interesante y misterioso político, me envía todos los años por estas fechas, como para empezar el año a la sombra de un clásico, algunas páginas que edita con o sin intención segunda. Este año toca Séneca, *De la brevedad de la vida*. «Así nuestra edad tiene mucha latitud para los que usaren bien de ella.» La sentencia vale para políticos, incluso para determinados políticos que Alfonso y yo hemos visto cómo dejaban perder la «latitud» de su edad en oficios menores o bajos, y ahora que hacen o dicen buenos propósitos, ya apenas les queda «latitud».

Esto de la duración de la vida me lleva a un verso de José Manuel Caballero Bonald: «Mientras más envejezco más me queda de vida.» Verso que a su vez me remite a otro poeta, Luis Rosales, a quien oí hablar mucho de la «vida cumulativa» cuando apenas podía entenderle (era un amigo y maestro viejo cuando uno era todavía joven). Vida cumulativa es la que almacenamos como buen vino en las bodegas del ser, y cuyas llaves están en la memoria. La vida tiene «latitud» si hacemos muchas cosas y útiles, según Séneca/Guerra. La vida así habitada es «cumulativa» y el verso de Pepe Caballero queda claro: cuanto más envejezco más ricas son mis bodegas de recuerdos y más y mejor se va haciendo el vino. Esto se nota mucho en el verso de los poetas y el violín de los músicos (pienso en Yehudi Menuhin).

Mi admirada y querida Lucía Etxebarría, Miss Nadal, es criatura tempestuosa en quien conocí, nada más tratarla un poco, su naturaleza creadora y plural, alegre y decisiva. Lucía, abandonando heroicamente trabajos anuladores, ha escrito dos novelas en poco tiempo, y con la segunda, *Beatriz y los cuerpos celestes*, ha ganado el Nadal. Lucía, más que una joven escritora de gracia y fortuna, es un repertorio nutrido de la mejor y peor actualidad: libertad, sexo, falta de prejuicios, *gap* generacional, ideología numerosa, feminismo, voluntad creadora y en este plan. Instintual ella, ha sabido parar a tiempo la prosa coloquial y testimonial del «realismo sucio» para hacer una novela de prosa más lírica, más sensible. Siempre ha supuesto uno que la expresión natural del sexo y el amor es el lirismo: otra cosa se quedará siempre en fisiología o charcutería. Lucía asusta un poco porque es como el mascarón de proa de una juventud que viene

negándolo todo, pasando de todo y dejando un rastro de canciones, novelas, muerte prematura, urgencia de vivir y *prozac*, que añadiría ella. «Sobre una generación así no se puede edificar nada», dicen los políticos que quieren cerrar los bares a las diez. Pero Lucía, de momento, ya ha edificado dos novelas ascendentes, lo que quiere decir que se deja muchas horas en el ordenador y, aunque tiene mucha calle, también tiene mucha literatura en el cuerpo.

Domingo 11

«Héroe es el que puede ser traicionado impunemente» (Lacan). Luego yo soy héroe, pues me traicionan impunemente, todos los días, las mujeres, los compañeros, los empresarios, los bancos, los amigos, los críticos, y yo creo que hasta los enemigos, que son los que menos se ocupan de uno.

Aznar y Pujol se traicionan todos los días impunemente. Pero ni siquiera así me parecen héroes.

Conferencia de mi querido Antonio Colodrón sobre el presente de la psiquiatría. Males que la aquejan: americanismo, opusdeísmo, comercialidad, esnobismo, freudomarxismo ya asimilado por el sistema, etc. Colodrón viene a decir que el sistema ha asimilado la psiquiatría como el psicoanálisis, como el marxismo, como toda forma de crítica. La ha asimilado y vuelto del revés: ahora nos la vende como producto de consumo. Antes los yanquis y hoy los argentinos se psicoanalizan porque es caro y halaga el ego. No he conocido ningún albañil con complejo de Edipo. Cuando Freud y Lacan tocaban el puerto de Nueva York, pasando bajo la estatua de la Libertad, el maestro le dijo a Lacan:

—No saben que les traemos la peste.

Se equivocaba el ingenuo Freud. De la peste hicieron los yanquis un exquisito negocio que ha incrementado el sistema. Y hasta una arma de dominio: el hospital como variante de la cárcel. Alguien voló sobre el nido del cuco.

Tengo manuscritos de Ortega, de González-Ruano, de Azorín (que escribía a máquina), de Delibes, de muchos escritores. Son mis palimpsestos. Los papeles sagrados de esta religión de alcoba que es la literatura. Me ha alegrado mucho encontrar hoy otra cosa de Ortega, con su letra clara y perfecta, que es la traducción caligráfica de un pensamiento igualmente claro, ordenado, armonioso y tranquilo. ¿Diré que se parece un poco a la letra de mi madre? También tengo manuscritos de escritores que no me gustan, pero jamás los destruiría porque el papel literario es misterioso y sagrado para mí. Magia de la escritura: el rito de escribir permanece por encima del sentido o sinsentido (surrealismo) de lo escrito.

Caballero Bonald ha escrito un libro del que estoy hablando mucho en los periódicos. *Diario de Argónida*. Qué melancolía áspera, qué pudrición hermosa, qué barroquismo lacónico, qué cierre clásico y agudo de cada poema: «La soledad me salva de estar solo.» Qué humor grave. Mi amistad con este gran poeta está hecha de silencios. Acodados en una barra, él se toma lentas copas de silencio, de meditación, de pensamiento, largos y medidos tragos de soledad. Yo procuro beber algo menos y respeto su silencio porque sé que nuestros silencios dialogan sin cesar y al final llegaremos a la misma conclusión expresa sobre algo —un poeta, una mujer, el tiempo—, como si hubiéramos charlado largamente. Fuerte confort de un amigo así, de un poeta así —quince años más que yo—, a cuya sombra me salvo de imbéciles, meretrices, mediocres, halagadores y parlanchines que pueblan mi fama.

A J. M. Caballero Bonald:

*Renaceres del hombre en el silencio,
un cuchillo de luz, una hoz de aroma,
los renglones del sueño a media noche,
una siesta a deshora,
una muchacha con su olor a cine,*

*cualquier cosa despierta al viejo macho,
le llena de ciudades y adjetivos,
cualquier cosa le brilla entre las manos,
como la juventud pasando un río,
hasta que a media tarde, de repente,
los rebaños del tiempo y de la sombra
me adumbran con su paso.*

Hasta me humillan.

Por más de 33 000 votos de los lectores, una revista ha elegido a la princesa Carolina de Waldburg como candidata ideal para el matrimonio con nuestro príncipe Felipe.

No ignoro que a la esposa de Alfonso XIII la eligió el *ABC* antes que el corazón del rey. De modo que lo de ahora me parece un éxito periodístico (aunque luego no haya nada de nada), pero también me parece lamentable que una elección tan regia y delicada —siempre lo es la elección de hombre o mujer, aunque sea para una noche— se produzca como resultado de una encuesta. Podría resultar que a nuestro príncipe no lo hubiese casado el amor ni la razón de Estado ni la circunstancia, sino una revista.

Ésta es una forma como tantas que tienen hoy los medios/media de envilecer la realidad.

Un novelista sale como el mejor del año porque lo han elegido las lectoras de una revista de bragas. Esto se produce todos los días. Yo prefiero que me elijan unos cuantos críticos solventes, si es que los hay.

Pero en el caso del príncipe Felipe me gustaría hablar con él, si me lo topo una noche de éstas en alguna fiesta, y preguntarle si está de acuerdo con hacer reina y esposa a cierta joven porque lo han decidido unos miles de marujas. Quienes no saben lo que es la democracia dirán que democracia es esto, y que el príncipe no es distinto de los demás chicos de su edad. Pero es que uno cree que a ningún chico de esa edad o de otra tiene derecho nadie, ni los padres —los padres menos que nadie—, de redimensionarle la vida o la muerte.

Democracia es, ante todo, respeto a la libertad suicida de los demás. La libertad siempre es suicida, pero es lo único que tenemos. Si nuestras dinastías las van a decidir las revistas vaginales, mal vamos. Pero peor aún si se confunde al pueblo y se le hace creer que su arma cargada de futuro es el voto y que tiene derecho a votarlo todo, como si la democracia fuese una comunidad de vecinos.

Esa princesa europea ya queda manchada para siempre por el voto de unas comadres que nada saben de ella, salvo que la han visto guapa en una foto. Esta monarquía ha sabido someterse al plebiscito de los hombres justos, pero no la sometamos también al plebiscito de las tiorras y las peluquerías.

Este año, en que se habla y se va a hablar tanto del 98 como generación y caso social, conviene ir aclarando que el movimiento fuerte y renovador de la sociedad española fue el modernismo, herencia europea del simbolismo de Mallarmé, Moreas, Baudelaire, Maeterlinck, D'Annunzio, etc., incorporados al castellano por Rubén Darío, Valle-Inclán y Juan Ramón Jiménez.

El 98 de Azorín no son sino el grupo que diseñó el propio Azorín con Baroja, Maeztu y él mismo. En una generación siempre es el más débil el que quiere formar filas, salvarse en grupo, como luego ocurriría con ciertos antólogos del 27. El más flojo hace en seguida una antología redentora para meterse dentro. «Los Tres», como llamaba Azorín al núcleo duro de ese 98, son dispares entre sí. Baroja no cree en grupos, Maeztu se hizo de derechas y el propio Azorín estaba muy atareado con inventarse un estilo que la naturaleza no le dio. Modernismo, en cambio, sí hay en toda la espléndida generación. El modernismo fue algo más que un movimiento literario; fue una estética y una lírica y una moda y casi una épica que cambió la forma de las lámparas, las medidas del soneto y el culo de las señoras. El modernismo es art-nouveau, art-deco,

modern-style: lo que se estaba imponiendo en toda Europa como nueva moral decorativa del siglo o del cambio de siglo (toda moral implica una decoración y a la inversa). Todo eso es Sarah Bernhardt.

El citado Azorín se inventa un laconismo telegráfico que Juan Ramón llamó «taquigrafía sentimental». Efectivamente, el maestro está muy cerca del telégrafo, y por tanto de la modernidad. Unamuno es un pensador asistemático como su maestro Kierkegaard. El pensamiento asistemático lo está imponiendo en Europa Nietzsche, que tanto influye en Baroja.

Los dos Machado son ante todo modernistas. Frente al improvisado trío azoriniano están los tres tenores del modernismo: Rubén, Valle, Juan Ramón. El modernismo es europeísmo, europeidad, y eso sí que representa una puesta al día de España, más que los alfares noventayochistas, el dolor de los arbitristas, el cirujano de hierro costista, el pesimismo de Ganivet y «los males de la patria» de Lucas Mallada o Picavea. Una sensibilidad nueva, libre, una comunicación con el mundo, una libre circulación de las ideas, que pronto serán vanguardias, es lo que apunta en el 98 y cuajaría en el 27. El 27 ya es Europa. Los políticos modernistas ya afloraban en el Ateneo, entre ellos Azaña, que luego empezaría a hacer obras públicas y a redimensionar el Ejército de una manera más europea. Los botines blancos de piqué, de Valle, son una bandera de modernismo. Sawa, aunque sin talento, es el primer mártir del modernismo. El 98 es hierro prestigioso de la ganadería nacional, pero su sustancia es puramente modernista, y eso debemos tenerlo en cuenta todo el año si queremos entender algo de lo que entonces pasó y saber con diafanidad de dónde venimos.

Modernismo es Tórtola Valencia.

El dolor retórico de España pasó en seguida a los falangistas. Quienes hicieron algo —mucho— por la renovación de España fueron los modernistas, que en Cataluña definió Eugenio d'Ors como «novecentistas». La gran prosa de D'Ors es modernista. Hoy, 98 es sinónimo de llanto nacional. Modernismo es Europa y gracias a los tres tenores del modernismo —hay modernismo en la prosa de Ortega— se leyó aquí a Heidegger, Toynbee, Bergson, Proust, Anatole France y Verlaine. El modernismo es nuestro primer paso dentro de Europa y del siglo xx. Los modernistas vergonzantes lo llaman 98. Domingo Yndurain niega el 98. Del 98 sólo nos quedó su musa: la Chelito.

Jueves 15

El ministro de Defensa, Eduardo Serra, me invita a almorzar en el ministerio. Esta mañana han llamado a casa preguntando qué quiero comer.

—Lenguado a la plancha y sin sal —he dicho.

El Ministerio de Defensa está en Castellana, 109 y es lo que fuera Ministerio de Información y Turismo de Fraga, adonde yo acudía en los sesenta para preguntar lo de siempre, qué hay de lo mío, o sea, alguna novela que tenía en la censura. Éramos unos cuantos, siempre los mismos, haciendo literatura socialrealista o pornográfica, y aunque alguno procedía incluso de Carabanchel, y casi todos del partido comunista, la costumbre, más aún que el miedo, nos había hecho mansuetos e íbamos a pedir un poco de libertad, un pedazo de prosa que era nuestro, como un pedazo de pan. Era aquél, aunque parezca lo contrario, un ministerio alegre y faldicorto. Hoy es como una extraña cárcel donde los soldados tuvieran presos a los generales. Me piden el carnet de identidad y, como no me da la gana identificarme cuando ya estoy bastante identificado, digo que no lo he traído y ofrezco la tarjeta Visa Oro del Central. El joven guardia civil no coge la ironía y acepta la tarjeta. Pero en ese momento llega una llamada de arriba, todos se me cuadran y entro con el taxi casi hasta el despacho del ministro.

Serra es un hombre con personalidad de funcionario, uno de esos hombres/nadie que carecen de identidad, intercambiables, lo cual es una gran ventaja política, pues a

Serra le ha permitido estar con los socialistas, con el PP y con el Ejército, ese coloso triste al que tampoco él ha hecho sonreír, salvo la entrada de pleno derecho en la OTAN, que, en las condiciones españolas, es una humillación que nos obliga a mucho y no nos redime de nada.

Grandes pasillos vacíos y feos, grandes despachos donde siempre parece que va a estar el ministro, pero luego pasamos a otro despacho mayor y tampoco es el ministro, porque las gradaciones del poder son infinitas y sutiles, y sobre todo carísimas. Pienso con vértigo moral que hay en España muchos ministerios y muchas autonomías y mucha gente con despacho y que más de la mitad de la Península está enmoquetada y alfombrada para que los grandes funcionarios se sientan cómodos, cuando yo he conocido este lugar habitado por las ovejas, algo así como unas afueras de Madrid y afueras del invierno, ya sólo barro y mierda.

Siempre están hablando de reducir el gasto público, pero cada vez se hacen los despachos más grandes y ya necesitan teléfono para hablarse unos a otros dentro de la misma oficina, porque las distancias son considerables y el poder nunca levanta la voz. Serra viene hacia mí desde su lejana insignificancia de ministro de chiste. Antes he estado en el despacho de un general de Caballería con el que comparto gripe, y que me ha dado la mitad de su gelocatil, como san Martín le dio la mitad de su capa a un hombre (qué rácano, pudiendo haberle dado la capa entera: iba a caballo).

Eduardo Serra, como digo, tiene la gran cualidad política de su aparente falta de identidad, de modo que siempre vive en él la identidad de otro, generalmente el jefe, y así es como se hacen esas carreras políticas eficaces, confortables, anónimas, hasta llegar arriba, que es el caso de Javier Solana en la OTAN, puestos ya a hacer sociología del político de despacho que no quiere ni tiene la gloria de la gente. En este momento no hay dos españoles que sepan qué es lo que hace Serra en Defensa. Supongo que obedecer.

Unos dicen que le nombró el rey y otros que le nombró Felipe González. Que se lo impusieron a Aznar, en fin, quizá para llevar lo de la OTAN a buen término. En política, los mitos acaban desnucándose. Prefiero al funcionario eficiente, o digamos que creo más en su *durée*.

—No, Umbral, no soy un hombre del rey ni de nadie. Ni siquiera soy un político. Soy un hombre que está en la política.

La definición me parece cierta, y lo digo sin ironía. Estos asexuados políticos suelen ser muy útiles al poder o al jefe. Creo que Serra ni siquiera ha dicho «Umbral» en la frase anterior. No ha dicho mi nombre en todo el almuerzo, de modo que yo me he limitado a llamarle ministro. En una palabra, que no es simpático, pero sí conversador. Ya con el almuerzo delante, procuro concretar un poco:

—¿Qué te parece, ministro, lo que ha dicho Fraga de militarizar el tema vasco?

(Los políticos de hoy llaman «tema» a todo, incluso a la destrucción del planeta: «En cuanto al tema de la desaparición de la Tierra...» Esto quiere decir que tienen poco lenguaje y que son incultos. Cuando a Serra le hablo con alarde literario/político o histórico, se aferra a sus clásicos y su latín, como si no hubiera vuelto a leer nada desde el bachillerato.)

—Fraga es un hombre de otra época y tiene ideas de otra época.

Pero sospecho que en la época de Fraga se follaba más en este descomunal inmueble, aunque no lo digo.

—¿Por qué Hong Kong sí y Gibraltar no?

—Es un tema de fuerza. Sólo de fuerza. Pero seguimos negociando.

—Perdona, ministro, pero en la calle hay una sensación de que la licencia para los objetores e insumisos se ha parado. Iba mejor antes.

—No se ha parado, y verás como dentro de poco se toman decisiones que te gustan.

Me lanzo a un canto del insumiso, el objetor, la litrona, el amor libre, la paz, el mito

muerto de la patria, etc., y nos enredamos en una discusión académica sobre si la juventud es épica o lírica, quizá por evitar una discusión más seria sobre la barbaridad militar obligatoria. Serra me da la razón en todo, pero luego le he leído que los objetores son como los que defraudan a Hacienda: «No cumplen con el Estado.» Esta misma noche en un periódico.

El pescado y las verduras, efectivamente, no tienen sal. Y el lenguado está fresquísimo. Inicio otra loanza literaria:

—Mira, ministro, España ha tenido siempre una punta de hombres jóvenes, heroicos, fuertes, sanos, valientes, con vocación de aventura. Son los que llenaron las tres carabelas, los Tercios de Flandes, las guerrillas del XIX, la Legión de Franco, la División Azul de Serrano Suñer, la Falange de José Antonio. Otros países europeos no disponen de ese material humano sobrante, ocioso, que tienes tú para organizar un ejército profesional magnífico y dejar en paz a los insumisos.

Debe de pensar que estoy haciendo literatura. Vino, humo, Abel Hernández, Raúl del Pozo, un almirante locuaz, la frustrada carrera marítima de Franco. La conversación se ha disipado y el almuerzo ha terminado, degenerando blandamente en tertulia desganada. Ni una sola vez, insisto, el ministro me ha llamado por mi nombre. No tiene el don de la simpatía o no quiere tenerlo. Raúl hasta le ha hablado de los Reyes Católicos. A la salida, ya de noche, llueve mucho en el patio de armas, pero me dicen que hace una noche primaveral y que a la vuelta de la esquina hay una parada de taxis. Me niego a todo, exijo un taxi en la puerta y el mismo protocolo de despedida con que se me ha recibido. En la vida nacional somos muy dados a los recibimientos esplendorosos y las despedidas hasta la vista, lejanas, vagas y abandonistas. Pero ya está aquí el taxi y me voy al Palace a tomar una copa. Me espera una tertulia de escritores y mujeres. El poder se me ha borrado de la cabeza. Con el primer trago de ginebra comprendo que la Nación es un invento, la Patria un ente retórico y el Poder siempre el mismo y de los mismos. Lo mío es la calle, yo tengo mucha calle.

Una dulce adolescente me da a compartir su cóctel de coco.

Domingo 18

Mery. Diecinueve años, periodismo, una belleza deslizante, esbelta, una armonía de persona que resulta encantadora, sedante, incitante, completamente falsa. En una hora de conversación, cinco cócteles de coco. ¿Los hubiera pedido si no estuviese yo aquí? Conozco esta raza. Adolescentes —a veces menores— que han amanecido al mundo de la cultura y, mientras hacen su carrera de Periodismo o de Letras, quieren conocer a los famosos del oficio, a los grandes, a los maduros. Un *novio* así supone una baza completa: fama, protección, lujo, prestigio, dinero más o menos indirecto. No son jóvenes prostitutas. Son chicas listas que han elegido el atajo del maduro con poder, mejor que el estudiante esforzado, de su edad, con el que sólo van a las hamburgueserías a llenarse la tripita de comida/basura, y luego a las traseras de Azca a follar un poco, con más frío que ganas.

Su único pecado es la impaciencia. Quieren llegar en seguida. Supongo que lo mismo pasa en el cine, el teatro y todas estas profesiones y otras. Hay la que va a trabajar en serio y la que va a ligar al jefe (para veinte años más tarde denunciarle por acoso sexual, como ahora a Clinton). Pero Mery, que me gusta bastante, debe de tener mucha calle. Se le nota en la precisión de los gestos, la decisión de las actitudes, el cálculo afinadísimo con que lleva un supuesto y aún no nacido romance. No es en absoluto la deslumbrada por «el maestro». Pero sabe, desde luego, hablar del oficio:

—Me gusta leerte cuando eres feroz. Pero te quiero aún más feroz.

—No se puede ser más feroz cada día. Eso lleva al suicidio profesional. El público siempre pide más. Es mejor ir alternando la fiereza con la caricia, la rosa y el látigo, la dulzura y la violencia.

Pero aquí parece que empieza a impacientarse. Ella quizá tiene ese resentimiento

previo de los jóvenes y me encuentra joven cuando soy «feroz», como dice. Lo demás no lo entiende. Paseamos por la noche de enero, húmeda, cálida, serena y solitaria. Bares, hoteles, taxis, tabernas, amigos y amigas fugaces. Habla mucho de su prisa por volver a la residencia, pero sospecho que se quedaría muy tranquilamente toda la noche por la calle, emborrachándose de coco. Se quedaría por el coco mucho más que por mí.

La experiencia no es una cosa general y vaga. La experiencia son unos casos concretos que puedo relacionar con éste. Incluso su deslumbramiento por mí o por otro «maestro» puede haber sido cierto en algún momento: en clase les hablan todos los días de nosotros, somos clásicos vivos. Pero luego ha pasado al deslumbramiento como comedia, como farsa, como negocio. Porque ocurre que el maestro, además de serlo, paga continuamente cosas: comida y bebida, coches y discotecas. Es ella quien primero me coge las manos, quien primero me besa o pega su muslo al mío. Si tuviese quince años, y no diecinueve, sería una menor y nadie podría convencer a un juez de que la inductora fue ella.

Me gusta mucho la criatura, pero su encanto se va disipando a medida que descubro el automatismo, el argumento de la función, el papel que representa. No es la primera ni será la última.

Decididamente, quiere que nos pasemos la noche en la calle, con un vago porvenir de cama que a lo mejor luego no es tal. Siempre están en su derecho de indignarse. Hijas mías. De modo que ignoro sus ganas de juerga, la meto en un taxi y la dejo en la puerta de su residencia o lo que rayos sea eso. Las hay que aprovechan para comer o cenar gratis —y cómo comen, las tías, como perras hambrientas—, y guardarse el dinero que les manda la familia para comprarse bragas y modelitos. Está uno como un poco cansado de ese juego y de casi todos los juegos femeninos. Ella advierte mi cortés desencanto. Hasta se ha quitado su pañuelo del cuello y me lo pone a mí, como regalo.

—Te queda ideal con la camisa abierta.

Pero estamos en enero. No hace para llevar la camisa abierta. Y el pañuelo es una mierda.

—¿Te importa que te vuelva a llamar otro día?

—No, hija, me encanta.

A lo mejor, hasta se van a la cama con uno, todo entra en el precio o, por mejor decir, en las facturas de los restaurantes. No son putas. Son liberadas. Mery tenía los ojos negros y un poco duros, pero suaves, era toda ella blanca y mía, correcta y concreta. Nada espontánea, quiero decir. Sin espontaneidad no hay aventura, aunque haya cama. El pañuelo lo tiro por la ventanilla del coche, en la autopista de vuelta a casa. Se lo lleva el viento como un murciélago muerto.

Lunes 19

Enero huele a pueblo. El crepúsculo, entre seis y siete de la tarde, es como la obra en marcha de un altar sin imágenes que se congrega o derruye en una esquina del cielo, o que luego asoma por otra esquina. Es como si algo grandioso, orificado y celestial, se estuviera haciendo y deshaciendo, construyendo y reconstruyendo entre el polvo azul de la tarde. Son nubes del cielo que pronto serán nubes del infierno, pasando del oro bíblico al rojo dantesco y desesperado.

Así, con estruendoso silencio, muere el día. En el jardín me acerco a un ciprés alto, el más alto y mozo de todos, acaricio su suave y fino tronco, respiro la respiración verde del árbol y me pregunto por su alma gótica. Todo el gótico nace del ciprés. Todo un estilo que llena Europa, que habita el tiempo, que expresa a Dios, nace sin duda de la contemplación de un ciprés. Si el oro del cielo es la inspiración del barroco, el verdinegro esbelto del ciprés es la inspiración del gótico. Los estilos más históricos, más historificados, y los que han hecho más Historia, no son sino consecuencia de la

contemplación del atardecer por un artista. La nube y el ciprés. El palacio y la catedral. La orgía y la oración. El desnudo y la meditación: las dos únicas formas posibles de vida humana. Sólo se es barroco o cipresal. Sólo se nace místico o borracho. A esta hora hermosa y penúltima, el oro clama su luz y el ciprés da su frescor, su rezo.

¿Qué ha sido mi vida, qué ha tenido, más de ciprés o de Bernini, qué soy yo, un meditador ascensional o un gozador crepuscular? Creo que he sido y soy un indeciso entre ambas cosas. O no un indeciso, sino un intersticial que por instinto y equilibrio he ido apagando oros excesivos en los cipreses, aboliendo cipreses en los cuerpos desnudos que ahora pueblan el cielo. ¿Gótico o barroco?

Quizá churrigueresco, que es una mezcla de ambas cosas. Para gótico me pesa ya el escepticismo, me falta gracia ascensional. Para barroco me faltan kilos y oros. Mi vida va entrando en sombra. Temo, de pronto, quedarme solo en el jardín, rehén yo de la luna. Voy al pueblo, voy a la imprenta, a la librería, tomo un vino... En la imprenta me han fotocopiado la primera parte de este libro. Es el primer trámite mecánico en la creación material de un libro. La copia obtenida es la que irá en su día a la imprenta. El libro principia a ser libro, criatura, y le acompaño en sus primeros pasos. Deja de ser un vago sueño de mecanografía para empezar a ser una realidad comercial. Y al decir comercial quiero decir real, profesional, con realidad de tienda, calle, precio y eco en los periódicos, peso en las manos del comprador. Se ha hecho mucha literatura —por los propios autores— sobre la trascendencia de escribir un libro. A mí, por el contrario, lo que más me emociona es la parte manual, artesanal, el ir fabricando un utensilio de palabras que se leerá y se hojeará y se envejecerá ni más ni menos que mis cien libros anteriores. De pequeño quise ser tipógrafo. Me contentaba con hacer realidad las ideas de los demás. No me atrevía a tener ideas propias. Y ahora que soy autor, y con exceso, vuelvo a descubrir la belleza, la honradez artesana de empezar a fabricar esa herramienta de ideas y signos, de papel y tiempo, que es un libro.

De la imprenta a la librería de viejo. Dos mujeres que son amigas mías llevan el negocio. Son dos mujeres sombrías, acogedoras, distraídas y hospitalarias, negociantas y bohemias. Whisky y ginebra. Miro en las estanterías con miedo y asco de encontrar mi nombre, que tampoco me emociona ya en el primer día de presentación de una obra mía. ¿También cansado de tu nombre? Anda, rico... Me traigo para casa el *Prim* de Galdós para comprobar una vez más que, aun cuando me fascina la figura histórica de Prim, no me interesa Galdós. A lo mejor lo que me gusta es el Prim que creara Valle-Inclán, no el de verdad ni el de Galdós. Siempre una trampa literaria en mis cosas. Ahora tomo estas notas y me huelo el frío de la calle en las manos.

Enero, ya digo, huele a pueblo.

Miércoles 21

Santa Inés. Esta mañana le he enviado un ramo de flores a Inés. Por teléfono. Pido rosas blancas y, si no hay, rojas. Luego me llama Inés para agradecerme el envío. Como de costumbre, interpreta en serio mis ironías. Esto no suelo soportarlo en las mujeres, pero en Inés su seriedad ya me hace gracia:

—Lo que te tenía que haber enviado es un ramo de queso.

—Prefiero las flores. Son muy bonitas.

—Pero a ti lo que te gusta es el queso.

—Claro, pero en otra ocasión. Por cierto que tenemos que vernos el 27 aquí en casa y el día 6 en Toledo, y algún día más, ¿no?

—Sí, vamos a tener un 98 muy feliz. Pero tú tienes que colaborar algo.

—Poco a poco.

Todo el trámite de las flores se hace ahora telefónicamente, claro, de modo que ni las he visto ni las he pagado (van a la tarjeta de crédito). Este utilitarismo de la vida moderna hace totalmente falso el trámite floral. Estamos hablando de unas flores para

mí inexistentes. Incluso la tarjeta la pone Interflora. ¿Se llegará, así, a la fornicación telefónica o Internet? Un cursi diría que se está despoetizando la vida. No sé si Garcilaso o alguno de nuestros clásicos se hubiera defendido galantemente con unas flores que *no existen*. Yo lo estoy haciendo lo mejor que puedo. Inés, que naturalmente conoce la vía que han seguido las flores, está muy bien en su papel de dama a quien un caballero ha obsequiado personalmente con un ramo de flores.

—En Cataluña se celebran mucho los santos —me dice—. Pero he observado que aquí en Castilla no tanto. Y a la pobre santa Inés no la conoce nadie.

—La conozco yo y basta. Una cosa entre los dos.

—Eso.

Es como si estuviéramos haciendo una comedia galante, ya digo, un vodevil con el escenario vacío, porque entre ella y yo hay un vacío de kilómetros y de ausencias, empezando por la ausencia de flores, que le han llegado comercialmente, como un felpudo. De modo que la modernización de estos menesteres no facilita las cosas, sino que las dificulta, ya que hablar en hipótesis de unas hipotéticas flores que un hipotético Umbral ha llevado a una hipotética Inés tiene algo de farsa cibernética y requiere un esfuerzo de imaginación y buena voluntad por parte de ella, que acepta el engaño.

Santa Inés saltó en mi agenda de trabajo por casualidad, buscando otra cosa, hace un mes, y decidí lo de las flores, llegado el día. Pero el gesto puede quedar como un detalle de atención minuciosa a la dama. Hay, en cambio, otros detalles de atención minuciosa, nada casuales, que ella nunca conocerá.

Después de la conversación con Inés empiezo con un cierto brío la mañana de trabajo. La voz humana —alguna voz humana— todavía puede hacer el milagro. Pero de la voz de Inés me parece que ya he hablado aquí. Es *su voz*.

Jueves 22

En el Museo de la Ciudad hablo sobre los Machado. He aquí un resumen de lo que digo:

Lejos de la actual confrontación noventayochista entre Manuel y Antonio Machado, considera uno que se trata de dos poetas muy hermanos literariamente el uno del otro. Ambos vienen de la jarcha árabe o mozárabe, andaluza, ambos tienen como puntos de fijeza el laconismo y el fatalismo. Ambos realizan todos los días el milagro poético de decir más de lo que dicen, en el poema, y este *más* es el margen misterioso de la verdadera poesía. Es como si un vago poeta árabe, sentimental y apócrifo, viviera entre ellos dos.

Veamos:

Gracias, Petenera mía.

En tus ojos me he perdido.

Era lo que yo quería.

Sin jugar a las adivinanzas sabemos que esta jarcha es de don Antonio, pero igual podría ser de su hermano. En ella hay laconismo y fatalismo, ese fatalismo árabe del poeta intermedio, del ángel apócrifo que he aludido. O esto:

Dicen que un hombre no es hombre

hasta que no oye su nombre

de labios de una mujer.

Puede ser.

Este «Puede ser» final, en punto y seguido, verso aparte y coda, tiene toda la templanza dudosa del pueblo y todo el coloquialismo trascendental de los andaluces. ¿Nos sabe a don Manuel Machado? No voy a abundar en los ejemplos, dada la brevedad de este apunte, pero insisto en las constantes laconismo/fatalismo, que ahora escribo con una barra disyuntiva, porque lo cierto es que los Machado se reparten el parco y común acervo de unas pocas palabras verdaderas. Digamos que don Manuel es lacónico por una sublime pereza árabe que en el fondo busca decir lo indecible con

poco texto, porque el mucho texto ahoga la poesía y la convierte en prosa.

Digamos, asimismo, que don Antonio es lacónico por decoro, por sobriedad, por ética/estética, que hubiera dicho Juan Ramón, porque le parece más decente su pobreza verbal que el lujo modernista que tenía tan cerca y que a veces derrochó.

Fatales los dos, más que fatalistas, don Antonio es como si presintiera en toda su obra el final negro de España y de su propia vida. No fue socialista, pero *estuvo* socialista, aunque sin demasiada fe en ninguna idea que pudiera redimir a los «atónitos palurdos sin canciones», como un día los vio y fijó.

Don Manuel le da a su fatalismo mozárabe la forma elegante, modernista y mundana de un escepticismo cansado e ilustrado. No cree en nada o renuncia previamente a todo. Llegaba a esta su casa, su oficina, a la una menos cuarto y se iba a la una, tras haber liado y fumado un cigarrillo, o más bien aquel pitillote gordo que él se hacía con mano ya insegura. Dámaseo Alonso lo ha contado muy bien. No puede decirse que fuera un fanático de la izquierda ni de la derecha. Un fatalista es todo lo contrario de un fanático.

Yo soy como las gentes que a mi tierra vinieron

—soy de la raza mora, vieja amiga del sol—,

que todo lo ganaron y todo lo perdieron.

Tengo el alma de nardo del árabe español.

En este famosísimo poema, don Manuel se remite a lo más antiguo de su estirpe mora y solar, y esto no es sino una manera de fatalismo inverso: el verdadero fatalismo, que no consiste sólo en dar por perdido el futuro, sino el pasado. Manuel Machado se descubre un origen de fracaso —«que todo lo ganaron y todo lo perdieron»—, y quiere ser ya para siempre de la raza de los fracasados. Hasta la síntesis lírica y deslumbrante: «Tengo el alma de nardo del árabe español.» Le da así un carácter gloriosamente espurio a sus orígenes.

Y evidencia como nunca esa realidad común que hace de ambos Machado un solo poeta, o más bien deja entrevivir entre ellos un sutilísimo lírico arabigoandaluz, anterior a toda épica cidiana, que es el dibujo desdibujado de dos hermanos en uno y hace ociosa, inútil y pobre la diferencia, la valoración y la autopsia académica de un solo cuerpo de luz y música.

Viernes 23

Me conoce la gente por la voz. Me delata el teléfono a diario, mi voz tiene una nota que soy yo. Dicen que hay en mi voz un general dormido, un cansado barítono que llora, un asesino con la voz cambiada, cierto runrún de bosque con bandidos. Dicen que hay en mi voz un hombre triste que levanta la voz porque le escuchen, un tenor seducido por sorpresa, y hasta un predicador, decía mi madre.

Mi voz soy yo, en nuestra voz vivimos, hay un registro propio, un metal ciego, que es la verdad tonal de cada alma. Pero esa voz yo la oigo desde dentro, nunca escucho mi voz, no sé quién soy, como nunca me toco el corazón ni me he mirado el alma en un espejo. Desconocidos de nosotros mismos —la voz reproducida ya no es nada—, dejamos una voz inconfundible, y seremos silencio, voz sin voz, mosaico numeroso de palabras donde no llegué nunca a decir nada.

Lunes 26

Me llama Carmen Díez de Rivera, que anda por aquí. En Navidades estuvo en Menorca y hasta hizo mucho deporte. Ahora ha venido a revisión de su cáncer.

—Conseguí una casa en Menorca a través de la pobre Pilar Bravo. En Menorca monto en bicicleta, hago mucha vida ecológica y doy conferencias en el Ateneo, donde he organizado un grupo político. Tienes que venir a hablarnos. Te invito a mi casa.

Me entenece la pasión política de Carmen —«papá Serrano», como ella dice—; creo que montaría un grupo político de nueva izquierda en la isla de Robinson, en la Luna de Julio Verne o en Marte, si la llevarsen en los actuales viajes. Sus palabras sobre

Menorca son luminosas y me traen otra Carmen más viva, más joven, más a salvo, pero igualmente conspiratoria, siempre en la causa de la justicia, que es hierro que lleva a fuego en su pequeño corazón de mujer que sufre.

—Y no confundas, Paco, a los menorquinos con los mallorquinos. Los menorquinos somos otra gente y tenemos otro pasado.

Ella, que está haciendo política continental en Estrasburgo, se detiene en la minucia deliciosa de su política parroquial en Menorca. Siempre es emocionante y dulce reconocer a una persona que queremos aflorando a trasluz después del tiempo, otra vez la misma.

—Lo mío dicen los médicos que está igual, que no avanza, y eso para ellos es bueno. No sé.

Quedamos en vernos antes de que vuelva a Estrasburgo. Esos minutos de optimismo y vitalidad que finge por mí y para mí me emocionan de una manera rara, con triste alegría, como el homenaje de una mujer que ya no tiene por qué rendir homenaje a nadie, sino que a ella se le deben, le debemos muchos los de cuando entonces. Las noticias del cáncer son tranquilizadoras, pero no me dejan tranquilo.

Creo que el primer personaje que salió en estas memorias fue Concha Velasco, al azar. Entonces, septiembre, se me confesaba en crisis humana, personal, existencial, matrimonial. Ahora ha intentado superar todas esas crisis mediante un personaje de Tennessee Williams, la italoamericana de *La rosa tatuada*, que consagró Ana Magnani en los cincuenta. Una cómica no tiene más salvación personal que sus heroínas como yo no tengo más salvación que mis personajes reales o inventados y mi escritura para mañana mismo o para *siempre* (habría que inventar una cursiva irónica, las artes gráficas no están completas).

Uno de estos días he estado en el estreno madrileño de TW. A TW le gustaba mucho trabajar con los sentimientos profundos. A uno los sentimientos profundos le parecen de mal gusto. Esta obra no es de las mejores de la vieja maricona genial. Concha es más actriz de comedia que de tragedia, y esto se ve bien en *La rosa tatuada*, que presenta las dos fases de una mujer, de esta mujer.

De todos modos, el personaje está bien elegido, era lo que necesitaba hacer Concha en este momento, un texto que le permite expresar mucho de sí misma, incluso físicamente. La mítica Amparo Rivelles, que está delante de mí, supongo que pensará lo mismo. Plaza ha hecho con su finura habitual la recreación del clima. Pero todo es asunto pasado, estreno tardío, y no sé cómo caerá en esta sociedad del pensamiento único, mucho más aséptica mentalmente. Los actores y las actrices que hacen mucha televisión acaban oliendo a detergente, pero Concha se ha salvado de eso —también de eso— con este papel.

Otro día de la semana he estado viendo un par de zarzuelas que ha montado Marsillach. A Adolfo le gusta jugar con estas viejas filigranas que le permiten toda clase de inventos, hasta hacer de la pieza arqueológica una creación propia. Su Mercedes Lezcano está llena de ese encanto interior —y exterior— que ella tiene, en uno de los papeles. Adolfo estiliza, moderniza, ironiza, juega y nos hace felices. Asiste la reina, aplaudiendo cariñosamente a aquellos españoles ingenuos y zarzueleros de entre los dos Alfonsos. Chueca fue el Verlaine de Madrid en la música, en esta música popular e inspirada. Chueca suena a Madrid, pero a otro Madrid, ya, que se nos va quedando en un desdibujado dibujo. Los reporteros audaces —uno también fue eso— me preguntan por qué no he escuchado en pie el himno nacional, y, por otra parte, quieren saber si cobro del PP: dos preguntas contradictorias, andan perdidos:

—El que cobra del PP es usted —digo—, y además poco.

Brujuleando por el teatro a oscuras me tuerzo un pie. A la salida cojeo escandalosamente. La ministra Esperanza Aguirre viene a saber qué me pasa y el vicepresidente del Gobierno, Álvarez Cascos, acude a donarme una de sus muletas, ya

que él lleva dos, como esquiador roto que es. Y su bella esposa, Gema, que parece hecha con nata de leche de ella misma, me viene a dar un beso, lo cual me alivia mucho el pie. Pero pienso que Cascos ha partido la capa conmigo, como san Martín de Tours con el menesteroso: es la moral de la derecha. Los dos se quedaron sin capa, pero san Martín iba a caballo.

El poderoso siempre te da la mitad de lo que te podría dar. Pero cada vez que doy un paso con esta muleta me acuerdo de Cascos y pienso que democracia es que un vicepresidente te preste o regale una muleta y eso no te lleve al resbalón definitivo. Con muleta y todo cenamos en Lucio. De madrugada voy a Urgencias de La Zarzuela y me diagnostican esguince, me vendan y eso. El pie izquierdo lo tengo inútil. Hoy lunes me ve uno de los prestigiosos Palacios y me anuncia una posible pequeña rotura en un dedo. El pie lo tengo de una forma que, como diría el romántico, «estando pálido tornóse lívido». Asqueroso. Ando por casa en silla de ruedas, voy a buscar un libro, a hacer pis, a robar un plátano en la cocina. Me invento pequeñas excursiones dentro de la breve isla doméstica donde voy a ser isleño y triste durante un tiempo. El hombre es una especie con gran capacidad de adaptación, y por eso estamos aquí, después de haber sido pez, reptil, mono y homínido. Ante tan prodigioso viaje a través de las especies, mi viaje en cochecito de ruedas al *office*, dándome contra todas las esquinas de los muebles, es una miserable anécdota.

Procuro adaptar la cabeza al mes aproximado de reclusión que me espera. Antes tampoco salía tanto, pero como era por decisión personal no me parecía reclusión. No he fallado una sola columna y ahora escribo todo esto en el diario, aunque estaría mejor con el pie en alto. Gracias a estas pequeñas transgresiones hemos llegado los hombres hasta aquí. Transgredir es avanzar. Viene a verme Cristina Rennotte, siempre en su estilo París años veinte que tanto me gusta, muy preocupada por las coagulaciones. Me trae unas muletas (ya tengo museo de muletas en casa, el museo que inauguró el ministro), e insiste en que, según los médicos amigos suyos, lo importante es prevenir el coágulo originado por la quietud. Otros médicos me dicen que eso no es previsible y que me olvide. La medicina es un arte aproximativo, como la literatura. Uno nunca sabe si ha acertado o no. Cristina me da dos besos calientes, cercanos, íntimos, cariñosos, con más sexo que los habituales, ahora que estoy en ruinas. Las mujeres son así. Se toma dos copas de ginebra, fuma y se va como con ganas de quedarse.

Esta tarde me ha llamado Inés, que sigue el incidente por el periódico, y definitivamente damos por clausurados o aplazados todos nuestros planes inmediatos. Todo será más adelante. O no será. Un día de éstos va a venir a verme. Está también más cariñosa que de costumbre. No hay duda de que el hombre enfermo, el derribado arcángel es un mito que erotiza a las mujeres, o las vuelve maternas, pero el maternalismo no es sino un rodeo del erotismo.

Escribo y escribo por demostrarme a mí mismo que no estoy absolutamente inútil, pero voy a dejarlo para levantar un poco la pata, que es lo que me conviene. María está en todo, con sus deliciosas distracciones y su gran sentido práctico —tan femenino— de la enfermedad del hombre. Nacieron para madres, pese al feminismo mal entendido. María me trae ahora mismo un vaso de leche para tomar un gelocatil. Luego veremos juntos una película en la tele, *Milagro en Milán*. Eso une mucho.

(Ni noticia de Carmen Díez de Rivera, que a lo mejor se ha muerto. Ésta es capaz de todo.)

FEBRERO

Martes 17

Más de veinte días sin escribir en este diario. Estos huecos son malos para un dietario, que se vuelve desmemoriado y a lo mejor indiferente para el lector, aunque me parecen más peligrosos (en toda narración) los saltos en el espacio que en el calendario.

El pie roto. El poco tiempo de estar con los pies en el suelo lo he dedicado a los artículos de cada día, y vuelta al pie en cigüeña de escayola, que es lo que más cura. Sobre este incidente he escrito versos, bromas, alusiones, etc., pero todo ello ahora me aburre y creo que, puesto a contarlos, saldría, claro, sin la lozanía perdida. Un diario sin lozanía es una flor muerta, una casa cerrada, una sepultura vacía, un río seco, un pájaro disecado. Mucha lectura, pues, y algunas visitas, aunque he procurado evitarlas porque añoro la calle, pero en cuanto la calle entra en casa me pongo a pensar en mi pie, que es lo que de verdad me importa. Esta tarde me han quitado la escayola y me han puesto un pétreo vendaje. Camino mejor, voy dejando de ser rehén de la ortopedia, guerrero medieval armado de muletas, sillas de ruedas y otras armas inútiles contra el paso del tiempo.

Las voces más frecuentes en mi ámbito, Sisita, Inés, Saramago, Cayetana Alba, Ymelda Navajo. Sisita, tan esnob como siempre, tan divertida, pero con una pincelada de soledad en la voz. Se ha cortado el pelo quizá demasiado, pero queda guapa con todo. La voz grave de Inés, con un interés por el enfermo entre convencional y maternal. Cayetana, esa duquesa que es puro pueblo español, como una Dama de Elche eterna, hecha de todas las tierras y todas las arcillas españolas. Viene a que le firme un libro.

Ymelda, cada día más empresaria y menos íntima. Saramago me llama dos veces para hablar de Chiapas y hablar de mi último libro, el de Valle-Inclán, sobre el que va a hacer algo. Saramago vive en Lanzarote (no sé si ya lo he contado aquí), que es como irse a escribir novelas a Marte. También hablo con su encantadora Pilar. Quieren llevarme a Chiapas y que nos apuntemos a la revolución o algo así. Gran idea para veinte años antes. Siempre habrá un crimen histórico que nos cogerá viejos. Uno diría que el áspero y noble y bueno y duro y sabio y fuerte Saramago quiere huir del provincianismo/sebastianismo de Portugal haciéndose ciudadano universal, como se decía hace muchos años. Vive en una isla que es como no vivir en ningún sitio y escribe unas novelas que no le ocurren a nadie en ninguna parte, pero éste es el gran hallazgo de la última, donde ha conseguido no/escribir una no/historia de un no/amor, dentro de la condena general y sorda, a lo Buzzatti, de la burocracia universal. Este hombre tiene que ser el primer Nobel portugués y a mí me alegraría mucho.

Harto de ocios y vacíos, un día le pedí al médico que me operase el pie, ese delicado metatarso que se quebró como un junco a la orilla de la oscuridad. Me sorprende siempre mi indiferencia física ante el dolor, los quirófanos, las enfermeras, los cuchillos y las televisiones de circuito cerrado por donde viaja un pie mío o un tabique nasal. Incluso me entra una euforia de suicida y hago bromas con los médicos y las enfermeras, como un rico de pueblo para quien la ciudad es una fiesta aunque sea en el hospital. Me gusta que el doctor Palacios —un David Niven con mucho prestigio científico, que a lo mejor me odia o ignora— mete agujas en mi pie izquierdo, hermético y dormido.

Temo a las enfermedades silenciosas que van erosionando nuestros riñones, nuestro hígado, nuestra faringe, pero la agresión física me exalta, aunque nunca fui soldado. El dolor no me asusta nada y creo que se controla muy bien mentalmente. Pero es más aburrido lo que viene después, este posparto masculino de ser tratado como una convaleciente de osteoporosis climática. Por otra parte, el pie, como toda enfermedad, es un test social, y mi condición de sociólogo aficionado creo que es lo que más nutre hoy mi columnismo, por ejemplo. La enfermedad es de mal gusto y en

sociedad se ignora. La muerte es más aséptica y el cadáver no te vuelve a llamar por teléfono, pero los enfermos nos ponemos muy pesados.

El enfermo primero es noticia, fiesta, luego es mala conciencia social y finalmente olvido, hasta que ya no te llama ni el que espera un préstamo de ti. Estar enfermo es, socialmente, como estar muerto en vida, dando toda la lata que darían los muertos si tuvieran teléfono en la tumba. Hay que ponérselo y que se jodan los vivos.

Luego están las sorpresas. Lllaman siempre gentes inesperadas en quienes no imaginábamos tanto interés, tanta amistad o tanta curiosidad. No llaman los habitués, los de la fiesta diaria, los íntimos, los colegas. Para el amigo o la amiga lejana, mi enfermedad, cuando la conocen, es una ocasión de tomar contacto. Para el íntimo es una obligación, un deber, pues un amigo con quien no se puede quedar sino para tomar manzanilla en torno a un pie erecto como una figura de la isla de Pascua, más que un amigo es un compromiso a extinguir. Las amistades y los amores más fuertes no resisten una enfermedad. La enfermedad inspira más colaboración y sentimiento en la vecina con quien apenas nos hablamos en todo el año. Lo fugitivo permanece y dura, viejo maestro.

Ha salido mi *Valle-Inclán. Los botines blancos de piqué*, con mucho lujo y escándalo editorial. Ymelda y la editorial creen mucho en este libro, García de la Concha, García Posada, Eduardo Sotillos y más gente me han dicho ya que es muy bueno. Espero críticas inteligentes, incluida una de Saramago. Lo hemos presentado ayer, 16, en el Casino de Madrid. Mucha televisión, prensa, público, publicidad y hasta prensa del corazón, lo cual indigna a José Antonio Marina, mi presentador, que se lía contra todo este montaje, de modo que estropea un poco el acto. Pero todos los media quieren llevarse algo de mi escayola del pie, como una reliquia laica. Pedro J. Ramírez.

Sócrates fue irónico, Grecia está llena de ironía y cinismo, en Voltaire, Montaigne, Nietzsche, Ortega, D'Ors, Bertrand Russell y tantos hay humor y mundanismo. El pensador no es necesariamente un monje ni un cuáquero. Hasta el sombrío Sartre trasnochaba en los cabarets existencialistas. Pero Marina, este grande y joven maestro, que tiene el humor de firmar al pie de sus cosas mejores «Profesor de Segunda Enseñanza», exige luego un rigor de seminario al público de las ocho de la tarde. Marina ha saltado del silencio de su huerto metafísico a una popularidad intelectual muy merecida, pues hoy es nuestro mejor ensayista y el más actual. Esto me parece que le tiene un poco desconcertado y no se decide a ser un escritor *mondain* —Ortega— ni a volver a su clausura, que ahora es relativa (La Moraleja), pero muy fecunda.

En su presentación deja de lado a Valle e insiste en mi condición de pensador que he pensado sobre el pensamiento de otro. También dice que soy el mejor lector de literatura, con Borges y Azorín —raro trío—, y que quisiera llevarme a su instituto como profesor. A este público de pamelas y televisiones, de show intelectual, le deja un poco desconcertado, pero a mí me parece muy importante el trabajo de Marina, quizá lo más profundo que se escriba con ocasión de este libro.

Entre las viejas amigas de la fiesta posterior, Natanael, Berta, Oriana, etc., mujeres que ilustraron un año de mi vida cada una, o dos o tres, y a cuya sombra y luz viví un paganismo pequeñoburgués de versos y adulterio. Piernas de seda y pecado, como las recuerdo o las vuelvo a ver. Ahora hay jóvenes estudiantas en torno a mí como en torno a un caballero de la mano al pecho que todavía pudiera echarles una mano, su mano gloriosa.

Viernes 20

La semana ha sido un poco fuerte para un convaleciente. El lunes presentamos el *Valle-Inclán* en el Casino, como ya he contado aquí. El martes, Palacios Cabezas me quita la escayola y miro mi pie herido como un niño que me trajeran de la incubadora. Soy un poco el padre/madre de este niño/pie, que no es precisamente un pie de niño.

El pie tiene carita de enfermo, pero se ha desinflamado mucho, se ha reabsorbido el hematoma, no molesta el esguince y miro los dos agujeros negros y mínimos por donde entraron las agujas que ahora unen el hueso al hueso, como en un crochet de hueso, hasta que el metatarso fragüe. Ahí es donde a veces duele, escuece, quema, pica. Palacios me dice que camine con absoluta libertad de movimientos, que haga mi vida, y me pone un vendaje de resina mucho más ligero y grato que la escayola. Este hueso y este pie parece que están salvados, lo que me da ánimos para echarme a la calle, con una muleta, a cumplir con mis cosas. Pasaron los días remotos y tan recientes en que María empujaba una silla de ruedas cuesta arriba, contra la intemperie, en mañanas de nieve, en amaneceres de hospital. De pronto descubre uno el milagro y la grandeza de sostenerse solo sobre los dos pies. Somos una maravilla arquitectónica de la biología y, ciegos a esto, le damos vueltas a la angustia existencial. El hombre es un animal enfermo de pensamiento. Es como si yo hubiera crecido unos centímetros. Las convalecencias rejuvenecen y son así como un noviazgo con la vida, esa antigua novia que siempre está esperando, incluso a la puerta del cementerio. Ruano habló de «la alegría de andar». Ahora lo entiendo.

El miércoles por la noche entrega del premio de novela corta juvenil Francisco Umbral que damos por segundo año. En la fiesta, el alcalde de Majadahonda, la ministra Esperanza Aguirre, Massiel, Conrado San Martín —aquel galán de los cuarenta—, Concha Cuetos, una madura famosa que me gusta mucho:

—Cúrate pronto, Umbral. No me gusta verte así.

—¿Me amarás cuando tire la muleta?

Concha tiene mucho de un amor final, anacreóntico y resignado. Una inteligencia de ojos claros y una encarnadura que siempre haría de ella la amante/madre. Algo que he frecuentado poco en esta vida, aunque podría hablar de María Rosa, de aquella argentina, de la otra argentina, de la portorriqueña, no sé. Me encanta el carnaje de esta mujer que se marchita por días. Muchos famosos en la fiesta. Alonso Millán, mi querido humorista de la raza extinta de los buenos, algo así como un nieto natural de Mihura y Jardiel. Me toca hablar de pronto. Improviso y no queda mal. El natural protagonismo que da la edad se rubrica con una enfermedad, con este accidente, pero un conserje resentido me dice la salvajada, me suelta su odio de clase en bruto:

—A estas edades ya se sabe...

La ministra, íntima, ingenua y encantadora como siempre. Aconsejo al jurado que para otro año busquen escritoras. Hoy hay muchas chicas que escriben bien. Al concurso le convendría sacar una chica, y estoy seguro de que se presentan muchas. Esta generación femenina se ha lanzado a escribir por la sencilla razón sociológica de que empiezan a vivir a los quince años y a los veinticinco ya tienen experiencias y lecturas para hacer una novela. No hace falta mucho más para arrancar.

Ayer jueves, conferencia por la mañana en la Facultad de Periodismo. No parece que estos estudiantes salvajes de hoy estén muy interesados por saludar a Montaigne, a Bacon, a Chesterton, a Paul Johnson, a Voltaire, a Torres Villarreal. Están en periodismo porque lo han visto en las películas y prefieren la televisión, donde no hay que escribir apenas. Pedro Crespo de Lara y el decano de la facultad quieren hacerme profesor honorario. Nunca he tenido espíritu docente, aunque luego dicen que doy las clases muy bien, amenas y «diferentes». Lo de «diferentes» no lo dudo, porque es el elogio, definición o tópico en que incurren todos los críticos.

En la facultad me suben y bajan en un aparato que sólo usan los tetrapléjicos (me cuestan las escaleras), y voy lleno de vértigo, mirando mi pie, que, con el nuevo vendaje, deja al aire tres de los cinco dedos; cinco dedos estilizados, crísticos, largos, dedos y pies que me gustaba lucir descalzo, cuando entonces. La edad y la enfermedad van enterrando en vida el cadáver previo, pero siempre quedará al aire un pie erguido, esbelto, masculino, por el que los antropólogos podrían sacar toda la

biografía y quizá hasta la bibliografía. ¿Se enteran los pies de que son pies de escritor, les llega en la sangre algo de lo que leemos, o son irremediamente pedestres, los pobres, los pies?

Por la noche, entrevista de televisión con Isabel San Sebastián, una chica/Anson que es bella, esbelta, gentil y profundamente antipática. Quizá por antipática decido decirse todo: que soy de Izquierda Unida y Julio Anguita, que soy machista, que lo mejor que ella tiene son las piernas, que Valle-Inclán (la entrevista va por el libro, claro) era anarquista incendiario, que no me importa la Academia ni me importa nada, sólo me importa mi pie y que me dejen en paz.

Así, hasta que consigo enfadarla. La entrevista, claro, se ha comentado hoy mucho en Madrid. Era en directo y ahora me veo grabado, en casa. Bien de imagen, pelo blanco y barroco, buen conjunto en azul, y la muleta asomando de vez en cuando. También le he dicho a Isabel que soy feo y que Valle era feo, que soy ateo y que sólo soy sentimental con mi gata. Ella quiere hablar de la tormenta de ruido que mueve la manigua madrileña estos días, pero yo le recuerdo que a todo juicio importante, nacional, le precede siempre una tormenta de ruido. A mí me interesa lo contrario, el juicio GAL, el enfrentamiento de hechos, cosas precisas, nombres, personas, cosas tangibles. Los periódicos especulan, pero sólo Pedro J. Ramírez, todavía convaleciente de las brutales heridas de la traición, se mantiene en el discurso de las cosas, los datos, las verdades comprobadas. Quizá sólo él y yo estamos más allá de la tormenta de ruido. Pero nada de esto es lo que quiere oír Isabel San Sebastián y a la salida de la tele me llama «rencoroso». Qué mona.

Sábado 21

Parece que mi libro sobre don Ramón está siendo o va a ser un éxito editorial y de crítica. Me refiero al éxito exterior, comercial o de justa apreciación. Pero eso es lo de menos. Para mí lo que importa es el éxito interior, el haber llevado a cabo con cierta fortuna uno de los proyectos más antiguos de mi vida literaria. Cuando yo escribía sobre Larra o sobre García Lorca, sabía que el libro que tenía que hacer alguna vez, *mi* libro, era el de Valle.

Un proyecto que viene, quizá, desde los catorce años, cuando tomé de entre los libros de mamá una vieja edición de *La guerra carlista* y allí descubría yo la literatura, como en una revelación enceguedora. Ya está, me dije, esto es, he aquí lo que buscaba. Al fin había encontrado el cuerpo desnudo y barroco de la literatura, el tesoro vivo y viviente del idioma, aquello que iba a ser mi vida, que iba a arropar mi orfandad con trabajo, dinero, pasión creadora y pequeños logros, tampoco aspiraba a más.

Muchos años más tarde, el *Valle*, mi libro, uno de los pocos necesarios —ah el libro necesario, qué solo y aparte se queda, consagrado por uno mismo, al margen de los libros de ocasión que hacemos por vender o por estar—, he aquí que está ya hecho, terminado, completo, coherente, funcionando ante el lector y el crítico como un cuerpo vivo. Como que es mi sangre, mi vida y mi memoria la que corre por ese libro. Y esto que digo no tiene nada que ver con el fácil efectismo de los reporteros, «Umbral *versus* Valle-Inclán» (hasta el gran Saramago ha caído en eso). Yo aquí no busco una identificación oportunista con el maestro, sino conmigo mismo, con el plan previo de mi biografía y hasta mi bibliografía. Se van cumpliendo las etapas propuestas de una vida, como supongo que les ocurre a tantos hombres, y entonces viene la melancolía.

La melancolía, sí, porque si nuestro proyecto vital no se cumple, siempre nos queda la rebeldía, la rabia, que es vida, pero ay cuando el proyecto se va cumpliendo y nos quedamos solos en la plaza atardecida de las estatuas que uno mismo ha levantado. Un proyecto cumplido, un trabajo, como un amor consumado, nos deja el vacío venidero de la existencia, nos priva de misión futura. Sólo le quedan a uno cuatro cosas por hacer y luego morir, o sobrevivir, que es peor.

Desde fuera creerán que un logro así es un gozo, una fiesta interior. Pero lo que resta

es eso, vacío, silencio, soledad. Don Ramón me acompañaba mientras yo iba pensando su obra y la mía, su libro y el mío. Ahora a lo mejor no vuelvo a pensar en él. Un hombre con la tarea cumplida es otra forma de parado. Estando ya mi casa sosegada... Estando ya mi casa sosegada lo que me espera es la melancolía, el miedo, la desolación, la nada. En fin. Supongo que todas las vidas son iguales, sólo que no todos los hombres sufrimos y gozamos igual nuestra vida. Triunfos, hijos, golpes de suerte (que son siempre golpes de esfuerzo), la casa y la familia, como trazada también por un arquitecto. El hombre se vuelve de espaldas a todo eso. ¿Y ahora qué? Aunque no me gustan los símiles eróticos, por fáciles, diré que ahí está el vacío estatuario que deja un cuerpo de mujer ya derribado.

Los hijos son transmisión de vida, son unos padres que se les dan a los nietos. Los libros son una dudosa transmisión a los lectores. A los pocos días de salir de la tienda tienen ya algo de ceniza entre sus páginas. Uno ha cumplido con la vida, que es como amortizar la vida. Este libro era importante para mí, ya digo. He cumplido con alguien no sé qué compromiso que no tenía con nadie, salvo conmigo mismo, y muy vagamente. Antes se abrían los libros con un cuchillo y soltaban harina. Eran los alegres libros ajenos de la juventud. Mis libros, ahora, sueltan ceniza.

Jueves 26

Camino con dos hierros en el pie izquierdo, tengo dos hierros en el pie izquierdo, los que me pusieron cuando la operación. Son dos hierros largos, finos, dos agujas, dicen ellos, que abarcan la longitud del pie. No sé si van por dentro del hueso o cómo, pero ese ingenio quirúrgico es lo que me permite andar, cojear, vivir, mientras el metatarso, con su nombre de teólogo medieval —san Metatarso, godo—, se va soldando.

Algo tiene que ver el nombre de ese hueso con el medievalismo de mi tortura. Me siento como aquellos esclavos que andaban con cadenas en los tobillos y descalzos. Sólo mi gran paciencia —la heredé de mi madre— me permite soportar esto con dignidad y sin esperanza, porque lo malo del dolor es que no deja lugar a la esperanza y hace pensar mucho más en la muerte que en la vida. El médico me ha dicho que camine, que el pie ya está seguro, de modo que voy a casi todo, como quizá queda consignado en este diario, y tomo cosas para el dolor por prescripción científica, pero no las tomo científicamente, sino milagrosamente. Quiero decir que todo enfermo, todo doliente es un místico y espera mucho más el milagro que la eficacia médica. Quizá el dolor sea el origen de la religión, el motivo de los milagros, y la pobre bestia que somos, o el homínido con pensamientos de niebla, tiende mucho más al milagro que a la razón científica. Yo me tomo un nolotil como si comulgase, con el mismo fervor.

Pie de hierro y espuma, este pie izquierdo, pie de plata y blandura, pie de guerrero y de muerto. Cuando, en determinadas contracciones, una aguja pica en la carne, o pellizca o lo que sea, puedo llegar al grito, pese a mi resistencia al dolor. Y a ver quién da luego el siguiente paso. Pero a medida que ando el dolor desaparece y el pie yo diría que se embota de sangre o velocidad —voy lentísimo— y ya puedo seguir indefinidamente.

Todo esto es para mí una lección moral: no hay que echarse atrás a la primera. La insistencia es un gran recurso de la inteligencia. Los animales lo ignoran. El dolor es para ellos la muerte, ya que la muerte les es ajena. El hombre está hecho para insistir, para resistir —el que resiste gana, dice Cela—, y esos caudales de insistencia que guarda el hombre, sin saberlo, son lo que descubre el místico, el asceta o el soldado. Más allá de mis fuerzas empiezan otras fuerzas (quizá ya la especie pura y en bloque), que es lo que las religiones llamarían el milagro, lo inexplicable, lo sobrenatural. A mí me parece, por el contrario, que en la insistencia/resistencia soy más *natural* que nunca, conecto con las reservas de energía del mundo, con la inmutabilidad de la piedra o la poderosa asiduidad del mar. ¿Se hace camino al andar?

Se hace pie al andar. Mi pie existe más cuando camino con dolor.

Qué dos hierros de hierro, qué dos finas torturas de plata. Pero el dolor acorta el

tiempo, como el placer, y sé que pronto me quitarán esto. La filigrana de mi pie izquierdo volverá a ser mía. El pie izquierdo es más delicado, como la mano. Entre china y medieval, la aguja existe y existe, en movimiento y en reposo, en la vigilia y en el sueño. Duele incluso cuando no duele. Camino despacio con una muleta, cogido a María o solo. Me siento ligero, frágil, rompedizo, en peligro. Pero camino, aprendo a caminar con un pie niño y torturado. ¿De qué culpa antigua viene este castigo? Las religiones son positivistas, en realidad, y establecen una contabilidad culpa/castigo. Yo sé que en el dolor hay tanta vida como en la vida. Procuro vivir mi dolor como vida. Me siento pariente de todo el daño que el hombre ha hecho al hombre, y le sigue haciendo. Hasta que llego a una silla o una piedra, me siento, pongo el pie en alto y me creo libre.

Viernes 27

Inyecciones en el pene, cremas en el pene, cremas en la vagina, en el clítoris, el placer es la respuesta dialéctica al dolor. Ahora que me duele como ya he contado, el placer incentivado me lleva, nos lleva al otro extremo del éxtasis, a la dulce angustia del gozo. Tenemos así el cuerpo del dolor y el cuerpo del amor. El cuerpo del amor (Norman Brown) es el mismo cuerpo del dolor y no es el mismo, es una imagen que se desdobra en dos, es el discurso del cuerpo contra el discurso del mundo. El poeta Jorge Guillén se resistía a aceptar el dolor como propio, como una dimensión más del cuerpo, porque esto alteraba todos los planes de su gran libro *Cántico*, aunque él no lo dijese.

El dolor es lo no previsto, y a eso hay que responder con otra imprevisión: el placer. Vivimos de la esperanza del placer, pero pocas veces somos placenteros. El placer es una dimensión sólo intuida del cuerpo, viejo poeta, y por tanto el dolor también. No vale rechazar aquello que nos estropea el soneto. No hay más soneto vivo que todo el cuerpo entero, sufriendo y gozando. El placer también soy yo y si ahora sobredimensiono el placer no es sólo como respuesta al dolor sino como necesidad de restaurar el desequilibrio del cuerpo/alma. Mucho dolor, mucho placer, desnivelan el cuerpo, dejan demasiado usada la vida. Hay que restablecer el equilibrio urgentemente. Y no es que uno sea un clásico o pretenda hacer de tal. Creo, por el contrario, en los grandes desvencijados.

Pero así como alguien dijo que el juego es un suicidio sin cadáver (quizá Malraux), el continuo desnivel es un entierro sin grandeza. Un cuerpo sano es el que pide por sí mismo el equilibrio, y lo busca y lo encuentra.

Quizá le ha faltado a uno satanismo para lanzarse/hundirse en una sola dirección. Quizá el cuerpo, que ahora canto, no sea sino un pequeñoburgués que en seguida quiere restablecer el orden. Pero lo cierto es que la exaltación del placer me salva de la exaltación del dolor y del misticismo en que estaba cayendo, como confesé aquí ayer u otro día.

Puede ser que el sexo/erotismo no tenga otra función que ésta (lo cual nos decepciona un poco): devolver vida a la vida, darle la respuesta del cuerpo a una angustia que ya va siendo del alma. Las drogas y el alcohol tengo comprobado que sólo ayudan a quien sabe ayudarse por sí mismo. Suelen ponerlo todo peor. Dice Bukowski que el whisky es la sangre de los cobardes. La única respuesta al cuerpo que viene del cuerpo es el sexo.

Y no estoy haciendo metafísica de inglé, sino rudimentos casi médicos. El sexo no sólo *contesta* al mal sino que lo cura. El sexo es la actividad más profunda del cuerpo, la más comprometida, en el sexo hay que poner todo el cuerpo, todo el ser, porque si no es otra cosa (Sade). El sexo, así, es como una limpieza de fondos que se le hace a este velero de costillar óseo y sangriento en que navegamos. Y con la limpieza se va el dolor.

No quisiera uno caer en los anacronismos —ya lo eran entonces— de aquel Wilhelm Reich de nuestra juventud, que creía en el orgasmo como medicina panteísta. Sólo quiero decir que el sexo, vivido a fondo, *contesta* al mal, y con eso basta.

En esta dialéctica sexo/dolor o dolor/placer paso algunos días. Como todo tiene plazos, el dolor también los tiene. Y lo que impone y acorta sus plazos al dolor es el placer. Y a la inversa, claro.

MARZO

Miércoles 4

Hace unos días, almorzando en la finca del doctor Portera con un grupo de gente, encontré a Antonio Saura, este pintor tan internacional y con tanta biografía, que lleva un año o dos enfermo de leucemia. Me cuenta lo de la quimioterapia, «que es muy duro, muy fuerte», y ahora está cojo de las dos piernas —siempre lo fue de una— porque el tratamiento le ha debilitado mucho y le cuesta andar. Como siempre fue calvo no ha sufrido esa pérdida de pelo que aporta la quimioterapia.

Saura está serio, o más bien triste, infantilizado por la enfermedad. Siempre tuvo una cabeza asiatoide —calva redonda, ojos rasgados, gravedad—, y ahora parece un poco reblandecido por la cortisona o por el dolor. Ah esos atroces pinchazos en la médula. No es que no tenga ganas de hablar, me parece, sino que sólo quiere hablar de lo suyo, como es lógico, y no de esos temas que le proponen los demás, porque el enfermo se vuelve de pronto un ser de lejanías y asiste al mundo, pero desde una distancia que yo, sin ninguna metafísica, llamaría sobrenatural.

—Estuve ingresado en el Doce de Octubre. Cuando se presentó esto yo vivía en París. Ahora me he venido a mi casa de Cuenca y allí dibujo bastante, trabajo.

Recuerdo que hace unos veranos, en El Escorial, participamos juntos en un homenaje al difunto Viola, hablamos de él en la universidad y luego fuimos al cementerio del pueblo, donde está enterrado aquel genio de la abstracción que tan definitivo fue en mi formación artística y hasta en mi biografía.

Antonio Saura es un pintor de raza picassiana, más mental que temperamental, me parece a mí, como su hermano Carlos en el cine. Pero Carlos es cordial, riente, abierto, y Antonio siempre me ha parecido un pintor parisino que nos mira con una especie de desprecio que a lo mejor es timidez. Yo diría que lleva su enfermedad con convencimiento y clarividencia, sin hacerse demasiadas ilusiones, pero con una paciencia interior y macho de «a ver lo que da esto». La lanzada de un triunfador es una de las cosas que más desconciertan y desbaratan el mundo. Tenemos la idea pueril de que el éxito defiende de todo, hasta de la muerte, pero lo cierto es que el poderoso está tan indefenso como el débil y que la gloria pierde todo sentido ante un triunfador derribado.

Yo diría que no se trabaja por el éxito, como creemos, sino por la *segundad*, que da el éxito, ese blindaje contra la muerte y, lo que es mejor, contra la vida. ¿Y si no hay tal blindaje? La creación es una respuesta a la muerte, claro, pero sólo sirve y ladra mientras no hay muerte. Es como el perro que nos defiende eficazmente del lobo mientras no hay lobo.

Luego, Saura desaparece de la reunión sin despedirse de nadie. A todos nos convendría ir practicando la estética de la desaparición.

Me gustaría ir algún día por Cuenca a ver a Saura en un clima más claro y creador que el de este encuentro, pero no me atrevo a decírselo. Uno va viviendo ya la timidez de la edad, que es peor que la famosa timidez adolescente.

Ayer por la mañana, a esta hora, van a ser las doce, me llamó Inés, como otras veces, desde un jaleo de carreteras, teléfonos móviles, distancias que vibran en el hilo inexistente que nos une (y no lo digo sólo telefónicamente). No sé dónde está ni se lo he preguntado. Me gusta esta vaguedad añadida a las vaguedades de nuestra amistad. El día de la presentación de mi *Valle*, en el Casino, le dediqué un ejemplar: «A Inés, siempre y en vano.» No sé ni si habrá entendido la letra. Ahora me dice:

—Dime cuándo te dan de alta para organizar algo.

Le digo que muy pronto.

—Tenemos ganas de verte.

La encuentro cordial, cercana, en remolinos de distancia y telefonía. Se le corta y vuelve a llamar. Está cariñosa y llena de un afecto que ella sólo da en clave cerrada, en

palabra sobria, sencilla, pero cargada de sentido, como dicen algunos críticos que hay que escribir.

Secretamente, me cambia el día su llamada.

Era como el año 40 o 42 y aquella mujer, Julia Gómez, volvía con su pequeño hijo del trabajo en el campo, atardecer de La Mancha. Al llegar a casa supo que su marido, prisionero de guerra en trámite de liberación, había sido fusilado. Aquí termina la vida de Julia Gómez, campesina, o principia su segunda vida, hecha sólo de ausencia, dolor, incomprensión, hijos, vacío y nada.

Cuarenta años más tarde, o cosa así, cuando llega la democracia, en Ciudad Real levantan un monumento a los caídos republicanos, como era de justicia, pero nadie se atreve a llevarles flores, porque esto es un acto público y nunca se sabe. Julia Gómez no había podido visitar nunca la tumba de su marido, hablarle de tú a tú, como se habla a los muertos, porque el fusilado estaba en una fosa común inencontrable. En el monumento a los asesinados de la República siente Julia Gómez que está de alguna manera su marido, su muerto, ya que una cosa así reúne real o simbólicamente los cuerpos individuales y el alma colectiva de un pueblo. Hasta que se decide y es la primera en llevar flores a ese monumento, y con este gesto rompe el miedo, el silencio, la represión íntima de muchas otras madres, esposas, hijas, hermanas, novias, y ya todo el mundo le lleva flores a sus muertos, diariamente, a una generación de viñadores o agricultores por la que había pasado la muerte rojigualda de Franco.

Esta semana ha muerto Julia Gómez en Madrid, a los ochenta y nueve años, y ha muerto de nada, todavía con su salud de poblana, ha muerto de vivir, o más bien de no vivir, porque, como hemos dicho, dejó de vivir aquella tarde remota, cuando un ángelus de sangre se llevó a su hombre, y ella venía del campo. El niño que venía con ella del campo, que viene todavía, que vendrá siempre, era, es Pepe Díaz, hoy pintor famoso, hombre cabal, rojo pacífico, sabio en todo, con esa ciencia lenta y honda del pueblo que no sabemos de dónde viene y viene de eso, de ser pueblo y mirar las cosas como una raza de lejanías que apenas ha participado en la Historia y sólo la protagoniza para morir.

No sé si me había contado Pepe esta historia, quizá sí, porque yo la he recordado espontáneamente cuando hemos llegado al final, cuando Pepe ha andado dos días perdido, quizá caminando anónimo las calles de Madrid, transparente de multitudes, pensando en una madre que no había vivido, en la madre testimonial del pueblo así abolido, en su madre, que desde aquella tarde en que, estatua de sal, quedó parada mirando hacia atrás, hacia el marido que no venía con ella, tras ella, como otros atardecidos. Le iban a perdonar —¿de qué?— y le fusilaron. Sentía, como Orfeo, y sin saber quién era Orfeo, que había matado ella a su marido de tanto mirarle porque no se borrara. Julia Gómez en un tanatorio madrileño, el hijo, perdido de los amigos, en meditación peripatética, como cuando andaba por París haciéndose pintor.

La España que va bien está bordada todos los días de estas pequeñas historias de cuando entonces, tan remotas y actuales. Somos hijos de aquellas madres, Pepe, y por eso insistimos en lo nuestro y hacemos la parodia de ser actuales, pero somos de entonces. Podría ahora citar a tantos. Tu madre tuvo un arranque, Pepe, fue la primera que llevó flores a los rojos en Ciudad Real, pueblo zurrado, y ese arranque, ese gesto llena y justifica una vida, Pepe. Es el heroísmo modesto de la gente. No voy a decir que tu madre sea un símbolo ni un mito ni un ejemplo. Era sólo tu madre.

Viernes 6

Ah niña del aceite, Loyola del Olivo, ah el puro aceite virgen y la virgen ministra, se encontraron un día estas virginidades, Eva blanca y adánica, clara serpiente verde, y hoy Loyola se unge, se empeña en una lucha, salvemos el aceite, salvemos los olivos, sangre verde de España, herida y andaluza.

La santa del aceite, la mártir del aceite, la pequeña doctora que sabe de las cosas, no

pueden engañarla, no deben engañarla, ni izquierda ni derecha ni raros extranjeros: es la causa de todos, la causa del aceite, no arrancar ni un olivo, no ceder ni una oliva, España es una alcuza, ya lo dijo Machado: «Por un ventanal / entró la lechuza / en la catedral. / San Cristobalón la quiso espantar. / La Virgen habló: Déjala que beba, / san Cristobalón.» Que beba la lechuza que baja del azul católico de España, que se santifique la lechuza, pero no los lechuzos euroeconomistas que no van nada bien, que van y van muy mal, y le sajan a España por la herida, por su glorioso exceso de aceituna. Andalucía, La Mancha, España, huerto de los olivos laicos de este pueblo, y la aceituna verde, un árbol de pendientes, y la aceituna negra, prima de los gitanos. Huerto de los olivos donde siempre alguien reza, catedrales del viento, los anales de Góngora. Y por fin el aceite, con su gran lengua verde, lamiendo el gran costado ribereño de España.

Todas las cuentas cambian, también las de Bruselas, pero ese viejo olivo, guerrero bajo el sol, pero ese torso viejo, barroco y tan íbero, debemos defenderlo, dejar que se defienda, debemos salvarlo de los hombres del agro.

Tú lo has visto muy claro, doncella de las cosas, mística de las cosas, tú, como otra Teresa, hoy es el pan y el vino, mañana el cereal, las uvas o el ganado, la tierra o este queso. La Virgen de las cosas, Loyola de Palacio, no va por un partido ni va por ninguna acta, porque entre los pucheros, lo que dijo la otra. Y entre todas las cosas, paraíso de segunda, en el jardín de España, bíblico a su manera —no hay virgen sin serpiente—, se le acercó el aceite.

Mira cómo te mira, mira cómo te lame, gusta su gusto lento, maternal y profundo, mira el aceite virgen, ojos de la ensalada, mira el aceite bueno, pupila en la lechuga. Ha encontrado Loyola una serpiente amiga, ni manzana teológica ni pecado en la Biblia, sino este otro evangelio de las cosas, los frutos de esta tierra, lo que cae de este cielo, una España en racimos, cepa de otros guerreros, lo mismo que el aceite se llevarán las viñas, sólo algunos políticos ganarán con el cambio, pero el pueblo de España, el comunismo agrario, ah los aceituneros, ah el amor de Loyola, queremos nuestras cosas, nuestra parva cocina, los nobles alimentos que el corazón transforma. Siempre anduvo el aceite, urgente lagartija, corriendo entre las piernas de mujeres morenas, nadie quiere en España arrancar los olivos, sino ver cómo avanzan, cual el bosque de Macbeth.

Avanza el bosque verde con filos de resoles, el sol es arsenal de lencería, ni el socialista quiere ni mi Loyola quiere que se lleven España arrancando los mapas. Avanza el bosque verde, como el bosque de Shakespeare, hacia el mal enemigo, hacia el negro contable que les habla a las hojas con acento extranjero, que morirá de bala de aceituna suavísima. Loyola y la serpiente, estampado pagano, Loyola y el aceite, rebelión de los campos. Pan y aceite es España y una virgen violenta.

Lunes 9

Creo que es la primera vez que este libro se llena de flores. Miro a ver y lo empecé en septiembre, de modo que mi diario entra por ahora en su primera estación primaveral. Las flores de los ciruelos son ventaneras, blancas y escandalosas como las del almendro. En el jardín hay muchos y, sobre todo, muy frondosos ciruelos, altos y extensos.

Bien miradas las cosas, la flor del ciruelo es de una blancura vagamente sonrosada, con un punto de sangre en algún pétalo. El cielo y el suelo se llenan de esta floración. Cualquier brisa de marzo compone un ángel con el tropel de flores que se lleva. Todos los años, estas flores me fingen un renuevo de la vida que luego no es verdad. Este año, la cosa me coge enfermo. Otros años, simplemente cansado o con propensión a la enfermedad de vivir que llamamos desgana. Pero las flores del ciruelo, primaverales y muchas, siempre nos cogen por detrás, por sorpresa, en una salida imprevista al jardín o en el reflejo de un cristal. Esto es el paraíso, la soledad, lo tan *irreal*, hoy

lunes, a pocos días de la inauguración oficial de mi pie.

Esta floración tiene algo de suelta de palomas, hay nupcias y tules en el aire de marzo, el silencio sólo libera la nota suelta de un pájaro. Un poco de dolor en el pie izquierdo es un estímulo para escribir. Masas de verdor y blancor cabecean. Las doce en el reloj. No es que uno crea mucho, ya, en aquel planeta perfecto del primer Jorge Guillén (luego la vida le quitó la razón, y de qué manera). Pero tampoco es uno tonto como para no ver que los sueños líricos de juventud se han hecho realidades pequeñoburguesas de madurez.

Toda la paz casi claustral que yo soñaba, hace medio siglo, para escribir mi poesía pura. Toda está aquí. Sólo que yo descubrí en seguida que no quería hacer poesía pura, sino prosa impura. Había en mí un fondo beligerante que pronto emergió en la superficie, y gracias al cual he vivido o, más bien, sobrevivido. El dolor del pie es dolor de caballero que ha sido violentamente descabalgado.

Después de las flores vendrán las ciruelas, un cosechón que María se disputa aguerridamente con las urracas, tantas, tan bellas y tan malas. María libra esta batalla sin memoria de haberla librado ya otros muchos años. Las urracas, que van de hábito blanco y negro, como alguna orden religiosa, se comen las ciruelas más altas. María, la chica, Cruz, Paco el jardinero, Platero el fumigador, alguno de los guardas, cogen y se reparten las ciruelas bajas. Luego, María reparte sus ciruelas entre las amistades y se reserva una cesta para hacer mermelada. A mí me gusta mucho la mermelada de ciruela. Y el doctor Soberón dice que es muy sana. Dentro de unos días sólo me quedará, de esta floración de vírgenes en racimo, un vago olor dulce, feliz y consabido.

Martes 10

Pues ha venido Trillo, Umbral, ya ves, y dice que yo me pasaba los días en un terrado, en Orihuela, con la Roja y otras amigas, cuando éramos pequeñas, y yo le dije digo, pero tú cómo sabes eso, el presidente de las Cortes, ¿no?, pues ya lo ves, Umbral, hijo, hablando hablando resulta que Trillo está casado, y tiene muchos hijos, con la hija de mi amiga de infancia, que le ha contado que ella jugaba con Sara Montiel, Bono no ha podido venir, y Mingote está con una gripe o algo, una cosa de oídos, a mi hermana ya la has visto, tiene unos años más que yo y ahora anda vendada, como tú, pero mira qué maja está, somos hermanas de semen, es lo que yo le digo, mi padre se pasó un buen rato con mi madre y un buen rato con tu madre, pues vamos a querernos, y tanto que nos queremos, pero la gente ha respondido muy bien y veo muchos amigos y amigas y sólo ha faltado que tú dijese unas palabras.

Hemos celebrado el cumpleaños de Antoñísima en el restaurante del teatro Real, yo subo en el montacargas, por evitarle escaleras a mi pie, la cena de José Luis muy rica, aunque la dejo. A la entrada, damas con peinado de nido (a todas les ha volado el cuco por encima del nido), Norma Duval, Pepe Rubio y mucha gente. Pepe y yo hablamos de Rosa Valenty, que me dice Pepe que está en Sevilla de gira.

Natalia Figueroa me cuenta *El circo del Sol* y Raphael me ruega que no tire las postales que me envía desde todos los sitios del mundo. «Un día tendremos que ir al Rastro a venderlas», le digo.

La Antonia está rodeada de artistas y políticos. No perdonan, Umbral, no perdonan, a mí Villaverde me puso las neumotorax el año 47, ¿te acuerdas?, no me conocía de nada ni yo a él, le dije que le pidiera a la mujer de Franco la salvación de mis dos tíos, que estaban en la cárcel por socialistas, pero no los sacaron nunca, ni idea, y ahora me dice la gente que por qué fui a la misa por Villaverde, que se ha muerto, cómo no voy a ir a la misa por Villaverde, necesito que me digas algo bonito de mis setenta años, aunque sea sin micrófono, aquí el niño no me estudia nada, pero nada, madre, yo no quiero estudiar, pero la niña estudia mucho y lo ha leído todo, de leer lo ha leído todo, quiere ser embajadora y hablar todos los idiomas, la Antonia se está fumando el segundo o tercer puro, unos puros atléticos que le ha traído una amiga de la tele, trae

las uñas de un verde oscuro, el vestido negro y transparente y un joyón que le cubre varios dedos. El joyón parece un gran galápago bizantino dormido bajo el volcán del puro. Antonia quiere que repose mi pie convaleciente en su regazo, una chica de «Tómbola» me pregunta que cómo yo, se supone que un rojazo, he leído una carta de Emilio Romero, ochenta años. El guerracivilismo nacional llega hasta aquí, hasta José Luis y su alto restaurante. Los fotógrafos se pelean por una exclusiva, como siempre. (Viene Marujita Díaz, con un sombrero de plumas negras, y cambia con Sara unas cuantas palabras convencionales, oscuras, donde hay un afecto frío y seco. Son como dos aves del paraíso del pasado reconociéndose a través de la memoria, el cansancio, las fiestas, los teatros y los escotes.)

Tengo que atender a mi gente, Paco, éstos son muchos años, pero aquí estamos, me alegro mucho de que no me hayáis fallado nadie, después de haber cuidado tres meses a mi hermana, si quieres te cuido el pie, no veo a la Antonia triste ni melancólica ni vieja, quizá la vejez sea una cosa de almas de seda antigua y Antonia tiene una alma de metacrilato, ya no tiene en torno la galaxia homosexual de antaño, que habían hecho de ella su Marilyn, pero mejor así, mua, mua, y vuelve a abrazarme, aunque le hubiera gustado que yo hablase, ya digo, pero uno es que ya habla poco y además procura que no le entiendan.

Jesús Mariñas me recuerda que nosotros estuvimos en los cincuenta años de Sara, y en los sesenta y ahora en los setenta. Efectivamente, yo tengo fotos de todo eso. Sara, con la cara operada, las manos limpias de manchas de la edad y la voz joven y grave de siempre, no desciende fácilmente a los infiernos de la tristeza, sino que su sentimiento de guapa de pueblo coincide exactamente con la temperatura sentimental de esta noche. Habla Álvarez del Manzano.

Ángel Antonio Herrera, volcado al vaginismo periodístico, me anuncia un nuevo libro de poemas, lo cual me alegra. Me presentan a la directora de «Tómbola», que es morena, delgada y con cara de lista. Tiene una hermosa espalda enrejada.

—Tú eres la directora del caos —le digo.

Efectivamente, me parece muy difícil dirigir una cosa donde todo el mundo improvisa.

—No te lo puedes imaginar.

«Tómbola» no es sino la versión televisiva de La Corrala, una fórmula sencilla y sabia, una expresión directa del actual mentidero nacional que interesa a la gente mucho más que los mentideros políticos, porque no hay nada tan fascinante para un hombre como otro hombre, sobre todo si anda una señorita de por medio. El critiqueo español es así y «Tómbola» lo expresa en crudo. La gente arroja el espejo, según fórmula del clásico, y mata al mensajero, según otra famosa fórmula, pero a la hora de «Tómbola» vuelven a sentarse en torno del brasero vecinal. También había demasiados chismes en Baroja y Galdós. Pues eso. España siempre ha vivido más del asunto que del trasunto.

Y éste es, finalmente, el papel que yo traía para leérselo a Sara y, por esas cosas que pasan, no se lo leí:

*Sara está hecha de campo,
de todas las arcillas españolas,
Sara está hecha de tierra y de silencios.
Cumple setenta años,
cumple setenta siglos,
pues Sara es postantigua,
posmoderna,
cumple setenta vidas, no es mortal.
Es nuestro calendario femenino,
es nuestra Dama de Elche, jovencísima,
apuntamos en Sara nuestra vida,
es la tercera juventud de todos,*

es la memoria, el beso, y es el cine.

Es la Madre Coraje de Madrid.

Sábado 14

Llama tempranera Inés. Menudeamos una conversación social donde sale de todo. Parece que nuestros sencillos proyectos inmediatos empezarán la próxima semana. Teatro, política nacional y municipal, todo lo repasamos sin profundizar en nada, ella desde su tono grave y amable de señora bien. Yo desde mi hipotética izquierda ácrata, mundana y medianamente cínica, aunque hoy no me encuentro en voz para cinismos. Inés va a empalmar San José con la Semana Santa —me llama desde la finca de Toledo en plan de provinciana que quiere saber de Madrid—, y temo de pronto que me espera una larga temporada sin otra referencia que su voz oscura, amistosa, fiel/infiel. En las novelas románticas tenían las cartas, aquellos largos epistolarios que hoy se subastan entre cuadros de Madrazo. Pienso que nosotros no dejaremos nada de una amistad, de un amor, porque el teléfono, y no digamos el móvil, no deja rastro, y el que nos grabe sólo grabará recados. Todo es así mucho más efímero. Hemos perdido en difusión y perpetuidad lo que hemos ganado en intimismo, hermetismo y secreto. Inés tarda en colgar y yo también —ando entre mecanografías y periódicos—, pero al fin nos despedimos sin que se me haya ocurrido una sola frase divertida que provoque su risa, tan difícil. De modo que me quedo también sin esa risa, necesaria para mí, que brota a veces en su voz como una flor brusca, decidida y cordial.

Domingo 15

Supuesto almuerzo en la finca del doctor Alberto Portera, con Haro Tecglen y Mingote, etc. Pero es mi último día de baldado, mañana me dan de alta, o así, y tengo un miedo supersticioso a estropear cuarenta o cincuenta días de cura y paciencia con un accidente de última hora. De modo que no voy a la cosa.

Hace meses que he abandonado el alcohol —lo digo ahora porque en casa de Portera bebíamos bastante—, lo que supone haber recuperado la realidad como un cristal de roca, como la joya natural y mental de la lucidez. Hay que elegir algún día entre el hermoso y desvariante caos creador del whisky, de la ginebra, y la límpida sencillez de una mirada abstemia, cabal, que geometriza el mundo mediante jubilosas simetrías. En cuanto al propio ingenio, ese ingenio que algunos partidarios míos llaman «genio», tengo comprobado que surge igual, y más puro, cuando surge en seco. No quiero predicar sobre esto, pero se trata de decidir entre avecindarse en un mundo fluctuante, más casual que causal, o avecindarse en un mundo sensato, sencillamente milagroso, poliédrico y poseído. Lo dijo André Gide, a quien tanto he leído toda la vida: «Prefiero embriagarme de mi propia lucidez.» Aparte de que la embriaguez literaria puede fingirse en seco y hasta sale mejor. Uno tiene que saber a qué mundo ha venido: si a un planeta de deseos fallidos y metáforas incontroladas o a un sistema planetario que es nuestro, propio, personal y general al mismo tiempo, controlado en todo momento por la inteligencia, poca o mucha, y deslumbrado de pronto, antes o después, por un color que nos nace de dentro o una idea que nos llega en el aire.

Nada comparable, en fin, a la sensación poderosa de sentirse dueño y conciencia de la propia vida y de la más inmediata. El mundo es albur, pero el albur no justifica ni explica el mundo. No es que uno vaya a volverse ahora guilleniano (ya lo fui de joven), pero me siento el delineante de mi vida, mejor que el poeta de vidas entrevistas o entresonadas. Cojo una copa y vuelvo a dejarla por miedo a velar esta lucidez, esta serenidad, esta valoración ponderativa de las cosas, de la piedra y el astro, lucidez que no necesita ser mucha ni poca, sino suficiente. Embriagarse, como Gide, de la propia lucidez, pero dejarlo a tiempo.

Miércoles 18

Llama Carmen Díez de Rivera desde Estrasburgo. Hay cristales de esperanza en su voz, que luego se van empañando. En su escaño ecologista ha tenido un gran éxito

contra la contaminación, y en contra de su propio partido, el PSOE, que se ha quedado solo y absentista en la lucha europea por el medio ambiente. Pero lo que ella, Carmen, llama «los marcadores», o sea, los índices oncológicos de su cuerpo, siguen subiendo sin que se sepa por qué.

—He hablado mucho con Cayetana [Alba], Paco, y me dice que no me deje cortar más, que no renuncie a mi condición de mujer. Ya sabes que Cayetana es tan del pueblo y tiene la sensatez del pueblo. Yo no estoy dispuesta a ser una muerta viva, pero tengo mucha soledad y, por otra parte, no me apetece juntarme a nadie para luego morirme y que el tío se quede ahí.

Hay como una desesperación tranquila en las palabras de Carmen. Parece que le pronostican tres o cuatro años de vida. Y me dice que quiere vivirlos como una mujer normal. Pero yo sé que su vitalidad, mucha o poca, volverá a invertirla en el debate político, ecologista o no, que es lo suyo. De sus conversaciones con Cayetana deduzco que nuestra querida amiga le ha aconsejado no dejarse cortar el clítoris ni otras zonas erógenas. En suma, mejor muerta que frígida. Lo entiendo muy bien. Pero habla de su soledad con una violencia que me sorprende, pues, por otra parte, no ha vuelto a citar a don Ramón, que parecía haber sido el encuentro tardío y fraternal de su vida. Pero Carmen es hermética y no se le puede preguntar. Es de esas personas que acaban diciéndolo todo con tal de que no les preguntes nada.

Después de haberme descrito casi su propio cadáver, se pone a diseñar un mundo futuro, descontaminado, ancho y ajeno, que la lleva a olvidar —y esto me pone muy triste— que ese mundo ya no será el suyo. Ni quizá el mío. Sola en su casa/góndola de Madrid o en su apartamento anochecido y pequeño de Estrasburgo, es una brava mujer encerrada con su muerte, que todavía lucha por sentirse hembra y lucha por un cielo azul sobre toda Europa. Sólo las grandes utopías hacen grandes remedios. Y quizá no sirvan para otra cosa ni sirvan a nadie más que al utopista.

Le cuento cosas de por aquí o más bien me las invento. Le digo que el tiro al plato sólo debiera autorizarse utilizando la propia vajilla familiar, histórica, isabelina, y que el tiro de pichón sólo debiera practicarse con los propios pichones. Es un poco de humor que hago a partir de su ecologismo, y ella ríe encristalada, porque nuestros momentos más felices siempre se dieron a partir de mi esfuerzo humorístico por arrancarle una risa de verdad a su risa política. La dejo bañada en esa risa y colgamos el teléfono, no sé si para siempre.

El lunes me quitaron la venda de resina y apareció un pie tumefacto, panteónico, un pie como embalsamado y quizá muerto. No era lo que yo esperaba después de tanto tiempo. Ya sé que lo mío no es lo de Carmen, pero todas las enfermedades se parecen —y más las quirúrgicas— en lo que tienen de autopsia en vida. ¿Le han hecho la autopsia a mi pie? Ocurre que el hueso no ha terminado de soldar y debo esperar otras tres semanas a que me saquen las agujas que lo atraviesan y de las que ya he hablado aquí. Tienen algo de tortura china de antes de Mao. Mao supongo que refino un poco las cosas, no sé si para mejor o para peor. Al fin y al cabo era un poeta y todos los poetas son unos virtuosos del sadismo.

A partir de ahora, pie desnudo, tobillera en el empeine, baños de agua caliente con sal, quizá rehabilitación en el futuro. La clínica, como siempre, es un laberinto de escaleras y sillas de ruedas, de muertos optimistas y enfermas bellísimas. Para los médicos sólo debo de ser un caso aburrido. Al salir de allí, ya en casa, es cuando mi cabeza va poniendo las cosas en orden y deduzco si estoy mejor o peor. Pero me doy cuenta de mi ignorancia y del hermetismo de la medicina. A partir de un pie desnudo y débil, pero mejorado (lo han lavado y tiene mejor aspecto), debo erigir una tobillera, un calcetín, un calzado cómodo (me he comprado unas simples botas deportivas y juveniles, de lona o fieltro), una muleta, la de siempre, y hale, a dar conferencias.

Me echo a la calle no sólo porque parece aconsejarlo el médico sino porque en la calle

el tiempo se hace más corto y este nuevo plazo de veintiún días se pasará en seguida o me quedaré en una cuneta. Ya no le va importando a uno nada, pero tampoco se puede dramatizar sobre una rotura de pie habiendo cánceres de matriz. Aunque la angustia la ponemos nosotros, no la enfermedad, y la angustia de vivir/morir toma por argumento lo que puede: un metatarso o una matriz.

Jueves 19

Alguna vez he defendido a Fernando como «el Leonardo de Chamberí». La labilidad creadora de Fernando Fernán-Gómez llega a ser desconcertante, no se sabe si porque lo hace todo o porque todo lo hace bien. Ahora presenta en Madrid un *Tartufo* donde le mete mano a Molière por todas partes y sin el menor ánimo de competencia con aquel *Tartufo* ya clásico, pero también heterodoxo, que hicieran Marsillach y Llovet en el 69.

El primer acierto de FFG y Alfonso Zorro, el director, es haber recortado las dimensiones imposibles y olímpicas del escenario del Albéniz para quedarse con un espacio recoleto —o varios—, Molièresco, doméstico a la par que mágico y funcional. Luego, la mano de Fernando se adivina en la elección de actores y actrices, casi todos de la vieja «escuela del Gijón», que fue una escuela como la de Stanislawski, por qué no. La voz suntuosa de Pellicena, la humanidad trémula de María Fernanda d'Ocón y otras glorias teatrales, hoy postergadas, había que devolverlas a la actualidad y el éxito, porque se trata de unos cómicos embarneados de oficio y experiencia a quienes ignoran los directores de un experimentalismo provinciano o muerto. El humor de Fernán-Gómez, que todavía deja escapar algún arranque jardielesco, en homenaje callado a su gran amigo (de quien ahora se reedita la mejor novela), ha galvanizado al clásico francés con una violencia jocunda que llega fuerte al público.

El tema de la hipocresía es viejo, estuvo siempre vinculado a lo clerical y eso agrava su anacronismo. La hipocresía no es que haya desaparecido del repertorio humano, sino del repertorio literario, pues que cualquier dramaturgo la da por supuesta, generalizada e incluso necesaria. Las pasiones del hombre duran más como pasiones que como temas. Los temas tienen su época y se pasan con ella. FFG, sabedor de todo esto, no se limita a poner el énfasis en tan rancio pecado, sino que hace estallar a los personajes por todas partes, encontrándole a cada uno su pecado y su gracia. Así que esto es lo que hoy llamaríamos un Molière sobredimensionado, mucho más que un mero y puntual delator de la hipocresía.

La escena de la mesa, con el marido debajo de la pareja, constituye un ápice teatral que el adaptador ha exasperado genialmente. Aquí todos son adúlteros y no lo son, todos son cornudos y no lo son, todo es verdad y además no lo es. Esto estaba en Molière, claro, pero FFG lo muestra con libertad de ahora mismo y exceso gozoso de teatro sin censura, como censurado fue Molière a poco de estrenar esta pieza. En el teatro estaban la infanta Elena, el presidente Aznar y un surtido de ministros y ministras, de modo que fue un estreno cortesano, como los del propio Poquelin, pero entre Ruiz-Gallardón y Fernando se encargaron de quitarle a la noche todo apresto palaciego, devolviendo la función al pueblo llano para quien en el fondo fue escrita, aunque en su tiempo tuviera otros destinatarios, como cualquier cosa que se hiciese.

La crítica de la hipocresía siempre es clerical/anticlerical, pues la hipocresía ha quedado tópicamente como el mayor vicio de la Iglesia, pero Fernando, un hombre más actual que muchos rockeros, pese al disfraz de la barba, tiene una visión centrifugada de la condición humana, una escritura polisémica que alude y testimonia muchas cosas a la vez, con lo que todo el público y todo el Estado puede sentirse aludido malignamente, alegremente, en la creación de este FFG genial y ácrata que se disfraza siempre de tantas cosas y anoche le dio por disfrazarse de Molière.

Reaparece Cristina Rennotte, entonada en rubio, dorada antillana, con un vago y ligerísimo mulatismo sobre sus oros de centroeuropea. Desapareció de una manera un

poco brusca a raíz de lo de mi pie, pero ya me había dicho que se iba a eso del cine cubano, que es una cosa de la que hablan mucho ahora los modernos. Ocurre que no hay tal cine cubano, pero esto a Cristina no la preocupa mucho. En realidad lo que tiraba de ella, tan pulcra, era la nostalgia del lodo, que en los malditos y románticos fue una enfermedad y en los europeos decadentes e higiénicos de hoy es un pecado, un vicio, un esnobismo o una variante sexual.

Cristina se toma dos gin-tonics en copa grande, con mucho hielo, fuma puritos sin cesar y está cariñosa y partidaria conmigo, como siempre. Trae los ojos azules lavados en un azul de otros mares. Inteligentísima y gravemente irónica, también como siempre. Tiene en casa once gatos enfermos. Me cuenta cosas de Cuba que no me interesan demasiado. Es el deslumbramiento europeo por la miseria. Ella lo narra muy bien, pero todo está en Zoé Valdés y demás literaturas del exilio. Lo que me gusta es recuperar a Cristina, mujer vagarosa y enérgica, intelectual sin libros, artista en todo que no posa en nada. Se queda hasta muy tarde fumando y bebiendo. Si le hubiese pedido quedarse, creo que se habría quedado, pero mi pie me sujeta como la bola del preso, por el tobillo. Parece dispuesta a que nos veamos mucho y a acompañarme en mis melancólicos paseos de convaleciente o lo que sea esto. Cristina es como la portada de *Vogue*, siempre igual y siempre cambiante dentro de un estilo *Vogue* (la muchacha y la revista, claro).

Viernes 20

El pino está en la parte trasera de la casa, ahí donde el jardín se recoge y enlaguna como un patio. El pino, que llena el cielo y me abarca cuando lo abarco, tiene unos cien años, más o menos. Tiene la cronología un poco confusa, como los poetas segundones. Pero, aproximadamente, yo creo que tengo un pino del 98.

Ahora que vamos a cumplir todos un siglo, no sé exactamente los años que cumple este hermoso árbol, pero yo diría que tengo un siglo de pino. Claro que un pino nunca es viejo, sino que tiene años, armadura de siglos. Y hasta se diría que una experiencia de hombre, y a veces graves lágrimas. Solitario gigante, poderoso y pacífico guardián de las hormigas. Las misteriosas pifias que acumula son la musculatura verde de su hombría. Su aliento de resina le presta olor a barco que nunca ha fornicado con la mar. Todo él es castidad.

En las penúltimas tardes de mi vida, siempre este pino oscuro atesorando el oro del verano. Si toco su corteza, ahora en primavera, su pecho áspero y vasto de juvenil abuelo de la casa, una tormenta verde, pausadísima, desciende sobre mí, como un siglo, llenándome de luz acuaria en su tiniebla, donándome su ensalmo o quizá confidencia.

Ya digo más arriba que este pino tiene algo del 98, además de la edad, como los hombres del 98, mayormente Unamuno, tenían todos esa cosa aspérrima, lijosa y célibe del pino: Unamuno cuáquero, Baroja misógino, Azorín casto, Machado viudo, Valle-Inclán arborescente de barba y melena, como arborescente o verdescente es este pino. A don Ramón, la rama podada del brazo izquierdo le daba esa calidad de vegetal humano que, a la inversa, tiene mi gran pino, más valleinclanesco desde que le quitó Paco, el jardinero, una rama horizontal como un brazo que se metía en casa. Yo la hubiera dejado, pero el brazo sangró resina y lo llevó con el mismo estoicismo que Valle.

A veces me siento bajo este 98 vegetal a leer a los franceses frívolos, a los penúltimos posmodernos, y es como si el pino leyera por encima de mi hombro y se dijese «qué mariconadas lee aquí el señorito, ya se ha olvidado del 98». Y es cuando deja caer una piña grande, verde, madura, con ruido apagado y decisivo, perfectamente serio, como una llamada de atención al lector frívolo y *flâneur* que yo soy. Por los años, claro, es un pino institucionista, un pino serio que se está quieto y vaya usted a saber si no ha leído incluso a Joaquín Costa.

Generaciones han pasado antes que yo bajo este gran pino, quién sabe lo que habrán leído, quizá lo de la guerra de Cuba, y lo que habrá tenido que tragarse este árbol. Sólo él sabe que yo leo más verso que prosa. Él y algunos críticos. Ahora que lo digo, me parece que a días suelta ese olor acre, solterón, célibe, de los antiguos críticos del Ateneo. Quizá a lo que más huele es a don Miguel de Unamuno, pero tiene una alma esmeralda que a mí me huele todavía a modernismo y a cementerio italiano, alegre.

Pienso con susto y tristeza, en esta tarde marceña, entrenublada, con maremoto de primavera en el cielo, que mi pino entrará erguido en el nuevo siglo, como quizá entró en el anterior, o sea, este que termina, llenando de luminosa longevidad verde las tardes melancólicas del XXI, mientras yo me voy haciendo soluble en mi apellido, en mis libros, en la popularidad de los muertos, que tanto alegra los cementerios. Tengo en mi pino mi mejor pariente y ahora que ha anochecido me refugio a escribir esto mientras la gran copa se adensa de astros, noches, lunas y gatos sentimentales.

Domingo 29

Anoche, en el Colegio Mayor César Carlos, dentro de los actos del cincuentenario del colegio, di una conferencia sobre Valle-Inclán, improvisando bastante, diciendo cosas nuevas que no están en mi libro y olvidando otras que sí están. Me galvaniza un poco la salida nocturna, la fronda de la Universitaria, el caminar calzado (pero con muleta). Encuentro allí a Enrique Suárez de Puga, mentor de mi juventud perdida o regalada. El dandismo diplomático de entonces (me mandó por Europa a dar conferencias, en los sesenta) se le ha trocado en una simpatía abierta y nostálgica de eterno y juvenil jubilado.

Me presenta Berta, con la que hace meses que no me acuesto, pero que sale al principio de este libro. Y lo hace con una prosa caliente, escolar y llena de claves. La encuentro muy atractiva, muy carnal, como siempre. Creo que la nostalgia repentina de cuerpos que creíamos enterrados en la memoria es un acicate del alma que puede con todo. En la fiesta posterior hay chicas muy jóvenes y de un erotismo atlético y decisivo, pero yo vuelvo la mirada hacia Berta, pues la nostalgia de un cuerpo, como digo, puede a veces más que el afán de lo desconocido.

Constato una vez más, en la conferencia, el coloquio y la fiesta, que soy de los pocos viejos que interesan a la juventud, una juventud que me lee en libro o periódico, según. Entre la arboleda hay chicos de otros colegios que me invitan a una copa en el suyo. En el César Carlos se forjó gran parte de la intelectualidad falangista, que no franquista, y algunos pasarían luego a la izquierda, como Javier Solana.

Dada mi edad, creo que soy el único español algo nombrado que no se formó en el César Carlos. Todo este jaleo me devuelve a una juventud universitaria y tardía, que fue la mía al llegar a Madrid, siempre entre la pasión intelectual y la caza lobuna de la mujer. Las universitarias madrileñas fueron las primeras españolas que empezaron a tener una vida sexual libre, allá en los sesenta. Eso me trae muchos recuerdos, quizá demasiados. Berta, que es buena poetisa, finalista del Adonais, me trae el original de su último libro para que lo lea y juzgue, así que pronto nos veremos.

Cristina, mi querida Cristina, ha venido invitada por mí y en su brazo apoyo mi cojera estética, cansada y creo que bien llevada. Durante la conferencia y después en la fiesta Cristina me observa con sus ojos de una ironía verde y rasgada, ojos que se vuelven grises cuando ella piensa o se abstrae. Se integra muy bien en esta fiesta española y el vino pone una luz aguda, casi malvada, en esos ojos. Cristina es mujer que bebe sin prisa y sin pausa. Menos mal que yo lo he dejado. Este pie roto me ha hecho pensar en muchas cosas, entre ellas en el alcohol, que ha llegado la edad de dejar absolutamente, no porque me siente mal sino porque, como ya he anotado aquí otro día, prefiero mi natural clariver y la recuperación del mundo concreto, bellissimo y preciso. Fantasías de convaleciente.

Vuelvo tarde a casa. Se me ha cansado todo menos el pie. Atrás dejo una noche de

primavera llena de mujeres, llena de cuerpos, llena de vida, fornicaciones, palabras, amigos y ese clima fuerte y arduo de una nueva generación que descubro o que me descubre. Me aplauden ya como a un viejo capitán, cuando la verdad es que nunca supe llevar ningún buque a buen puerto y todas mis flotillas personales han acabado encallando en éxitos y fracasos, en gloriosas derrotas, digamos, en brillantes retiradas, tanto mis libros como mis amores, por no hablar de mis aventuras políticas.

Pero sobre política escribiré aquí en seguida porque España y el socialismo han descubierto una vieja novedad: Josep Borrell, el hombre traído como por los evangelios de izquierdas para suceder a González. Felipe es un viejo rockero con la guitarra hecha astillas y la baraja trucada. Borrell es una *spice girl* con toda la marcha.

Hoy he leído el libro de Berta. En algún verso me siento aludido. Al final quedaremos perdidos en los poemas de una bella e ignorada poetisa de provincias.

ABRIL

Lunes 6

Cena en casa de Inés y Miguel. Inés se ha vestido como una Cruella de Vill de las anoréxicas. Se esperaba a Álvarez Cascos, vicepresidente del Gobierno, pero a media tarde ha llamado Gema para decir que Paco tiene mucha gripe. Inés se ha molestado un poco porque estas cosas no se hacen:

—Una gripe no se coge media hora antes.

Cascos tiene pendiente una presencia en las Cortes por el asunto de la «conjura» (asunto fantasma que no fue tal, y lo sé porque yo estuve en ello), de modo que ya se habla en Madrid de «gripe política» a propósito del vicepresidente. En la cena, Almansa, de la Casa Real, los embajadores de Italia, Sisita Milans del Bosch, los Cela, Ana Rosa, con uno de sus escotes vertiginosos, y más gente. Le comento a Miquel Oriol su último artículo arquitectónico sobre Viena, que es de gran sabiduría y barroca belleza. Se lamenta Miquel de que las estatuas ecuestres las ponen siempre muy altas para que el caballo se recorte contra el cielo, «pero así se les ven mucho los huevos».

—Lo siento, Miguel, pero los caballos tienen huevos.

Camilo nos cuenta su reciente viaje a Japón. Desde que ha estado allí dice «Tokio». Luego, en un aparte, hablamos él y yo (mal) de los otros escritores, como es costumbre y consuelo en el gremio. Encuentro a Camilo cansado del viaje a Oriente, pero con la cabeza fría y firme. Ahora dice la prensa que le han dado (Botín/Santander) cien millones por su obra de teatro sobre el 98.

Haro Tecglen ha escrito un artículo cruel y desinformado contra Camilo. Éste declara a la prensa que no ha cobrado un duro de nadie, aunque le gustaría, que la obra se la encargó Gallardón y que ahora nadie quiere estrenarla. Asimismo ha sacado su libro de geografías y gramáticas populares, muy provechoso de leer. Quedamos en que Seco Serrano y yo presentaremos el libro. Marina me dice que le «censura» los periódicos eliminando todo lo que pueda molestarle, y así le estamos creando a Cela un limbo de oro donde vive e ignora que el rencor nacional, la envidia y sus antiguos errores le tienen muy crucificado. Pero Cela ya ha dicho asimismo en la prensa que los contratos blindados de los futbolistas no escandalizan a nadie, pero aquí asusta mucho que se proteja la cultura.

Inés ha sido, en todo Madrid, la persona que más se ha preocupado por mi pie y ha seguido el lento y creo que favorable proceso.

—Pero las agujas no te las van a quitar —me dice.

Esto me asombra, y más en ella, pero luego me explica su única experiencia de este tipo, el fémur de un pariente, y compruebo que, naturalmente, la única cultura clínica que ella tiene es un caso familiar. Deploro que un ser tan lírico caiga en esta cotidianidad «vulgar» de opinar por referencias, pero se trata de un vicio que tenemos todos los españoles. En un tono más personal me dice:

—Te encuentro peor de lo que esperaba. Creía que lo tuyo iba más avanzado.

Estos comentarios, que parecen casi de mala educación, no me molestan sino que me halagan, porque sé que responden a una callada impaciencia por verme bien.

Su mano en mi espalda, cuando me voy de madrugada, me conforta mucho por lo que tiene de protector, de maternal, de amistoso. Le gusta mucho mi Alfa-Romeo de los ochenta, que ella no conocía y que es ya una joya automovilística inencontrable. Lo conduce María, que es la verdadera dueña. Inés y yo quedamos para vernos muy pronto.

En Bellas Artes he tenido un show con Terenci Moix y nos han aplaudido mucho. Terenci sigue de chico terrible de las letras, ahora que ya tiene sus años y sus prótesis, aquel chico que escandalizó a la *gauche divine* catalana de los sesenta y que hoy es un señor con dolencia de cervicales.

—Sabes que me encanta Madrid, Umbral, pero esta mañana he pedido un masajista en el hotel, para las cervicales, y se empeñaban en creer que yo pedía directamente un hombre y solamente un hombre. Les he dicho que muchas gracias, pero vengo en viaje de negocios y no era mi hora para hombres.

Pese a las cervicales, se va a vivir una noche madrileña. No le acompaño por cansancio y porque sus noches y las mías no tienen mucho que ver. Terenci es amable, encantador, buen amigo, buen lector de uno, cariñoso, y lo de los masajistas lo lleva con naturalidad, sin exhibicionismo ni pudor, de modo que no trata de epatar a nadie ni desde luego epata ya, y menos a mí, que he recorrido con algunas ninfas, lolitas y menores todos los hoteles de Madrid.

Otro día, en la Residencia de Estudiantes, santuario del 27, hablo sobre mis amigos de aquella generación, improvisando, entre la crítica y la crónica, una conferencia brillante para el difícil público de la «colina de los chopos» (Juan Ramón), que todos me parecen gente institucionista, socialismo de guante blanco (Besteiro) y por ahí. Entre los amigos, el doctor Portera y su mujer, así como Haro Tecglen, que siempre se presenta por sorpresa en mis cosas, como por sorpresa se ausenta de otras. Eduardo tiene el don de la desaparición, que es don del judío. Eduardo es un judiazco con la tristeza de los gigantes, inteligente como un bisturí. Yo sé que le hubiera gustado ser menos agudo y más creador, más artista, pero eso nunca lo dice. Va de hombre amargo a la francesa hasta que le hablo de los intelectuales de la República, o del género chico, y se me enternece.

Pepe Velasco, el joven director de la Residencia, es hermano de Lola Velasco, una bella poetisa que yo descubrí hace años. Lo nuestro fue bien hasta que la llevé a la cama y descubrí que era completamente lesbiana y a lo mejor no lo sabía. He tenido tres o cuatro casos de lesbianas en mi vida, y si por la calle son dudosas, en la cama, con un hombre, se quedan yertas, aterrorizadas, rígidas. Es el característico, radical y espantoso rechazo del sexo equivocado. No hay nada que hacer sino seguir la amistad siempre que valga la pena, como en el caso de Lola, que ya me habla abiertamente de la chica con la que vive.

Pepe me quiere contratar otra conferencia, a la vista del éxito de ésta. La verdad es que uno podría vivir de la conferencia diaria, sin salir de Madrid, pero es más cómodo quedarse en casa haciendo artículos que soportar a las viejas fans y a los nuevos periodistas ágrafos.

Un domingo vinieron a merendar Fernán-Gómez y Emma, Haro y Concha. Emma es siempre irónica e íntima. A Fernando lo encuentro descongestionado, con la barba recortada, más cordial, amigo y abierto.

—Todo esto que habéis puesto de merienda, Paco, lo tengo prohibido, pero lo voy a tomar igual.

Luego bebe bastante whisky toda la tarde, pero no llega al éxtasis de sus momentos mágicos, cuando es el actor de su propio guión, el improvisador por cuyo rostro diabólico pasa la vida, la gente, la edad, todo visualizado genialmente. Yo creo que Fernando tiene momentos de humor asombrosos y momentos de ira shakesperiana, pero entre unos y otros no creo que le quede ningún momento de depresión, cansancio de la edad, etc. Su fatalidad de pelirrojo se anticipa a cualquier depresión de los muchos años (o de los pocos, que la depresión es universal en todas direcciones).

Llevo una semana escribiendo columnas sobre Josep Borrell, que ha irrumpido como la salvación del PSOE, más fascinante que Felipe y más audaz que Almunia, aunque lleno de ingenuidades políticas, como el enfrentarse a Pedro J. Ramírez o a su propio partido. Se puede hacer cualquier maldad o maquiavelismo, en política. Lo que no se puede es decirlo, y él lo dice.

Pedro ya le ha contestado a punto, mucho y bien.

A Borrell se le canta como arma arrojada para alejar definitivamente a González, y

eso es lo que no le perdona el felipismo, pero otros le cantamos sencillamente porque queremos un PSOE otra vez renovado, más a la izquierda, y Borrell es el líder esperado. Hay muchas ideas y palabras para la regeneración, pero la regeneración no ocurre hasta que el verbo se hace hombre. Lo de Borrell es demasiado hermoso, mas lo puede estropear él mismo o el *apparatchik*, que parece no quererle mucho.

España tiene un nuevo rostro, pero los viejos de la Duma se han mineralizado. Es un fenómeno de geología política que se da siempre. Veremos. Lino, como columnista, piensa seguir haciendo campaña por Borrell, pero ya le han sacado los viejos cuchillos: el baño refulgente que se hizo en Obras Públicas, el masaje acuático en el despacho, el secretario de prensa, eterno y siempre el mismo. Borrell, tan listo y tan naïf, está provocando estas cuchilladas por cuatro desplantes de mitin y eso de «Soy el mejor», un grito muy español que no se oía entre españoles desde Luis Miguel Dominguín.

Contra lo que opinaba Inés, me han quitado las agujas del pie, pero ella, bruja al fin, mujer al fin, ha acertado a medias, porque sólo me han quitado una, la que ya clamaba a gritos de dolor por escaparse del pie. Operación cruenta que impresiona a María mucho más que a mí. La otra aguja, que está más escondida, todavía me la dejarán dos o tres semanas, aunque el doctor Palacios dice que, en las radiografías, el diagnóstico es muy bueno. Se asombra Palacios de mi resistencia al dolor. Y le digo:

—Es que ustedes creen que todos los intelectuales somos maricas.

Gran regocijo entre el equipo quirúrgico. Uno está predestinado a hacer su última frase después de la autopsia.

Lunes 13

Hay en la poesía española de este siglo un precedente del libro de José Hierro, *Cuaderno de Nueva York*, ahora publicado. Me refiero, naturalmente, a *Poeta en Nueva York*, de Federico García Lorca, *avariciosamente* estudiado por Miguel García-Posada, entre otros. Precedente que debemos fijar de entrada para dejar claro que ambos libros no tienen nada que ver el uno con el otro. Precedente que no fija ningún precedente.

Lorca se fue a Nueva York, ya capital del siglo, huyendo de los localismos que le asediaban. Y lo hizo con el propósito de meter la gran ciudad —el universalismo— en un poemario de escritura surrealista-testimonial. Esta fórmula del surrealismo testimonial le viene a Lorca de su amigo e influyente Pablo Neruda, que de hecho flota por algunas páginas del *Poeta*. Pues bien, todo esto sobra, porque José Hierro no ha ido a Nueva York con ninguno de esos propósitos ni con otros, ni sabemos cuándo ha ido, y nos da igual. De modo que su *Cuaderno de Nueva York* no se deja abrumar por la gran ciudad, sino que es un poemario que ocurre (a ratos) en Nueva York porque en algún poema se habla de la ciudad o porque, hablando de otras cosas, se supone que esas cosas han sido escritas en ella. Quiero decir, en fin, que José Hierro, en Nueva York como en Santander, va gestando un gran libro con la mayor naturalidad posible, va dejando que el poema le fluya, si le fluye, y más que un cuaderno de NY lo que tenemos aquí es un cuaderno —uno más— de JH.

Las magnitudes neoyorquinas sirven a veces para dar resonancia a algún poema o algún verso que lo requiere, pero nada más. Buen sitio para irse a meditar el poeta maduro, vasta soledad de la ciudad más poblada del mundo. Poblada de gente y poblada de mundos. Lejos de lo suyo, Hierro, aquella urbe se lo hace más distante, nítido e inmediato que nunca. Nueva York como soledad más que Nueva York como multitud. Más alguna anécdota local como la de las ballenas —Manhattan es una isla disimulada por los puentes y los nombres—, poema singular, intensísimo, que quizá ha nacido de una noticia de periódico, como otros, entre los más afortunados de quien quizá es nuestro más grande lírico vivo.

Lo que tenemos aquí una vez más es José Hierro autobiográfico, dándole vueltas a viejas y sagradas historias, a líricas y dramáticas y hermosas fijaciones que renacen ya

en él —los años— con fama, música o tono de poema. Es como si no supiera, a veces, si lo que le viene es un *recuerdo* o un *tema*. Y habría mucho que estudiar en JH sobre esto de los temas y los recuerdos. Poeta de lenta y larga elaboración, como tiene confesado, se le advierte, sin embargo, cómo un mero recuerdo casi prosaico se le va haciendo tema a medida que escribe, y cómo, a la inversa, un tema herborizado para escribir se va abriendo y enriqueciendo de recuerdos.

Se me dirá que todos los poetas trabajan más o menos igual, y eso es casi cierto, pero lo emocionante en JH es, ya lo he apuntado, que el proceso tema/recuerdo, o a la inversa, en su escritura lo vemos transcurrir. Hierro, tan hermético para estas cosas, parece, paradójicamente, como si trabajase a la vista del público.

Gran libro de poemas ambiciosos y anotaciones *menores*, es todo él el puro poeta personal de siempre, vagamente asediado por otros mundos: música, ciudad, anécdota, etc. El autor ha renunciado casi totalmente a la asonancia, a la *música* —¿cansancio de sí mismo?—, pero a pesar de todo se salva y le salva el *tono*, el inconfundible escandido del verso, bien sea libre, blanco, medido o no. Y esta callada pertinacia del tono, a través de los años y los libros, nos prueba que la música, el ritmo, no eran sólo adorno, nunca fueron adorno, sino una manera más expresa de dar el tono, y el tono es el poeta.

Ya hace tiempo que el poeta, este poeta, viene siendo convocado por lo sinfónico, por la gran música, o más bien por algunos músicos, por algunos hombres que hicieron música. En este *Cuaderno de Nueva York* la cita se consume como nunca. ¿Poesía de la música, música de la poesía? Todo esto hubiera sido sospechoso. No. Hierro, como he dicho, galvaniza más a un hombre que a una sinfonía. Y, sobre todo, una sinfonía es para él el ámbito de la creación poética libre, el celestial redil de la memoria. La música le libera al tiempo que le acendra más en sí mismo, todo ello jugado con magistrales y delicadísimos cambios de tiempo y espacio.

No es nueva en nuestro poeta la *confusión* lírica de voces, días, épocas, siglos, hechos, lugares. Ha constituido siempre uno de los recursos *mágicos* de su lírica, lo que quiere decir que Hierro tiene su manera confundida y fecunda de vivir el tiempo (eso que no se vive), como cada uno tenemos la nuestra, pero que en él es a veces procedimiento de escritura y a veces invasión irracional de los sentidos: obra genial.

En esta manera abunda el poeta logrado del *Cuaderno*, y es la gloriosa manera de sobrevivirse de un creador que, fuera del tiempo y el espacio (aquí sí tiene sentido el ajenamiento de NY), transita en todas direcciones, no llevado y traído, sino llevándose y trayéndose, ojo, dueño de lo que no es de nadie, paseante más allá de sus propias lindes líricas, universal poeta relativo de velocidades y energías. Nunca tan libre (*Libro de las alucinaciones*), nunca tan seguro/inseguro.

Nunca y para siempre tan José Hierro.

Martes 14

Removiendo sombras, repitiendo recuerdos, hurgando en una caja esta tarde, iban saliendo cosas, dentaduras, esqueletos de reloj, sobres escritos, un Kempis, fotografías quemadas por el tiempo, todas como salvadas de un incendio, cartas familiares, esa lengua sepia del pasado que ha lamido tenuemente las cosas, las ha dejado muertas, secas, inservibles, todo en su doble inutilidad, porque nunca sirvió nada para nada y ahora es ya inútil como un peine sin púas que fuera una mano sin dedos, cerrada como un puño que nada puede empuñar. Y de pronto, entre el incendio muerto de las cosas, una foto de mamá, una de las muchas que tengo (las he utilizado incluso como portada de mis libros), pero una foto pequeña que no recordaba haber visto nunca. El sepia está en ella como más vivo o impaciente de hallazgo que en las otras. Es una foto apaisada donde está mi madre con otra muchacha (eran muchachas), con un fondo de pueblo, chicos, coches y tarde luminosa. Miro el revés, pues me gusta conocer el revés de las cosas como el límite de los monumentos que visito (antes de que lo dijera el

filósofo), para luego concentrarme más serena y ávidamente en el anverso. «En mi pueblo al salir de los toros y tomar el coche para volver a casa. La que me acompaña es una chica muy guapa pero no está bien. Ana-María.»

Mamá salvada del fondo de la caja, de la ceniza triste de lo que nunca fue hoguera. De mi madre he escrito mucho, tanto, demasiado, hasta crear otra que no es ella, pero así es como la recupero, y no limitándome a una aplicada reproducción en prosa de su paciencia triste, el oro de sus ojos, su estatura. Cuando creía agotado el tema de mamá como literatura y como refugio que sella y serena un pasado vertiginoso (porque sería lamentable estropear por insistencia lo que se me reveló un día tan irremediable, fresco y diurno), cuando ya me despedía también de mi madre —libro de despedidas es éste, más o menos disimuladas—, he aquí su letra redonda y adolescente, clara y tranquila, su caligrafía sincera, la misma que hizo hasta la muerte (aunque luego con menos adorno y pendolismo, claro).

Y el breve texto. Su cabeza ordenada explica las cosas sencillamente. «Mi pueblo», con naturalidad de buen gusto (tan en contraste ella con el pueblo, como veremos). Sale de los toros y toma el coche para volver a casa. Esta prosa en orden, de buena redactora, quizá esconda una futura escritora frustrada más que todos los adornos y excesos de otras y otros a esa edad, ¿qué edad? Breve descripción de la amiga que la acompaña, «muy guapa» (por la foto vemos que no, pero mamá era así). «Pero no está bien.» Mejor que decir directamente que está mal, enferma. Qué aciertos por lo sencillo, qué clariver y discreción. «No está bien.» Y punto. La firma, «Ana-María», con la *a*, la *eme* y el rabo de la última *a* un poco modernistas. Ella *fue* modernista. Y un guión entre los dos nombres, lo que indica afán de subrayar la personalidad, hacer mediante la grapa de ese guión —¿grapa de oro?— de los dos nombres un anagrama. Y no es que quiera caer uno en los horrores cursilísimos de doña Matilde Ras (la grafología), «escritora» muy de la época de mi madre, *Blanco y Negro*, a quien, ya vieja y coja, todavía alcancé a entrevistar.

Muy al contrario, sólo pretendo apurar todo lo que la escritura de mi madre me dice siempre, me decía aún cuando, enferma y embarnecida, la veía escribir sus últimas cartas, pacientes y pulcras, con letra que siempre envidié.

Anverso. A la izquierda hay un autocar de la época, con asientos en el techo. Todo muy «salida de los toros». A la derecha, el coche negro de mamá, de la familia, supongo (Valencia de Donjuán, León). Unos chicos pardales que miran la foto como si la foto no fueran también ellos. Junto a mamá, una señorita vestida de blanco, muy a la moda —¿años veinte?—, pero sin gracia ni elegancia. Es la amiga «que no está bien».

Y mamá. Mamá con la melena corta y en triángulo, rizada, graciosa la punta de la izquierda, gentil la mata de la derecha. El rostro serio sin gravedad. La belleza adolescente repentinamente madurada para la foto. El vestido largo, negro, sin mangas, el escote breve y apaisado, la cintura alta y vuelos a partir de la rodilla. Los zapatos eternos en ella, siempre parecidos a los anteriores: empeine alto, hebilla sobre el empeine, modelo descotado. El brazo derecho, delgado, delicado, en la mano lleva una sombrilla blanca, plegada. Poco torera, mamá. Toda ella hace un conjunto esbelto, elegante, nada pueblerino (aire vacacional de señorita de ciudad). Impresiona un poco la primera vez que se mira la foto. ¿Qué edad tendría entonces mi madre? Le calculo dieciocho, sólo por el clima, el aire y mi paleontología familiar. Mi madre muere a los cuarenta y cuatro años, posguerra civil, llena de abrumaciones, enfermedades y fracasos, cuando yo más la quería, cuando empezaba a descubrirla.

La enterramos en el cementerio de Valladolid, en un diciembre de lluvia. En el entierro sólo la familia y algunos compañeros de su oficina. Esa noche la pasé entera llorando por ella, por mí, sabiéndome ya desarraigado para siempre de un mundo en el que apenas empezaba a vivir. Desde entonces, y ha pasado mi larga vida, entre el universo y yo sólo aquella muchacha grácil, seria, fugaz, aquella ligadura tenue y fuerte que me

incardinó en la vida unos pocos años.

Ahora, ante la foto de la que todavía adoro, me siento feliz, eufórico, rencorosamente triunfal (como alguna otra vez ante otros iconos suyos) por haber nacido a sus veintidós años de ese vientre esbelto, largo, levemente atlético, por haber vivido dentro de ese vientre que, en la foto, queda bajo la cintura del vestido de verano. Soy el fruto de una muchacha en flor, sólo eso me ha dado verdad y energía en la vida, identidad y salud mental. Ahí, en el cuerpo alto, bajo el vestido de un verano tranquilo y vulgar, en el vientre de fuego y dibujo de las playas, en la dulcísima caverna de una chica, viví nueve meses que fueron mi verdadera vida y me prepararon para lo subsiguiente, una mera continuación ya en el exterior, donde he sido todo lo malignamente feliz que he podido, gracias a ella, vengando siempre su vida y su muerte con cada triunfo y cada crimen personales, olvidados. «En mi pueblo al salir de los toros...» Todo seguido y sin comas.

Pero mamá.

Miércoles 15

El filósofo Eugenio d'Ors, allá en los años cincuenta, glosando a Camilo José Cela, definía la escritura de éste como «genialidad para lo elemental». Con el tiempo, esa genialidad se ha vuelto científica y nos da libros como éste, *Diccionario geográfico popular de España*, donde está en buena medida todo lo que el autor tiene recogido en sus libros de viajes. Es decir, los nombres de las cosas, o ese segundo nombre más verdadero por intuitivo y misterioso que es el apodo. Y con los nombres, la cosa misma, porque en esos apelativos naturales, legendarios y duraderos, *la cosa cosea*, por decirlo como Heidegger, la *jarra jarrea*, por ejemplo.

Genialidad para lo elemental, sí. Siempre se ha creído difícil descifrar los enigmas del cielo o de la Historia, los jeroglíficos de la ciencia o el pensamiento, pero hay una sabiduría inversa en descifrar lo sencillo, lo elemental, que en seguida se aparece como nada elemental. Tan compleja y polisémica es la flor sencilla del camino como la estrella que fue un astro matemático que a su vez, etc. Lo que caracteriza la escritura y la sabiduría humana de Cela, lo que la hace cósmica, es su pasión por las cosas. Toda su obra no es sino, como en otro sentido la de Pablo Neruda, una eterna enumeración, no necesariamente caótica, de piedras, bichos, oficios, motes, armas, pueblas, dialectos y siembras. A Camilo le encanta explicar cuál es la mano de lanza y la mano de rienda, cosa que saben muy pocos españoles, definir el burro blas y herborizar las margaritas bastardillas del camino.

Parece mentira. Tanto como se ha escrito sobre Cela en el mundo y nadie ha dicho la clave, que es la dorsiana que hemos citado al principio. Ortega acierta por aproximación con lo de «cazador de iberismos», generalizando. Pero lo que hace de este hombre un escritor distinto e impar, universal en la minucia, es lo llenos que están sus libros de cosas pequeñas o grandes, pero elementales en el sentido de que son elementos terrestres, aunque no simples.

Ya digo que el vagabundo Cela nos dio todo esto con portazgo de lirismo. Era aquél un vagabundo que rodeaba las ciudades por no entrar en ellas. En las ciudades todo es prefabricado. La lengua, las lenguas, los nombres de las cosas, el decir de las gentes, los *díceres* que se anotan en este libro, pertenecen también al curso elemental de la pequeña historia, que es la cierta. Sólo es escritor el que utiliza la palabra como cosa y no como erudición. En este sentido, Cela lo es más que nadie. Y en este libro pone en ciencia gramatical el resultado y consecuencia de haberse andado España tomando notas con un papel y un lapicito, escribiendo el nombre de una gallina o el apodo de un pastor. Hasta al nombre propio de mi mujer le ha buscado raíz.

Con el tiempo, la poética experiencia de la vida se hace ciencia, pero la ciencia de Cela sigue siendo poética, enamorada y como pastoril. Porque Camilo es un clásico que antes fue rústico. Cree en las cosas más que en las creencias. Eso le libra de todo

fanatismo y le sitúa en un franciscanismo mineral, ilustrado y laico. Cela es el humanista de las cigüeñas, los perros perdidos y las malas, espurias y hermosas palabras.

Sábado 18

Tarde con Odette. La llamo Odette por llamarla algo. No sé si he contado en este diario alguna otra tarde con Odette. Son tardes alternativas y siempre iguales. Primero le vi el mulatismo de la piel, más adelante la tersura de los muslos, luego la blancura del vientre (un hijo), o la extensión del cuello o el gitanismo del pelo o el reborde oscuro de los grandes y los pequeños labios.

Creo recordar que antes se humedecía más que ahora a los primeros contactos. Pero eso pasa en todas las relaciones. La maceta femenina se va secando y sólo otro hombre podría devolverle la juventud. Uno ya no. En la dinámica del sexo funciona más la novedad que el sexo mismo, más la sorpresa que el arrobó. Sea como fuere, fornicamos industriosamente, ella encima de mí, casi siempre, con sus pechos rozando el mío. En los pechos, ahora, tiene las cicatrices de la consabida operación. Un día las besé frescas y rojas. Ahora se están borrando. Lo que no sé es si le metieron silicona o se limitó a un recorte de abundancias. Los glúteos pequeños, de modelo o así, y la espalda ancha y deslizante, como de una seda olímpica. Me gusta besar esa espalda porque es lo más puro que tiene. La espalda está a espaldas de ella y quizá no se entera de sus menudeos, mentiras, retahílas, pecados, falsías, enredos y bajezas. A su espalda le podrían nacer alas, como a la espalda de los ángeles.

Odette: una morena de Isidoro Nonell (o como se llamase) con un cuerpo de maniquí parisina, un marido divorciado, una vida confusa y unos amores (otros, supongo) como el mío. Me parece un poco irracional, un poco obseso, el desnudo que ponemos en el sexo, ella y yo, quizá porque no tenemos otra cosa. Cuántas veces he visto atardecer en gris sobre su cuerpo —casa de citas, hotel de parejas—, cuando la ceniza de la violencia interior y anterior se posa en nuestros cuerpos desnudos como un sacramento por nuestros pecados.

La tristeza de los cuerpos, la conversación de Odette. Me gusta, al cabo de una hora o dos, cuando se levanta a por tabaco o a lavarse. Está otra vez esbelta de alma, elegante de culo, desperezada y aristocrática como aquellas infantas populares que se acostaban con Goya o con un alabardero. Odette es muy española de cabeza y muy «europea» de cuerpo. Detesto sus historias, sus mentiras (son una misma cosa), su sexualidad, que amanece altiva y concluye gimiente, sucia, sin dignidad y con el sexo muy abierto. Somos una sola lujuria repartida en dos cuerpos. Luchamos por unificar esa lujuria y a veces lo conseguimos. Entonces es lo que se llama un adulterio perfecto. Luego bajamos al bar de la casa a tomar una copa y mirarnos ya con mirada amistosa (camaradería que resta del sexo), con mirada otra vez humana, amiga, sin el crimen del orgasmo de por medio. Entonces, entre la copa, el tabaco y la conversación, se va fraguando un nuevo encuentro. Cuando no hay amor el sexo lo suple con mil recursos. Me parece más interesante así.

Creo más en el sexo que en el amor, como creo más en la fruta que en la flor. El amor se vuela, pero el sexo hace sus veces sabiamente, y tiene tantos matices, sutilezas, recursos y engaños como el amor mismo. Los cuerpos, despojados ya de amor, lucen su madura veteranía, su profunda y larga sabiduría. El sexo dura más que el amor. (Y más sin amor.) El amor es delicado, enfermizo, histérico. El puro sexo es la camaradería violenta, sórdida y duradera de dos cuerpos, lo único que pueden desear un hombre y una mujer.

Cuando Odette me da un trago de su copa, el último, estoy ya pensando en mis cosas.

Sábado 25

La televisión de Aznar echaba circo, el viernes por la noche, con tal de no echar la victoria de Josep Borrell en las primarias del PSOE. Y es que esta victoria, que Raúl del

Pozo ha calificado con acierto de «insolente», repercute grave en el futuro del aznarismo. Aznar se había montado con Felipe González un sagastacanovismo muy arreglado para la gobernancia alternativa, ya que ambos están asimismo haciendo circo ante los jueces: el presidente para no facilitar las cosas a la justicia y el ex presidente para salvarse como esa falla única que se salva de la quema.

Unas generales frente a Borrell son letales para Aznar, no sólo por la generosa talla política del dandy catalán o dandy rojo, sino porque con éste no tiene Aznar nada pactado, no hay entre ellos «buenas vibraciones», como me decía ayer tarde una yogurina. Borrell entra limpio y virgen, sin pactos ni compromisos, más federalista que nacionalista, y el actual presidente no tiene moneda con que comprarle. La caída del PSOE convencional supone la caída del PP sentimental. Aznar contaba con dos legislaturas para acabar de privatizar en España todo lo privatizable, hasta vender a una multinacional las papeleras de Chamberí, barrio tan madrileño (con nombre francés), donde por cierto Borrell ha ganado por una diferencia que resulta ofensiva. Toma ya.

Madrid es socialista de clase media y con Borrell ha vuelto a vivir la utopía cuatrocaminera del 82, pero de vuelta ya de utopías. El Madrid sociata ardía anoche en fiestas, como promete también para esta noche, y a los rojos no se les conoce ahora por la barba o el anorak, sino por el bajoncelo que tocan en las esquinas.

A unos les sale *La internacional* y a otros les sale el *Himno de Riego*, lo cual que vuelan mis canciones hasta el silencio de González, que está desaparecido desde los primeros telediarios borrellistas y no pisó por Ferraz a la hora convenida, lo que prueba que era mentira eso de que para él eran buenos los dos candidatos. El ángel del Señor anunció a Maruja —a la maruja sociata y popular— que Borrell había ganado las primarias, y cuando la maruja se volvió a mirarle, el ángel tenía la cara de Borrell, lo cual que un susto y un alegrón para las bases. Éste es socialdemócrata a la europea y, mientras le corrompen o no, tenemos tiempo de hacer un poco de socialismo en las farmacias, los ministerios y las chabolas.

El señor Aznar barrilaba crisis de Gobierno para fin de año, cuando Matutes se retire o le retire el toro, y para entonces esperaban cartera los más impacientes y las más impacientes de los campamentos madrileños del PP, comunicados digitalmente con Génova/Moncloa. Pero se acaba el bipartidismo, las querellas sobre pesca y Cascos, y el Gabinete tiene que apretarse los machos (que llamen a Jaime Ostos) para sujetar la embestida de Borrell, que está pasando como el AVE por la vida nacional, en ese barajeo de paisajes que dan las ventanillas vertiginosas del tren.

La transición del felipismo a la democracia, tan añorada por Pablo Castellano, se va a cumplir por obra y gracia de este Cara de Plata de Lérida, que es nuestro político más europeo y al mismo tiempo el más votado por las bases castizas, y los suéters que sacaba en la campaña y las gabardinas bogartianas (pero de los noventa) que se trae siempre de sus viajes. Entre otras muchas cosas, ha demostrado que para convencer al pueblo e ir de legal no hace falta descamisarse ni insultar más de lo necesario ni hacer los chistes malos de Felipe ni vestirse de maestro de obras.

Hoy sábado no tenemos España. La Ejecutiva está en dormición, Aznar se ha puesto el niki del revés, Almunia deja de dormir en el tren, que es una cosa que te llena el sueño de vacas y románico, la presidencia del Gobierno está en el viento porque Pujol no va a ser el *soldat* de la *noia* madrileña, que todas las *noias* de Madrid están celebrando la revolución en la disco del barrio. El federalista Borrell va a poner los nacionalismos firmes y otra vez vamos a ser socialistas del socialismo, no socialistas de una radio o una oficina. Borrell ha devuelto el socialismo a la calle abriendo la Duma de Ferraz al conocimiento alegre de la gente. El único error de FG era sentirse único, pero España es un país lleno de únicos y aquí nunca nos falta el torero providencial, el espontáneo que al final mata el toro antes de que se suba por las paredes.

Recuerdo que a Borrell en Sevilla, arrancando la campaña, sólo le concedieron cinco minutos, como a uno que no ha pagado el toro. Pero esos cinco minutos dieron ya la temperatura de un líder y hasta las piedras tuvieron emoción humana cuando el viejo/nuevo político dio el flash de un socialismo rampante y una España abierta. Ahí es cuando Borrell mata los primeros escuadrones espartanos del socialismo de arenisca y sangre. Las madres terribles del partido vieron con espanto que habían puesto en libertad a Ulises, a Gramsci y a Largo Caballero. Tela.

En seguida empezó el trapiche para trabarle «por la pata al gran tintero», pero ha arrastrado tinteros y trapiches y siguió matando a la morisma felipista por todas las tierras de España, mientras profesaba como un abate elegante y cínico su devoción por Felipe. Han llegado a la avilantez de ignorarle o someterle a pruebas tan bajas como la prueba/Barranco, pero el jacobino ha podido con todo, burlándose de sus burladores. Lo cual que la definición de «jacobino» fui yo el primero en aplicársela y ahora la usan todos, hasta él, cosa que no me molesta porque la mayor gloria del poeta, según Manuel Machado, es el anonimato. También glosé un día su veta pascaliana y hoy me parece más Pascal que nunca, certero en la frase corta de ida y vuelta. Pascaliano es su estilo. Es un político de hierro colado, hecho para unas generales: su personalidad las está reclamando. Los viejos bajoncelos de los republicanos de antaño suenan con ronca alegría por las grandes avenidas donde una joven bella y llagada, a la sombra de Lhardy, yace y sonríe esperando una limosna. ¿La última limosna liberal o la primera ayuda socialista?

Jueves 30

En la Biblioteca Municipal de la pequeña ciudad descubrí el *Romancero gitano* antes de los veinte años. De Lorca no se hablaba en España, en aquella España. Los chicos nos sabíamos de memoria *La casada infiel* porque contaba cosas «verdes». Hoy comprendo que es el único poema heterosexual en la vasta obra de Lorca. ¿Por qué lo escribió, tuvo Lorca una adolescencia heterosexual, hay un hombre disfrazado de casada infiel en estos versos?

García Lorca, 1898, cumpliría ahora cien años. Y se le está festejando mucho. Los gacetilleros hasta le confunden con esa otra romería cultural del 98, Azorín, Baroja, etc. No, no hay un travestí en *La casada infiel*. Hay una mujer vista despacio, por dentro y por fuera, desde el corsé y los corpiños hasta el costurero de raso pajizo y la manera festival y caprichosa de adulterar con un mocito porque es la noche de San Juan. En el ejemplar que yo leí, Revista de Occidente, faltaba la hoja de este poema. Muchos años más tarde, don José María de Cossío me diría que en la biblioteca del Ateneo de Madrid también faltaban estos versos, habían sido arrancados. Nunca he sabido, en ninguno de los dos casos, si el expolio era de la censura o de algún masturbador lírico. Estas cosas, entonces, tenían mucha importancia. A mí me gusta *La casada infiel* y todo el *Romancero gitano*. Hace mucho que ha dejado de llevarse este libro porque sus imitadores —Rafael de León y eso— han acabado con él. Pero sigue siendo el libro más fresco, naïf y espontáneo de Federico.

Teniendo en cuenta la poesía que se hacía entonces, la poesía pura de Juan Ramón, Guillén y Valéry, Lorca fue un inconsciente al intentar un romancero épico, y esa inconsciencia es la que le ha ganado la inmortalidad en el mundo y el desprecio en el pequeño mundo de Borges, como si no hubiera folclorismo gaucho y de gran calidad en los primeros libros del argentino.

Pese al gongorismo y el surrealismo que componen el *Romancero*, más toda la iconografía gitana —qué potaje— y la vieja cadencia del romance castellano, este libro famoso y maldito sigue siendo encantador, sencillo de alma, precozmente sabio, lleno de imágenes que están entre Lope y las vanguardias.

*Tres golpes de sangre tuvo
y se murió de perfil.*

*Viva moneda que nunca
se volverá a repetir.*

Espontánea enumeración de la sangre, sorpresa plástica del morirse de perfil, que efectivamente es como se muere todo el mundo, poniendo el perfil sobre la almohada como para una foto. Pero las metáforas se encadenan: viva moneda que nunca se volverá a repetir. La gente, en las monedas, sale de perfil, ya sea un emperador o un descubridor. Pero además la moneda está viva. Imagen sobre imagen.

Así puede irse leyendo todo el *Romancero*, lleno, como hemos dicho, de una contradictoria ingenuidad surrealista. En cuanto al empeño épico, Lorca dejaría luego eso para el teatro. El *Romancero* es totalmente lírico, aunque cuente horrores.

Me encegueció la edición de Revista de Occidente, con sus grandes y barrocos caracteres. Todo estaba rameado en la tipografía, como en las imágenes y los adjetivos. Lorca era lo prohibido. Lorca era seductor. En los setenta me pasé un año leyendo al granadino y escribí *Lorca, poeta maldito*. Nuestro poeta es más sabio en *Diván del Tamarit*, más hondo en *Sonetos del amor oscuro*, pero la gracia de Nacimiento, la miniatura de villancico obscuro que tiene el *Romancero* no la volvió a tener Lorca.

Es ese libro espontáneo, manantial, alegre y sobrado, fecundísimo, que se escribe una vez en la vida, temprano, con barniz de adolescencia. Y eso no se repite. El repudio del *Romancero* por gitano es una pedantería. No hay artificio en tan «artificial» libro. Lorca lo veía así. Y luego, ya se sabe, tuvo tres golpes de sangre y se murió de perfil.

MAYO

Martes 5

Pensaba escribir aquí el diario de mi alma y estoy escribiendo el diario de mi pie. El izquierdo. Desde finales de enero, cuando me caí en un teatro y me rompí el quinto metatarso del pie izquierdo, apenas anoto aquí más que lo imprescindible, lo urgente (el pie para abajo se me hincha), pero pienso si no será mejor así, ya que uno de los peligros del género dietario es la minucia, el llenar las hojas de mecanografía, el llenar los días de pequeñeces y sensiblerías que sólo son interesantes para el autor. O ni eso: un recurso para no perder el hilo. El pie va mucho mejor, fuera escayolas, resinas y muletas, pero dentro de nueve o diez días me sacan la segunda y última aguja del hueso (la primera se salió sola, bien hecho), lo cual supone otra pequeña convalecencia: llevo meses convaleciente y he procurado no marear aquí demasiado con la enfermedad, como las visitas, pero me digo que no somos sino un mundo de convalecientes.

Nos pasamos la vida convaleciendo del traumatismo de nacer, que tanto afecta al cerebro (el parto humano es una chapuza), más el traumatismo de morir, que es un traumatismo previo a la muerte, esa dolencia a la que damos tantos nombres —melancolía, angustia, tristeza, miedo, hiperestesia— pero que no se llama sino muerte. Nos pasamos el tiempo faldeando la muerte, hasta que llegamos a la cumbre.

Claro que debe uno de ser un tipo muy social porque no he dejado de arrastrar mi pie por salones, calles nocturnas y trancos recientes de la historia de España. El otro día estuve en la Comunidad, en una fiesta de Ruiz-Gallardón, y le dije a Alberto:

—A por las primarias y a ganarlas, tío.

Se reía mucho, como siempre se ríe con estas cosas. Ya hemos anotado aquí lo que en estos días se llama por Madrid «el efecto Borrell». Un solo socialista decidido a hacer una política clara, limpia y justa, un solo hombre dispuesto a llegar al poder sin ayudas mañosas tiene al país en un temblor, lo que prueba que vivimos sobre el sistema de la mentira y el truco. El presidente Aznar logra el éxito del euro, pero se le inunda Doñana de mierda, como corroboración a su entusiasmo por hipotecar España a las multinacionales que denuncia Alfonso Guerra en su próximo libro (me ha pedido que se lo presente).

Claro que tan responsable como Aznar, en lo de Doñana (con una ministra, Isabel Tocino, amazona de Fraga, que se ha hecho del Medio Ambiente un pareo), es Chaves, el socialista andaluz, un hombre desagradable, un felipista antiguo que la única vez que le saludé me dio la mano mirando para otro sitio. Todos están pregnados de la sangre de Doñana, que es hoy un cuadro del Bosco ante el que se hacen fotos los inútiles ministros y ministras. El PP debiera convocar unas primarias siguiendo el ejemplo democrático del PSOE, y para mí el candidato de la derecha sería Gallardón, y espero no equivocarme, como no me equivoqué con Borrell: el efecto de mi pronóstico ha sido un golpe brillante en estos malos momentos bajos que estoy pasando. Así que mi broma a Gallardón sabe él que no es una broma y que algún día puede tornarse urgente realidad imperativa. Nuestra democracia ha pegado un arrancón hacia adelante.

Alberto es un niño serio, grave, que ríe con facilidad, un melómano de vocación política que se dedica a triunfar con la tenacidad de los melómanos, quiero decir con la capacidad de abstracción que dedica un oyente a Bach. Siempre he pensado que esa capacidad de abstracción, invertida en política o en cualquier otra forma de creación, tiene que dar mucho juego. La música me parece una egregia pérdida de tiempo.

La música nos sirve para contrastar la voluntad y la idea de este joven político con clara intención de llegar arriba, de entenderse con los socialistas y con todas las tendencias: quizá con la que menos se entiende es con la suya, el neoliberalismo gubernamental, o, por mejor decir, no se entiende con el practicismo burocrático de Aznar ni con el

monetarismo callado y rampante de Rodrigo Rato. Estas tiranteces las resolverían justamente unas primarias en el PP.

Después de lo ahincadamente político de la fiesta de Gallardón, que resumo aquí, todavía me queda tiempo para charlar con mi admirado Óscar Ladoire, que fue una gran promesa pre-Almodóvar del cine español de la transición. Ladoire sigue en ese mundo del cine, pero no sé a qué nivel. Sólo sé que tiene una mujer muy guapa y muy joven, y que tienen una niña. Aprovechando que estamos en lo que fuera Dirección General de Seguridad franquista, hoy Comunidad de Madrid, democrática y restaurada, Óscar y yo nos dedicamos a recordar cómo era esto cuando nosotros lo visitamos alguna vez como «presuntos».

La bofia, la pasma, los maderos, las lecheras de medianoche, la represión, el «suicidio» de Enrique Ruano, por cuya delación me pusieron un juicio. Ladoire le explica a su mujer cada cosa, la arquitectura del horror, y ella, con pinta de Virgen progre, nos mira sin comprender mucho.

—Qué viejo soy, cómo me acuerdo de todo —dice Óscar.

A Buero Vallejo, encogido de frío, le digo:

—Antonio, lo que sube de aquí es un frío de calabozo.

Y me hace un gesto de desagrado, como pidiéndome que no le recuerde eso. No hace mucho presenté aquí abajo un libro de Cela, con los académicos Seco Serrano y Zamora Vicente. Camilo dijo:

—Me presentan este libro tres académicos: dos por comisión y uno por omisión —señalándome.

Sí, el «omitido» era yo. En una cena posterior, Zamora Vicente me habló de mi *Valle-Inclán*, tema en el que también es especialista. Su crítica a mi libro yo la llamaría piadosa. El sitio donde presentamos lo de Cela lo reconocí en seguida como antiguo calabozo, pero le han metido mucha formica o algo de eso, lo han revestido de dignidad y sólo los veteranos de la «resistencia» podemos identificarlo. Qué viejos somos, como dice Ladoire. Qué viejos nos hizo aquel general. Es como si nunca hubiéramos sido jóvenes.

Esta tarde llama Inés Oriol para interesarse por mi consulta médica, por mi pie. Siempre lo hace. Es la persona que con más sencilla puntualidad se ha ocupado de este asunto banal, que en el mundo social procuran olvidar, como nos estamos olvidando ya de la muerte del periodista/submarinista Antonio Herrero o del fallecimiento más «razonable» —la edad y la guerra— del padre de MP.

El día 8 voy a Toledo a dar una conferencia e Inés quiere que me quede a pasar en su finca el fin de semana, con Miquelo y los Cela. Me apetece mayormente volver a ver algún Greco.

Y, por supuesto, verla a ella.

Lunes 11

Fin de semana en Toledo, en casa de Miquelo Oriol e Inés Sarriera y Sánchez de Muniain. Por la mañana doy una conferencia a los estudiantes de COU y luego almorzamos a cuatro en El Cardenal. Miquelo, siempre hablador y ameno, me lleva a ver una gran piedra de Chillida que mi amigo vasco regaló a la ciudad, supongo, por estar él presente en Toledo. Es una de sus sirenas varadas, pero la han escondido en un recodo de la muralla, por dentro. Desdice mucho, tanto granito, de unas almenas restauradas y teatrales.

La ciudad está llena de turistas, entrado mayo, y ya no da uno en éxtasis líricos ni históricos con la leyenda en piedra de Toledo ni del Partenón. Lo que quisiera es un café viejo, fondón, de pueblo, fresco-y con moscas, para leer la prensa de Madrid, si es que la encuentro. La gente me reconoce por la calle y firmo algunos autógrafos. Los Oriol tienen la finca a diez kilómetros de Toledo y allá nos vamos a dormir la siesta. Inés está guapa y sencilla y me ha explicado muy bien Toledo, muy en plan de

anfitriona.

—El Tajo, el Tajo, Inés.

—El Tajo está contaminado —me informa con su sentido realista, práctico y catalán, que poco tiene que ver con su cabeza lírica y antigua. ¿La cara como espejo del alma? Eso lo dijo alguien que no sabía leer en las caras. La casa de esta pareja es un cruce de castillo medieval y palacio/museo donde el talento artístico de Miquelo ha encontrado hospedaje para mil bellezas decorativas que pueblan los pasillos y ese jardín de perspectiva teatral, infinita y un poco a lo Maeterlinck. Lo malo de esta asombrosa casa es que no sabe uno dónde termina lo decorativo y principia lo doméstico. A la entrada hay una bandera española de largo mástil que rima bien con las almenas.

Luego me entero de que a una de estas torres entre militares y mozárabes vino, en un «desliz», una borbona del XIX, con el aristócrata de su amor.

—Si vino una vez vendría muchas veces —digo—. Lo que llamaban un desliz era más bien una sucesión de deslizos.

Querían subirme a dormir a esa torre, por la noche, ya que la mala fama de uno hay que pagarla, pero exijo el correspondiente desliz y como no lo hay me salvo del dormir almenado y solitario del torreón.

—Por ahí, por la finca, salgo a pasear sola o a caballo —me explica Inés.

Es todo como una novela rosa tirando a blanca. Duermo la siesta en una cama de pueblo, con tres jergones y un estilo de alcoba de un ruralismo fino, sobrio y con detallitos. Es un ruralismo de los señores, presidido discretamente por un Corazón de Jesús de yeso. Gran siesta de cansancio más que de sueño. Luego busco algo para leer y sólo encuentro libros sobre Toledo (albarda sobre albarda toledana, ya que estamos en Toledo) y alguna novela hispanoamericana, puach. De modo que decido arreglarme y salir a la casa/museo, tan grata, pasar de lo doméstico a lo decorativo. Miquelo está leyendo una novela de aventuras en inglés. Me explica que en esta casa encontró monedas romanas y luego monedas de Carlos III, de modo que su castillo es, como todo Toledo, una adunación de culturas, un nomadismo quieto de numerosos pueblos orientales y occidentales que se arremolinaron en torno a los montes de Toledo, no sabemos por qué. Yo traía el propósito de ver algún Greco, que siempre me emociona, pero luego el abuso de sabidurías me ha dado un cansancio estético que sólo pide merienda y conversación. Van llegando, para la cena, los Cela, el embajador de Portugal, Spottorno, el de la Casa Real, Giulliana Calvo Sotelo, Griñón, con una chica joven, guapa y muy ambientada que no sé quién es ni qué es de él. Uno se defiende de convertirse en un vademécum social. Prefiero olvidar los nombres de las personas y las relaciones que se tejen entre ellas. No soy un cronista de sociedad, como Proust.

Llegamos a ser unas quince o veinte personas. Con quien más charlo es con Cela o con Giulliana, vieja amiga inteligente, italiana, que siempre me ha entendido en lo que uno quiere que le entiendan y le quieran. Inés, elegante y sencilla, me explica las diferencias entre las trufas y entre los espárragos y otras apasionantes familias comestibles. Le digo, cuando se pone más grave, que es un poco como Medea, pero se limita a darme las gracias. ¿Cómo se puede tener una cabeza tan hermosa y literaria que luego sólo se decora por dentro de trufas y espárragos?

Miquelo me dice que su mujer no tiene ningún sentido del humor. Después de la cena los invitados se van yendo y sólo nos quedamos en la casa, con los anfitriones, los que vamos a dormir aquí: los Cela y nosotros. Ya de madrugada (no hay manera de acostarse), Griñón y Marina toman partido por el champán francés frente/contra el cava catalán, que Inés defiende «por catalán, por español y porque es mejor». Griñón y Marina hacen la prueba de la burbuja, que no aclara nada. Marina está en jovencita audaz e Inés en gran dama Guermentes que encuentra más señorial defender lo de la

tierra y dejarse de esnobismos.

—Enfádate, Inés, enfádate, que pareces más Medea —le digo.

Me vuelve a dar las gracias, deja sugerir que tiene la casa llena de Moët Chandon y Henry Abelé, pero sólo va a servir cava, que es lo bueno. Va y viene mucho en todo esto, como recitando ante un auditorio sentado, y su cabeza alta y contenidamente iracunda alcanza una belleza y una dramaturgia de la que sin duda no es consciente ella misma. Ha sido una de esas discusiones tontas de madrugada, cuando la gente comienza a volverse del revés y se acantona en un champán por no acantonarse en algo más grave. Hay una hora en que cesa el rigor social y todos empezamos a ser nosotros mismos, pero en peor, en terco y banal. La buena educación sólo dura hasta las once y cuarto de la noche. Después volvemos a ser vulgares y más vale irse a la cama, a no ser que se tenga la cabeza operística y estilizada de Inés.

Vuelvo a dormir bien en esta cama como de adulterio agropecuario, cuando la señora marquesa se mete en la alcoba del cachicán viudo.

Camilo me ha contado que los médicos le están curando el reuma a base de meterle el culo en un microondas.

Por la mañana temprano, o no tan temprano, Inés, teniendo la casa llena de criados y criadas, nos sirve ella el desayuno personalmente y desayunamos los cuatro en la intimidad. Inés está como recién levantada de la cama, sin pintar y en vaqueros. Ha sido su momento más erótico de estos días, muy por delante de los conjuntos de noche y gala. No ha sabido uno nunca si las mujeres controlan esos toques de erotismo doméstico, que los hombres valoramos siempre mucho más que la alta costura o la seducción de perfumería. Quiero decir que no sé si este erotismo doméstico de Inés ha sido calculado. Me parece que sí y en todo caso le ha quedado muy natural. Hoy hemos hablado varias veces por teléfono. Va a ir a fiestas a las que yo no puedo o no quiero ir.

—Te echaré de menos —me dice.

También ha llamado hoy Carmen Díez de Rivera. Había llamado durante mi ausencia dejando recados en el contestador. La llamo yo a ella con cierta alarma, pues imagino que se trata de lo suyo, como casi siempre. Entre Madrid, Estrasburgo y Bruselas, le han encontrado unas manchas en el hígado que a algún médico le han hecho pensar en la metástasis.

—¿Es que voy a tener yo metástasis porque lo diga usted?

Carmen es muy bravita, y más con los médicos. Para decidir si hay metástasis la van a abrir en Bruselas.

—Me lo van a hacer todo de nuevo, Paco. Otra vez me van a abrir.

—Y te volverán a cerrar, tú tranquila.

—De momento estoy haciendo yo sola, aquí en casa, rehabilitación del brazo.

Es el brazo izquierdo, el que le quedó inútil cuando le cortaron el pecho. Carmen ha sido siempre dura, en la política, en la vida, en el amor. Quizá demasiado dura y demasiado drogada por la enfermedad hereditaria de la familia: la política. Si ahora está sola ante la muerte es porque se equivocó de familia y porque no supo o no quiso conservar el amor de ningún hombre. A fin de cuentas, la feminista de ojos fríos ha podido en ella más que nada y fue despreciando hombres porque se sabía superior a ellos, y lo era, por supuesto.

Acaba de llamarme otra vez, desde Estrasburgo (esto es ir mecanografiando la vida a medida que se produce), para decirme que en varios parlamentos europeos se han leído artículos míos, en reuniones de ecología, a propósito de la catástrofe de Doñana, que no he consignado aquí porque éste no es un libro/*sensurround*. Emma Cohen me llama desde Viena para felicitar me mi vago cumpleaños. Ingeniosa y cariñosa como siempre. Pero me queda para todo el día la emoción de Carmen, el golpe de su metástasis, que ella se niega a aceptar, ah las trampas de la inteligencia que nos

hacemos a nosotros mismos los intelectuales. Carmen y yo sabemos que ella se muere, pero no quiero hacerme trampas sobre esto, de modo que lo dejo.

Lunes 18

Llama Inés a media tarde. Han estado en París y dice que allí me leía todos los días en el periódico. Hablamos de Frank Sinatra, que ha muerto, y del pobre homenaje que le han hecho las radios y las televisiones. Yo creo que estos periodistas jóvenes ya no saben bien quién era Sinatra, y por otra parte carecen de material gráfico y musical para montar un homenaje a la mayor voz del siglo, como generosamente ha reconocido Pavarotti, comparando a Sinatra con Mozart.

Se nos va el tiempo a Inés y a mí hablando de Sinatra, que cubrió varias generaciones y por eso nos es común. Yo me inclino a la elegía, al tiempo perdido, y ella, siempre más en la realidad, se lamenta del exceso de información y oferta banal que en definitiva nos tiene más mareados que informados. He rebuscado por casa hasta encontrar lo poco que tengo de Sinatra, y lo he oído repetidamente, leyendo luego sus letras en inglés y español. Es especialmente emocionante la música que le hizo Colé Porter, príncipe del romanticismo americano a quien en la pantalla encarnó Cary Grant, para mayor delirio. En fin, un juego con el pasado que Inés lleva muy bien, sin ese miedo femenino a las cronologías y con una visión muy «actual» de lo que para ambos, en épocas distintas (que hoy se funden), fue aquella música, aquel mundo, aquel sueño. Encuentro la voz de Inés muy entrañable, pero un poco perdida, como si París pasase todavía entre ella y yo.

Quedamos para vernos en seguida. Quedamos sin quedar.

No le cuento a Inés, por no insistir en la sangre, que hace unos días me quitaron al fin la segunda y última aguja del pie. Es casi tan larga como el pie mismo y había hecho cuerpo con el hueso, de modo que la operación fue bastante más dramática —o siquiera dramática— que la primera. Además, el anestésico se equivocó. El doctor Palacios me felicita por mi valor, lleno de temblores internos que él no ve, y le digo:

—Creo que es el momento de que empiece usted a respetarme.

Pasado mañana me quitan la grapa con que han cerrado la revuelta herida. El pie ya no sangra. Le he contado a Inés lo más cerca que yo estuve de Sinatra, que era en Commodore cuando Ava, gorda y borracha —años sesenta—, nos hablaba del amor de su vida. Porque, sin que uno crea demasiado en esas cosas, lo cierto es que hay algunos seres en quienes cristaliza nuestro pasado, y en otros no. A los primeros, si son mujeres, los consideramos el amor de nuestra vida, aunque seguramente estamos haciendo una novela de la memoria. Sé que dentro de diez o quince años, si mi pie y yo aguantamos, Inés habrá sido el ser en quien ha cristalizado para mí esta época y este diario, por el que sin gran eficacia pasan otras mujeres más «entregadas».

Borrell decepcionó en el debate sobre el estado de la nación. Su único error fue tomar a Aznar por «enemigo pequeño». Borrell sale muy sobrado (así empiezan las crónicas de toros), pero yo le veo más retórico que pragmático. Sólo tenía un papel de Barea para denunciar el agujero de la Sanidad en el PP. Se aferró a él insistentemente porque había ido al Congreso sin preparar nada, confiado en el deslumbramiento de su triunfo y en la confianza misma que siempre parece haber tenido este hombre en lo que hace. Pero estaba en «presidente», en líder de la oposición, en candidato glorioso, y eso no se lleva así. A Felipe González no le hubiera pasado. Ya aprenderá Borrell. Del otro lado, una derecha gamberra e imposible. Aznar, un funcionario pulcro que miente con gran veracidad. No he anotado todo esto antes porque he escrito mucho de ello en los periódicos y quisiera quitarle aquí el sabor periodístico. Aparte de que el ocio de la enfermedad no deja tiempo para nada.

El aparato del PSOE se ha crecido con el relativo fracaso de Borrell —que conserva teóricamente todas sus prerrogativas, tribunal del viento—, de modo que Almunia vuelve a mandar en calidad de secretario general y Felipe no se sabe en calidad de

qué. Borrellismo, guerrismo y Julio Anguita son el trirreme de la izquierda en el que confío. Pero el aparato ya ha puesto en la puerta de la Comunidad a Cristina Almeida, naípe demagógico, y en la puerta del ayuntamiento a Leguina, el recurrente. Son esa Nueva Izquierda que abandonó a Anguita para hacer la travesía del desierto o secarral madrileño, hacia el PSOE y los cargos.

Bueno, pues ya tienen cargos, o los van a tener. Cristina Almeida, la *tricotouse*, se niega a competir en unas primarias. Quiere salir por decreto. Y para esto lleva toda la vida ensuciando el mercado nacional con su mercancía barata, confusa y rojeras. Borrell no ha podido impedirlo y, muy sutil, elogia los nombramientos de Almunia, que en todo caso no son irrevocables.

Esta mañana me ha llamado Alfonso Guerra y hemos hablado de la situación.

—Mira, Paco, esos de Nueva Izquierda están cazando particulares a lazo, por toda España, para improvisar un partido que no tienen y ganar unas primarias en los ayuntamientos y comunidades. La izquierda se está borrando del mundo.

Dentro de unos días presento en el Palace el nuevo libro de Guerra, *Diccionario de la Izquierda*, que es un manual puesto al día para que la gente de hoy, tan unidimensional, sepa qué es eso de la izquierda. Pero, en una lectura más enterada, vemos que Guerra ha ido trazando aquí, tesela a tesela, su autorretrato político, que siempre me ha interesado.

Mayo revienta por fin en mil frentes de flor y sol, los días son quietos, luminosos, muy madrileños, y las noches casi intensas, cercanas como una novia y reptantes de olores hermosos que mi imaginación percibe como esbeltos animales nocturnos, deslizantes. Hay sobre todo un olor verde, quieto y secreto, que sólo puedo percibir como una iguana pacífica que me mira casi agradecida no sé a qué. ¿A que no la mate? Qué dolorosa es la belleza del mundo.

Martes 19

El asunto del vídeo de Pedro J. no ha tenido el efecto político que esperaban sus muñidores (en vías de juicio), sino un efecto matrimonial, doméstico, familiar, que supone la separación de los hijos y la huida de Ágatha a París. Desde París me manda postales, cartas, sorpresas, colores, besos, noticias, recuerdos, imágenes, y hoy la he contestado con esta carta algo surrealista. Uno es que ya no sabe escribir cartas tipo epistolario, como las de aquellas marquesas decimonónicas y desocupadas.

«Hoy te escribo a París, Ágatha, amor, por donde pasas ya con tus cometas, en un cielo naïf y de aduaneros, llevando un pez espada de la mano y un paraguas de triángulo escaleno.

»Desde París me escribes, te respondo, y espero a que tú vengas con tu moto a llevarme a la estrella de la plaza, o esa *boutique* que pones en la lluvia, por donde van colores de Duchamp. Vive en el *Vidrio Verde* del maestro, guárdate de Aznavour en un Matisse, suelta tus corazones, como ranas, por el estanque en luz de la Concordia. Eres la única chica de Madrid que puede abrir un quiosco en los Inválidos, zumbarte a Napoleón a toda braga o recoger claveles en el Louvre.

»París pasa por ti como otras veces, dejando luz pastel en tu alma verde, París te contamina de lecheros, Agatha de Montmartre, escapadiza. Vienes de aquella gente impresionista, vienes de los domingos/acuarela, vienes de aquel Rousseau que comía bosque, vienes de aquel Gauguin y sus paraísos. Eres la nieta azul de las vanguardias, la costurera gris de Baudelaire, eres Odette mintiendo a todas horas, eres la colegiala de París.

»Y llevas a París muchos colegios, racimos de colegios con tormenta, rebaños de colores azuleantes, muchachas con gorguera de Molière y tus piernas tan largas y tus tizas.

»Última vanguardista de París, mándame más postales con más berzas, última párvula, niña de entreguerras, nunca Gertrude Stein, siempre Max Ernst. Mándame más tus

sellos y tus cartas y pregúntale a Proust, siempre en el Ritz, si se piensa morir en entretiempos.

»Ahora que vas y vienes de París, cómo te sabe Francia en esa boca, cuando ya tu nariz es un aroma y tus labios ya besan los affiches. De ti aprende París a ser francés, forma de corazón tiene su mapa, echa al Sena tus cartas y sortijas, que tu correo fluvial siempre funciona. No contesté, perdona, a tus postales, y ahora lo hago de golpe, transperdido, porque hace ya un montón que no nos vemos y en mi dacha se encienden tus bombillas, tus margaritas de color de chica y el neumático roto del verano. Te veo en televisiones, en periódicos, pero no sé de ti, dime en qué andas, buena chica que cose para fuera, costurera de hilvanes fluorescentes en la ropa dos mil de la ciudad.

»Cuántas cosas, amiga, cuántas cosas, me ducho en un alud de corazones que dejaste en mi casa, refrescantes, y muy pronto en París, yo de tu mano, subiremos a casa de Verlaine a que nos dé la sopa de los muertos y te bese en la frente, Rimbaud/niña.

»Te sigue André Bretón por las farolas y vas a ser su Nadja este verano porque tienes la boca impronunciada de la mujer perfecta, inesperada.

»La blanca niña/flor de Barcelona, la chica mal hablada, los setenta, la muchacha/gusano, El Escorial, tu furgoneta llena de recuerdos, cosas de amor y lujo, esa vida que llevas, tanto París ahora como siempre, llegas oliendo a lluvia y a noticias, te nos fuiste a vivir al *Vidrio Verde* y allí Marcel Duchamp te hizo su novia, siempre más montparnó que catalana, y siempre más creatriz que noticiosa. París ya te ha hecho suya, colegiala, Louchette de los Duffy, niña/Degas, pero vuelve los jueves a Madrid, chica de agua y jabón, danos tu vino.»

Miércoles 27

El mes de mayo, que es mi mes, el que más me gusta del año, está pasando entre rayos y tormentas. Todos los años decimos que ha cambiado el clima. Ya he escrito en este libro sobre el tiempo/clima como expresión del tiempo/duración. Sea como fuere, mayo no me ha durado nada.

Un día, fin de semana, llamé a Inés a Toledo, no recuerdo para qué, quizá para nada. La pura nostalgia de la pura nada. Se puso un criado.

—La señora ha salido a oír misa.

Este criado, sin saberlo, claro, había abierto una inmensa distancia entre nosotros dos. ¿Y por qué iba yo a suponer que Inés no iba a misa nunca, ni siquiera una vez a la semana? Sabiendo de fijo que es muy tradicional, y por tanto católica, siempre me había negado a pensar en eso. Me sorprendió algo que yo sabía perfectamente. Porque lo que más nos sorprende es oír en voz de otro —un otro tan desconocido y neutro como un criado— algo que uno mismo sólo se dice a sí mismo en silencio, o ni siquiera se lo dice nunca. Es cierto que las cosas no ocurren si no se las comenta. Pero esto no lo saben los criados.

A los pocos días, cuando Inés contestó a mi llamada, me explicó vagamente que había bajado a alguna cosa a Madrid. No habló de la misa para nada. Ella sí sabe que a mí sus misas me pueden hacer daño porque nos distancian. Lo más característico de cualquier tipo de relación con una mujer es que siempre le iremos descubriendo subterráneos del alma, profundidades vaginales, laberintos callados. Inés en misa es una traición que puede doler como Inés en brazos de otro que no sea su marido. Y esto no por odio a la misa, naturalmente, sino como confirmación de lo que ella me tenía callado, oculto, solamente supuesto o ni eso. De modo que los celos no son celos de un tercero o tercera, sino celos del universo o celos de uno mismo, celos de todo lo que ignoramos. Los celos no nacen del amor ni son señal de amor. Los celos son la expresión de una perplejidad, de una comprobación de lo evidente que no habíamos querido ver.

Los celos se inventan su causa y crean los enigmas de los que luego recelan. ¿Sabe Inés que yo sé que estaba en misa? ¿Por qué se inventó una explicación de su ausencia que yo nunca le habría pedido, naturalmente, ya que nuestra relación no pasa de la amistad? Me digo a mí mismo que no pasa de la amistad, pero, sabiendo que es así, me dolería muchísimo que me lo dijera ella. Al final de la conversación en torno a la misa (misa de sábado de la que nunca se habló), Inés me dice que ha hablado con Federico Trillo, presidente del Congreso, como yo le pedí un día que lo hiciera, y que estamos invitados por Trillo a almorzar en tan alto sitio. La cosa es que Trillo me había invitado en una carta que se cruzó con una crónica mía no muy grata para él. Trillo me recuerda en la carta mis tiempos de cronista de Cortes, en *El País*, y se lo agradezco. Él debía ser muy joven entonces, pero me leía.

Ni la salud ni el trabajo ni la gente me permiten escribir a diario en este libro. Hoy por la tarde (estoy escribiendo por la noche) he despachado después de la siesta dos entrevistas con fotógrafos.

¿Qué rayos esperan que diga uno a los universitarios, a la prensa del corazón? Ya no poso para las fotos. Antes posaba. Hacerse una imagen es fácil. Lo difícil es mantenerla. Por hastío mayormente. Uno se da asco. O por las noches, en el desvelo de las cuatro de la mañana, miedo. Me invitan de una cárcel para hablar a los presos. Los llaman «internos». Sólo esta palabra me quita las ganas de ir. Pido mucho dinero por todo (no por lo de la cárcel), para que me digan que no, pero quedan en pensarlo. ¿Y la política?

El lunes empezó el juicio de los GAL. Vera y Barrionuevo en el banquillo, que no es banquillo. Les han puesto terciopelo y respaldo. Los del PSOE dicen que es una vergüenza para la democracia. La vergüenza sería no hacer este juicio estando todo tan claro. González se ha ido a Europa, convirtiéndose en el Ausente, en el gran vacío. Hoy he escrito columna sobre esto. Hasta sus incondicionales, y por supuesto los acusados, dicen que debiera estar aquí, y no por política ni juridicidad, sino como amigo, coño, como padrote de todos ellos, como acto moral.

Creo que no tendrán peticiones altas y que tampoco deberán cumplir completas las condenas. Puede que queden inhabilitados para la política, o quizá ni eso. Pero el juicio me parece que había que hacerlo. Montesquieu lo hubiera hecho.

Borrell se ha cabreado, por fin, con Almunia y la almunia. «No voy a ser el chico que anda por ahí repartiendo besos y abrazos.» Está sentando cuidadosamente las bases de su poder inmediato. Los barones, de pronto, están con él. La socialdemocracia. Me pregunta Javier Villán por qué creo tanto en la socialdemocracia.

—No tanto. Sólo creo en ella como punto de partida hacia otra cosa.

El socialismo democrático, naturalmente. Sin necesidad de asustar a las señoras que van a misa el sábado por la tarde, como Inés, para no tener que madrugar el domingo. Noche y silencio. Esta máquina suena blanda, íntima. Es un placer escribir así, costurera de mí mismo. Vivo sin malos recuerdos ni buenos proyectos. Vivo, salgo poco, duermo todo lo que puedo, soy un relámpago de prosa entre dos tormentas de primavera. Una pintora me manda un retrato mío que ha hecho a partir de una foto de periódico, una foto de Cristina Rennotte. Con Cristina salí hace poco. Está trabajando en el rodaje de una película, como fotógrafo, claro. Estuvimos en el Comercial de la glorieta de Bilbao (cuántos recuerdos, cuántas cosas, este viejo café). De algunas mesas me mandan recados de amor y literatura. Cristina bebe su ginebra en vaso de balón y por primera vez en nuestra amistad está amarga, agresiva conmigo, provocativa, molesta. Me parece que esto se termina sin pasar a nada más. Menos mal que para el sexo tengo algunas reservas en la agenda, algunos teléfonos fáciles. Unas se van a misa y otras enseñan las uñas lacadas. El encanto de la mujer es fugacísimo. En seguida le sale el «individuo». Cuando la mujer, con toda su retórica deliciosa, personal, indumentaria, se queda en *individuo*, empieza a dar miedo o a resultar

indiferente. La calle está llena de individuos y lo que busca uno en la mujer es otra cosa.

Para individuo ya estoy yo.

El retrato que decía lo ha hecho una tal Carmen, pintora de voz simpática (me ha llamado por teléfono) que tiene el estudio en Cercedilla, en la sierra. Allí vive. El romanticismo de la foto de Cristina ha pasado a expresionismo en el cuadro de Carmen no sé cuántos. Cristina lo encontraría detestable, una profanación de su foto baironiana. Carmen quiere hacerme de cuerpo entero y desnudo, tomándome fotos previamente, claro. Ahora todo el mundo trabaja con fotos. Velázquez no se defendió mal sin fotos. Andy Warhol elevó la foto a categoría estética. Creo que acabaré en el estudio de Carmen, desnudo en plena sierra, esperando el amor o el cuerpo de una pintora. He descubierto el ancho y profundo placer de pasar de todo, de dejarme estar/dejarme vivir. Finjo arrebatos de inspiración para trabajar. Me lo finjo a mí mismo, claro. No me interesa nada y me gusta todo. Una nueva generación de urracas habita el jardín con su belleza y su maldad. Estoy largos ratos mirándolas. Tienen un contencioso con la gata, pero aparte de eso han bajado del cielo trayendo una estación nueva, tomando posesión de un mundo que las esperaba. ¿Cómo he podido vivir tantos años ignorando todo esto? Mi vida por una urraca mientras la humanidad se mete en el sepulcro latino y negro de la misa.

Domingo 31

Las mitologías de nuestra sociedad conviene no tocarlas. Isabel Preysler era y es una diosa de la elegancia, la distinción, el gran mundo, la buena educación, el internacionalismo y el saber hacer/saber estar. En cuanto le han dado un programa en la tele se ha visto que no.

Quiero decir que la reina de la *jet* es una porcelana vacía. Nos ha enseñado a poner una mesa, elegir un menú, sentar a unos invitados, etc. Pero luego de montado el exquisito escenario de la comedia se ha revelado que no había comedia. La señora de Boyer no tiene nada que decir. Tampoco se le pide que sea Oscar Wilde animando una cena, sino siquiera un poco de simpatía, de complicidad con el público, de amistad, de encanto hacia los demás. Acudo a muchas cenas sociales —demasiadas— y tengo comprobado que la mayor parte de las anfitrionas son así, como la Preysler, son porcelanas vacías, no tienen nada que decir una vez que te han contado su osteoporosis. Me sé ya todas las osteoporosis del reino, salvo la de la reina Sofía, que afortunadamente no la padece o al menos sabe hablar de música, viajes, poetas y cosas. Habría que salvar de estas generalidades a algunas damas que ni son porcelanas vacías ni anuncian porcelanosas. Lo primero, Sisita Milans del Bosch, la mujer más ingeniosa del todo Madrid, que llega a la autoironía con gran facilidad, y eso sí que es ya wildeanismo.

En otra veta de genialidad mundana están Inés Oriol, Giulliana Calvo Sotelo, Marisa Borbón, Esperanza Ridruejo, Cayetana Alba, Tessa Baviera, Beatriz Orleans, Marina Cela, la condesa de Montarco y poco más. Seguro que me olvido alguna. Pero lo importante es que son pocas y que ya ninguna es adolescente. La adolescencia y la juventud son un perpetuo analfabetismo en varios idiomas.

Se me olvidaba Carmen Posadas, que reúne juventud y «conversación». Esta escasez de buenas anfitrionas —aunque echen muy bien de comer— viene a su vez de que en España se educa a las señoritas en manos de las monjas, que nada saben del mundo, de manera que la falta de lenguaje, de ideas, de conversación, de ingenio, de capacidad de respuesta, en fin, viene de madres a hijas. Claro que la señora de Preysler/Boyer no es española de nacimiento ni de raza, pero ha sido educada en lo mismo y, puesta a animar un programa de televisión, queda patética. Pero puede estar tranquila: casi todas las anfitrionas de verdad que nos reciben a diario son igual de *plomas*, como decían Tono y Mihura. Lo único que cabe preguntarse es por qué vamos

a esas cenas. Pero la paradoja se repite cada noche o tres noches por semana: decorado magnífico, original o clásico, anfitriona vestida sublime. La comedia social va a empezar, pero no hay comedia. Estas grandes mujeres son porcelanas vacías, jarrones sin siquiera eco. No tienen nada que decir, salvo al confesor. Por eso en España no hay «salones».

Los salones literarios, políticos, sociales de París, desde el XVIII hasta la guerra del catorce, eran el nido culto de unas mujeres sabias (aunque las burlase Molière), atractivas, sugestivas, conversadoras, enteradas del mundo y no sólo por su cocinera, literatas, epistolares y un punto esnobs. Oriana Guermantes no existió nunca, pero hubo docenas de Orianas que la hacen realidad. Aquí no tenemos salones como no tenemos un Ateneo vivo ni un teatro *boulevardier*. La República lo intentó un poco, pero Azaña iba y se aburría. Nuestra porcelana social es loza de pueblo. Lo más movido de nuestra sociedad republicana fue la Bibesco: una extranjera. La Preysler nunca será Oriana, ni siquiera Odette o madame Verdurin. Nuestra reina social es una porcelana que se aburre. La tele paga pero no perdona.

JUNIO

Martes 2

Me llama Inés a las once. Hoy la cito en la columna, pero ella no alude a eso, sino que está más expresiva y espontánea que nunca. Hay cosas sociales pendientes, en las que sin duda nos veremos, pero también nos gustaría (me parece) vernos antes y más por nuestra cuenta. Le digo que debiera llamarme todas las mañanas, pues eso me da euforia para trabajar (y para vivir). Me cuenta, no sé por qué, su pasado de bailarina (quizá de ahí sus hernias discales y sus hermosas piernas, firmes, decididas, con un pisar «profesional»). Inés, la criatura afortunada, el hada del bosque, también lleva una frustración en su vida. ¿Y quién no?

Más que el alma, el misterio, el secreto de cada persona, lo que habría que buscar en los otros es esa frustración, generalmente de adolescencia, que nos expulsó del reino de los ángeles para dejarnos en hombres y mujeres corrientes, lamentablemente razonables. Pero fracasado el proyecto estético, digamos, nos queda otra tarea en la vida: superar estéticamente ese fracaso, sublimarlo o enterrarlo, crear otro yo a partir del yo paradisiaco de juventud o de nunca.

Y esta tarea, quizá, es la que ha cumplido Inés día a día, con discreción e insistencia, con afinamiento y silencio. Puede que eso sea lo que la sublima a mis ojos, lo que la ennoblece más allá de su belleza, lo que me la hace *diferente*.

A continuación me llama Carmen Díez de Rivera, desde Bruselas, para comentarme la presentación de Fernando Morán a la alcaldía de Madrid, respaldado por borrellistas, guerristas, Izquierda Socialista y Juventudes Socialistas. El hombre del aparato es Leguina, un político erosionado, embarnecido como una pieza del Rastro, fracasado en la Comunidad a manos de un adolescente de la derecha, Ruiz-Gallardón, que ahora está en un gran momento. Morán, así, es el candidato intelectual, el ilustrado, en la genealogía de Tierno Galván y de los carlotercistas de izquierdas que le dieron un perfil a Madrid, unas luces y una dignidad de vieja dama que «recibe» y extiende el amplio ruedo de su vestido: la muralla mora.

Está tan ilusionada Carmen con la vuelta de Morán que no quiero preguntarle por su enfermedad, pero ella me lo suelta con alegría y de improviso:

—¡Y lo mío va fatal!

Como si me dijera que se va a casar o a tener un niño. Le han encontrado manchas metastásicas en el hígado y quieren abrirla, como ya he contado aquí. Pero ha encontrado una manera improvisada y matinal de darme la noticia, fingiendo que no le importa. Aparte de que algunas quieran ser bailarinas, como Inés, todas las mujeres son actrices de su felicidad o su desgracia. A nosotros nos pasan las cosas. Ellas las *representan*. Y lo hacen por dignidad o por estética, como ya he dicho de Inés. Sólo se me ocurre preguntarle a Carmen cómo se encuentra ella personalmente, aparte informes y análisis. Parece que su hígado, en lo cotidiano, se comporta y cumple. Ella ha hecho un esfuerzo mental por separar lo que dicen los papeles de la realidad de su cuerpo: «No vuelvo a mirar estos papeles de los médicos.»

El cuerpo no quiere que se lo toquen.

—A mí, eso de abrirme y cerrarme, nada.

Tiene un valor que, habiendo conocido a su padre, yo sé que es autoritarismo. Riñe a los médicos. Ha objetivado los «papeles» como si fueran cuentas sin pagar, una cosa incómoda que es mejor arrinconarla. No quisiera yo dar en este libro la muerte de Carmen, de modo que procuraré cerrarlo antes. Estoy haciendo como ella: ignorar unos papeles y dar una vida viva y en llama que ahora arde por la victoria de Morán.

—Te prometo, Carmen, que hoy mismo empiezo la batalla de Madrid.

Y ella ríe con el viejo término de la guerra: «la batalla de Madrid», que duró tres años y durará siempre para nosotros. ¿Para nosotros? Siempre, en nuestras conversaciones, cuando por fin suelto la risa clara de Carmen, considero que ya he cumplido y nos

despedimos.

La gata me maúlla levísimamente para que la saque al jardín, pues hoy hace sol después de un mayo torrencial. Deliciosa condición hembra la de las tres, mis amigas y la gata, que siempre se comportan como hembras, sin sospecharlo, a la sombra del macho.

Escribo con sudores, dolor del pie, cabeza dura y malestar. ¿Y por qué escribo, qué tengo yo que resolver con la escritura, qué traumas o frustraciones? No lo he sabido nunca. De verdad que yo no quería ser bailarina.

Domingo 7

Desde Bruselas, Fernando Morán, por teléfono. Me agradece mi columna sobre su candidatura a la alcaldía de Madrid. Morán es un intelectual dubitativo (quizá esto sea un pleonasma) que quema sus dudas en la pipa y decora su liberalismo de izquierdas con una chalina.

—Leguina se va a mover mucho, Paco, y yo estoy aquí en Bruselas. El partido está en crisis muy fuerte por dentro. No sé.

Casi le encuentro arrepentido de haberse presentado a la candidatura municipal. Con socialistas tan nobles y tan vencidos no se regenera el partido. También desde Europa, con un entusiasmo que Morán no tiene, Carmen Díez de Rivera, dispuesta a dar la batalla por Morán (recuerdo las que dio por Tierno, Carrillo, Suárez, etc.) y contándome alegremente que en Bruselas se decantan, los médicos, por abrirla y mirarle el hígado. Lo mismo de otros días, pero más. Cuánto debe costarle esta breve alegría telefónica, por pudor de la enfermedad, ante mí. Desde aquí veo cómo una mar oscura va subiendo por su cuerpo rubio y demediado.

No quisiera convertir este libro en un tanatorio, pero en estos días han operado a Miguel Delibes de cáncer de colon, aquí en Madrid. Y el caso es que tiene terminada una novela histórica de quinientas páginas. Ahora vendrá una buena temporada de salud, supongo, que le permitirá lanzar el libro, aunque Miguel es poco dado a lanzamientos, y menos ahora de viejo. Fue un hombre que me iba descubriendo poco a poco, cuando en mí no había nada que descubrir. La urgencia periodística suele presentarme como discípulo de Miguel, pero él y yo sabemos que en lo literario tenemos poco que ver. Luego, la amistad, es ya otra cosa.

En Valladolid me pagaba los artículos a veinte duros. El periodismo nos ha unido y reunido varias veces en la vida. Es, cosa rara, un católico noble, bueno, que no tiene miedo de parecer católico, como Unamuno (según Bergamín). Es un hombre de aparente sencillez y evidente cordialidad, un godo rubio de ojos claros, sinceros y críticos. Ya no caza ni pesca, pero sale al campo, pasea, está muy delgado. Y ahora, la cosa. La Cosa. Le pongo un telegrama felicitándole. ¿Por qué? Por estar vivo. Quizá sea más saludable la contaminación, el estrés y el infarto de un Madrid infartado. Miguel gusta de mi prosa, pero quizá la encuentra falta de valores, o más bien es que mis valores no son los suyos. Sólo me ha fallado su amistad una o dos veces en la vida. Apostó por mí y acertó. Cuando ha apostado por otros se ha equivocado. Cultiva un aire de paleta vallisoletano que es todo literatura, como el supuesto agrarismo de Pía. Nunca superó la muerte de Ángeles, pero el libro que le hizo a ella no es bueno. Todos tenemos no ya nuestro estilo, pero nuestros temas. Dice que me envidia cómo he escrito de mi madre y de mi hijo. Es que la madre y el hijo me importan más que los furtivos que comen ratas.

No sé si su catolicismo, tan raigal, le ayudará en estos momentos. Espero que sí. Lo malo de un amigo enfermo es que ya no se puede hablar con él de literatura. La literatura se despliega en el tiempo y un canceroso no debe contar con el tiempo. Frente al cáncer se ha inventado el suicidio, pero eso no es para Delibes.

Charla telefónica nocturna con Inés, que está en Toledo. Muy sabiamente me insinúa que ni a ella ni a Miguel les ha gustado algo que he escrito. Quiero decir que les ha

molestado. Pero una persona educada y lista, como Inés, no dice esto en seguida, sino que luego, hablando de otras cosas, se muestra hostil en todo. Son gentes que trasladan la hostilidad a *lo que no importa*. Qué buena es la buena educación.

Así, Morán «está muy enfermo», Leguina la entusiasmo (insólito en ella), Sáenz de Oiza está retirado (sólo es verdad a medias). Me asusta pensar, saber que por estos puntos débiles puede empezar a erosionarse una amistad, un amor. Pero muy luego me llama, optimista y lejana, diciendo que ha conseguido lo que yo le pedía, unas entradas para ver a Pina Bausch. Ya escribiré aquí de la Bausch cuando la vea. Lindsay Kemp, Pina y Kantor son los últimos ejemplos de teatro que me han importado en los últimos años. El teatro muere entre el musical y el vodevil. Lo mata la televisión. No soporto ya el diálogo convencional, la vanguardia convencional, y mucho menos el realismo burgués. El preciosismo del decadente Kemp, el misticismo del polaco Kantor, ya fallecido, el expresionismo brutal de Pina Bausch todavía me han emocionado en un teatro. Creo que el teatro nació como gran artificio, en Grecia, digamos, entre máscaras y coturnos, y no como una imitación enana de la vida vulgar. El teatro debe llegar a sus últimas consecuencias teatrales y no ser nunca repetición de la vida. Aceptamos el espectáculo, exigimos el espectáculo, no la novela interpretada penosamente.

La Feria del Libro, una horterada, como todos los años. Ayer pasé la tarde posando para Carmen Gil, que me hizo unas fotos para su proyectado retrato de cuerpo entero. Es una mujer joven, simpática, acelerada, con un marido que le hace de chófer y carga con las máquinas. Un hombre joven que, cosa rara, se entiende bien con la gata. Y sólo por eso me cae simpático el tipo. La gata *Loewe* es un test. La gente que no sabe tratarla, que la ignora, o la gente a quien ignora la gata, ya no me interesa a mí tampoco.

Luego, Carmen ha llamado por teléfono para decirme que las fotos han salido muy bien.

—Posas tan bien, eres tan interesante, esas manos, ese aire...

Un entusiasmo casi provinciano por el escritor. No sé qué decir. En casa ordeno libros, miles de libros, con un criterio muy elemental: el pensamiento a un lado y la creación (novela) a otro. En medio la poesía. Y creo que cada día me voy desviando más hacia el ala del pensamiento: ensayo literario, filosofía, y, en cualquier género, sólo lo que esté bien escrito, que no es «correctamente» escrito. Una vieja y bella amiga que llama en plan reanudar. Las mujeres creen que basta poner una voz sexual. La mujer cree demasiado en sus tetas y en su voz. La mujer pasa de odiar su cuerpo (anorexia) a confiar ciegamente en la fuerza de su cuerpo. Y entre esos dos extremos, todo el desequilibrio femenino (que adoro).

Jueves 11

Conocí en Alemania los espectáculos de Pina Bausch y desde entonces la vengo siguiendo casi puntualmente. En Madrid ha actuado varias veces y nunca olvidaremos el espectáculo que dedicó a nuestra ciudad. Ahora, la Bausch se presenta en el Real con una ópera de Gluck, *Ifigenia en Táuride*, de la que ha hecho, como de cualquier cosa, una creación suya, perfecta, que quizá no satisfizo mucho a los monográficos de la ópera clásica.

Desaparecido el polaco Kantor, descaecido el inglés Lindsay Kemp, quizá sea Pina Bausch quien presenta hoy en el mundo entero —sus giras son mundiales— el hecho más acendradamente teatral que pueda todavía salvar los desolados escenarios en este fin de siglo. En *Café Müller*, otra de sus grandes creaciones, nos va dando episodios de café que son como relatos cortos de Carver, por lo violentos y por lo actuales. Porque la Bausch siempre toma de la vida en torno y de las creaciones de vanguardia. Así, los dos semidesnudos masculinos de *Ifigenia* tienen, evidentemente, mucho de los boxeadores de Bacon, ese juego de músculos como un barro imaginativo, componiendo esculturas deshumanas de gran sugestión. Y podrían seguir

los ejemplos. Pina Bausch, creadora de un género propio, narra mediante el ballet, con poca música y casi ninguna palabra (en alemán), la desolación, la brutalidad, la espaciosidad final del siglo XX. Es una narradora mental que logra original plasticidad con los cuerpos de los bailarines/as.

Digamos que los hombres y mujeres de su compañía, los cuerpos aleatorios del ballet, son el alfabeto de PB, la materia que va convirtiendo en letras irreconocibles o en monolitos ignotos, pero que poco a poco vamos identificando como metáforas expresionistas de una narrativa actualísima.

El expresionismo alemán, sí, es el lenguaje permanente de la Bausch, a veces llevado al paroxismo, hasta el susto del espectador, y otras veces más atenuado y lírico, como en esta *Ifigenia*, por sedación natural de la música y el argumento, dado con la vaguedad y hasta gratuidad de la mitología griega. Un escenario tan grande como el del teatro Real, Pina consigue hacerlo aún mayor, aunque luego dice que le gusta trabajar en teatros pequeños, íntimos. Aquí sobredimensiona el espacio, lirifica las distancias, consigue que la plástica anule casi la música. En una palabra, que ha utilizado a Gluck para hacer siempre lo suyo, lo de siempre. Después de Picasso, nadie en nuestro siglo ha trabajado y metamorfoseado el cuerpo humano como esta gran creadora. Sus espectáculos, aunque no tengan palabras, son muy literarios, ya que la narratividad de la autora expresa directamente, o complejamente, historias largas o cortas que suenan a crueldad, a crimen y a la belleza fría de nuestra época postindustrial, populosa de solitarios y solitarias.

PB prefiere trabajar con bailarines mejor que con actores, pues ya hemos dicho que utiliza el cuerpo humano, el hombre y la mujer, infinitamente maleable, para crear otra cosa. Pina está muy lejos de imitar todavía la muerte del cisne y esos primores del ballet tradicional. El teatro no es imitación de la vida, sino máscara y coturno de los griegos. El teatro debe exasperar su teatralidad hasta revelar mundos que están en él, pero hay autores que siguen en la rutina cacofónica de la imitación (superficial) de la vida. El mayor teatro del mundo nos visita hoy en Madrid, pero igual Madrid no se entera.

Jueves 18

En estos meses en que tantas vueltas le hemos dado a la generación del 27, casi todo el mundo calla una palabra fundamental: el nombre de Pablo Neruda, que es un 27 puro por su convivencia con aquellos poetas y por sus afinidades estéticas con ellos, incluso por su magisterio sobre alguno.

Neruda, como un segundo Rubén, viene a salvar la poesía española en el momento justo. Si Rubén la salvó de un neoclasicismo tardío, Neruda inicia a los jóvenes del grupo español en el surrealismo, en la política, en las corrientes generales del mundo.

La Casa de las Flores, la casa de Neruda en el madrileño barrio de Argüelles, fue residencia de estudiantes poéticos como la propia Residencia. Y como la palabra estaba de actualidad, la Residencia de Estudiantes quedó para siempre como alto palomar de tantas vocaciones luego logradas. Hace poco he hablado allí sobre «El 27 y yo», glosando en vida y obra a los cinco «veintisietes» que conocí personalmente: Gerardo Diego, Dámaso Alonso, Vicente Aleixandre, Jorge Guillén y Rafael Alberti. Y sentí no poder extenderme también sobre Neruda, que es nada menos que la réplica amistosa y americana a todo eso.

Residencia en la tierra influye numerosamente en *Poeta en Nueva York*. Cuando a Lorca se le llena de abrumaciones por su gitanismo localista, aldeano (a mí no me parece nada de eso), el granadino, por salvarse, huye al extremo opuesto: Nueva York y el surrealismo. Aunque si en Granada le habían fascinado los gitanos, en Nueva York le fascinan los negros, con lo cual estamos en las mismas: las razas marginales siempre, los pueblos marginados, el exotismo y el erotismo.

Neruda, como casi todas las cosas, puede partirse en tres términos (hay ilustres

ensayistas que no trabajan de otro modo): los *Veinte poemas* o el romanticismo/modernismo. *Residencia* o el surrealismo europeo. Las *Odas* o un san Francisco de Asís marxista. En Aleixandre y en Lorca hay a veces algo del modo extenso y desgarrado de los *Veinte poemas*. Se trata, en todo caso, de poetas solitarios, desgarrados y existenciales. De poetas del amor, sobre todo. (Salinas también se rinde al amor, poéticamente, pero siempre bajo el magisterio amistoso de Guillén, que le da rigor a sus exaltaciones eróticas. Eugenio d'Ors encuentra a Salinas concreto en el mensaje [amoroso] y difuso en la forma, pero esto es sólo porque D'Ors repudiaba la rima asonante, por vaga y romantizante, según él.)

Residencia ya hemos dicho que fija a Lorca, más que un lenguaje (el andaluz siempre tuvo el suyo propio y nuevo), unos temas tan insólitos en poesía lírica como las oficinas o los mataderos. Vicente Aleixandre, siendo el más puramente surrealista del 27, apenas presenta contagio de Neruda. Digamos que los leones y las águilas de Aleixandre son mera poesía, como los tigres transparentes de Borges, mientras que los ferrocarriles y los incendios de Neruda son un asalto poético a la realidad como no se había dado nunca.

Las *Odas*, finalmente, son un grandioso franciscanismo marxista, sí, donde cada cosa del universo, de la constelación al grillo, de la palabra al alcotán, está en su sitio y tiene su misión, y el poeta ama el mundo en lo pequeño y en lo grande. San Francisco amaba a las cosas porque las había hecho Dios. Neruda las ama y canta porque son fieles a una concepción materialista del mundo, algo así como un roussonianismo del universo. La cosa es buena y el hombre la pervierte:

«Andando en un camino encontré al aire, le saludé y le dije con respeto...»

Jueves 25

CR, con fibroma de útero, me dice que sangra veinte días al mes. A pesar de lo cual se va a descubrir África. CR es lúcida, pero la lucidez sólo sirve para crear mejores coartadas frente a la muerte. No para burlar la muerte. CR tiene los pechos como quemados por la llama hermosa del verano. Es un cuerpo de gran carnalidad sobre el que se erige una cabeza escultórica, sólo línea, y una mente lúcida, incesante e irónica que a veces me da miedo: apunta la claridad fría de los ángeles y de los locos.

CR se toma su copa de balón, con ginebra y mucho hielo, que le dura media tarde. Estamos en un tiempo de despedidas y viajes. Pero en un periódico francés leo lo definitivo, lo que podría resumir mi actitud ante la fascinación vulgar del veraneo: un gran viajero le cuenta a Françoise Sagan sus aventuras, sus safaris, sus navegaciones, sus descubrimientos, y al final del relato, la Sagan, elegantemente aburrída, pregunta:

—Ah, ¿pero usted viaja todavía?

A cierta altura de la vida, el viaje se queda para los colegios y para los turistas. Lo dijo un vanguardista de los años veinte:

—El mundo no es tan mundo como parece.

Se lo cuento a CR y se ríe, pero acusa el reproche hacia ella que hay bajo la anécdota.

JULIO

Miércoles 1

Almuerzo con un grupo de profesores que quieren darme algún título académico. He traído mi fino y elegante bastón negro de plata: esta plata del puño es un fino y rápido rasgo del diseñador. Saco el bastón por ayudar un poco al pie y por marcar distancias entre los universitarios y el autodidacta. Todo escritor es autodidacta, porque en ninguna universidad enseñan a escribir. Sobre cojos, yo diría lo de Quevedo:

—Estoy entre cojo y reverencias.

Para acuñar esa frase no hacen falta títulos universitarios. Basta con el genio.

Miércoles 8

Se está muriendo o se ha muerto el pintor Antonio Saura, en Cuenca. Ya he hablado en este diario de su leucemia y su cojera. Últimamente nos entendíamos mejor, por cojos. La prensa está haciendo con él un poco de sensacionalismo cultural de urgencia: urgencia por la época (julio no es época de morir) o porque Saura nunca acabó de convencer a nadie, como todo exiliado profesional.

Vivió muchos años del antifranquismo y la extranjería, siendo un buen pintor. Muerto Franco, el extranjero, para él, era España. En la zurrada y larga historia de los exiliados españoles hay que decir con seriedad que generalmente el exilio potencia al escritor, a la corta, y al político, pero los destruye a la larga.

Un domingo de este verano nos reunimos en «Mataborricos», la finca del doctor Portera, con Carlos Saura, el cineasta, en homenaje tácito a Antonio, pero, naturalmente, nadie habla de ese tema, aunque los cuadros los tenemos delante. Saura se metió en Cuenca a morir como otros viajan, ya lo he dicho, huyendo de la muerte. Sería interesante hacer un estudio sobre las diversas posturas del hombre emplazado por la muerte (y la mujer). Creo que en esto, como en todo, son más sabios y sobrios los animales, que, del perro al elefante, se esconden para morir. Más que morir, se ausentan de la vida, de la costumbre. Sin duda piensan dormir eternamente en un lugar oscuro, grato y bien elegido. Ellos sí vuelven a la naturaleza. El hombre es un mineral lamentable, un calcio errante.

Jueves 16

Sin noticias de Carmen Díez de Rivera, que huyó a una casita de Menorca, solitaria. Otra figura frente a la muerte. Otra postura para morir.

La imagino nadando con un solo brazo en el mar agreste. Amazona del mar, mujer de un solo pecho, imagen nueva frente a las sirenas, mitología que ella inicia. El mar volverá rubio su pelo blanco y será la ondina/amazona que no va a pasar a las litografías de lo imposible, salvo esta viñeta de palabras que le hago yo ahora.

Sábado 25

A una amiga mía se le ha caído el gato desde su alto piso a un patio de luces. Conozco la casa, una de esas casas antiguas, céntricas, que los progres alquilan y amueblan de libros, pósters y cosas del Rastro. Piso interior con ese butrón a lo que llaman patio de luces y que jamás ha conocido la luz de Madrid. Enfrente, cerca, cornisa con palomas. El gato se pasaba el día acechando las palomas, intentando el salto. Sin duda lo calculaba cada noche, con los ojos cerrados, como un matemático. Yo había visto el peligro y se lo había dicho a ella. Gato peliero, con los ojos salvajes y el cuerpo largo. Gato arañador por la mala educación que mi amiga le estaba dando. La otra mañana, o la otra tarde, el gato —no recuerdo el nombre—, con el salto bien calculado, se lanzó a por una de esas sucias palomas de Madrid, palomas con carbonilla, un poco híbridas de gato ellas mismas. En seguida estaba en el fondo del patio. Dio un último mayido y murió. (El gato tiene dos lenguajes: maullido y mayido: maúlla para pedir amor, comida o guerra; maya para pedir protección o salvación.) Lo recogieron los chicos de una discoteca que hay abajo. Ella bajó y lo llevó a un veterinario, ¿para qué? ¿Para que levantara acta? Prodigiosos gatos de las alturas, cuervos del Poe doméstico que es

uno, tigres de interior, único maullido de inteligencia en una casa burguesa. Adorables gatos del cielo de Madrid, ángeles de tejado aplastados en el fondo de un patio, en el intestino ciego de una casa, en los reinos del portero y pudrideros del domingo.

AGOSTO

Miércoles 5

Doy una conferencia en la Universidad de Verano de El Escorial. Más que una conferencia es una lectura de fragmentos de *Mortal y rosa*. Mucho público, muchos estudiantes y una ovación final de varios minutos. Este libro tiene una electricidad que yo mismo no controlo, pero que pasa a través de mí y llega a cualquier público. Lleva casi treinta años electrocutando a lectores españoles y extranjeros, cultos e incultos, viejos y jóvenes.

Y todavía me preguntan algunos entrevistadores listillos a qué espero para hacer mi libro definitivo, el Libro, la Obra. Deben de seguir con el tópico de que una Obra es una cosa de mucho asunto. O preguntan sencillamente por joder. Pero a mí ya me da risa esa pregunta. El coloquio dura mañana y tarde, tras la lectura, y, en esta época vacacional y de poco culto de la personalidad, el baño de multitudes me rejuvenece, me fortifica y me deja tranquilo para otra temporada. En la terraza del Felipe II, al atardecer, es maravilloso sentarse a recibir el ensalmo del cielo mientras la sierra nos mira como una loba verde y enamorada. Hay paseo por la terraza. Pasan famosos, pasan extranjeros, pasan unas estudiantes yanquis en *shorts* con sus piernas largas, rubias, naturales, sin el cadereo de la europea, con una gracia deportiva, femenina, adolescente y sólida.

En otros tiempos, entre estas yanquis me salía alguna novia. Veranos de La Magdalena, en Santander, veranos de El Escorial, en este Felipe II que también frecuenté cuando era viejo hotel. Sigo firmando autógrafos como las últimas hojas caídas del árbol literario de la tarde.

Vuelvo a casa lleno de recuerdos, triunfador y triste.

Jueves 13

Las llamadas de Inés van siendo pocas y solitarias a lo largo del verano. Ni siquiera me dice dónde está. Hace muchos planes para el otoño. Hasta me habla de ir a la ópera. Luego vuelve a haber otro accidente en su familia. Las grandes familias son siempre muy castigadas. Antes por la Historia o el destino. Ahora por un automóvil o una moto. Pero Inés se me va borrando de la memoria literaria como un personaje de novela. Quizá no haya sido otra cosa que eso.

Sisita Milans del Bosch me invita a su bungalow de Marbella, donde está instalada. Pero yo creo que para mantener una buena amistad, un cariño, en el sentido que sea, no hace falta ir tan lejos. Vuelvo a repetir lo de la Sagan: «Ah, ¿pero usted viaja todavía?»

Sólo se viaja buscando un amor. Todo viaje tiene un trasfondo erótico. Pero el nido de todos los amores está en Madrid. Lo que no te dé una ciudad de cuatro millones de habitantes no te lo va a dar un pueblo pintoresco y marinero.

(Aparte de que odio lo marinero y lo pintoresco.)

Viernes 21

El presidente Aznar ha aprovechado el verano para trabajar en solitario, que es lo suyo. Viene a verme Miguel García-Posada y hablamos de eso.

Aznar, con su política de cabezas cortadas —Barea, Rodríguez y los que vengan—, ha iniciado una reconstrucción del Gobierno, que él llama «renovación», y que supongo pasará a ser luego como una refundación del partido. Nos ha tocado un presidente duro, seco, distante, en el estilo de la derecha fuerte española, con mutismos franquistas y alguna chulería falangista. Se equivocó el socialismo tomándole por tonto. A Felipe González le tiene nervioso porque Aznar echa raíces, mejora la economía, va a convocar elecciones en el 99 y posiblemente a ganarlas. El socialismo no tiene más que un hombre para parar al autoritario y capitalista Aznar: ese hombre es Borrell.

Pero Felipe prefiere que se estrellen todos contra un Aznar berroqueño a colaborar en la fortificación de su sucesor, que es un socialdemócrata puro y duro. Yo veo la

socialdemocracia como el punto de partida hacia algo más social y más socialista, pero me temo que el monetarismo de Aznar —secretamente compartido por la cúpula del PSOE— prefiere quedarse en un centrismo que no es nada, salvo que llamemos el centro al señor Piqué, un catalán afrancesado que puede ayudar a Pujol en la crujiá Maragall.

Miércoles 26

Sea como fuere, Aznar se va revelando como un jefe al estilo de los años treinta, con cierta demagogia para asustar al capital y controlarlo mejor. El PSOE quiso destruir a este hombre con falsas amenazas —«los jubilados sin seguro»—, pero no ha sido así ni podía ser. Aznar no es brillante (aquí nos gustan los jefes brillantes), pero tiene más textura de jefe totalitario que de líder demócrata. Las urnas, como las mujeres, suelen enamorarse de los más altos, y esto da el rencor de los bajos, que van gestando una estatura interior a fuerza de carácter, insistencia, probidad y músculos. Y no estoy hablando en términos políticos sino psicológicos.

La psicología solitaria de Aznar, su falta de aptitudes para la sonrisa, tiene que hacer de él, fatalmente, un jefe callado, poco sensible, seguro de sus ideas, porque son obviedades, y muy capaz de dar al pueblo una sensación de seguridad y hasta de confortabilidad, al menos en las clases medias.

Todo esto, multiplicado por varios años más de gobierno, se iría acuñando como mitología, esa atroz mitología inferior de lo cotidiano. La democracia puede amonedarse como autocracia: México, Argentina, Chile, etc. Incluso Estados Unidos en ocasiones.

Y la culpa habrá sido, como siempre, de la izquierda, que no se atreve a serlo.

Jueves 27

Muere agosto. Julio y agosto han sido como un solo mes largo, profundo, un verano de los que ya no había, una continuidad de días intensos y noches paradas como un barco borracho y lúcido que se recuesta contra mi espalda. Me gusta este clima.

Ya se ha hablado aquí de que quizá el tiempo de los filósofos no sea otro que el tiempo de los meteorólogos. El clima me parece la epifanía del tiempo metafísico, y ahí está la lluvia gris de Kant y su prosa en las *Críticas*, y ahí está el optimismo desesperado de Camus quemando de sol salvaje las portadas de sus libros, abarquillando la narración hasta el barroquismo del absurdo y el sol como testigo de cargo.

Todo el verano he trabajado en un libro narrativo. He vivido a fondo la experiencia de Viagra. A fondo la experiencia sexual y la experiencia clínica. El resultado es bueno, fascinante, saludable, como un boca a boca que nos hace nuestra propia juventud perdida.

Nunca habría recurrido a eso, pienso, ni necesitado viagramarme, digo yo, pero la revista *Paris/Match* me propuso la experiencia con fines periodísticos. Cumplí el compromiso y a partir de ahí, una vez inducido en el mundo fascinante y realísimo de Viagra, como penúltimo paraíso «artificial» (no es artificial, insisto, sino prodigiosamente natural: por eso me gusta), llegué a la necesidad de escribirlo y describirlo, que es lo que le pasa a uno con casi todo lo que vive o desvive.

Le he dado vueltas a varias ideas para el libro (con gran alegría e impaciencia de los editores), y al final me decidí por *Historias de amor y Viagra*, nueve *nouvelles* o novelas cortas o cuentos largos, que son historia y retrato de nueve mujeres (todas reales) con el común denominador de viagra (dejemos la mayúscula), que en unas resulta crucial, por reflejo del varón, claro, aunque pronto habrá viagra femenino, y en otras es meramente accidental o anecdótico.

Un volumen de más de doscientas páginas que pensaba sacar en septiembre, pero se me cruza la reedición de *Lorca, poeta maldito*, mi viejo ensayo sobre Lorca, del 68, que fue valiente como no se podía ser entonces y goza de cierto prestigio clandestino. Planeta ha hecho una gran edición. La presentación en Madrid será una misa mayor

lorquiana con la que pienso arrancar la temporada a alto nivel cultural. Y postergamos el volumen narrativo de *viagra* (que me hace mucha ilusión) para Navidades u otra fecha cercana y comercial. La experiencia del relato corto, que tenía muy abandonado, ha sido para mí vivificadora como *viagra* mismo. He vuelto al placer del narrar por narrar, organizando una trama hasta la última voluta del barroquismo novelesco.

El calor del verano tiene para mí una palpitación infantil de seguridad, de duración, y por eso mismo es infantil (también por un poco elemental). El calor de entonces era democrático y callejero, lo que me daba confianza en el mundo y en la gente. Los días interminables del verano me comunican siempre la evidencia de que la vida es larga y no hay nada que temer. De pequeño miraba mi porvenir y me parecía infinito, impensable, algo así como imaginarse el mar (que no había visto) o el universo.

Ahora, de viejo, las mitologías del calor que se agolpan inmóviles en mi jardín me traen los versos de Jorge Guillén:

*Lentos veranos de la infancia,
horas tendidas sobre playas...*

Miro hacia atrás y, efectivamente, mi vida ha sido larguísima, incontable de amores y de libros, de viajes y de días. En cuanto al futuro, como no soy capaz de imaginar mi muerte, ni siquiera su ritual, también se vuelve infinito.

Calor es seguridad, afirmación del planeta, reafirmación del cielo con sus lentos labios de silencio. A esta estrella le quedan muchos billones de siglos por arder.

Y es como si me quedasen también a mí.

Viernes 28

Ayer, tarde de gran tormenta en Madrid. Ni siquiera me asomo a la ventana del café para ver la lluvia o el granizo. Como periodista, nunca me ha interesado el género catástrofes. Ni en el cine ni en directo, como ahora. Soy eso que antes se llamaba un amante de la naturaleza, pero de la naturaleza en paz, como la he glosado aquí ayer. De la naturaleza me gusta lo natural. Pero el hombre, a través de los tiempos, tiende a mitificar el rayo, el trueno, el volcán, el tornado, el ciclón, el viento, el desastre. Los clásicos hacían un dios de cada una de estas cosas. Los yanquis, ahora, les ponen nombres. Son dos maneras de humanizar o deificar, de «personalizar» la fuerza ciega, de asustar a la gente con los únicos demonios que existen, y que no son demonios porque no tienen voluntad de mal.

Nada humano me es ajeno y yo humanizo la naturaleza a mi manera, o sencillamente amo la vida en todas sus expresiones. Pero una tormenta no me parece cosa de los dioses sino de los bomberos. Conmigo, en el café, Pepe Díaz y CR. Hablamos de pintura y de gentes conocidas de todos. En Madrid presentas a dos personas que no se conocían y en seguida empiezan a desenredar un lío de cables y cadenas familiares o amistosas, hasta que resulta que son primos.

Yo creo que en Madrid todos somos un poco primos. Y me gusta ese primismo/provincianismo de la gran urbe.

CR toma su primer balón de ginebra. Pepe toma cerveza y yo café con leche fría. Luego subimos al estudio de Pepe para elegir cuadros con vistas a su próxima exposición y a lo que yo voy a escribir de ella. Pasó la tormenta, con toda su mitología de calendario, y ahora, en esta buhardilla, estamos como navegando por un cielo en pedazos, con icebergs azules y mucho pastoreo de nubes.

En la buhardilla está Carmen, durmiendo o hablando por teléfono, y en seguida se nos une. Pepe saca viejas ginebras para CR. Yo me tomo un arroz viejo, quizá el del perro, y bebo agua. El perro, *Gogol* (sovietismos de Pepe), es un lobo guapo y solitario que ya me conoce y se echa a mis pies. No soñaba mi pie, cuando herido, tener tan buen guardián como *Gogol*. Pepe me regala una edición romántica y fina de Quevedo, con ilustraciones. Luego va sacando cuadros y entre todos elegimos o desechamos. Veo que va a ser una muestra de varias épocas mezcladas. Escribiré algo para el catálogo.

En esto de la pintura —no sé si lo he dicho ya— me vuelve a gustar el abstracto. No soporto que un cuadro me cuente asuntos, como no lo soporto ya ni en la novela. Busco la prosa pura, la pintura pura, la materia pura. La vida está llena de asuntos mediocres y no hay por qué ensuciar con ellos una página o un lienzo. De la tembladera del Rembrandt viejo nació el impresionismo. De la cojera de Byron nació el dandismo. Estas relaciones del arte con la vida son las que me interesan, y no el drama.

Por todo lo dicho voy seleccionando mucho abstracto, viejo y nuevo, para la exposición. Carmen y CR marujean en culto. Al fin dejamos a la pareja y nos vamos. Sentados en una terraza de Recoletos, respiro todo el espacio universal que ha dejado la tempestad, el vacío de una catástrofe mejor que la catástrofe. Los barcos son más bellos en el fondo del mar. Se lo digo a CR, que ha pedido otro balón de ginebra:

—Mira, tengo de pronto una sensación de otoño antecogido, de septiembre lluvioso y alegre, de ciudad que retoma su fino pulso.

CR se adhiere a esta percepción, que dice compartir conmigo, pero luego dice temer toda esa leyenda de tragedias climatológicas que anda por los periódicos, y, puesta a razonarlo, resulta que, en lugar de temer la catástrofe, la desea.

—Si ahora se abriera todo aquello en un boquete horrible...

Me parece que habla de algo así como el Banco Hipotecario u otro palacete. Todavía hay ironía en sus palabras, pero también hay ginebra. Cada vez creo menos en las fantasías del alcohol. Cada vez creo menos en la fantasía, que es todo lo contrario de la imaginación. Viene un camarero a pedirme un autógrafo y CR también detesta eso, no le encuentra sentido, aunque sea un pequeño homenaje a mí. Entonces comprendo que la violencia del alcohol se ha hecho universal en ella y ya no vale la pena conversar. El estudio de Pepe lo ha visto horriblemente sucio y a él como un hombre de talento, pero acabado.

—¿Damos un paseo?

—No recuerdo dónde he dejado mi coche.

Ha perdido el coche. Era previsible.

—Cogemos un taxi.

—No. Vamos a buscar un poco el coche.

Lo encontramos en seguida y entonces me entra miedo de viajar con ella al volante. Las mezclas alcohólicas de Pepe, el cruce de años, naciones y cosechas, la han mareado.

—¿Te sientes bien para conducir?

—Pues claro. Soy polaca.

Y decido que el día ha terminado, porque no es polaca.

Sábado 29

Veo en un cine de verano a Maribel Verdú, que es la eterna adolescente, la edad restallante, la Lolita española cuando ya nadie se acuerda de Lolita, la yogurina que ha ensanchado y tiene ya esloras de mujer, sin haber perdido esa cosa de provinciana precoz, de alumna verriondilla que supone para uno el colmo de la sexualidad.

Con Maribel comparto algunas cenas en la galaxia de Fernán-Gómez y Emma, pero su sexualidad es tan evidente que la trato casi de usted, para que no pueda sospechar en mí al viejo verde. Me conformo con que piense: «Por lo menos este viejo no es sobón ni plasta.»

Aunque lo más probable es que no piense nada.

La belleza de Maribel es vulgarcita, pero esa relativa vulgaridad de braga de percal es lo que le da más fuerza. Las otras de su generación se van haciendo mujeres. Maribel también, y hasta creo que tiene algún hijo. Pero —milagroso— no ha perdido su fuerza adolescente de guapa del barrio. Alguna noche de verano, en esas cenas que digo, he evitado mirarla, hablarle, no sé si por una timidez propia de esa adolescencia inversa

que es la vejez o por lo que ya he dicho: miedo de darle asco, de darle la lata. Nadie mejor que ella encarna hoy en España —y qué carne— a la eterna, «encandilada, pálida estudiante», que es lo que los hombres amamos de verdad toda la vida. ¿Un trasunto de la hija imposible?

Yo diría que sí.

El verano es tiempo de locos. Los locos salen en verano. Bajas a Madrid y sólo te encuentras falsos amigos que son locos verdaderos. Aquí sólo estamos los locos, me digo, incluyéndome. Hay el loco que va de Harley-Davidson, una moto que nunca tuvo pero que siempre cree tener. Nos sentamos en una terraza (aparece y viene a sentarse conmigo) y me cuenta cómo va la moto, que pierde aceite o agua o algo. Ahora tiene que renovar el permiso (a él o a la moto) y está sin dinero.

—Y no voy a dejar que me quiten este pedazo de moto por una mierda de permiso. Esto es el fascismo, Umbral.

Para el loco de nuestro tiempo el mundo todo es fascista, y no porque efectivamente lo sea (que lo es), sino porque ellos le aplican a la vida la paranoia crítica de Dalí (sin saberlo), leen el mundo al revés y descubren una conjura contra ellos o su moto.

No participo yo del entusiasmo de los surrealistas por los locos. Y es que todos los locos que conozco han invertido el proceso: en la literatura, el genio acaba volviéndose loco: Nietzsche. En la realidad, este tío quiere llegar por la locura a la genialidad. Y eso es muy cansado para los amigos.

Luego hay el loco que cree que pinta y no pinta nada. Me enseña lienzos en blanco. Y el loco mimético —una última transformación de la envidia—, que si me dan un premio en seguida se inventa el premio que le han dado a él, todo sobre la marcha y con todas las improvisaciones y disparates de la conversación.

Y el loco viajero que viene a contarme viajes cuando no se ha movido de la cama de su pensión.

—Hace quince días, en el Rastro de Londres, un negro quiso matarme con una navaja. Has estado a punto de perder un amigo. Perdona que te lo cuente así, de improviso, pero tampoco quisiera darte un disgusto.

El loco de las putas, el loco de los sellos, el loco, el loco de la gloria. Todos tienen un origen literario y son el espectro de un joven escritor que prometía hace treinta años, como uno mismo. ¿Seré yo otro loco que cree haber triunfado? Seguramente. De otro modo no habría tantos locos en mi vida.

Se ha estudiado mucho la relación entre arte y locura. En la literatura, desde luego, hay un punto de locura. Leo a Góngora estudiado por Jorge Guillén y la orfebrería de Góngora, maravillosa, no es sino el largo trabajo de un loco. El loco con talento es el genio. El genio sin talento es el loco. El talento sin genio a lo mejor soy yo: el escritor corriente.

También está, en mi galaxia estival, la loca, la polaca. Un verano se me suicidó una loca. Otra estuvo a punto de hacerlo. Ésta tiene una locura de filo fino, una cosa cortante, una locura de ojos claros. Cree que es polaca y es de Bravo Murillo, parte alta.

La polaca me ama y odia mis libros, o a la inversa. No soporta que me pidan un autógrafo delante de ella, conduce entre el vértigo y el suicidio, confunde su depresión con la depresión del mundo, que no es tal en este agosto glorioso. Tiene una rival, que es la loca telefónica, pero con ésa nunca quedo y con la polaca sí. La loca telefónica es incoherente. La loca bancaria es ordenada, mansueta, fea y funcional, claro.

La polaca se inventa enfermedades, viajes, violaciones y pesadillas que le gustaría tener, pero nunca ha tenido. La polaca puede ser bella como un cuchillo o dar miedo como una bruja rubia. Casi todo lo que dice Foucault sobre la locura es bueno, pero consabido. La locura, de cerca, es lo único que me da miedo en el mundo (y el alcohol, como locura transitoria: yo he sido ese loco). La locura no es sino la realidad del ser

despellejada. El loco muestra y hace todo lo que haríamos los razonables sin nuestra envoltura grasienta de miedo, educación e interés. No voy a hacer el elogio de la locura, que viene de Erasmo a los románticos y hoy los antipsiquiatras. La locura es una enfermedad, un reóforo que funciona mal en el cerebro. Ya no soporto la literatura de locos. El loco no me interesa ni siquiera literariamente. Pero el loco es una lámina de anatomía donde nos vemos sin pellejo, siniestros y elegantes, geométricos y sangrientos. Como somos.

Domingo 30

Hoy da *El Mundo* un cuento mío, una aventura en Ibiza, con el que se cierra la serie de narraciones de verano. Es un final brillante porque está ilustrado con una foto mía en una playa desnudista de la isla, acompañado de una amiga *vestida* también de desnudista. Fue la moda ingenua de los setenta, cuando la libertad había estallado en España, al menos para estas cosas. Siempre he pensado que el desnudo social no es desnudo, sino que el propio cuerpo se convierte en seguida en un uniforme y lo que vuelve a funcionar, a efectos sentimentales, son las miradas, las sonrisas, todo eso que sólo puede transmitir el rostro.

En una playa nudista se liga como en un salón del XVIII: por el lenguaje de los ojos. El cuerpo, desnudo o vestido, es sólo «la dote» que aporta cada uno a esa boda sexual de una noche o una semana hecha toda de noches. Amo el desnudo femenino como contemplación y sugestión, pero las relaciones hombre/mujer tendrán siempre un código sutil donde una mirada explica mucho más que un muslo. Dicen ahora los antropólogos que el hombre de Neanderthal era ya un tipo sofisticado (quizá por eso desapareció). Si mister Neanderthal era incluso refinado, ¿cómo no lo vamos a ser nosotros, tantos siglos después?

Somos irremediabilmente mentales hasta para el sexo. Y me alegra saber que esto no es una intelectualización, sino que funcionaba ya hace muchos siglos, cosa que nos justifica y garantiza a los «sofisticados» (palabra que no me gusta nada) y las «sofisticadas» de hoy.

Con este desnudo de plenitud marco mi reaparición en la prensa después de un mes largo. El primero de septiembre saldré con una columna, que más o menos tengo pensada, sobre Felipe González. La política se calienta con las arengas centristas de Aznar y la reorganización (imprescindible) de los socialistas.

Y, sobre todo, que tengo ganas de volver a la columna, ese diario público donde voy dejando acuarelas y aguafuertes literarios, políticos, memoria histórica de España, día a día, siempre un poco atropellado por la noticia, como por el toro, pero sin renunciar a cortar alguna oreja, mayormente de diputado.

Me he pasado el verano haciendo literatura (razonablemente, perezosamente), y la trepidación del periodismo ya la siento en mi interior, porque además me encuentro muy en forma tras esa convalecencia de nada que impone siempre un verano.

No entiendo a quienes me preguntan por la compaginación periodismo/literatura. Sólo es la diferencia entre un piano tocado por Wagner o tocado por Chopin, pero el piano (la prosa, el estilo, la ideación) siempre es el mismo. Como todos los años, vuelvo rejuvenecido al tajo. Me llama temprano Emma Cohen, como primera y muy querida canéfora de una nueva temporada.

Lunes 31

Llama Carmen Díez de Rivera, con fatiga en la voz y sorpresa en ambos. A Carmen, como me parece que ya he dicho, la dejé cursando la lenta asignatura del cáncer. Ahora parece que se examina a muerte. Está en Madrid, pero invisible, y pronto irá a Barcelona para un estudio final de los médicos.

—Parece que se confirma la metástasis, Paco. Aquí no se puede operar, digo en este cuerpo agotado. Queda una última esperanza de quimioterapia, pero en realidad te llamo para despedirme de un amigo, te he querido siempre, me voy unos días a

Formentor, pase lo que pase, tengo muy pocas esperanzas...

Carmen fulgente y oro de los años de la transición política. Carmen fría de cabeza, no creo que muy ardiente de cuerpo, aquel bello cuerpo siempre adolescente, pero nunca vibrante como el arpa rubia que hubiera debido ser.

Ya entonces el cáncer empezaba a comerla por la matriz. La cortaron, la operaron y hace unos meses, tantos años después, la muerte mordió en su pecho izquierdo como malogrando un fruto maduro y breve. Carmen va salvándose a saltos de libro en libro, cuando escribo de ella. Me temo que en esta prosa le voy a dar tierra como a una amazona antigua, como a una virgen tan profanada por la muerte y por la vida. ¿Sirve una prosa enamorada como arena fina para un cuerpo que fue bello y desgraciado?

Con la melena blanca y la mancha negra del cáncer viajando por el cuerpo, como el zaratán interior del poeta, todavía me habla de Fernando Morán, el viejo socialista, «que tenemos que sacarle alcalde».

—Que tenemos que sacarle alcalde, Paco.

Me admira su fuerza, su linealidad en el dolor, su paz para hablar de la muerte, aunque oigo su respiración herida y sé que todo es una actitud casi militar ante el peligro, que no en vano el padre vivió siempre la tentación militar de la Europa negra de los años treinta. Esa fascinación por la disciplina, desde lo civil, ella la hizo de izquierdas. Convalecencias de Carmen, cuando yo le apretaba dulcemente los pies. Cree y siente que debe morir erguida. A uno es que todo heroísmo le parece fascismo, aunque en este caso fascismo de izquierdas. Ni la vida ni la Historia se merecen estos homenajes personales y colectivos. ¿Por qué enfatizar la nada?

Carmen sólo es una mujer rubia en blanco que pisa como por última vez la orilla ingenua del mar, y el temblor sagrado del Mediterráneo se lleva o asume su temblor de víctima. Llena su cuerpo de un último espasmo de luz. Así es como la quiero. Sin más.

SEPTIEMBRE

Martes 1

El otro día fuimos con unos amigos al cine Doré, el más antiguo de Madrid y quizá de España. Todo un grupo de maduros a la busca del tiempo perdido en uno de los últimos reductos progres de Madrid.

Los progres, que fueron los reyes de la ciudad, andan ahora repartidos y mendicantes, mezclados con lo nuevo, con los okupas, los calimochos y los que se meten el caballo o el opio en papel de plata, haciéndose unos porros deslumbrantes. Un progre me pide para la entrada del cine, pero más que una limosna es una consigna, como diciéndose: éste, aunque ha llegado, sigue siendo uno de los nuestros. El Doré, en el arranque de Santa Isabel, era sólo una fachada en el cruce del modernismo y el cubismo, y tenía detrás unos solares de vómito y cadáveres. Hasta que Luis Berlanga y otros grandes del cine decidieron salvar el Doré, convertirlo en el cine mítico de Madrid. Lo elevaron a Filmoteca Nacional y allí he participado yo en algún homenaje a doña Concha Piquer, cuando la progresía de Felipe alternaba con el cancionero del Caudillo.

Hay cine de verano en el Doré, al aire libre de la terraza. Te ponen una de Alfred H. y delante un NO-DO. En principio la terraza está ocupada y hay que meterse en el minicine de abajo a ver otra película (peor) del maestro.

En el bar pido tónica Schweppes, pero sólo tienen Finley. La peli es *Pájaros*, que naturalmente conocemos todos, pero está coloreada y con rótulos. El gentío progre, pese a todo, asiste a la proyección en un silencio sagrado, como los burgueses a la misa del domingo por la tarde.

El NO-DO previo no es tal sino un montaje de retazos amables de cuando entonces, un anecdotario de animales graciosos y ciclistas esforzados. Un NO-DO sin franquismo, porque ya un espectador escasamente irónico gritó un día, durante la proyección:

—¡Esto es fascismo!

Obvio. Consumimos fascismo como consumimos droga, alcohol y cosas que matan. A eso hemos venido. El verdadero fascismo está en fabricar NO-DOS artificiales y colomófilos para reescribir la Historia. *Pájaros* es una película intolerable porque en ella el terror no se explica ni se justifica. Eso podía hacerlo Poe (que tampoco me gusta), pero no el gordo H., que sale en la peli con unos pequineses. Sin embargo, los chicos y chicas del público consumen este terror gratuito con fruición, porque ellos no buscan razones sino emociones. Prefieren la crueldad gratuita de los pájaros. El discurso de la razón los aburre en el Doré y en la vida.

Pienso que quizá es eso lo que H. buscaba: el horror puro, ni siquiera humano, animal, para estremecer un poco a sus públicos sin actividad mental, una gente que vive a nivel de la epidermis, desde el orgasmo hasta el miedo.

Algunos progres han progresado tanto que los veo pidiendo limosna. Nuestra excursión a las últimas tribus urbanas ha sido un fracaso, aunque la taquillera no me haya cobrado la entrada. El cine sigue siendo la mística de esta juventud vieja o renovada porque en el cine no se habla, no se cansa uno, no hay que entender nada. De la pantalla esperan recibir aletazos de horror, vomitonas de risa, cosas tectónicas, pero no palabras ni ideas, porque ya sólo creen en la cultura de la piel. Lo demás es el mal rollo burgués.

A la salida paseamos la bellísima calle de Santa Isabel, estrecha, fina, curva y descendente, como de espaldas a la ciudad, entre palacio y mercado. Miro a los balcones buscando la ventana de una amiga. Pero todo está cerrado y el vecindario andará por Benidorm. Madrid está vacío, engrandecido de silencio, solemnizado de evocación histórica. La noche es seda y ausencia.

No busques el tiempo perdido porque no encontrarás ni a Marcel Proust. El tiempo perdido está en nosotros. El cine lo llevamos por dentro.

Miércoles 2

Napoleón quedó por las batallas y Felipe González quedará por los gestos: arrojar por la ventana el crucifijo de Marx, convocar un referéndum/trampa sobre la OTAN y ganarlo, echarle un pulso a Aznar y perderlo, y, ahora, calzarse el luto judicial, como torero fúnebre con capote bordado en plata, para defender a Vera y Barrionuevo.

En este detalle, en este conato, en este síntoma, en este gesto hemos de diferenciar precisamente eso y entre eso: entre la eficacia y el gesto, entre la verdad y el alarde, entre la audacia y el resultado, entre la originalidad y la rentabilidad, entre la imaginación y el titular.

Porque no esperamos grandes novedades en la actuación de González como defensor de sus dos amigos. Las verdades de contenido ya se han dado en el largo juicio —las que se podían dar—, y las que no pueden darse tampoco va a darlas González. El ex presidente, el abogado en paro que saca su ropón como la viuda rica que saca el vestido de novia de luto para volver a casarse, estará más o menos lucido en el manejo de su castellano andaluz (que literalmente suele ser el mejor castellano de España), pero novedades trae pocas y razones las de siempre. Entonces, lo que queda y lo que vale es el gesto, el detalle, lo airoso de calarse el chambergo. Pero recordemos al clásico: «Guardó la espada, miró al soslayo, fuese y no hubo nada.»

Claro que Felipe tiene alguna influencia moral sobre varios jueces de esa casa. Pero, si está decidido a utilizarla, sobra el alarde, el gesto, la media verónica con la túnica de clerigallas y crepusculallas.

Felipe puede hasta salvar a Vera y Barrionuevo, por su persona, por su influencia, por su historial. Y, de paso, salvarse a sí mismo de incómodos requerimientos para otros conatos o para el mismo. Pero todo esto será labor de pasamanería política o penal, lo que nos lleva a seguir reflexionando sobre la gratitud del gesto, el detalle, que no hace sino subrayar el Yo, como diciendo «mírenme a mí, fíjense en mí», a fin de apartar la atención de los condenados.

O a fin de hacer su propia defensa antecogiendo la papela acusatoria que pudiera un día llegarle. Aquí lo llaman ponerse la venda antes que la herida, pero me parece que yo estoy dando mejores y más sugeridoras imágenes. Felipe no es de los que se están sentados en casa, esperando que venga a conducirlos la pareja. Felipe se va por su pie al cuartelillo y todo lo bueno y valiente que diga sobre sus amigos revierte sobre él por si las fiáis. Así hay que entender el gesto, me parece a mí, sin descontar lo que de original, audaz y taurino tiene el desplante. Pero también tiene algo del que se presenta espontáneo a declarar: «Señor juez, que acabo de matar a mi señora.»

Felipe se echa en brazos de la justicia, no sabemos si para hacerla suya o para quitarle la palabra.

Muy conocido es el gesto del rey, presidente o ministro que se pone un casco para visitar una mina o coge una piqueta para inaugurar unas obras. Pero eso ni siquiera llega a metáfora oficial de la actividad del personaje. Felipe no se pone la toga para jugar a jueces, sino para recordarnos, quizá, que el juez de la vida española sigue siendo él.

O todavía se lo cree.

Jueves 3

Mi vuelta a la actualidad periodística y social, heraldizada con el desnudo doble y fotográfico del otro día (conviene al que tiene público echarle calderilla de vez en cuando, como en los bautizos), ha sido saludada telefónicamente por Ramón Tamames y Emma Cohen, y periodísticamente por Eduardo Haro Tecglen, que da mi nombre en *El País* entre signos de admiración, repetidamente, así como mi cuerpo aparecía entre esas apoteosis que son el mar y la mujer. Y no voy a hablar, naturalmente, de la totalidad de la acogida, pues que esto, más que halagar tontamente, crea al responsable enormes responsabilidades.

Ahora sí que quisiera uno ser sublime sin interrupción, cosa a la que renunció el filial Baudelaire, por no decepcionar a nadie, desde el director del periódico, Pedro Jota, que se apunta jubiloso estos alardes míos (Ágatha en la sombra), hasta el último lector casual que se encuentra el periódico volandero entre las vías del tren.

Porque el éxito de un libro es demorado, está muy lejano mientras escribes el libro, es improbable y en realidad no preocupa: preocupa más hacer las cosas bien y luego Dios dirá. Pero la columna es lo más parecido a torear un toro. O quedas bien o quedas mal, porque quedar regular es peor. La columna es celérica y sangrienta como los toros. Hay que rematar rápido, adornarse de capote y procurar que quede un rastro de sangre en la plaza: un miura o un presidente de Gobierno.

No sé si he contado ya aquí que los periodistas de *Egin* (cerrado por Garzón) me invitan a firmar por la libertad de expresión. Esto no tiene respuesta concreta, como ellos quieren, sino muy matizada, y así lo he hecho en una columna. Recién retomada la escritura polémica, dialéctica, se asombra uno de la cantidad de recursos que tiene el idioma para responder a lo que no tiene respuesta.

Eso es escribir: propiciar los engranajes de un idioma para que lleguen a decir lo indecible. La lengua, que es milenaria, supera siempre nuestra propia lengua, nuestro propio estilo. El mal escritor es bastardo porque no es hijo de su lengua, porque no mantiene con ella una relación maternal y nutricia, porque se diría que escribe «contra» la lengua.

Dios nos libre de la única y peor bastardía literaria: el conflicto con el estilo.

Viernes 4

Mañana otoñal y soleada, rasgada en nubes blancas que van y vienen sin llegar a constituir un todo, el diseño de un día septembrino. Paseo por el jardín sin ningunas ganas de escribir, pero sí de vivir. Hay un viento blando, suave, que huele como la ausencia de una fiesta. Los ciruelos están perdiendo sus primeras hojas. Descubro dos pinos jóvenes, de un verde esmeralda, adolescentes y retóricos de piñas. El agua de un largo invierno me trajo este exceso de verdor que es, no sé por qué, el color de la salud. Como no suelo pasear el jardín a esta hora, el jardín me parece otro. Basta con cambiar una esquirla del tiempo, una lente del espacio, para ver y tener un mundo nuevo.

Respiro posteridad.

Las últimas horas (muchas horas) han sido fuertes de sexo, vida social, noche vagabunda, innumerables artículos y el prólogo al libro de un amigo. Coca-cola, ginebra, las bebidas del que ya no tiene sed. Por aquí queda Nuria, adolescente, lista, dorada de ojos azules, estudiosa, simpática e incógnita. Si vuelve a llamar, bien, y si no, poco me costará olvidarla. Mónica, dulce y lúcida, es la superyogurina a quien basta pasarle una mano por el pelo negrísimo y brillante, liso, para rendirse eternamente de amor.

Inteligente conversación de madrugada con Andrés Amorós, que fue uno de los primeros críticos en interesarse por mi obra. Le encuentro más sabio y aún más plácido de lo que siempre ha sido. Hoy me limitaré a estas notas del diario. No estoy para nada ni para nadie.

Ayer llamó Inés y quedamos para almorzar la próxima semana. Su voz grave y hembra sigue teniendo eco en las bóvedas góticas de mi sentimiento. En una columna he contestado a una carta que me mandó *Egin*. Artículo duro y difícil por el que me felicitan las mujeres. Se ve que ellas siguen prefiriendo el periodismo duro y todos los géneros duros. Me prometo pasear todas las mañanas por el jardín, darme un baño de posteridad y aire sano.

Ayer llevamos a *Loewe*, la siamesa, a vacunar de la trivalente. Estuvo mayando y maullando todo el rato (mayar y maullar no es la misma cosa, la misma palabra, el mismo verbo). Otro día lo explico, si no es que lo he explicado ya. Esta gata que tanto

amo está hoy un poco resentida de la triple vacuna. No ha desayunado y duerme en un sofá. He estado mucho rato hablándole suave y monótono, como a ella le gusta. Le tengo cogida la mano derecha, que es un breve puñado de uñas y terciopelo, de ternura y maldad felina. Sé que lo agradece. Lo que intento es introducirme en su sueño, pues se volverá a dormir en seguida. Quizá esta gata es lo que más amo en el mundo. Todos los gatos son el gato, claro, como interrogaciones sueltas que se deslizan al margen de nuestra vida, como interrogaciones al margen de un texto. La interrogación del rabo se engrandece luego, cuando todo su cuerpo se curva en pregunta. Los gatos son enigma con forma de interrogación. En ellos veo las preguntas que todo ser vivo se hace continuamente.

Entre el jardín de septiembre y el sueño de *Loewe* me paso la mañana perezosamente. No volvería a escribir nunca ni a acostarme con una mujer. Por la vida de la gata daría yo mi vida. La gata es naturaleza en estado puro. Si el hombre de Neanderthal era ya un «sofisticado», como dicen los científicos, el gato, muy anterior, tiene su cultura de gato desde hace millones de años. Los otros animales están más o menos amaestrados, pero el gato es el único animal naturalmente culto. La pequeña muesca en la oreja izquierda de *Loewe* (guerras civiles de medianoche) palpita ahora levísimamente. Quiere decirse que ella duerme y escucha. Septiembre cementerial y feliz. Puesto a contar que no hago nada, he hecho casi tres folios.

Sábado 5

Entramos en el centenario de Mallarmé, ese Góngora francés que jamás leyó a Góngora. De entre sus máximas, todas profundas, valederas y no epatantes, prefiero esa que dice: «No dar la cosa sino la sensación de la cosa.» Entonces empezó a hacerse una poesía de sensaciones, la poesía pura. Y una novela de sensaciones: Virginia Woolf y Proust. Ésa ha sido la gran modernidad del siglo xx, la ruptura, lo que torna ilegibles a Balzac y Galdós. Y fuera con el asunto, en la novela. La vida y las porterías están llenas de asuntos. ¿Para qué añadirles más en mala prosa?

Fuera las ideas y vuelta a las imágenes. El poeta no debe dar nunca una idea sino una cosa. O mejor la «sensación» de la cosa, como hemos visto. Esta literatura *sensacionista* y simbolista es la que yo he hecho y hago incluso en el periódico, y encima me la pagan. Pero ni siquiera mis mayores partidarios se han enterado. Mejor así. Son el lector y la lectora en estado de pureza. Nos aman por lo que hacemos sin saber lo que hacemos. Nos comunicamos de sensación a sensación: siempre estética, nunca sentimental.

Hay quien opina que así hemos llegado al refinamiento, a la «sofisticación» (qué palabra), a la sensibilidad plena, pero Christopher Stringer dice que «el hombre de Neanderthal era ya sofisticado». El hombre y el animal. Creo que ya he hablado aquí de la sofisticación de los gatos, esos esnobs de tejado. Me da una gran alegría el señor Stringer, porque resulta que mi esnobismo tiene genealogía, se remonta a la prehistoria, no es una improvisación provinciana de escritor. Siempre es bueno saber que viene uno de Neanderthal a Mallarmé. No es mala genealogía.

Domingo 6

Siguiendo con lo de ayer, he creído siempre que el lujo inteligente no es un capricho ni un alarde sino una necesidad urgente de darle a la vida lo que es de la vida, interceptando así el discurso coñazo sobre la muerte, que es todavía el discurso medieval de Occidente.

El hombre de Neanderthal se adornaba y adornaba la vida. Había descubierto lo gratuito cuando todo era gratuito. Estas ofrendas a la vida, como digo, y ofrendas fugaces, suponen un conocimiento escéptico de la muerte (el discurso del mago) y un adentramiento en el vivir que adornamos y nos adorna (que adoramos y nos adora).

Por ahí se va a un desentendimiento de las angustias del vivir (que son del morir) y por tanto a una postergación del *asunto* en el arte. El asunto siempre es la muerte, al fin.

El Asunto. Mallarmé no quiere asuntos ni ideas (ideas sobre la muerte). Pero la cadena tiene eslabones, la espina tiene vértebras: Byron, Shelley, Ruskin, Walter Pater, Oscar Wilde. Y tantos. Neanderthal nos justifica para siempre. Mallarmé nos coge de la mano para traer todo eso al siglo xx. Tuvieron que montar varias guerras mundiales («la invasión vertical de los bárbaros») para hacer escombros de París y Weimar. Stefan George opone la insolación de la vida a la religión rilkeana de la propia muerte.

Lunes 7

Con el trabajo en mi nuevo libro *Historias de amor y Viagra*, que saldrá este otoño, he reencontrado el placer de narrar. Hacía como dos años que no publicaba una novela. Con la edad se va adentrando uno en el frondor final de la reflexión, el ensayo o una lírica crepuscular y suicida.

Es curioso cómo he leído toda la vida para leer, para disfrutar, y ahora leo para aprender, experimento una gran curiosidad por cualquier cosa, con tal de que esté bien escrita. Es un poco patético este afán de aprender cuando uno ya lo tiene todo aprendido y cuando lo que aprenda ya me va a servir de poco provecho. ¿De dónde esta curiosidad tardía que ya no viene a cuento ni voy a meter en ningún cuento?

El ciclo natural es al revés. El joven quiere leerlo todo, como por obligación, y el viejo ya sólo relee por placer y confort. Yo soy la excepción a la regla, pero tampoco me entrego a una lectura compulsiva a no ser que, como ya he dicho, la cosa esté bien escrita. Creo que, en el fondo, sigo buscando «el placer del texto», según mi admirado Barthes, pero ahora me invento coartadas eruditas, históricas, *educativas*, qué risa, para seguir hasta la muerte con lo mismo de siempre: el placer de una buena prosa, que hoy me parece el mayor deleite humano, sobre todo después de haber hecho el amor.

Y del ensayo leído se pasa al ensayo escrito. Lo último fue mi libro de Valle-Inclán, sobre el que ahora me hacen una entrevista en Francia. Entrevista de una magnitud, en dimensión y en rigor informativo, que ningún medio cultural español se permite hoy con nadie.

Aquí estamos al bestseller.

Viagra me ha llevado a escribir *Historias de amor y Viagra*, un tomo de novelas cortas con el que no contaba para nada, y por eso confío en él, porque no es un libro deliberado y me ha nacido sin saber cómo. El placer de dibujar un rostro, dejar que aflore un carácter, él solo, enlaberintar una trama, romper los propios esquemas o sorprenderme a mí mismo con la sorpresa final, es un placer más deportivo y más joven que el de trabajar sólo con ideas y fichas, con hipótesis y fechas.

Este libro, lo repito, me ha rejuvenecido y estoy deseando que salga, que será pronto. Poco antes o después —moda otoño/invierno— se reedita con cierta circunstancia mi *Lorca, poeta maldito*, del año 68, mi primer ensayo grande después del breve y afortunado *Larra*, que me abrió tantas perspectivas y mirajes. En su momento, el *Lorca* tuvo la veladura del franquismo, que incluso los antifranquistas aprovecharon para no hablar de mí o hablar reservadamente. Libro muy elogiado, pero con elogios a media voz, no por miedo a Franco sino por miedo a no haber escrito ellos, quienes fuesen, aquel ambicioso ensayo sobre Lorca. Hoy se reconoce abiertamente que es muy bueno, pero ya a toro pasado. Así como el escritor tiene que morir para que se hable bien de él, el libro tiene que descatalogarse para que los críticos lo añoren.

Y con esta mierda de vida literaria ¿para qué o quién escribe uno? Al hilo de esto, no sé si he anotado ya aquí que, releendo estos días a Gabriel Miró, comentado por Jorge Guillén, me preguntaba a mí mismo: ¿Y si este genio del español no interesó a la Academia, cómo coños va a interesar uno?

Por otra parte, las reediciones no cesan, ni la expansión lenta y segura de toda la obra. Lo que le lleva a uno a considerar: Bueno, al fin y al cabo, he conseguido vivir de esto, la literatura me ha dado más dinero del que esperaba o necesitaba, y lo demás qué

importa. Son unas consideraciones mezquinas y cínicas, pero en realidad son los otros —críticos, escritores, editores, compañeros, colegas— quienes nos hacen mezquinos y cínicos.

Qué sería del cínico sin su cinismo.

Martes 8

Conversaciones telefónicas mañaneras con Inés y con Sisita. Inés está, aunque nunca le diré nada, excesivamente delgada. No sé si es que necesita mantenerse así por un problema de huesos o que se ha dado al misticismo. Pero este pasar de la lírica a la mística siempre es peligroso.

Me preocupa.

Sisita ha estado en Marbella con Pablo y con la perra, esa perra callejera y solitaria que ella tiene. Me alegra más que nada imaginar a la perra (una perra de barrio madrileño, aunque barrio bien, como El Viso) descubriendo el mar, el juego de las olas, el susto de la espuma, la alegría universal de un golpe de agua. Imagino a la perra, que ni sé cómo se llama, haciendo el remolino para sacudirse el agua. Ya sé de un ser que ha sido realmente feliz en este verano que aún dura en mi jardín o en mi memoria, no sé. Sisita tuvo un problema de salud con Pablo y, entre esto y otras cosas, no ha escrito nada, aunque me lo prometió, y se había comprado un ordenador muy mono (que no maneja).

No me pareció bien su idea de añadir al esfuerzo de escribir, sin ser profesional, el esfuerzo de dominar un cacharro. Siempre son tristes estas vocaciones tardías. El impulso de escribir o de matar tiene alegría en la juventud y uno desea que salga bien, como me salió a mí (más lo de matar que lo de escribir).

Pero a cierta edad, estos escritores aplazados resultan un poco lastimosos, porque la vocación, como el amor, dos veces no pasa, y a Sisita supongo que se le ha pasado.

Por lo demás, imagino que estará muy bella de regresos. Nos veremos pronto. Es la mujer solitaria que se enfrenta a eso con ironía, iniciativas y golpes repentinos como la perra o la escritura. En todo caso, como Sisita es inteligente, sabe ir al paso de su propio tiempo, seguir su ritmo personal hacia el sol o la sombra, y eso es lo más importante y lo más difícil para madurar dignamente.

Estoy seguro de que esta mujer nunca perderá la vertical, y eso me hace quererla más. No sé si se puede decir lo mismo de uno. Pero de uno ya se habla demasiado en este libro, de modo que lo dejo por hoy. Tengo que resolver la tarde o dejarme llevar. Creo que me dejaré llevar (ya he perdido la vertical).

Domingo 13

Las entradas y salidas carcelarias de Mario Conde han amenizado mucho el ferragosto español, y a mí me recuerdan que Platón salió a reformar o fundar la República y al poco tiempo tuvieron que rescatarle de un barco de esclavos, donde era un esclavo más.

Quiero decir que cuando un hombre empieza a perderse de su contexto social, moral o profesional, va quedándose sin identidad, hasta el punto de no valer nada, o sólo las monedas de un esclavo. ¿De quién es el preso: del juez o del carcelero? En veinte años de democracia, o los que sean, aquí apenas hemos creado juridicidad. Ahora se plantea la duda de si los fines de semana del ex banquero son de su mujer o de la ministra Mariscal de Gante. Si esto ha sido alguna vez una democracia madura, ahora se está pudriendo por el calor. Lo peor que podía pasarle a Conde, lo último, es esta pérdida de identidad según la cual no vale ni para preso y no le quieren ni para prófugo. Ha sido y está siendo un ameno anecdotario de verano, ya digo, pero —aparte el dolor del afectado, que respetamos— este conato pone de manifiesto, junto a otros, el azar de la justicia y el momento de crisis que se ha creado con la politización o ideologización extrema de algunos profesionales.

Tampoco hay normas claras sobre Barrionuevo, el cual, una vez que ha cumplido como

vaquilla en diversos cosos nacionales, ahora se vuelve incómodo para todos los partidos, mayormente el suyo, y de la apoteosis justicia/injusticia ha pasado el ex ministro a la duda nada metódica sobre sí mismo, pues para mito ya no vale, para reo tampoco, ni para víctima ni para verdugo, por la notoriedad adquirida, y todo lo demás acabará anunciando fabadas en televisión.

Así es como el Estado, el Gobierno, los políticos, etc., van acumulando una ferralla humana en los galpones recalentados de la democracia, figuras que han vivido este verano en zapatillas de lona, en su chalet, la angustia existencial de que ya no sirven ni para condenarlos, porque han pasado por su conciencia siglos de cadena perpetua vividos en el insomnio de una noche de primavera sin sueño.

Julio Anguita con el corazón a las tres menos cuarto y Josep Borrell en traje de buzo, como espada en su funda, porque ya no le dejan vestirse de renovador, de camisa vieja, de candidato ni casi de novio. Borrell es otro caso de formidable máquina humana arrinconada entre las lavadoras aquellas de la primera generación, como las que usaba Diana Durbin para lavar sus braguitas maccarthistas. Asusta y apena pensar la cantidad de material humano que está desechando esta democracia, mientras una mano de sombra reifica viejos coches usados como Leguina y Almeida. Yo he iniciado la reificación de Sofía Mazagatos, que me parece más fina, más plácida y más bella que Mar.

Cómo estarán las cosas que el pintor Pepe Díaz y yo, últimos legitimistas del café Gijón, nos dedicamos a añorar la vieja URSS con una nostalgia más poética que política. Pepa/Lola, broker del Santander, ha interrumpido las vacaciones y está aquí con exceso de equipaje (el bronceado), a ver si para lo de la Bolsa. ¿No queríamos capitalismo en Rusia? Pues toma capitalismo. El bar del Palace tampoco es mal *igloo* o *iglú* contra los cuarenta a la sombra, tan madriles. Pero a Mario Conde, con estos cambios de temperatura, le van a producir una carraspera existencial como jamás se vio en Banesto.

Domingo 20

Decía el maestro Eugenio d'Ors que de las dos Majas de Goya la más pornográfica es sin duda la vestida. Efectivamente, y cualquiera lo entiende. Pero ahora los rusos, que están pasando hambre y sed de justicia desde que Occidente y el papa les ganaron gloriosamente para la democracia, reclaman ambas Majas para que el pueblo las vea en el Ermitage. Comulgo mucho con los rusos, comunistas o no, pero creo que después de tantos años acostumbrados a la momia de Lenin, la *Maja desnuda* de Coya les puede hacer un efecto Viagra que, experimentado en multitud, volverá a traer «los koljoses y la electricidad».

No me gusta que estas dos señoritas (seguramente la misma) anden paseándose por el mundo, la una en bolas, como yo mismo por Ibiza, y la otra arrastrando la gualdrapa por la nieve y la sangre. Y mis reparos no son sólo al inevitable deterioro de las pinturas, sino más bien una cosa de carácter histórico. Siempre que hemos mandado una morena, como alegoría de España, a salvar la Europa, nos la han devuelto como puta por rastrojo o geisha por arrozal. Allá se fue la *Bella Otero*, Carolina Coronado (sobre la que Torrente Ballester quería que yo escribiese una biografía), a resolver en Francia la *belle époque*, porque aquello fue un cachondeo demasié y una bordería, para volver a morir a su Galicia pobre y descangallá, después de haberse cargado varias monarquías absolutistas, que falta hacía.

Ana Ozores, la heroína de Clarín que Ramón Tamames está sobrenovelando, fue a París a cultivarse y ha acabado en manos de este economista/novelistas que puede hacer de ella un producto nacional bruto y cosas peores.

No me gusta que nuestras grandes mujeres viajen, en fin, como no me gusta que mi santa se vaya al híper a alternar con verduleros y hueveros. Ahora quieren distraer el hambre de los rusos con el desnudo de una Alba quizá apócrifa. Yo creo, Cayetana,

que tú eres la llamada a decir la última palabra. Y no te propongo que te desnudes para aquel *proletariat*, en sustitución de tu antepasada, pero que cojas el abanico, te pongas en jarras y salves una vez más la honra de la familia, amor.

Sábado 26

El candidato Josep Borrell ha reunido una legión de cuarenta intelectuales para que le vayan diseñando un plan de gobernación de las Españas y una globalidad ideológica que sea al mismo tiempo concreta y lábil. Aquí, por nuestra parte, sólo señalar la distancia entre el hombre de poder que forma un equipo de pensadores y el hombre de poder que forma un GAL.

Que las cosas vienen de otro modo, o sea. Decía Andy Warhol que los americanos prefieren comprar a pensar. Aquí preferimos matar. Napoleón entraba algunas tardes en la gran sala donde los intelectuales estaban redactándole el Código y les soltaba algunos trallazos dialécticos y jurídicos que luego han sido lo mejor del libro. Como el emperador venía de una querrela de alcoba con Josefina, se desahogaba dictando cláusulas violentas. Pero para eso estaban los intelectuales: para redactar con letra fina la caligrafía gorda del corso.

Un intelectual, Fernández Miranda, se inventó la novela de la Santa Transición, y luego un hombre en acto, Adolfo Suárez, la hizo realidad. Felipe González se aforraba de Coll, Ramoncín y otros intelectuales entrefinos, y muy queridos por mí, para jugar al billar. Borrell prefiere jugar a la renovación del partido, del socialismo y de España. Un intelectual nunca estorba. Al maestro Haro Tecglen, que saluda como púber canéfora mi vuelta, y hasta me ofrenda el acanto, le pusieron en *El País* a hacer la croniquilla de televisión, y hoy ha hecho de esa tontería lo más leído del periódico.

Ponga usted un intelectual delante de un ordenador o de un tinterillo, sin más, que a él ya se le ocurrirá algo. La prosa literaria es una arma cargada de política. González Bravo tuvo de escribiente a Gustavo Adolfo Bécquer y le salió el poeta más reaccionario del siglo XIX. De otro modo, habría tenido un subversivo como Larra unos años antes. Borrell es más dialéctico que cínico y no contrata intelectuales para que se corrompan, ahora que en Rusia vuelve el comunismo —ya era hora—, sino para que le den ideas. Necesita un vivero de ideas nuevas, porque todas las que tiene se las va jodiendo Almunia.

Los ochenta, el altofelipismo, fueron una corte de banqueros, esnifantes, caballistas, cadáveres financieros, atracadores que se rilaban y todas aquellas queridas tendidas en los lechos de dólares, sin chales en los pechos de silicona y flojo el cinturón de castidad. Los postreros noventa están siendo un último amago de regeneración nacional gracias a hombres como Borrell y Morán, otro intelectual, de quien dice Álvarez que no conoce la Administración. Álvarez cree que el alcalde de Madrid tiene que ser un guardia de la porra ilustrado.

Ahora que te libras de la mili por cuatro dioptrías va a haber muchos chicos que aprovechen ese tiempo para cargar con el Casares y un poco de Gramsci, en vez de cargar con el chopo, de modo que al fin seremos un país de intelectuales, como Francia, y nos libramos definitivamente de la roldanesca, por un lado, y de los guapos de provincias, por otro, aunque a los guapos de provincias ya se los va garlopando el presidente Aznar, que dicen que acabará gobernando mediante el motorista, como Franco. Aquí la derecha gobierna con los motoristas negros de Jean Cocteau y la izquierda oficial con los duros de película, como el bogartiano Amedo. Borrell no pretende alzar levas de socialistas incendiarios, sino reunir una modesta leva de teóricos y pensadores. Si no consigue cambiar España, al menos habrá cambiado los montaraces usos de la derecha y la izquierda.

Domingo 21

La presidenta Ana Botella ha hecho por fin su número de Afrodita en Oropesa. Claro que una Afrodita oropesana queda poco mitológica, pero recuerden ustedes en años

anteriores que estaba toda la familia gubernamental en el chaletito del amigo de Aznar y a doña Ana no le vimos ni la vuelta de los vivos del vestidito rojo. Este verano, en cambio, hala, se ha dado su primer baño, ante una legión de fotógrafos, con bañador completo, pero sucinto, que le sienta muy bien y le da una gracia de terracota ibérica, de oropesana primitiva, a los muslos cortos y armoniosos de la presidenta. Muy guapa. El señor Aznar, que ha privatizado hasta los gorriones, no puede privatizar los muslos de la presidenta, a los que, democráticamente, todos los españoles tenemos un derecho visual alícuoto mediante televisión, foto o presencia inmediata. La mujer del César democrático y centrista no sólo debe ser bella sino parecerlo, y la democracia tiende a nacionalizar hasta la imagen de sus reyes, y cuánto más la de sus presidentas, siempre que sean jóvenes y bien hechitas, como ésta.

Cuando al rey Juan Carlos le estamos viendo en calzoncillos con la cosa de las regatas, según concede la democracia y la Constitución al contribuyente, ¿por qué no vamos a ver el semidesnudo, la silueta entre centrista y cartaginesa de la presidenta, que es como una doncella celtíbera, proporcionada en su brevedad, grácil y tan española de pierna?

Ya ha salido alguna comadre del couché marujeando sobre la celulitis de los muslos de Ana Botella, celulitis que no existe, hasta el punto de que el presidente ha sacado a su chica a la raya sonriente del mar de Oropesa para que todos veamos que la presidenta se conserva, que no la ha privatizado y que tiene unos muslos nacionalizados y magníficos, como parecían prometer sus piernas.

Entre la artesanía de los vacceos y algunos caprichos de Picasso está la figura goda y grácil de Ana, quien con su primer baño estival ante las cámaras ha desprivatizado su clara belleza de clase media. El español es más que nada un mirón de oficio que necesita mirar el trabajo de los otros y la apostura de la mujer del otro, mayormente si ese otro es el baranda. Con el primer baño de Ana Botella en Oropesa queda inaugurado un veraneo nacional de clase media con más coches que nunca. España va bien, toma ya.

Lunes 28

Inauguración de un buen pintor joven, Pérez Prada, con el que tengo incluso parentesco, y sobre quien he escrito alguna vez. Pérez Prada ha pintado la Gran Vía casi completa, tramo a tramo, con sus automóviles, sus luces y contraluces. La recuperación de Madrid la inició Tierno Galván y todavía sigue. Madrid se ha convertido en un motivo artístico, literario y hasta musical. Con la exposición nos dan un concierto bastante coñazo dos músicos, uno joven y otro viejo, un violín y una flauta. Luego viene el joven a saludarme, decir que me lee mucho y explicarme su música:

—Como usted habrá advertido, en nuestro concierto tratamos de explicar la soledad de Madrid.

—Por supuesto, no pensaba en otra cosa mientras les oía.

Pero a mí esa música lenta y letárgica no me suena a Madrid ni a soledad, ni creo, por otra parte, que Madrid esté solo o solitario. Antes he estado en el periódico planeando nuevas colaboraciones, y durante la entrevista me doy cuenta de que no quiero más trabajo ni más dinero, sino más ocio, tiempo libre, mucho jardín y escribir cosas que no tengan nada que ver con nada. Como me dice siempre Haro Tecglen, «lo malo de que se te ocurra una cosa es que luego tienes que escribirla».

El que recupera Madrid para la pintura, para la gran pintura de óleo y lienzo, es sin duda Antonio López, que empezó con el suburbio y culminó con el arranque de la Gran Vía, cuadro inmortal, pero plantando el caballete en la acera de Bellas Artes a las siete de la mañana y pintando la media hora de luz, de la luz que él quería. Le preocupaba hasta el cambio de color municipal del paso de cebrá.

Estos de ahora, entre Andy Warhol y Antonio López, al que niegan, hacen fotos de Madrid a media tarde y luego las colorean en casa. Estamos en la industria de la

transparencia, la geometría y la impersonalidad. Aquí no hay pincelada ni desvariantes del óleo, porque no hay óleo, sino una escuela industrial de pintar taxis o botes Campbell. Pero Pérez dibuja muy bien y, cuando tengo que hablar, recuerdo la frase de Eugenio d'Ors: «El dibujo es la honradez de la pintura»; me parece que no lo han entendido. Una amiga de Castillo me dice en el cóctel:

—Antonio López es una mierda y Castillo es un genio.

Pero uno ha aprendido a sonreír, pasar y escribir luego con justicia y sentido común, al menos. Un casi pariente me dice que conoció a mi madre enferma en la cama.

—Me impresionó. Una mujer muy rubia. ¿Verdad que tu madre era muy rubia?

Mi madre era morena. Creo que el tipo está recordando la madre de mis novelas, pero da igual. Contribuyamos a la confusión de la pintura y de todo. Como me decía el gran Viola: «Umbral, hay que putrefaccionar.»

Warhol era más honesto y a su estudio lo llamaba *factory*. Efectivamente, era una factoría de fabricar genialidades en serie. Sólo que AW era además un escritor prodigioso y éstos son todos analfabetos. Están en una industria de crear obras maestras mediante la ingeniería y el truco. En López hay un espesor del vacío, una temperatura humana que no hay en estas diapositivas de principiantes tonsurados intelectualmente. En López hay una continuidad de Velázquez, Rembrandt, Coya. Aquí sólo hay laboratorio y buena mano, lamentablemente corrompida en el proceso industrial que es hoy el arte de las grandes galerías de Madrid, del abstracto al hiperrealismo.

Ya apenas voy a exposiciones y *vernissages* porque me fatiga la comedia del arte. No quiero entrar en el negocio ni como espectador. Luego me quieren llevar de copas y hay mujeres rubias, de ojos cruelmente azules, que se desnivelan del lado del corazón, el suyo y el mío, pero cojo un taxi (mi pie le ha perdido el miedo agorafóbico a las grandes extensiones nocturnas de Madrid) y me vengo a casa a dormir para estar mañana en condiciones de escribir mucho y bien. La antigua rueda resplandeciente de la bohemia artística, con gente tan vieja que ya se debiera haber muerto, pero están como siempre y hay que saludarlos como si fueran vivos. Creo que para conseguir un polvo o una copa no se puede invertir toda una noche. A la larga, eso sale muy caro. La noche es joven, pero nos envejece. Hay un momento de la vida en que eliges entre la bagatela y la norma. Incluso para follar. Lo mío es una muy ordenada y dorada bohemia. Lo justo para quedar bien con la gente mal.

Martes 29

Un día de esta semana que muere, encuentro mañanero con I. bajo la conspiración otoñal de septiembre, verdor duradero de la vida, filones de sol, pájaros y parques, el clima como perennidad. Tomamos una copa, o más bien dos zumos de tomate. Inés está un poco más delgada, «bueno, sólo un kilo», ha viajado en motonáutica por mares exóticos, bajo soles como banderas agresivas, pero nada de esto se le nota, sino una cara lavada, unas manos frías y nobles en todos los sentidos (o eso creo yo), los ojos sin pintar bajo las gafas negras y la piel como en sombra de reclusión, en larga luna, más que en memoria de luz.

Todo esto me la hace más *estilada* (que va más allá de estilizada), más amistosa, y luego descubro que más curiosa, pues me pregunta por todo lo que ha pasado por Madrid —y por mi vida— mientras tanto. Sigue en su tono de luz baja, de voz serena, de risa silenciosa, pero abierta. Le hablo de mi libro de este verano, de mis experiencias con viagra, del aburrimiento político y el paraíso cerrado de mis libros y mis chopos blancos. Paraíso abierto dentro de mí, dentro de mis ojos, y desplegado en el día hacia más día, paraíso sencillo, como de poeta, el poeta que quise ser y soy, aunque no escriba versos. Hacemos proyectos para la temporada y nos despedimos bastante amigos.

Se va en su todoterreno, pesado y azul, que parece imposible para mujer tan frágil. La

primera vez lo llamé «tractor» y fue un éxito. Ahora me abstengo. Con una mujer nunca se debe repetir una broma. Mejor dejar que se la apropie ella.

Miércoles 30

Escribió Lautréamont: «Si sois desdichados, no hace falta decírselo al lector.» Es lo que hoy llamamos autocompasión. La autocompasión es un mal género literario. Tampoco es bueno suscitar la compasión del público. Quizá al público hay que despreciarlo un poco, como Quevedo y Shakespeare. Eso les gusta. Lo que me pregunto, en realidad, es qué imagen estoy dejando de mí en este libro. Sé la que he dejado en otros, que era la que yo quería, repetida o nueva. Niño malvado, joven pretencioso, adulto desdoblado, más deducible por la prosa que por la propia confesión. El lector nos adivina en la escritura, en el estilo, que, ay, es el hombre.

De nada vale hacer confesiones atroces, como Dostoievski, o confesiones automísticas, como Juan Ramón. El lector se queda con lo que le conviene, nunca nos cree demasiado y sólo aprecia los valores, sus valores, los que él iba buscando en el libro: cierta calidad de escritura, cierta ironía reconfortante, cierto amor a la vida, cierto horror delicioso. Esas cosas. Aparte de que uno no siempre es el mismo —casi nunca— y tiene días desesperados y días sonrientes. Imposible fijar una imagen. Y aparte, sobre todo, de que yo no me proponía retratarme en este libro, que más que diario íntimo es diario social, público, donde he querido seguir discretamente la pausa y la pauta de unas cuantas vidas.

Pese al nombre engañoso de «diario», que sugiere intimidad, uno ha querido ser el tamiz del tiempo, el cernedero fino de la vida que va dejando pasar cosas muy sutiles o muy sencillas, lo más delgado de las emociones fuertes y lo más brillante de las emociones apagadas. Lo que importa en un diario es no levantar la voz, porque entonces ya estás haciendo drama, en novela o teatro.

Este largo diario sólo quiere recoger unos tramos de vida general o particular —tampoco el turbión total de la vida—, toda la riqueza simple que cabe en un espacio de tiempo, mientras la recolectamos. Creo que, en este sentido, el diario es uno de los más finos instrumentos para conocer y gozar o temer la vida.

Yo, pese al *Yo* obligado de este género, no he querido retratarme de ninguna manera, ya digo, sino ser como una lente de Spinoza —judío, portugués, oculista y pensador—, como una fina lente *imparcial* donde se amoneda la vida. Y las cursivas de *imparcial* sólo sugieren que la imparcialidad es imposible y, por lo que respecta a mí, insoportable. Sólo la parcialidad de los demás los descubre y sólo la mía hace posible mi escritura. Antes que escribir imparcialmente me habría dedicado a otra cosa. La parcialidad es ya el arranque de la inspiración.

Ayer sábado tenía que haber firmado libros en la fiesta del PCE. No vinieron a buscarme, o vinieron muy tarde, y luego veo en la prensa que el discurso de Anguita —se despedía— fue denso y largo. Sin duda, incompatible con mi firma en cuanto al tiempo. Pero el pecé ha resuelto mal ese pequeño trámite burocrático, y de sus pequeños errores le vienen sus grandes males. Anguita, retirado, que se cuide el infarto.

Por la otra punta del espectro social —el cronista del tiempo tiene que estar en todo y a todas—, la presentación de las memorias de Raphael, que él me ha pedido, claro. A última hora me dice por carta que actuarán conmigo Amparo Rivelles y Concha Velasco. Mañana, cuando me llame, le diré que demasiado tarde, que no quiero nublar de sabiduría a esas dos grandes damas de la escena y que estoy harto de los eternos e inofensivos engaños sociales. Tampoco quiero vetarlas, naturalmente. Que no cuente conmigo. Pensaba haber hecho un breve ensayo sobre lo kitsch. El Rapa es la mayor y casi única representación de lo kitsch en España. Porque el Rapa no es flamenco ni coplero ni melódico ni mimético. El Rapa es kitsch y su voz extraordinaria es lo que da calidad a ese kitsch. Todo un fenómeno que se ha estancado en las masas de la

tercera edad sin pasar por los sociólogos. Un kitsch que se salva por la voz, ya digo, y por la distancia o ironía que el artista establece entre él y él.

OCTUBRE

Jueves 1

Sólo me interesa el presente porque es el sitio donde voy a pasar el resto de mi vida. Quiero decir que vivo en presente y vivo mejor. Qué difícil, a lo largo de toda la vida, la conquista del presente. Se vive como rehén del pasado, liquidando siempre viejas cuentas, o bien se vive polarizado hacia el futuro, un futuro que es mera proyección de la nada y donde situamos el verdadero clímax, inexistente, de nuestra existencia. Sólo con el tiempo llega uno a instalarse en el presente, en eso que nuestro pueblo llama «vivir al día».

No hago proyectos y prescindo mucho de la memoria. Cada día es un reino de oro para mí, y aunque está empezando a llover, el otoño sólo será un motivo para hacer literatura otoñal. El otoño será en seguida el presente porque lo que da sentido a las sucesiones de presente es uno mismo. Yo soy la continuidad y yo soy la actualidad. No hay manera de no ser mera, pura y viva actualidad. Lo somos siempre para los otros, pero hay que serlo también para uno mismo.

Si se consigue una buena instalación en el presente, ocurre que las cosas pasadas y futuras vienen a abrevarse de presente, a enriquecer el día de hoy con memorias y proyectos que de pronto son actualísimos y, frustrados o no, alumbran como las lámparas perennes de una vida. Lo que hace más catedral a la catedral, y más eterna, es el aceite que arde en la lámpara.

Mi presente, ahora mismo, es el pelo que me ha crecido demasiado y tengo que irme a cortármelo, el pie con su alegría de convalecencia, grato como una vieja cicatriz que gusta acariciar, el chopo blanco del jardín, la columna de cada día en el periódico, el cuerpo de Jessica, el olor de la noche, el último cheque que ha caído sobre mi mesa como precio de un artículo, el desayuno de la gata, que anda talcualilla y ayuna, la llamada de Inés, que no llama, el pensamiento de CR, como pasamanería intelectual femenina, como claras construcciones mentales de cristal, el plátano que acabo de comerme, con su sabor a isleña desnuda, todo eso.

No hay más eternidad que el presente. El presente tiene el sabor de todos los siempres. Un hombre que vive en presente nunca es un viejo ni un joven, sino un instalado en la actualidad cabal del tiempo. Sólo somos viejos con relación al pasado o al futuro. Con relación a hoy, jueves, somos presentísimos. Ésta es una de las lecciones que me va dejando este diario.

He merendado, trabajo un rato, recibo visitas y a la noche releeré al viejo Azorín, que escribió siempre en presente y por eso vivió noventa años. Pero noventa años de actualidad.

Viernes 2

Se recuerda a Pablo Neruda en los veinticinco años de su muerte y el inmenso poeta de Isla Negra no es ya de los soviéticos que no hay ni de los surrealistas que tampoco quedan, sino de los lectores color gentío, de quienes sabemos que la lírica ha dejado de ser candidez verbal o pistola cargada de futuro. Poesía es el difícil descubrimiento de las pequeñas cosas que llevamos en los bolsillos.

Pablo Neruda (sin duda el más grande poeta en castellano, con Quevedo) tiene hoy una vigencia que no es la de su poesía política ni la de su poesía romántica, modernista o vanguardista (aunque en todo se le lea mucho), sino la de su reencuentro con la vida de hoy viernes, con la realidad difícil y soleada de las semanas, su abrazo con el hombre medio, que vuelve de comprar el pan, su repartir sosiego entre las herramientas y la sangre, porque la voz de Neruda es como la hora del almuerzo, la sirena del descanso en la obra. Ahora que feneció su comunismo oficial, nos queda su comunismo real, vivido y vividero, la poesía que levantó a partir de lo sencillo y lo común, porque en esto viene a coincidir con el hombre de hoy, que también profesa la mística de las cosas, la frecuentación de fin de semana con los perros, los pocos

burros que quedan, y las palabras rurales, con temperatura de amistad.

Es el Neruda más verdadero/duradero. Ni el panfleto de guerra ni el amor violento de los románticos aprendido en francés. Lo suyo es más bien (lo que hoy conmemoramos) todo lo que sale en sus odas elementales, un franciscanismo laico, un recuento adánico e inspirado de las cosas del mundo. Neruda está en la juventud ecologista y en la vejez dulcemente panteísta del ocio ilustrado.

Como su maestro Quevedo, anduvo entre los vivos y los muertos, para luego quedarse en el término medio, en la civil memoria, en el hombre que trabaja y juega, en el trabajo gustoso y el ocio que huele a manzanas locas y hierba recién segada. Porque la vida no es sino ese término medio, ese materialismo nada histórico, más bien periódico. Neruda acaba con la poesía pura, la negra excursión al sueño y las mitologías del siglo. Neruda es este mediodía con colegialas de entre semana, palomas de barro purísimo y perros adoradores del sol. Por eso le sentimos tanto.

Sábado 3

Por Leganés está el cielo de los galgos. Parece que allí los cuidan y los quieren. Porque lo español, desde la Historia hasta ahora mismo, es quemar al galgo vivo en Medina del Campo, atar a un árbol el galgo ya inútil para que se muera de sed y de hambre, y en este plan. Los galgueros, cuando el galgo ya no gana carreras o no sirve para la caza, lo ahorcan ritualmente. El galgo es o era la horizontal castellana y metafórica de Ortega, pero los galgueros no han visto nunca una metáfora, y si la ven correr le pegan un tiro.

El galgo es una de las criaturas más elegantes de la creación. El galgo es el *gentleman* de los perros, casi siempre más nobiliario que su dueño. El galgo es bueno, cariñoso, fiel, bello como una bailarina francesa de Degas y esnob como un cronista de la caza con galgo. Uno de los pocos y buenos amigos que el hombre puede encontrar en sociedad. El galgo es así como el violín en perro. Pero España es muy de quemar galgos, ahorcar galgos, reventar galgos. Una vez estuve en las carreras de galgos para hacer un reportaje y no volví. Para holocausto ya tenemos bastante con la historia de los nazis. Ahora, como digo, en Leganés y en otros sitios se acoge y cuida al galgo. Hay gamberros que ya no se llaman así, sino «jóvenes violentos», como si eso fuera una distinción generacional, que fríen galgos, matan galgos, torturan galgos, porque estos chicos se aburren y porque el crimen es muy distraído.

El odio al galgo es el odio a lo bello, lo inútil, lo lujoso y lo estilizado de la vida. El galgo es un ángel agudo, en figura de perro, pero aquí somos guerracivilistas de los galgos. También de los galgos. Éste es el país donde te fusilan al padre y te ahorcan el galgo. Lo único que le falta a Cervantes es que le ahorquen el galgo a don Quijote, ese «galgo corredor» que sale al principio del libro, como una capitular para empezar a escribir.

El guerracivilismo siempre latente de España empieza ahorcándole el galgo al vecino. Todas nuestras guerras civiles se han hecho por un galgo ahorcado. Aquí las guerras civiles siempre las perdemos los rojos y los galgos. Si vas distinguido, silueteado y correcto como un galgo, te matan unos. Si vas miliciano y feo como un cerdo, te matan los otros. Lo dijo el poeta: «¿Dónde vas tú, sentimental catástrofe, roto soneto, galgo pasante por tu borrado escudo?»

Llama Carmen Díez de Rivera, a quien abandoné muy grave. Carmen llama siempre desde ciudades claras que no dice, desde iluminados Estrasburgos, sombrías Bruselas, hospitalarias Barcelonas, o desde aquí mismo, desde Madrid, y me cuenta el recorrido del cáncer por su cuerpo, que empezó en los setenta por la matriz, como un hongo que se le hubiera añadido de estar sentada en el suelo de los bosques europeos, de los que le gusta ser caperucita roja.

Mucho tiempo más tarde, cumplidas todas las revoluciones que soñamos juntos, o más bien incumplidas, pero brillantes y vigentes, posteriores a la Historia, dulcemente póstumos, nos hablamos por teléfono mientras la muerte le desgaja el pecho izquierdo,

le despelleja el brazo de ese lado, como quitándole un guante de larga manopla, y por fin se posa en el hígado como un insecto interior o innecesario que no sale en los papeles, que no se deja explicar por la ciencia, pero mosconeaba la vida y la muerte como las avispas de este verano mosconeaban la carne que les echo (hay que alimentar a las avispas, que son fugaces, bellas, con pareo de bailarinas tailandesas, y sin cáncer).

Después de un verano en que ella se ha volado de aquel libro y de éste, se ha volado de la vida escondiéndose de la muerte en el mar espeso de Menorca, su voz vuelve a posarse en el hilo telefónico, como mariposa herida, como pájaro alegre que finge sus colores. Ahora le han encontrado el insecto en el vientre.

—Lo mío se ha torcido, ¿sabes? Me han encontrado una mancha móvil en el vientre. No saben lo que es. Yo ya le he dicho al médico, ¿y usted por qué me toca la tripa, si eso no es lo suyo? Claro que yo siempre he tenido molestias intestinales, como mi verdadero padre (o sea, S. S., digo yo: unas veces le adopta y otras le niega, según se vea cerca o lejos de la muerte).

Luego quiere pasar al tema político, que es su opio (la cabeza política de papá), es partidaria de seguir el juego de ETA en su tregua, pero yo sigo pensando en la avispa del vientre, la avispa negra, el disfraz del cáncer, que a su vez es la expresión corporal de la muerte, y así vamos llevando una conversación política a la que pongo preguntas y respuestas gracias al oficio, pero mientras mi mente sigue las evoluciones de la avispa negra, graciosa como las avispas amarillas y a rayas que nos acompañaban con su minué en los almuerzos del jardín este verano.

Carmen, sin saberlo, ha saltado de un mes a otro, se ha salvado de aquel que pronosticaba su muerte pero se ha posado de puntas en este otro que no quisiera recoger la necrológica triste y dura, la tipografía adversa del adiós, vehículo de la muerte con melena de estopa blanca, como esos burros que engualdrapan y disfrazan de personas por Navidades, en los pueblos de España. El viejo sigue ahí, tan terne, rectificando en sus memorias cosas que niega su memoria, y la vida tiene ahora en el vientre un panal de avispas negras que hacen miel de su sangre y cera de funeral con un cuerpo que un día amé joven.

Domingo 4

El kitsch es una expresión menor del barroco español. Raphael es la mayor y más valiosa expresión viva de nuestro kitsch. Lola Flores hizo el kitsch llameante del Greco. Juan Belmonte hizo el barroco magro de Goya. Raphael hace el barroco sentimental, forma inédita del barroco, que con lo que más tiene que ver es con el manuelino portugués de las Janelas Verdes y con el fado. Los teóricos norteamericanos del kitsch encuentran que kitsch de calidad artística es lo que Susan Sontag define como picassismo: cualquier referente a Picasso en la decoración, por ejemplo. Del kitsch detestable no voy a poner ejemplos. Raphael no es coplero ni flamenco ni melódico ni pop. Raphael es puro y único kitsch, con una garantía de calidad que es su voz, y por eso me ha interesado siempre el caso Raphael, desde los sesenta, porque erige un género nuevo entre los españoles y España no se entera. No se entera, pero no le falla, y asimismo los públicos del mundo.

En Raphael es kitsch el espectáculo, la manera de actuar, el decorado, el tema de las canciones, la continua exaltación paroxística de una personalidad, como sólo se da en Andy Warhol. Puesto en esta tesitura barroca y peligrosa, Raphael salva toda esa inmensa miniatura, incluidos su gestualidad y su vestuario, por una sola verdad evidente y eminente: la calidad y novedad de una voz que va del niño de coro a la nocturnidad profunda de Sinatra.

A Raphael se le han hecho miles de críticas buenas y malas, pero nunca he visto señalado esto: que su género no tiene nada que ver con ningún otro, que nace precisamente en los años del kitsch, los sesenta, y que sigue fascinando a los públicos

como un alarde final del barroco español, que fue el lenguaje del imperio.

En este artista buscamos una y otra vez la apoteosis de lo kitsch, que en sus sesiones largas —casi todas lo son— llega al delirio, con arrequives y molduras vocales que son el equivalente del churrigueresco madrileño de la puerta del Hospicio. Raphael quedará, como Tórtola Valencia o Cleo de Merode, por lo que su arte tiene de único, de exageración popular de un género, en su caso el sentimental.

¿Y mañana qué?, el libro que ahora leemos, tiene voluntad de memorias personales, y su mejor lectura está en la primera parte, en la peripecia del niño, del asomo de prodigio, del padre y la madre, el descubrimiento del sexo, o intuición, la búsqueda de la propia querencia y la difícil y azacaneada conquista de Madrid, cuando los productores le rechazan y luego se pelean por él. Eso le ha pasado a uno en los mismos años que a Raphael, primeros sesenta, y quizá en esta afinidad cronológica esté el secreto de nuestra amistad. El talento tarda en descubrirlo Madrid, porque aquí se comercia mayormente con mediocridades, pero cuando alguien te entiende, cuando alguien entiende el talento difícil de Raphael, Madrid proyecta al artista con la misma energía que Broadway, y en nuestro palacio de la Música, Gran Vía, tiene Raphael el útero suntuoso que le alumbró a la gloria.

La segunda parte de estas largas y amenas memorias es ya una sucesión de éxitos en cascada ascendente, lo cual deslumbra mucho, pero tiene menos interés literario, y no te aflijas, Raphael, por esto que digo, pues les pasa a todas las memorias de artistas, que, llegados a contar la gloria, se engolan de cifras y cosmopolitismo. Hasta Charles Chaplin incurrió en eso, según sus decepcionantes memorias, donde lo que vale es su infancia londinense y golfa de niño dickensiano, pero no ya los millones que le costó Paulette Godard y las señoritas sucesivas.

Tú has tenido, Raphael, el talento de cortar el libro a tiempo, justo en el matrimonio, porque eso de casarse tiene siempre un punto burgués.

A no ser que uno se case con Natalia Figueroa.

Lunes 5

Considera Borges que toda la genialidad de Quevedo es verbal, y aún le sigue nombrando el mayor genio del castellano. «Más que un hombre, una vasta y compleja literatura.» Viene Quevedo del siglo XVII, muy en traje y actitud de muerto, y callejea por los zaguanes del XVIII, cogido a su par, don Diego de Torres Villarroel, que sería un Quevedo de almanaque, un barroco de horóscopo y un brujo católico que se pasea entre inquisiciones. Dos cabalgan juntos. Son como las dos columnas barrocas de un templo que ya no existe, vuelve a mirar Quevedo, con ojos de difunto, los muros de la patria mía, y los encuentra despojados de paramento, voluta, nalgatorio y mitología. El barroco español es la lengua del imperio y sólo don Francisco pudo poner en prosa y verso el abultamiento imperial de España en Europa, pues que el barroco americano, más selvático que intelectual, a nuestro padre y maestro le interesaba menos. Todavía tiene tiempo don Francisco, por la mano tahúr de Villarroel, de asomarse a las puertas disipadas del XVIII, donde España ya no suena o suena sólo a caserón viejo, vacío de conceptos, de imágenes y de oro. Echa mano a su espada de sombra y lleva, como muerto, la funda vacía, que pieza de tanto fundamento y metal en seguida la roba el primer buscón que pasa. El buscón don Pablos no llega a animarse mucho para América. Quevedo tampoco. Dan la espalda al otro hemisferio imperial porque lo suyo es Europa. Quevedo comprende entonces que está fenecido y ni siquiera luce, como su señor, por epitafio la sangrienta luna.

El barroco de Quevedo es exceso de ideas, calentura de imágenes, un reborondeamiento de todas las verdades y todas las mentiras, una manera de subrayar la vida con más vida, el aire con más luz, la noche con más miedo, la rosa con más fuego y la hembra con más pecado.

Quevedo sabe que la verdad está en el exceso.

Quevedo acierta por exceso como Pascal, el antibarroco, por laconismo. Don Diego, ya digo, es lazarillo de difuntos, pero su barroquismo, tan sabroso, está ya envilecido al servicio de algo, repartido en almanaques y revendido en politiquerías. Son los empeñistas de España que empiezan a chamarilear con los tesoros cojeantes de España, cuyo golilla y capitán fuera Quevedo.

Pero hay un barroquismo conceptuoso en Gracián, un decir las cosas del revés para que sean más verdad o más mentira. El pensador barroco no es un palabron sino un escritor que dice mejor las cosas, lo cual supone decir más cosas y decir *más* las cosas. Por ese camino gracianesco vendríamos hasta don Eugenio d'Ors, que hace clasicismo irónico en lenguaje barroco y es maestro de la glosa barroca de cultura, en el periódico, como yo mismo quisiera ser barroco de ignorancias, pues decía mi maestro Tierno Galván que cultura es todo lo que ignoramos.

San Francisco el Grande es una iglesia que tiene la fachada panzuda hacia el exterior, adentrándose en Madrid, y ésta es la iglesia barroca y madrileña que sale hasta en las películas de Bardem. El barroquismo es invasión de la realidad y los siglos XVIII y XIX españoles están entecos de verdades porque no acertaron con el Víctor Hugo nacional, de modo que nos quedamos en Jovellanos, y Jovellanos hoy sería un centrista y fue siempre un mal escritor que no escribía sino que sólo redactaba, como la escuela anglosajonizante de hace unos años. Lo barroco es escribir, reescribir, sobre escribir las cosas unas encima de otras, hasta llegar a la apoteosis de lo ilegible, como *Finnegan's Wake*, ah del barroquismo irlandés, que ayer era pólvora en literatura y hoy es pólvora en salvas.

El barroquismo y el quevedismo rebrotan bruscos en el castellano con Valle-Inclán, con Juan Ramón, con Gabriel Miró, con los prosistas de la Falange, Sánchez Mazas, González Ruano, Eugenio Montes, García Serrano, Agustín de Foxá y Juan Aparicio, estos últimos apacentados previamente por Ramón Gómez de la Serna. Si Valle-Inclán hace el barroquismo modernista y lo llama esperpento, Ramón hace el barroquismo vanguardista, le pone un monóculo a Quevedo y tiene en Pombo su vivero de barroquismos, uno se llama Bergamín y sería comunista, otro se llama Tomás Borrás y sería fascista. El fascismo ha dado buena literatura, qué le vamos a hacer, de D'Annunzio a Malaparte, pero el fascismo no es un barroquismo, sino muy al contrario un militarismo lacónico, eso que José Antonio Primo de Rivera llamaba «el laconismo militar de nuestro estilo». José Antonio no hace sino esquematizar cuatro ideas de Ortega para traicionarlas, porque Ortega es el pensador barroco que hace metáforas taurinas para explicar lo que ya está claro y se deja una calva de torero, que es lo que le hubiera gustado ser.

El barroquismo de Valle, como el de Quevedo, consiste en dejar preñadas a todas las brujas de la corte para alimentar las hogueras de la Inquisición, pues ambos tienen la locura de España, que es la locura imperial y católica, hasta que don Francisco se levanta contra Olivares en nombre de la justicia y del pueblo, y don Ramón se levanta contra Isabel II, o sea, su herencia, y pide la guillotina eléctrica en la Puerta del Sol.

El barroquismo, así, es la reconversión a la revolución de nuestros grandes, porque lo que nunca traerá la revolución es el clasicismo, el neoclasicismo, la buena ortografía y la escritura llena de considerandos y vacía de imágenes. «No la cosa, sino la sensación de la cosa», pedía Mallarmé. Pero el barroco español nos da la cosa y su sensación, se atlantiza en el manuelino portugués y se churrigueriza y municipaliza en la puerta del Hospicio madrileño.

Ramón Gómez de la Serna mete el barroco español entre las vanguardias de entreguerras y surte de imágenes a Jean Cocteau por un lado y a la generación del 27 por otro, de modo que Gerardo Diego es el último católico, como buen barroco, cuando escribe aquello de «inconsútil, siemprevirgen agua».

Yo iba al Gijón de los sesenta a tomar café con el último barroco ramoniano y lopesco,

pero de quien hablábamos era de Góngora, que hace un barroco de cura mitológico, hasta que Quevedo le para los pies:

Góngora bobo con crepusculallas.

Luchaban a ver quién era más barroco, porque el barroquismo literario no es sino eso que Jakobson, los formalistas rusos y los estructuralistas franceses han llamado la «literaturidad», es decir, la escritura atendida a sí misma, sin soportes argumentales ni biográficos, eso que a veces hacemos algunos para ganar premios nacionales o principescos, eso que a veces hicieron los prosistas de la Falange, asqueados de su victoria y refugiados en un gongorinismo de letrilla, por pasarse claves entre ellos y dejar constancia íntima de que el Caudillo o César Visionario era un plasta.

Así lo cuento en mi novela *Leyenda del César Visionario*, título tomado de Federico de Urrutia, otro buen barroco del fascismo, aunque el más ahilado es el catalán Luys Santamarina, falangista, autor de un *Retablo de Reyna Ysabel* que es una pequeña joya como canto del imperio naciente, más la falsa aleación con el fascismo pequeñoburgués de Madrid, que llevó un traidor, embajador y mediocre, obstinado en servir a España como embajador, mientras Franco le decía que la sirviera como escritor, o sea, que le condenaba al hambre.

El barroquismo puede que sea el gran peligro y pecado de nuestra literatura, pero cuando ojeamos a los pulcros redactores de novelas exentas nos vuelve la gana barroca y sabemos que ahí estuvo la salvación de García Márquez, en el barroco español, aunque no lo diga, y que ésa es la tentación continua de Borges, quien, en curioso paralelismo con Eugenio d'Ors, escribe una y otra vez para condenar el barroquismo, que es su propio pecado mortal y lo que le salva como escritor. Los latinochés nos dieron la lección de volver a lo barroco sin decirlo, pasando del barroco silvestre de América, tan peligroso para Hegel, al barroco cultísimo de España.

¿Y por qué entonces íbamos nosotros a seguir siendo una especie de mediocres traducidos del inglés?

Nuestros premios nacionales de Literatura son barrocos, desde el luminoso exceso andaluz hasta la progresiva culturización manchega de Diego Jesús Jiménez, que evoluciona hacia la complicación y no hacia la sencillez, porque la sencillez no es nada y no hay que confundirla con la claridad. A Juan Ramón Jiménez, el Juan Ramón tardío, cuando se decide a ser el nuevo Eliot —*Animal de fondo*—, lo que le sale es un barroco metafísico que se ha tragado a Eliot, sí, pero también a san Juan de la Cruz.

Somos barrocos porque somos cimarrones, cuarterones, cruce de razas, y esto lo ven mejor los extranjeros, por eso hay tantos hispanistas. Los escritores antifranquistas llevábamos detrás un ángel de la guarda y los de ahora llevamos un eurodiputado. Por algo será.

La poesía pura de Jorge Guillén añora el barroquismo de García Lorca, sólo que él, mi maestro cercano y vallisoletano, no se atrevía a ser localista ni a llevar pluma. La poesía amorosa de Salinas nace de un continuo desdoblamiento de la amada, que es ella y su recuerdo, ella y su sombra, ella y sus vestidos, ella y su ausencia, etc. Juan Ramón, el mayor crítico del siglo, lo llamó a eso «labia, falsete y cornete», pero el desdoblamiento supone barroquismo —vimos al principio que Villarroel se desdobra en Quevedo—, y el profesor que creía estar haciendo poesía pura lo que hace es un barroco estilizado para sus alumnos y para las novias españolas en general.

El surrealismo de Vicente Aleixandre es un barroquismo con enigmas de Paul Eluard, una gran poesía gongorina que reinventa el mundo, como Góngora, a partir de mitologías menores. Neruda viene de América con el barroco austral, salvaje, y España le orienta hacia el surrealismo europeo, de donde nace *Residencia en la tierra*, quizá el mejor libro del surrealismo en castellano.

¿Es el surrealismo un barroquismo que nace de los sueños? Quizá, pero hoy el surrealismo es arqueología, y el nuevo barroco, de García Márquez a Camilo José

Cela, está vivo y dialogante. En una teoría de media mañana sobre lo barroco me parece que no caben más pormenores, pero el castellano es también en los jóvenes un asunto de palabras, desde aquella madre del cordero pascual que fue Teresa de Jesús, iniciadora en su prosa del barroquismo místico. La palabra es la idea hecha cosa, la palabra es anterior a lo que dice, por eso se está diciendo siempre. La palabra española, en sus momentos más altos, ha sido barroca. Esto no es excluyente ni niega nada. Pero si España es algo en el mundo, no lo olvidemos, es la Torre de Juan Abad donde Quevedo fue señor y reo, en esa Mancha que es ancha y existe. Hasta el rascacielos del BBV, en la Castellana, le ha salido a Sáenz de Oiza barroco de herrumbres y luces, como sus Torres Blancas. Corriendo el Madrid de los rascacielos, hoy, se diría uno: Miré las torres de la patria mía...

Jueves 8

Llamada de Carmen Díez de Rivera, con voz de la otra orilla, débil y entregada, que luego se le va fortaleciendo a medida que habla:

—Esto mío va muy mal, Paco, y muy despacio, ¿no te interrumpo ninguna salida urgente, ningún almuerzo? (ya anoté aquí un día que he estado mucho tiempo sin noticias tuyas), ahora me han encontrado otra cosa, ha salido otro bulto donde no debía, es la metástasis total, aquí en Menorca, en el pueblo, la médico que viene a verme y a ponerme las inyecciones —para qué tantas inyecciones—, resulta que te conoce de Madrid, Rosina Ballesté, se ha casado tres veces, hablamos mucho de ti, dice que eres uno de los hombres más buenos del mundo (recuerdo nítida y lejanamente a Rosina Ballesté, catalana de Borjas Blancas que vino, joven y verriondilla, a la conquista de Madrid: no sé si tuvo amores con José García Nieto), te llamaré otro día, Paco, prefiero mantener un hilo a que te enteres por el periódico (tampoco a mí me gustaría hacerle la necrológica), me he venido aquí, como sabes, a ver el mar, pasear por el pueblo, los del pueblo me miran raro, y vivir un poco, es como si en Bruselas me hubieran dado la jubilación, ésta es mi corta jubilación, pero la estoy disfrutando, necesitaba despedirme de ti, de la gente que quiero, quizá te llame otro día (cada poco se le olvida que se muere), es verdad que eres bueno, es verdad lo que dice Rosina, no sé por qué la gente te ve como un león, esta llamada es de despedida, pero si puedo te llamaré otro día, un beso, Paco, adiós, le diré a Rosina que he hablado contigo, es muy inteligente y me trae libros (la voz vuelve a decaer, no es voz de anciana ni de enferma, sino de muerta, a veces colgar el teléfono es como cortar el hilo de una vida).

Viernes 9

En lo poco que va de mes he soltado dos discursos. La presentación de las memorias de Raphael me permitió hacer una teoría del kitsch que ya he reproducido en este diario. Fue en el Ritz, una noche, con Amparo Rivelles y Concha Velasco (el primer personaje que sale en este diario) como metáforas vivas de ese mundo brillante y aparte del espectáculo, con más cultura de la vida que cultura de la cultura. Buena y hermosa gente. Me han fascinado siempre los cómicos, más que por lo que hacen en escena o plato, por lo que hacen en la calle, que es donde verdaderamente representan un papel, crean un personaje y optan por ser quienes no son. La farsa de la escena es siempre ingenua. La farsa de la vida es atroz.

El día 5, en la Biblioteca Nacional, me entregó la ministra Esperanza el Premio Nacional de las Letras, en una sesión matinal y brillante, con alegría de lluvia en la calle y un público total, entre popular y académico. Mi discurso sobre el barroco (también lo he introducido aquí) está teniendo mucho éxito de comentarios, porque en estos casos se espera el discurso protocolario o lectivo, según, y no un fogueo literario e histórico, un ferrocarril brillante de metáforas e ideas al que a muchos no les dio tiempo de subirse. Ahora, con más espacio, lo glosan en la prensa. Es un texto al que pienso dar mucho juego por escrito y de palabra (conferencias). La sensación que les queda a

muchos y muchas es de que les ha atropellado un deslumbrante e incruento ferrocarril. Saludé a Natalia Figueroa.

Desde mi atrio de orador veía los sombreros parisinos de Inés y Sisita, las Guermantes madrileñas de este libro. Esta mañana me ha llamado Inés y hemos hablado de lo mío y de otras cosas. El texto se lo había enviado yo, dedicado a mano, por un tardío fax, pero no me habla de él (es una dulce damnificada por el ferrocarril de palabras). La encuentro amiga, asidua, fiable. Me pide que la llame pronto. Me dice, quizá como disculpa, que ella sigue siendo directa y realista, lo cual puede ser una promesa o una crítica. Nos despedimos muy amistosamente.

Ahora estoy ya haciendo una película y escribiendo mis cosas. He llevado la gata a vacunar y la amo más que nunca cuando maya y maúlla: me estremece que pueda pensar que yo le hago daño. Antes desayunaba conmigo y ahora almuerza. Cómo saben pedir esos ojos siameses lo que ya tienen. Después de unas semanas de sol otoñal, alegre, marinero, con el cielo lleno de figuras, hoy ha salido en el jardín un día incoloro en verde, inactual, feo, donde la más pecadora rosa de otoño yergue su dorremifá rojo como el penacho de un gallo que fuese una doncella. La parra ha empezado a enrojecer y hay niágaras de vino que descienden despacio del cielo al suelo.

El premio, el culto al escritor, el escritor de culto, el haber llegado ¿adónde? Hoy me siento más vacío que nunca, con el pie resentido, el teléfono histérico (también ha llamado Cristina) y el sencillo y solitario presente como única salvación. El que te den un premio es como que te recen una misa. Luego hay que seguir de muerto presentable, famoso y cortés con las damas.

Con el tal premio ha terminado una etapa de mi vida —otra—, etapa ascensional, pero en mi huerto cerrado mando yo y quisiera ser enterrado aquí el día de mañana, debajo del pino centenario, previa quemazón del añadido corporal. Soy un pensador y me comprometo a seguir pensando después de eso. El japonés que trae los paquetes de leche ha llamado al timbre/campana. Es como la señal para empezar el día. A la tarde viene el sastre de Adolfo Domínguez a probarme un chaquetón. Ana Rosa me pide una entrevista: encantadora mujer que ya pasó por estas páginas. Sólo se me ocurre decir que la vida sigue. Cada vez me acompaña más la soledad. María está a sus cosas. Por las noches me pide un Borges para leer. Antes de comer me voy a dar unos paseos por el jardín, que huele verdetriste, que perfuma de ausencias y de nada. En la parte de atrás había un chopo blanco que olía a galgo y a Soria. Ahora mismo no sabría decir si sigue ahí o lo talaron por alguna razón.

Voy a levantarme a mirarlo.

La Dacha, 9 de octubre de 1998.

ÍNDICE ONOMÁSTICO

Aberasturi.
Aguirre, Esperanza.
Aguirre, Jesús.
Aida (esposa de Cándido).
Alarcón, Pedro Antonio de.
Alba, María del Rosario Cayetana Fitz-James Stuart y Silva, duquesa de.
Alberti, Rafael.
Aleixandre, Vicente.
Alfonso XII, rey de España.
Alfonso XIII, rey de España.
Almeida, Cristina.
Almodóvar, Pedro.
Almunia, Joaquín.
Alonso, Dámaso.
Alonso de los Ríos, César.
Alonso Millán.
Álvarez Cascos, Francisco.
Álvarez del Manzano, José María.
Amedo, José.
Amiel, Henri Frédéric.
Amorós, Andrés.
Ana Rosa.
Ana-María (madre del autor).
Anguita, Julio.
Anjelica.
Anson, Luis María.
Anson, Rafael.
Aparicio, Juan.
Apollinaire, Guillaume.
Aranguren, José Luis L.
Areilza, José María de.
Arrabal, Fernando.
Azaña Díaz, Manuel.
Aznar López, José María.
Aznavour, Charles.
Azorín, José Martínez Ruiz, *llamado*.
Bach, Johann Sebastian.
Bacon, Francis.
Baldrich, Robert.
Ballesté, Rosina.
Balzac, Honoré de.
Bardem, Juan Antonio.
Barea, José.
Baroja, Pío.
Barral, Concha (esposa de Haro Tecglen).
Barrionuevo, José.
Barthes, Roland.
Baudelaire, Charles.
Bausch, Pina. Baviera, Tessa.
Beatles, los.
Bécquer, Gustavo Adolfo.

Beethoven, Ludwig von.
Belmonte, Juan.
Benavente, Jacinto.
Benjamín, Walter.
Bergamín, José.
Bergson, Henri.
Berlanga, Luis G.
Bernhardt, Sarah.
Bernini, Gian Lorenzo.
Berta.
Besteiro, Julián.
Bono, José.
Borbón, Marisa.
Borbón y Grecia, Cristina de.
Borbón y Grecia, Elena de.
Borbón y Grecia, Felipe de.
Borbones, los.
Borges, Jorge.
Borrás, Tomás.
Borrell, Josep.
Bosco, Hieronymus van Aeken, *llamado el*.
Botella, Ana.
Botero, Fernando.
Bousoño, Carlos.
Boyer, Miguel.
Braque, Georges.
Bravo, Pilar.
Bretón, André.
Brown, Norman.
Bueno, Gustavo.
Bueno, Manuel.
Buero Vallejo, Antonio.
Bukowski.
Burroughs, Edgar Rice.
Bustamante, Juby.
Byron, George Gordon, lord.
Caballé, Ana.
Caballé, Montserrat.
Caballero Bonald, José Manuel.
Cage, John.
Callas, María.
Calvo Sotelo, Giulliana.
Camacho, Marcelino.
Campbell, Naomi.
Campmany, Jaime.
Camus, Albert. Cándido.
Canova, Antonio.
Cantudo, María José.
Capote, Truman.
Carlos III, rey de España.
Carpentier, Alejo.
Carreras, Josep.

Carrillo, Santiago.
Carver.
Castaño, Marina (esposa de Cela).
Castellano, Pablo.
Castillo
Cela, Camilo José.
Cendrars, Blaise.
Cervantes Saavedra, Miguel de.
Chamizo.
Chaplin, Charles.
Chaves, Manuel.
Chelito, la.
Chesterton, Gilbert Keith.
Chillida, Eduardo.
Chopin, Fryderyc.
Chueca, Federico.
Claudio, emperador.
Clinton, Bill.
Cocteau, Jean.
Cohen, Emma.
Colinas, Antonio.
Coll, José Luis.
Colodrón, Antonio.
Conde, Mario.
Cooper, Gary.
Coronado, Carolina.
Cossío, José María de.
Costa, Joaquín.
Crespo de Lara, Pedro.
Cruz (la panameña).
Cuenca, Luis Alberto de
Cuetos, Concha.
Cunqueiro, Álvaro.
D'Annunzio, Gabriele.
Dalí, Salvador.
Darío, Félix Rubén García Sarmiento, *llamado*.
De Chirico, Giorgio.
Degas, Edgar.
Delibes, Ángeles de.
Delibes, Miguel.
Delvaux, Paul.
Díaz, José.
Díaz, Marujita.
Díaz-Cañabate, Antonio.
Diego, Gerardo.
Diego, Juan.
Díez Canedo.
Diez de Rivera, Carmen.
Domingo, Plácido.
Dominguín, Luis Miguel.
Dostoievski, Fiódor Mijáilovich.
Duchamp, Marcel.

Duffy, Raoul.
Durbin, Diana.
Duval, Norma.
Einstein, Albert.
Eliot, Thomas S.
Eluard, Paul.
Erasmus de Rotterdam.
Ernst, Max.
Etxebarria, Lucía.
Falla, Manuel de.
Felipe, León Felipe Camino, *llamado*.
Fernán-Gómez, Fernando.
Fernández de la Mora, Gonzalo.
Fernández Ordóñez, Francisco.
Fernández Ordóñez, Rafael.
Fernández-Miranda Hevia, Torcuato.
Fernando II de Aragón, el Católico.
Fernando VII, rey de España.
Figueroa, Natalia.
Flores, Lola.
Flores, Mar.
Fornarina, Margherita Luti, *llamada la*.
Foucault, Michel.
Foxá, Agustín de.
Fraga Iribarne, Manuel.
France, Anatole
Francisco de Asís, san.
Franco Bahamonde, Francisco
Freud, Sigmund
Fry, Stephen.
Gabriel y Galán, José María.
Ganivet, Ángel.
Garcí, José Luis.
García Abril.
García de la Concha, Víctor.
García Lorca, Federico.
García Márquez, Gabriel
García Nieto, José.
García-Posada, Miguel.
García Serrano, Rafael.
Garcilaso de la Vega.
Garzón, Baltasar.
Gauguin, Paul.
George, Stefan.
Gershwin, George.
Gide, André.
Gil, Carmen (pintora).
Gilbert, Brian.
Giménez Alemán.
Gimferrer, Pere.
Gluck, Christoph Willibald.
Godard, Paulette.

Goethe, Johann Wolfgang.
Gómez, Julia.
Gómez de la Serna, Ramón.
Gómez de Liaño (abogado)
Gómez Llorente, Luis.
Góngora, Luis de.
González Bravo, Luis.
González Márquez, Felipe.
González Ruano, César
Goya Lucientes, Francisco.
Gramsci, Antonio.
Grande Covián, Francisco.
Grandío, Tino.
Grant, Cary.
Graves, Robert.
Greco, Doménikos Theotokópoulos, *llamado el*.
Griñón, Carlos Falcó, marqués de.
Guerra González, Alfonso.
Guillén, Jorge.
Gurruchaga, Carmen.
Gutiérrez Mellado, Manuel.
Gutiérrez Solana, José
Halfter, Cristóbal.
Hardy, Françoise.
Haro Tecglen, Eduardo.
Hegel, Georg Wilhelm Friedrich.
Heidegger, Martin
Hernández, Abel.
Hernández, José.
Herodes.
Herrera, Angel Antonio.
Herrero, Antonio.
Herreros.
Hidalgo, Manuel.
Hierro, José.
Hitchcok, Alfred.
Hitler, Adolf.
Homero.
Hugo, Victor.
Ibáñez, Paco.
Ibarra, Emilio.
Iglesias, Julio.
Indurain, Miguel.
Ingres, Dominique.
Isabel I de Castilla, la Católica.
Isabel II, reina de España.
Jakobson, Román.
Jalón, Piluca.
Jardiel Poncela, Enrique.
Jessica.
Jiménez, Diego Jesús.
Jiménez, Juan Ramón.

Johnson, Paul.
Josefina, Josefina Tascher de la Pagerie, emperatriz.
Juan Carlos I, rey de España.
Juan de la Cruz, san.
Juana de Arco.
Kafka, Franz.
Kant, Immanuel.
Kantor.
Kemp, Lindsay.
Kerouac, Jack.
Kierkegaard, Soren.
Kohl, Helmut.
Krahe.
Lacan, Jacques.
Ladoire, Óscar.
Largo Caballero, Francisco.
Larra, Mariano José de.
Lautréamont, Isidore Ducasse, conde de.
Lázaro Carreter, Fernando.
Léger, Fernand.
Leguina, Joaquín.
Lenin, Vladímir Ilich Uliánov, *llamado*.
Lenon, John.
León, Rafael de.
Leonardo da Vinci.
Leopardi, Giacomo.
Letellier, Beatriz.
Llanos, José María.
Lledó.
Llovet.
López, Antonio.
Louchette.
Luis XIV de Francia.
Lyotard, Jean-François.
Machado, Antonio.
Machado, Manuel.
Madrazo.
Maeterlinck, Maurice.
Maeztu, Ramiro de.
Magnani, Ana.
Malaparte, Curzio.
Maldoror.
Malladas, Lucas.
Mallarmé, Stéphane.
Malraux, André.
Mann, Anthony.
Manrique, Jorge.
Mao Ze Dong.
Maragall Mira, Pasqual.
María (mujer del autor).
María Rosa.
Marina, José Antonio.

Marinetti, Filippo Tommaso.
Mariñas, Jesús.
Mariscal de Gante, Margarita.
Marsillach, Adolfo.
Martín de Tours, san.
Martín Prieto.
Martínez de Irujo, Cayetano.
Marx, hermanos.
Marx, Karl.
Massiel, María de los Ángeles Santamaría, *llamada*.
Matisse, Henri.
Matutes, Abel.
Mazagatos, Sofía.
Menéndez Pidal, Ramón.
Menuhin, Yehudi.
Merode, Cleo de.
Mery (periodista).
Mesonero Romanos, Ramón de.
Micaela.
Michel (futbolista). Michelet.
Miguel Ángel, Michelangelo Buonarroti, *llamado*.
Mihura, Miguel.
Milans del Bosch, Sisita
Miller, Arthur.
Mingote, Antonio.
Miró, Gabriel.
Miró, Pilar. Moisés.
Moix, Terenci.
Molière, Jean B. Poquelin, *llamado*.
Mónica.
Monroe, Marilyn.
Montaigne, Michel Eicem de.
Montarco, condesa de.
Montes, Eugenio.
Montesquieu, Charles de Sécondat, barón de.
Montiel, María Antonia Abad Fernández, *llamada* Sara.
Morán, Fernando.
Moreas, Jean.
Motherwell, Robert.
Mozart, Wolfgang Amadeus.
Muguerza.
Mussolini, Benito.
Napoleón I Bonaparte.
Narros, Miguel.
Natanael.
Navajo, Ymelda.
Nebreda, Mariví.
Neruda, Pablo.
Nietzsche, Friedrich.
Nieva, Francisco
Niven, David.
Nonell, Isidre.

Nuria.
Ochoa, Severo.
Ocón, María Fernanda d'.
Odette.
Olivares, Gaspar de Guzmán y de Fonseca, conde-duque de.
Oriana.
Oriol, Inés: véase Sarriera y Fernández de Muniain, Inés.
Oriol, los.
Oriol e Ybarra, Íñigo de.
Oriol e Ybarra, Miguel de.
Oriol y Urquijo, Lucas María de.
Orleans, Beatriz de.
Ors, Eugenio d'.
Ortega y Gasset, José.
Ostos, Jaime.
Otero, Blas de.
Pablo (hijo de Sisita).
Paco, el jardinero.
Palacio, Loyola de.
Palacios Cabezas, doctor.
Pascal, Blaise.
Patter, Walter.
Pavarotti, Luciano.
Pavese, Cesare.
Paz, Octavio.
Peces-Barba Martínez, Gregorio.
Pellicena.
Penagos.
Pérez Galdós, Benito.
Pérez Prada.
Pérez Vidal, Alejandro.
Pessoa, Fernando.
Picasso, Pablo R.
Picavea.
Pineda, Mariana.
Piqué, Josep.
Piquer, Concha.
Pitigrilli.
Pla, Josep.
Platero, el fumigador.
Platón.
Plaza, José Carlos.
Poe, Edgar Allan.
Pollock, Jackson.
Polo de Franco, Carmen.
Pombo, Álvaro.
Poquelin véase Molière.
Porter, Cole.
Portera, Alberto.
Posadas, Carmen.
Pozo, Raúl del.
Preysler, Isabel.

Prim y Prats, Juan.
Primo de Rivera Sáenz de Heredia, José Antonio.
Proust, Marcel.
Pujol Soley, Jordi.
Quevedo Villegas, Francisco.
Ramírez, Pedro J.
Ramoncín.
Raphael, Rafael Martos Sánchez, *llamado*.
Ras, Matilde.
Rato, Rodrigo.
Redgrave, Vanessa.
Redondo, Nicolás.
Regla.
Reich, Wilhelm.
Rembrandt, Harmensz van Rijn, *llamado*.
Rennotte, Cristina.
Renoir, Auguste.
Ridruejo, Esperanza.
Rilke, Rainer María.
Rimbaud, Arthur.
Río, Pilar del (esposa de Saramago).
Rivas (dibujante).
Rivas Cherif, Cipriano.
Rivas Cherif, Dolores.
Rivelles, Amparo.
Rivero, Juncal.
Rodero.
Rodríguez, Claudio.
Rodríguez, Miguel Angel.
Roja, la.
Romanones, Álvaro de Figueroa, conde de.
Romero, Emilio.
Ros Marbá, Antoni.
Rosales, Luis.
Rousseau, Jean-Jacques.
Ruano, Enrique.
Rubio, José.
Ruiz, Gemma.
Ruiz de la Prada, Ágatha.
Ruiz-Gallardón, Alberto.
Rupérez, Paloma.
Ruskin, John.
Russell, Bertrand.
Sacristán, José.
Sádaba, Javier.
Sade, Donatien Alphonse François, conde de.
Sáenz de Heredia, José Luis.
Sáenz de Oiza.
Sagan, Françoise.
Saint-Simon, Louis de Rouvroy, duque de.
Salas, Alfonso de.
Salinas, Pedro.

San Martín, Conrado.
San Sebastián, Isabel.
Sánchez Mazas, Rafael.
Sanjurjo Sacanell, José.
Santamarina, Luys.
Saramago, José.
Sarriera y Sánchez de Muniain, Inés.
Sartre, Jean-Paul.
Sastre, Alfonso.
Satie, Erik.
Saura, Antonio.
Saura, Carlos.
Schopenhauer, Arthur.
Sebastián, Pablo.
Seco Serrano, Carlos.
Séneca.
Serra, Eduardo.
Serrano Suñer, Ramón.
Shakespeare, William.
Shelley, Percy B.
Sinatra, Frank.
Siruelita.
Soberón, doctor.
Sofía de Grecia, reina de España.
Solana Madariaga, Javier.
Sontag, Susan.
Sotillos, Eduardo.
Spencer, los.
Spengler, Oswald.
Sppottorno.
Stampa Braun, José.
Stanislawski.
Stein, Gertrude.
Stendhal, Henri Beyle, *llamado*.
Stevenson, Robert Louis.
Streep, Meryl.
Stringer, Christopher.
Suárez, Gonzalo.
Suárez de Puga, Enrique.
Suárez González, Adolfo.
Súmmers, Guillermo.
Susana (personaje bíblico).
Tamames Gómez, Ramón.
Tápies, Antoni.
Tejero Molina, Antonio.
Teresa de Jesús, santa.
Thatcher, Margaret.
Thomas, Dylan.
Thyssen, los.
Tierno Galván, Enrique.
Tirana, la.
Tocino, Isabel.

Tolstói, León.
Tono.
Torrente Ballester, Gonzalo.
Torres Villarroel, Diego de.
Totó.
Toynbee, Arnold.
Trapiello, Andrés.
Trillo, Federico.
Unamuno, Miguel de.
Úrculo, Eduardo.
Urdangarín, Iñaki.
Urrutia, Federico de.
Valdés, Zoé.
Valencia, Tórtola.
Valenty, Rosa.
Valéry, Paul.
Valle-Inclán, Ramón María del.
Valverde, José María.
Van-Halen, Juan.
Vázquez Montalbán, Manuel.
Vega y Carpió, Félix Lope de.
Velasco, Concha.
Velasco, José.
Velasco, Lola.
Velázquez, Diego.
Vera, Rafael.
Vera, Victoria.
Verdú, Maribel.
Verdurin, madame.
Verlaine, Paul.
Verne, Julio.
Vicent, Manuel.
Victoria de Battenberg, reina de España.
Villán, Javier.
Villaverde, Cristóbal Martínez-Bordiu, marqués de.
Viola, José Viola, *llamado* Manuel.
Voltaire, François Marie Arouet, *llamado*.
Wagner, Richard.
Waldburg, princesa Carolina.
Warhol, Andy.
Wilde, Oscar.
Williams, Tennessee.
Magnani, Ana.
Windsor, los.
Wolf, Virginia.
Yndurain, Domingo.
Zamora, Vicente.
Zurbarán, Francisco.
Zurro, Alfonso.



FRANCISCO UMBRAL (Madrid, 1932 - Boadilla del Monte, 2007).

Fruto de la relación entre Alejandro Urrutia, un abogado cordobés padre del poeta Leopoldo de Luis, y su secretaria, Ana María Pérez Martínez, nació en Madrid, en el hospital benéfico de la Maternidad, entonces situado en la calle Mesón de Paredes, en el barrio de Lavapiés, el 11 de mayo de 1932, esto último acreditado por la profesora Anna Caballé Masforroll en su biografía *Francisco Umbral. El frío de una vida*. Su madre residía en Valladolid, pero se desplazó hasta Madrid para dar a luz con el fin de evitar las habladurías, ya que era madre soltera. El despego y distanciamiento de su madre respecto a él habría de marcar su dolorida sensibilidad. Pasó sus primeros cinco años en la localidad de Laguna de Duero y fue muy tardíamente escolarizado, según se dice por su mala salud, cuando ya contaba diez años; no terminó la educación general porque ello exigía presentar su partida de nacimiento y desvelar su origen. El niño era sin embargo un lector compulsivo y autodidacta de todo tipo de literatura, y empezó a trabajar a los catorce años como botones en un banco.

En Valladolid comenzó a escribir en la revista *Cisne*, del S. E. U., y asistió a lecturas de poemas y conferencias. Empezó su carrera periodística en 1958 en *El Norte de Castilla* promocionado por Miguel Delibes, quien se dio cuenta de su talento para la escritura. Más tarde se traslada a León para trabajar en la emisora *La Voz de León* y en el diario *Proa* y colaborar en *El Diario de León*. Por entonces sus lecturas son sobre todo poesía, en especial Juan Ramón Jiménez y poetas de la Generación del 27, pero también Valle-Inclán, Ramón Gómez de la Serna y Pablo Neruda.

El 8 de septiembre de 1959 se casó con María España Suárez Garrido, posteriormente fotógrafa de *El País*, y ambos tuvieron un hijo en 1968, Francisco Pérez Suárez «Pincho», que falleció con tan sólo seis años de leucemia, hecho del que nació su libro más lírico, dolido y personal: *Mortal y rosa* (1975). Eso inculcó en el autor un característico talante altivo y desesperado, absolutamente entregado a la escritura, que le suscitó no pocas polémicas y enemistades.

En 1961 marchó a Madrid como corresponsal del suplemento cultural y chico para todo de *El Norte de Castilla*, y allí frecuentó la tertulia del Café Gijón, en la que recibiría la amistad y protección de los escritores José García Nieto y, sobre todo, de Camilo José Cela, gracias al cual publicaría sus primeros libros. Describiría esos años en *La noche que llegué al café Gijón*. Se convertiría en pocos años, usando los seudónimos Jacob Bernabéu y Francisco Umbral, en un cronista y columnista de prestigio en revistas como *La Estafeta Literaria*, *Mundo Hispánico*(1970-1972), *Ya*, *El Norte de Castilla*, *Por Favor*, *Siesta*, *Mercado Común*, *Bazaar*(1974-1976), *Interviú*, *La Vanguardia*, etcétera, aunque sería principalmente por sus columnas en los diarios *El País*(1976-1988), en *Diario 16*, en el que empezó a escribir en 1988, y en *El Mundo*, en el que escribió desde 1989 la sección *Los placeres y los días*. En *El País* fue uno de los cronistas que mejor supo describir el movimiento contracultural conocido como *movida madrileña*. Alternó esta torrencial producción periodística con una regular publicación de novelas, biografías, crónicas y autobiografías testimoniales; en 1981 hizo una breve incursión en el verso con *Crímenes y baladas*. En 1990 fue candidato, junto a José Luis Sampedro, al sillón F de la Real Academia Española, apadrinado por Camilo José Cela, Miguel Delibes y José María de Areilza, pero fue elegido Sampedro.

Ya periodista y escritor de éxito, colaboró con los periódicos y revistas más variadas e influyentes en la vida española. Esta experiencia está reflejada en sus memorias periodísticas *Días felices en Argüelles* (2005). Entre los diversos volúmenes en que ha publicado parte de sus artículos pueden destacarse en especial *Diario de un snob* (1973), *Spleen de Madrid* (1973), *España cañí* (1975), *Iba yo a comprar el pan* (1976), *Los políticos* (1976), *Crónicas postfranquistas* (1976), *Las Jais* (1977),

Spleen de Madrid-2 (1982), *España como invento* (1984), *La belleza convulsa* (1985), *Memorias de un hijo del siglo* (1986), *Mis placeres y mis días* (1994).

En el año 2003, sufrió una grave neumonía que hizo temer por su vida. Murió de un fallo cardiorrespiratorio el 28 de agosto de 2007 en el hospital de Montepríncipe, en la localidad de Boadilla del Monte (Madrid), a los 75 años de edad.